

**JEFF CARLSON**



# **ANTÍDOTO**

**PRIMERO FUE LA PLAGA,  
AHORA COMIENZA LA GUERRA  
PARA OBTENER UNA CURA**

**Lectulandia**

No queda ningún lugar adonde huir. En una América devastada por un virus nanotecnológico, Ruth y Cam descubrirán que la mayor amenaza para la Humanidad no es la plaga. La plaga, un virus nanotecnológico que ataca a cualquier organismo de sangre caliente por debajo de los 3000 metros, ha assolado la Tierra. En las cumbres más altas del planeta, los supervivientes se aferran a la vida, a cualquier precio.

La especialista en nanotecnología Ruth Goldman ha desarrollado una vacuna capaz de proteger a los supervivientes contra la plaga, pero el gobierno de los Estados Unidos se hace con el control de su descubrimiento. Decididos a compartir la cura, Ruth y Cam Najarro deberán afrontar que América se ha convertido en una tierra yerma y devastada. Juntos emprenderán un viaje durante el cual descubrirán lo mejor y lo peor de la naturaleza humana, ignorantes de que una amenaza aún mayor planea sobre sus cabezas.

# Lectulandia

Jeff Carlson

## Antídoto

ePUB v1.2

OZN 07.10.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# 1

Ruth se abrió paso a través de otro amasijo de huesos y casi cayó al suelo al quedársele atrapada la bota en un montón de costillas y vértebras fracturadas. La interestatal 80 se había convertido en un cementerio. Miles de vehículos atestaban cada kilómetro de la amplia carretera, todos ocupados por fantasmas desplomados. Todos mirando en dirección este.

Siempre al este, hacia las montañas.

Ruth caminaba en la misma dirección y respiraba con dificultad a través de la máscara. Más que caminar parecía que bailase. Se abría paso a través de los restos, ya que mucha otra gente había continuado a pie hasta que su cuerpo se lo había permitido. Los esqueletos se apiñaban por todas partes entre una infinidad de deshechos. Algunos aún se aferraban a cajas, bolsas, ropas rasgadas o joyas. La mayoría estaba reunida en grupos donde el tráfico, paralizado y embotellado, había bloqueado el paso.

Tenía el brazo izquierdo roto y hacía que cada paso que daba le resultase más difícil. La escayola le dificultaba mantener el equilibrio. Y lo que es peor, no quería mirar hacia abajo. Los cráneos formaban una multitud silenciosa. Ruth intentaba a toda costa evitar sus ojos vacíos, de modo que parpadeaba constantemente y miraba hacia los lados y hacia arriba mientras avanzaba y deslizaba la mirada como si siguiera una bola de *pinball*. Al cabo de tres días, la sensación de mareo se había convertido en algo normal. Apenas recordaba otro estado. Tener siempre a Cam delante y a Newcombe detrás le resultaba reconfortante. Caminaban en fila a través de la desolación. El sonido de los pasos constantes de los hombres le indicaba el camino a seguir.

Entonces llegaron hasta un cúmulo de coches calcinados que, al explotar, habían expulsado las puertas y los cuerpos en medio del caos general. Los espacios entre los vehículos estaban plagados de huesos astillados, chatarra y cristales. Cam se detuvo.

—Tenemos que intentar otra cosa —dijo mientras volvía la cabeza de la empinada interestatal hacia la ciudad cuadrículada.

Los tres llevaban gafas y máscaras protectoras, de manera que Ruth no sabía exactamente dónde estaba mirando, pero las calles estaban incluso peor en las zonas céntricas. Las ordenadas líneas de la ciudad engañaban. Había muchas calles llenas de trampas y callejones sin salida. La carnicería era inimaginable. Los restos humanos llenaban cientos de kilómetros cuadrados sólo allí, en el área más amplia de la bahía de San Francisco, junto con cuerpos de perros, aves y demás especies de sangre caliente.

—Por aquí —indicó Newcombe señalando la pendiente del arcén, más allá de los vehículos ennegrecidos. Ruth negó con la cabeza. —Será mejor que sigamos por

aquí.

Varios conductores habían intentado escapar estrellándose contra el guardarraíl, y sólo habían conseguido volcar por la colina. No quería provocar una avalancha de coches.

—Tiene razón —convino Cam—. Nos lo tomaremos con calma.

—Entonces deja que vayamos nosotros delante —le dijo Newcombe a Ruth mientras la adelantaba.

Mark Newcombe tenía veintidós años y era el más joven de los tres. Se llevaba más de diez años con Ruth y se había formado como soldado de las Fuerzas Especiales durante dos años antes de la plaga de máquinas. El fin del mundo sólo le había endurecido más. El fusil de asalto, la mochila y la cartuchera que llevaba pesaban veintitrés kilos, pero eso no le hacía ir más despacio.

El paso de Cam era más irregular. Estaba herido, como Ruth, lo que, según ella, le hacía mejor líder. Cam no tenía tanta seguridad. Se preocupaba mucho por las cosas, y a Ruth le gustaba por eso. Estaba más dispuesto a admitir que se había equivocado, que era por lo que aún seguían en la interestatal. La carretera estaba mal, pero al menos podían avanzar. El reducido trío había intentado atajar campo a través más de una vez por las áreas residenciales o los centros comerciales que se habían ido encontrando a lo largo de la autovía, pero se habían topado con demasiadas vallas y arroyos y matorrales quebradizos plagados de escarabajos y trampas, incluso el tráfico calcinado era mejor.

Newcombe se había cortado en el codo y en ambas rodillas antes de continuar la marcha.

—Sigamos —dijo.

Pero en cuanto pasaron el riachuelo, Cam le hizo detenerse inmediatamente y le limpió las heridas con una cantimplora en un intento de adelantarse a la plaga. Después le vendó los cortes y envolvió las perneras de Newcombe con gasa.

Cam se puso en pie antes de que hubiese terminado.

—Espera —dijo mientras inclinaba la cabeza para escuchar el cielo.

Era una tarde de mayo soleada y tranquila.

A Ruth se le erizó el vello de la nuca. «Yo no oigo nada», pensó. Pero el escalofrío que le recorrió la espalda la obligó a girarse para mirar a su espalda. Buscó a través de los coches inertes en busca de cualquier amenaza. Nada.

Cam la empujó.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Corrieron a refugiarse bajo la inmensa caja metálica de un camión. Cam y Newcombe tenían sus armas en la mano, pero Ruth necesitaba el brazo sano para arrastrarse bajo los escombros. De pronto, el sol la cegó momentáneamente y su guante aplastó un montón de vidrio y plástico.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Pero entonces ella también lo escuchó. Era un tamborileo leve y amenazador. Helicópteros. Otra vez. En las inmensas ruinas de lo que había sido Sacramento, en California, los únicos sonidos que se escuchaban eran el viento, los ríos y, en ocasiones, los bichos. Era una pequeña ventaja. Hasta el momento siempre habían oído los helicópteros mientras aún se encontraban a decenas de kilómetros de distancia.

Esta vez estaban más cerca y se acercaban a gran velocidad.

—He visto una alcantarilla a unos cuatrocientos metros —dijo Ruth sobresaltada.

Ya habían tenido que esconderse bajo tierra en dos ocasiones porque el enemigo tenía infrarrojos.

—Sí, yo también la he visto. Está demasiado lejos —gruñó Newcombe.

—Vaya —Cam levantó uno de sus guantes hacia la forma inhumana de las gafas protectoras y la capucha y anunció—: Hormigas.

Ruth se giró para mirar, pero se golpeó la cabeza en el confinado espacio. En la caja del camión, que estaba abollada, se leía «SAFEWAY» en letras tan altas como ella y dijo en voz baja:

—Es una cadena de supermercados.

—Joder —Newcombe se apresuró de nuevo hacia la luz del sol.

Se desplazaba sobre los codos para proteger su fusil de la basura y del polvo, pero se le enganchó la mochila en la chatarra que tenía encima y tuvo que agacharse aún más, lo que le obligó a sujetar su arma por delante de él.

Ruth apretó los dientes. El intenso estruendo de los helicópteros y los esfuerzos de Newcombe por avanzar unos centímetros la volvieron presa del pánico, y entonces advirtió que les rodeaba otro sonido que aumentaba suavemente. Los muertos volvieron a la vida. Los huesos y la basura temblaban con el creciente estruendo, las vibraciones y los susurros. En alguna parte, una puerta chirrió al abrirse.

—¡Vamos! —dijo Cam.

Al mismo tiempo, Newcombe siseó:

—No os mováis.

Ruth se volvió rápidamente. Tenía que moverse aunque no hubiese ningún sitio adonde ir. Había visto colonias de hormigas extendiéndose por techos y paredes como una ola negra, despojando edificios enteros de cola para moqueta, goma y tapicería. Si se encontraban sobre una colonia sufrirían una muerte terrible.

—Tenemos que salir de aquí —dijo.

—Vamos —asintió Cam.

Ruth intentó pasar por delante de él arrastrándose entre el asfalto resquebrajado y la caja blanca y roja del camión. Entonces vio dos hileras de hormigas.

Los helicópteros planeaban sobre ellos y aturdían su corazón y su mente. Todo su

cuerpo tembló. A su alrededor todo era ruido. El camión resonaba con el sonido y Ruth sintió ganas de gritar. Entonces el estruendo se desplazó sobre ellos, como un edificio que se derrumba o un tren, y Newcombe la agarró del brazo.

—¡Joder, vuelve atrás! —gritó mientras el sonido aplastante se alejaba—. ¡Puede que no estén seguros! ¡Igual sólo están siguiendo la carretera!

Ruth se obligó a asentir. No podía respirar. Intentaba asomarse, pero cuando el camión volcó, había golpeado al menos a otro vehículo. Delante de ella había un sedán beige tremendamente abollado. El ruido aún era fuerte y fácil de seguir. No se había alejado demasiado. Estaba aterrizando.

De repente, pudo ver a través de un hueco entre el guardabarros destrozado y la rueda. Al principio sólo veía el cielo y los árboles. Entonces vio dos helicópteros. Puede que hubiese más. Las aeronaves descendieron con suavidad y aterrizaron con una sincronización casi perfecta. Las puertas laterales de ambos helicópteros estaban abiertas y de ellas salían hombres vestidos con trajes de aislamiento verdes. Hombres sin rostro ni hombros, cuyas capuchas y bombonas de oxígeno deformaban su figura.

—Han bajado —dijo.

Había campos abiertos a aquel lado de la carretera, un tramo irregular de tierra marrón y llana donde acababan los edificios comerciales. Ruth divisó una alambrada que podría retener un tiempo a los soldados, pero estaba inclinada en un punto donde podrían derribarla con facilidad. El sonido de los helicópteros resonaba y martilleaba desde la alta fachada de un almacén.

Cam se coló a su lado, estirando el cuello para poder ver. Tenía el hombro cubierto de hormigas.

—Aquí no aguantaremos —le dijo a Newcombe.

—Los bichos —exclamó Ruth—. Debemos ponerlos entre nosotros y ellos.

—Sí, de acuerdo. Vamos —Newcombe se volvió y empezó a quitarse la mochila.

Ruth se arrastró como pudo y cuando salió a la luz buscó a Cam, que se sacudía una manga. Ambos se agacharon tras los coches inmóviles.

Por los destellos de sol que había visto reflejados en la; bombonas de oxígeno y en las armas, debía de haber unos diez o veinte soldados.

—¡Espera! —Cam tiró de ella, y ambos se escondieron tras un Mercedes blanco—. Si suben por el terraplén podremos intentar obligarles a retroceder hacia el camión.

Ruth asintió con la boca seca. ¿Dónde estaba Newcombe?

Con la espera, de repente se dio cuenta de lo cansada que estaba. Los viejos cardenales, las nuevas heridas. Mientras esperaban, sacó su revólver. En otra época, todo aquel sufrimiento ya habría acabado con ella, pero ya no era la que había sido. Ninguno de ellos era el mismo. Y aquello tenía sus cosas buenas y malas. Ahora, Ruth Goldman era, en muchos sentidos, menos complicada. Pensaba menos y sentía

más. Y su miedo, su frustración y su vergüenza albergaban una gran fuerza.

Tenía que luchar. Se lo debía a sus amigos. Se lo debía a sí misma por todos los errores que había cometido.

Resollando a través del sabor amargo de su máscara, Ruth apartó con la pierna el pequeño tórax medio carbonizado de un niño para llegar hasta el parachoques trasero de un coche, donde levantó su arma y se preparó para el ataque.

Muchos supervivientes lo llamaban el Año de la Plaga o Año Uno, pero la historia de la humanidad no era lo único que se había perdido en los catorce largos meses que habían pasado desde la plaga de máquinas. Los nanos invisibles habían devorado a todos los seres vivos de sangre caliente que se encontraban a menos de tres mil metros de altura. El ecosistema había sufrido un gran desequilibrio, pues sólo quedaron peces, anfibios y reptiles para las poblaciones de insectos, cuyo número se había disparado, causando estragos en la tierra. Las langostas y las termitas habían devorado bosques enteros. El curso de los ríos había cambiado para siempre a causa de la erosión.

También habían arrasado estados y naciones enteras. La plaga había dejado pocas zonas habitables en el mundo: las Rocosas, los Andes, los Alpes, el Himalaya, y unos cuantos picos altos dispersos por el planeta. Nueva Zelanda. Japón. California.

Leadville, en Colorado, era ahora la capital de los Estados Unidos y la principal fuerza militar del planeta. Sus capacidades se habían visto reducidas en varios órdenes de magnitud, pero en los demás continentes, las poblaciones de refugiados estaban sumidas en violentas guerras por territorios devastados por ellos mismos y por el paso de los dos últimos inviernos.

En comparación, la guerra civil de Norteamérica no era nada agresiva. Los rebeldes se habían declarado independientes y reivindicaban el dominio de las ciudades más cercanas por debajo de la barrera, y, en su mayoría, todos habían conseguido abastecerse de comida, combustible, medicinas y utensilios suficientes para sobrevivir.

Los mamíferos y las aves podían adentrarse en el mar invisible durante un tiempo, en ocasiones durante horas. Sin organismos receptores, los nanos eran inertes. Después penetraban por los pulmones o por los ojos o por cualquier rasguño microscópico de la piel y se multiplicaban, se propagaban y se multiplicaban otra vez, y desintegraban los tejidos blandos, los músculos y los huesos para seguir reproduciéndose.

La comunidad científica internacional había hecho grandes avances durante el último año, especialmente en los consolidados laboratorios de Leadville, donde se utilizaba a la propia plaga para aprender y experimentar. La tecnología Arcos era un prototipo versátil, creado para detectar y destruir células cancerosas. Podría haber sido una bendición. Sin embargo, había acabado con todo el equipo de ingeniería,

excepto con uno de sus hombres, al liberarse en el área de la bahía de San Francisco; una pequeña tragedia dentro de la extinción global. Nadie sabía dónde encontrar el laboratorio. Al morir, sus ordenadores y sus secretos desaparecieron con ellos. El hombre que escapó había quedado atrapado en una isla de piedra en las alturas de la sierra de California, hasta hacía veintinueve días, cuando se atrevió a trasladarse a otro pico con el guía de esquí Cam Najarro.

Ahora estaba muerto, pero antes de fallecer había dado con una cura.

Con sus ideas, Ruth y otros investigadores se convencieron de que podrían desarrollar un nano capaz de proteger el organismo desde el interior, como una vacuna, y la lenta guerra norteamericana se intensificó. El gobierno de Leadville pensó que la situación estaba demasiado avanzada como para compartir esta nueva tecnología a la ligera y confiar en que se alcanzaría paz. En los demás países, los ejércitos hambrientos se comían a los muertos de sus enemigos y hacinaban a los prisioneros como ganado, aunque en los Estados Unidos también se habían cometido atrocidades.

Leadville vio una oportunidad de controlar la única vía de descenso de las montañas. Era una ocasión para controlar todo el planeta, garantizar la lealtad, establecer nuevos estados y dejar que los enemigos y los indeseables sucumbiesen al hambre y a la guerra si no accedían a someterse como esclavos. Era un gran premio después de todas aquellas enormes dificultades.

Pero no todo el mundo sentía esa codicia. El equipo de asalto que había volado desde Colorado para registrar el laboratorio del Arcos estaba lleno de topes. Algunos hombres y mujeres que ocupaban puestos clave discrepaban del plan de Leadville y sacrificaban su propia seguridad y bienestar para que la gente adecuada subiese al avión. Los tres expertos en nanotecnología, los tres pilotos y siete de los doce soldados que habían aterrizado en Sacramento habían ido con la intención de hacerse con la nueva tecnología y llevársela a Canadá para extenderla libremente y acabar con el conflicto. Pero las cosas salieron mal. Se vieron atrapados en la ciudad y más de la mitad fueron asesinados o capturados.

Al final eligieron quitarse los trajes de aislamiento y apostar por la nano vacuna, una versión apresurada de primera generación que demostró no ser una protección infalible frente a la plaga. En ocasiones se dejaba vencer, lo que les hacía vulnerables a cierto dolor, pero podían quedarse. Podían ocultarse.

Hacía tres días, Ruth, Cam y el sargento de segunda Newcombe habían iniciado una excursión a través de la interminable destrucción para transportar esa primera vacuna al resto de supervivientes. Pensaban que habían ganado, pero aun se encontraban a ciento cuarenta y cinco kilómetros del punto elevado más cercano.

El intenso estruendo de los helicópteros volvió a aumentar mientras se acercaba. Durante un instante, Ruth alzó la vista hacia el cielo azul de mayo antes de volverse y

cerrar los ojos, mareada por el nuevo temor y la adrenalina. Entonces fue consciente de que las aeronaves les sobrevolarían. Iban a cubrir a los escuadrones de tierra. La idea le arrebató todas sus fuerzas y tuvo que apoyarse en el Mercedes, el pesado vehículo que Cam debía de haber escogido con la idea de que su sólido diseño detuviese el fuego de los fusiles.

«Por favor, Señor», pensó.

Newcombe se acercó abriéndose paso a través de los restos y los huesos. Estaba cubierto de hormigas. Por desgracia, no podía matarlas y aferraba la mochila contra su pecho con ambas manos. Llegó corriendo y revolviéndose hasta chocar con un gran todoterreno gris. Cam le detuvo. Los dos hombres cayeron al suelo y parecían estar peleando. Se daban manotazos frenéticamente intentando aplastar el mayor número de hormigas posible. Los bichos no eran peligrosos sólo porque picasen o mordiesen. Después de todo aquel tiempo, las hormigas estaban cubiertas de nanos. Con cada mordedura podían inyectarle la plaga a Newcombe directamente en la sangre, pero no había tiempo para buscar a todas las hormigas que podrían ocultarse en su traje. Newcombe ya estaba buscando el fusil, que se le había caído, y Cam le agarró por la mochila y le arrastró tras el Mercedes.

—¡Aquí! ¡Por aquí! —gritó Najarro.

Los helicópteros ya habían despegado y cortaban el aire con su fuerte e intermitente estruendo. De un momento a otro sobrevolarían el camión. Ruth observó el Mercedes y se preguntó si ella y Cam cabrían dentro. Tendrían que dejar las mochilas.

Entonces se volvió a mirar el equipo de Newcombe y se dio cuenta de algo que la dejó helada. La cremallera estaba abierta y dejaba ver la radio, el botiquín de primeros auxilios, calcetines... Nada de comida.

Los señuelos habían sido idea de Cam, que había aprovechado aquel extraño entorno. Buscando alimentos desesperadamente, habían encontrado todas las tiendas y las casas vacías, todo lo que había en cajas o en bolsas de papel había desaparecido, de modo que Cam y Newcombe habían metido en sus mochilas todas las latas de manteca de cerdo y de almíbar que podían llevar. Era un plan inteligente. No había ninguna otra fuente de calor por allí, lo que les hacía relativamente vulnerables.

Newcombe ya había corrido hacia el norte o había vuelto hacia el oeste seis veces para dejar trampas de comida para que atrajesen a inmensos grupos de cucarachas, hormigas, escarabajos y moscas en un frenesí de calor y de ruido. Dos días después volvieron a disminuir, de modo que las minúsculas carroñeras evolucionaron para adaptarse al cambio, arrasándolo todo a cada oportunidad, sobreviviendo sólo con la agresión. Las tropas de Leadville apenas tendrían signos de olor humano gracias a sus trajes de aislamiento, pero eran nuevos. Se estaban moviendo. Y estaban casi encima de la colonia.

Hilos oscuros se arremolinaban en el aire y desaparecían de la vista de Ruth, y se retorcían arriba y abajo con el viento del ciclón. Ambos helicópteros se desviaron, pero uno descendió mientras el otro ascendía forzando los motores obstruidos por las hormigas. En un efímero momento de silencio, Ruth oyó el traqueteo de las metralletas en fuego automático. Los soldados se defendían como podían.

Entonces retrocedió. Las mejillas y el cuello le ardían con media docena de mordeduras.

—¡Ah!

No todas las hormigas de la húmeda ráfaga que la azotaba estaban muertas. Ni mucho menos. A muchas los rotores las habían despedazado, y muchas otras estaban aturcidas. Algunas habían quedado atrapadas en las vísceras de sus compañeras pulverizadas, pero otras seguían libres, y estaban confundidas y enfadadas.

Ruth cayó al suelo, golpeándose la cara y el cuello. No paraba de pensar en una cosa: «Mi mochila». La buscó mientras a duras penas conseguía volver a ponerse de rodillas y ahí estaba Cam, tropezando con la basura de su propia bolsa. Tenía un puñado de botellitas de cristal. Les quitó el tapón y le pasó una. Perfume dulce. Le escaldó las fosas nasales y volvió a colocarse la máscara, arrastrando la tela con cuidado para deshacerse de las hormigas que seguían en sus mejillas. —¿Dónde? —preguntó. Pero él la agarró del brazo y vació el resto de las botellas sobre sus cabezas.

Newcombe se unió a ellos de golpe. Tenía una botella de repelente de insectos y la apretó hacia ella, aplastando hormigas y rociando líquido. Era como respirar aguarrás.

—¡Creo que no nos han visto! —exclamó Newcombe. Pero el estruendo de los helicópteros volvió a cambiar de dirección. Estaban regresando.

—¡Corre hacia la alcantarilla! —le gritó Cam a Ruth.

—¿Y mi mochila?

¡No! ¡No te levantes! —gritó—. Si nos ven...

—¡Tengo más comida! ¡Ahí! —Cam tiró de Ruth mientras se arrodillaba y la empujó hacia el Mercedes, donde estaba su mochila—. ¡Si nos quedamos aquí vamos a morir!

Tenía razón. El enjambre de insectos, que cada vez era más denso, empezaba a nublar el sol. Al escuchar la nueva intensidad del ruido, Ruth comprendió que uno de los pilotos estaba usando su aeronave como un potente ventilador, librando a las tropas terrestres del enjambre.

«Se lo quitan a ellos y nos lo mandan a nosotros».

—¡Venga! ¡Corre! —gritó Cam hundiendo un cuchillo en una lata de leche. Pero ella dudaba.

Lanzó la lata que chorreaba lo más lejos que pudo y se agachó para acuchillar otra, pasando por alto las hormigas que le cubrían los guantes y las rodillas. El era

así, rápido a la hora de tomar la mejor decisión. Cam Najarro no era ni soldado ni científico, pero había sobrevivido todo el Año de la Plaga en un pico yermo y aislado donde ochenta personas acabaron siendo seis a causa del hambre, el frío, los insectos y la locura, y pocos podían igualar esa clase de formación. Era un buen hombre, aunque estaba gravemente herido y, en ocasiones, Ruth temía que no estuviese del todo cuerdo. Era muy decidido. Se había comprometido con ella incluso antes de que ella hubiese comentado que, algún día, los avances en nanotecnología podrían reconstruir su cuerpo dañado, y había asumido toda la responsabilidad que le había sido posible. Explorador, guardaespaldas, amigo. Era injusto que se quedara mientras ella escapaba. Pero también era injusto hacer que sus esfuerzos fuesen en vano.

«Vete», se dijo mientras recogía su mochila. Sus compañeros estaban perforando las latas que quedaban y terminarían en unos segundos. Pronto se reunirían con ella.

Ruth se adentró en el laberinto de vehículos y esqueleto e intentó mantener la cabeza gacha. Los helicópteros no si habían movido y ella intentó alejarse del sonido lo máximo posible. En un momento dado, una de sus botas quedó atrapada en un amasijo de huesos y tropezó. Entonces reboto contra un monovolumen marrón y se agachó, tosiendo y exhausta. La cara y la boca le ardían, pero apenas tenía hormigas encima. Se asomó sólo lo justo para mirar a través de las polvorientas ventanillas del sedán e intentar ver al enemigo.

Algunos de los soldados se encontraban en medio de la niebla viviente. Seguían en pie a duras penas, pero de algún modo, el traje de uno de los hombres se había rasgado. Quizá se hubiera enganchado en la valla. A Ruth le pareció que una de las mangas cubiertas de goma colgaba a la altura del codo, pero era imposible saberlo con certeza entre la masa negra de hormigas.

Su brazo hecho jirones se izó como una bandera y trazó una oscura estela de sangre e insectos. Los insectos habían penetrado en su cuerpo. Apenas tenía ya forma humana, y se retorció y se sacudía mientras le devoraban vivo. Dos soldados intentaron sacarle de allí, pero un tercero se lanzó contra el hombre que agonizaba, lo derribó y le apuntó al pecho con la metralleta.

«No», pensó Ruth. De pronto entendió las intenciones del soldado y se quedó helada. «No, está apuntando al brazo de su compañero».

El soldado disparó el arma y amputó el brazo invadido de hormigas frenéticas, pero dejó el cuerpo de su amigo allí tendido invitando a que llegaran más. La científica no podía mirar. Apartó la vista y buscó con la mirada a Cam y a Newcombe, pero a sus espaldas se encontró con otro horror. Nuevas erupciones habían surgido de la tierra y cubrían la carretera como si fueran humo. Además, ahora desde el nordeste se acercaba también una nube rojiza de escarabajos o de algún otro insecto. Al mismo tiempo, otro fenómeno azotó la colonia de hormigas. La plaga de máquinas. Ni siquiera los insectos eran inmunes a ella, tal y como Ruth llevaba

tiempo sospechando. En su frenesí, las hormigas generaban demasiado calor a pesar de la fresca tarde de mayo, y en la nube se empezaron a formar agujeros como si de fuegos artificiales se tratase conforme las hormigas se desintegraban.

Ruth observaba sobrecogida. Entonces su corazón dio un brinco cuando una forma humana apareció de entre dos coches cercanos. Era Cam. Corría cojeando de manera extraña, y se daba manotazos en el cuello y en la capucha. Newcombe apareció tras él. Ruth les hacía señas desesperada mientras volvía los ojos hacia el enemigo e intentaba ver al soldado herido de nuevo.

Un breve vistazo la convenció. Newcombe tenía razón. Sin duda, Leadville había detectado algún rastro de su grupo, pero al sobrevolarlas los helicópteros, la cantidad de calor que generaba la colonia de hormigas había conseguido engañarles. Todo había terminado. Aquello era un caos espectacular. Densas espirales de hormigas volaban en las corrientes descendientes mientras los últimos hombres que quedaban en tierra huían y subían al soldado ensangrentado a una cabina de mando abarrotada. No se movía. Estaba muerto o inconsciente, pero la sombra viviente de las hormigas seguía agarrada a él incluso después de que sus compañeros sacudieran su cuerpo.

El último helicóptero ya estaba elevándose y Ruth se permitió esbozar una breve y despiadada sonrisa.

Parecía que la suerte la acompañaba.

## 2

El agua relucía al amanecer, clara y traicionera.

—Parad —dijo Cam, aunque él mismo continuó dando unos cuantos pasos más.

Pero esta vez avanzaba de lado en lugar de hacia delante y parecía desconfiado e inquieto.

Esa mañana no soplaba viento y el valle que se extendía a sus pies albergaba un mar interior en calma que resplandecía con la luz. La carretera parecía desaparecer en él, pero Cam la había visto elevarse de nuevo a unos tres kilómetros de distancia. El agua no era profunda, pero se pudría a causa del estancamiento y estaba abarrotada de edificios, de cables de alta tensión, de vehículos y de telarañas, y miles de trocitos de seda colgaban de las ruinas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ruth tras él. —Para. Quédate ahí.—respondió Cam. Entonces se dio cuenta de que le había hablado con demasiada frialdad, sacudió la cabeza y añadió: —Perdona.

—¿Ya habías estado aquí? —dijo ella buscando su mirada a través de las polvorientas gafas. —Sí.

Cam sabía que Ruth había vivido en Ohio y en Florida y Newcombe dijo que se había criado en Delaware, pero no había duda de que los padres y los hermanos de Cam yacían muertos en algún lugar de aquellas mismas carreteras. Quizá habían conseguido llegar hasta allí. El norte de California llegó a equipararse a Los Ángeles en densidad de tráfico, porque el área de la bahía se asentaba sobre un delta inmenso repleto de ríos y barrancos, lo que implicaba la existencia de puentes, orillas y embotellamientos.

No estaba tan afligido como ella pensaba. Aquella tierra era demasiado extraña y peligrosa para ser un hogar. Lo que más sentía Cam en aquellos momentos era frustración al intentar asimilar la magnitud del problema al que se enfrentaban.

Su objetivo parecía estar cerca. Querían propagar la vacuna para todos los supervivientes, pero las sierras formaban en el horizonte una imponente barrera de estribaciones y montañas oscuras, como un muro de pirámides con los picos más altos aún cubiertos de nieve. En otro tiempo habría llegado allí en coche en tres horas, pero aquellos recuerdos engañaban. Conforme la tierra se elevaba, se combaba, y caminar hasta allí habría sido un infierno de subidas y bajadas incluso sin tráfico o sin ruinas.

La ciudad que tenían delante era Citrus Heights, uno de los barrios residenciales más bonitos de la vasta extensión urbana que rodeaba Sacramento. Había ardidido antes de hundirse. A pesar del nombre, la mayoría de sus zonas elevadas se encontraban en la misma llanura que las de sus vecinos. Esta marisma tranquila debió de ser arrasada por un torrente la primera vez que se inundó, a juzgar por los escombros que había en

las casas desplomadas y en los postes de teléfono a un metro de altura. Había barro sobre los coches volcados y estos de maleza y de madera carbonizada, todo ello suavizado con el blanco reluciente de la seda de las telarañas y los sacos de huevos. El agua mantenía a las arañas a salvo de las hormigas.

—Vamos a mirar otra vez el mapa —dijo Cam.

Newcombe había tenido la misma idea y se acercó mientras desabrochaba uno de los bolsillos de su chaqueta.

Cam volvió a mirar el mar destellante. Hasta ahora habían tenido suerte de no encontrarse con más estanques ni pantanos. Por el norte de California se extendían cientos de kilómetros de terraplenes que canalizaban el agua desde las montañas. Dos inviernos sin ningún tipo de control habían causado estragos. Habían visto por todas partes vegetación en malas condiciones o destruida por completo, y sin hierba ni juncos, las orillas eran vulnerables.

—¿Qué opinas? —preguntó Cam—. ¿Vamos hacia el norte?

—Tenemos que ir hacia allí de todas formas —Newcombe se agachó sin dificultad y dejó el mapa sobre el asfalto.

Entonces señaló con su guante la ruta que había trazado.

Cam se inclinó más despacio a causa de su rodilla derecha. Ruth se sentó de golpe. Estaba claramente desesperada por descansar, pero la escayola hacía que sus movimientos fuesen torpes.

—No me gusta —dijo Cam—. Mira.

Al este de la ciudad, el río American se había represado en dos tramos para formar un inmenso lago de cuatro esquinas. Una parte del inmenso dique debía de haber cedido. Cam cubrió una sección del mapa con su guante y dijo:

—Si todo este valle está inundado, deberíamos ir en dirección oeste para rodearlo. Así podríamos tardar siglos.

—Dijimos que iríamos hacia el norte —protestó Newcombe.

—Cam conoce la zona —dijo Ruth para alivio de Najarro.

Era algo infantil, pero se alegró y dijo:

—No queremos estar aquí más tiempo del necesario.

—Seguimos hacia el norte —insistió Newcombe señalando con el dedo un pequeño punto al sur del mapa—. Los otros tipos deben de estar por aquí, puede que un poco más lejos. No sería inteligente que nos agrupásemos para que les resultase más fácil encontrarnos.

Cam asintió dudoso.

En Sacramento habían sido dos personas más, el capitán Young y Todd Brayton, otro científico como Ruth. Los motivos de la separación eran obvios. De ese modo había más probabilidades de que alguno de ellos llegase a uno de los picos con la vacuna, de modo que se dividieron lo antes posible. Pero se enfrentaron a otro

problema. El segundo día, Newcombe estaba convencido de que Leadville había establecido una base avanzada en las sierras, probablemente al este de Sacramento. Era la única manera de organizar tantos rastreos en helicóptero. La cordillera de Colorado estaba demasiado lejos.

Evitar esa base implicaba desviarse más hacia el norte o de nuevo hacia el sur, y Cam dudaba que a Ruth le quedasen fuerzas suficientes para hacerlo. Y puede que a él tampoco. Pero eso Newcombe no lo veía. Era demasiado fuerte, mientras que Cam sabía muy bien hasta qué punto una herida podía afectar y limitar a una persona. A su ánimo. A su imaginación.

Admiraba a Ruth. Era más fuerte de lo que parecía a simple vista, pero la verdad era que los dos estaban hechos un desastre. Cam tenía lesiones por todo el cuerpo a causa de antiguas infecciones provocadas por los nanos y una gruesa venda le cubría la mano izquierda tras una cuchillada recibida durante el enfrentamiento en Sacramento. Ruth tenía el brazo roto y, hasta hacía dieciséis días, había sido el eje de un programa nanotecnológico intensivo a bordo de la Estación Espacial Internacional durante más de un año, y había perdido masa ósea y muscular a pesar de la dieta específica, las vitaminas y el ejercicio.

Se cansaba con facilidad, y eso les había retrasado. Se encontraban tan sólo a veinte kilómetros del punto de partida, aunque en realidad debían de haber recorrido más de treinta. Habían tenido que avanzar y retroceder en zigzag a través de las calles abarrotadas, de los bichos y de otros obstáculos. Cam calculaba que caminarían durante semanas, no días.

La cosa tenía que mejorar. En teoría, las áreas de búsqueda de Leadville aumentarían demasiado y no tendrían que pasar tanto tiempo escondiéndose. Ruth se esforzaba lodo lo que podía porque sabía que era la más débil de los tres, pero si se desmayaba por el cansancio o tuviese fiebre o cualquier otra cosa, Cam dudaba seriamente que pudieran transportarla. El también quería acabar con aquello, pero era muy importante que ella descansase lo suficiente, incluso si eso suponía enfrentarse a otros peligros. En cambio, Newcombe no hacía más que alentarla a seguir con la mejor de las intenciones, y Ruth era demasiado compulsiva como para negarse. Cam se veía obligado a protegerla.

—¿Y si encontramos un barco? —dijo—. Una lancha motora. Allí casi todo el mundo era pescador o algo así. Podríamos atajar en línea recta o incluso remontar el río.

—Mmm... —murmuró Newcombe considerando la opción antes de girarse.

Cam siguió su mirada hacia las casas desplomadas y las minas.

—Tenemos que intentarlo —dijo mientras se ponía en pie.

Le dolía la espalda y tenía mordeduras de hormigas por cuello y los hombros y un nervio pinzado en la mano, pero aun así se inclinó para ayudar a Ruth.

Habían adoptado un ritmo familiar. Iban en fila india, con Cam delante, Ruth en medio y Newcombe detrás. Se dirigían hacia el sur, por donde habían vuelto, pero evitando la carretera.

La nueva orilla era irregular. En algunos lugares, el agua se extendía tierra adentro e inundaba las calles, y en todas partes, las casas y las vallas eran un problema. Querían mirar en los jardines y en los garajes, pero todos los vecindarios tenían su propia trampa: o las calles no tenían salida porque estaban anegadas, o estaban plagadas de escombros de una inundación mayor o ambas cosas. En varias ocasiones, Cam tuvo que esquivar campos enteros de telarañas. Una vez encontró hormigas. Todo llevó su tiempo. Necesitaban comida y entraron con cautela en una casa que parecían normal, excepto por el montón de basura que rodeaba la base. Querían llenar de gasolina unas cuantas cantimploras más y Ruth se sentó inmediatamente mientras Newcombe se detenía junto a un pequeño Honda y se desprendía de su mochila.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ruth asintió, pero Cam se preguntó qué aspecto tendría tras las gafas y la máscara protectoras. Tenía una postura retorcida anormal.

—No he visto ningún reptil —dijo.

Típico de Ruth. A veces resultaba muy difícil imaginar en qué estaba pensando. Era como si de repente se diera cuenta de algo.

—Yo tampoco —añadió Cam.

—Pero los viste en las montañas —dijo Ruth.

—Sí. En la cima no, pero vimos demasiadas serpientes y campos enteros llenos de lagartos a setecientos metros. A seiscientos. A quinientos cincuenta —no bajó de ahí—. Estaban sin duda por debajo de la barrera.

—Puede que las hormigas ataquen sus huevos —pensó Ruth—. O a sus crías. Puede que los bichos ataquen a los más jóvenes antes de que sean lo bastante grandes para defenderse.

—No entiendo cómo puede haber algo vivo por aquí —dijo Newcombe.

—No se calientan tanto como las personas —dijo Cam.

—Sí lo hacen —aclaró Ruth— A veces incluso más. Los seres de sangre fría no son fríos en realidad. Simplemente no generan calor corporal, excepto cuando corren o vuelan. Se calientan al sol. Y pueden ser muy precisos. Creo que la mayoría de los reptiles mantienen una temperatura de entre veinte y veintiséis grados centígrados, pero los insectos suelen adoptar la temperatura del entorno.

Cam asintió lentamente. La plaga de máquinas se valía del calor. Cuando la temperatura alcanzaba los treinta y dos grados, se activaba. Aunque, en su experiencia, la plaga tardaba de dos a tres horas en funcionar tras penetrar en un organismo. A mediodía, en verano, los nanos podían empezar a diezmar las

poblaciones de insectos, pero al refrescar el día, también lo harían estas criaturas. Obviamente muchas de ellas habían sobrevivido y se reproducían en otoño, en invierno y en primavera.

Los peces y los anfibios estaban seguros en los ríos y en los lagos. Él había sido testigo de ello. Se mantenían bajo el umbral crítico, y con la altitud era lo mismo. Las bajas temperaturas protegían a los reptiles y a los insectos en las montañas y sus estribaciones. Debían de haber repoblado continuamente el mundo inferior con migraciones irregulares.

—Creo que aquí estos seres siempre están al borde del desastre —dijo Ruth—, pero me pregunto si habrán sobrevivido las ballenas, los delfines y las focas.

Negó con la cabeza y continuó:

—Intentamos averiguarlo algunas veces. Me refiero a la estación espacial. Están aislados por una gran capa de grasa, pero si se mantuviesen lo bastante fríos... Es posible que en el Ártico o en el Polo Sur...

Era un pensamiento agradable.

—Eso espero —dijo Cam intentando animarla.

Entonces se echó hacia atrás para mirar más allá de las casas. Cam se había acostumbrado a sentirse observado, rodeado de ventanas oscuras y vacías y de fantasmas, pero aquello era diferente. Un ruido. Hacía tiempo que los muertos se habían asentado, pero la putrefacción y el desequilibrio nunca dejaban de mover las cosas. Los edificios cambiaban, la basura se movía, pero, a pesar de todo, el subconsciente había detectado aquel sonido de entre el leve susurro que los rodeaba. Un sonido débil y distante como la brisa, aunque en la avanzada mañana el cielo permanecía despejado e inmóvil.

—¡Eh! —dijo Cam.

Newcombe se asomó por encima del Honda.

—¿Qué?

El ruido le recordó a Cam los vientos de tormenta de las montañas, pero allí no había viento, y el creciente susurro parecía estar localizado. Se giró para seguirlo, ahora estaba asustado. Entonces se dio cuenta de que era algo fuerte, y que provenía del norte. El entorno había cambiado de una manera tan drástica que la tierra se resquebrajaba y se cocía. ¿Podría ser que la diferencia de temperatura entre aquel mar de barro y la tierra seca estuviese provocando tornados?

—¡Dios mío! —exclamó Ruth justo en el momento en que Cam reconoció el zumbido resonante que venía del otro lado del agua.

Cazas.

Se escondieron uno tras otro en una alcantarilla. Olía a moho, pero estaba seca. Newcombe pensó que la cubierta de hormigón y la porquería del exterior les mantendría a salvo de los sensores de los aviones. Y conforme los cazas volvían a

sobrevolarles, dijo que lo mejor era que se pusiesen cómodos. Sus aliados en Colorado habían transmitido instrucciones incorrectas a todos los satélites espía de los Estados Unidos bajo el control de Leadville, lo que provocó que descendiesen y se desintegrasen al entrar en la atmósfera, pero la nueva capital todavía conservaba un satélite termográfico que les sobrevolaría dos veces durante las próximas dos horas... a no ser que lo hubiesen desplazado.

Ocultarse del cielo era complicado. Leadville podría haber utilizado algunas reservas de combustible del satélite para alterar su órbita y su ritmo, y los aviones espía podían sobrevolarles a una distancia que los hiciera invisibles. La estación espacial también seguía allí arriba. Incluso deshabitada, la EEI era un buen satélite y sus cámaras se controlaban de manera remota desde Colorado. Newcombe no tenía información de cuál había sido su última ruta orbital.

Sólo podían trabajar con lo que sabían. Ésa era una de las razones por las que se desplazaban tan temprano todos los días, para avanzar unos cuantos kilómetros antes de tener que buscar un refugio de nuevo. Con su meticulosa manera de hacer las cosas, Newcombe había cogido cinco relojes de una tienda. Seguían funcionando perfectamente. Guardó tres de repuesto en la mochila y llevaba puestos los otros dos para mayor seguridad, con las alarmas programadas para darles al menos treinta minutos para buscar un lugar donde esconderse antes de que el satélite termográfico les sobrevolase. También parecía haber más insectos por la tarde, que respondían de manera inconsciente al mismo calor que les hacía vulnerables a la plaga, de modo que no era mal momento para ocultarse bajo tierra. Necesitaban comer, reorganizarse y descansar.

Primero se vaciaron encima medio litro de gasolina en la calle para cubrir su olor. Después compartieron cinco latas de sopa aceitosa sin calentar que les supo a gloria. Era rica en grasas y sodio. A Cam le dio un retortijón en el estómago. Había comido demasiado y demasiado deprisa, y se había bajado la máscara para beber directamente de la lata, pero poco a poco su estómago se relajó y pronto su cuerpo volvió a recuperar energías. Por desgracia, lo único que habían encontrado para beber eran cajas de zumo pasado que tenía un sabor extraño. Y no se fiaban del agua, convencidos de que estaría plagada de bacterias y de las típicas toxinas domésticas, como herbicidas, detergentes y aceite de motor. Al hervirla acabarían con cualquier parásito, pero no podían arriesgarse a encender un fuego.

—Los insectos tampoco tienen hemoglobina —dijo Ruth para concluir la conversación anterior.

Si una cosa estaba clara es que era una persona tenaz, y Cam sonrió para sus adentros.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Que no tienen hierro en la sangre como nosotros, y la plaga necesita carbono y

hierro para reproducirse. Puede que eso les proteja un poco más. Podría confundir a los nanos.

Ruth cerró el puño con la mano sana y continuó:

—Aunque en los lugares que alcanzan temperaturas más altas que éste deben de haber desaparecido. En Arizona, Nuevo México y Texas. En muchas partes del sur.

—Sí —Cam pensó en Asia y en África también, y en todos los países a lo largo del ecuador. En las selvas tropicales, el aire sería caliente y denso, lo que aumentaría las posibilidades de que los insectos y los reptiles estuviesen a merced de la plaga.

No podían hacer nada al respecto. Ruth seguía abarcando más de lo que podía controlar, o tal vez sólo usaba aquel problema para distraerse.

Los dos cazas volvieron a sobrevolarles, dejando una estela de intenso sonido. Newcombe reconoció que se trataba de aviones F-22 Raptor y escribió unas notas en su diario, uno de los muchos cuadernos que había ido recogiendo. Esperaba tener que dar cuenta de sus acciones proporcionando un informe de todo lo que habían visto y hecho, y Cam apreciaba su seguridad más de lo que expresaba.

Ruth ya se estaba quedando dormida.

—Yo haré guardia —se ofreció Cam, y Newcombe se tumbó a dormir.

Cam se sentía sorprendentemente bien. Estaba herido, cansado, tenso y sucio, pero también lleno de determinación y de confianza. De compañerismo. Sí, discutían constantemente, pero era para bien. Todos ponían de su parte. La redención que necesitaba estaba allí, con aquellos dos. Cam tenía fe en lo que estaban haciendo.

Sin embargo, todo era muy extraño. Dependían mucho los unos de los otros. Día tras día, la supervivencia era una experiencia íntima que exigía cooperación y confianza, y lo cierto es que apenas se conocían. Nunca habían intercambiado más de unas cuantas palabras aquí y allá, siempre iban corriendo. Hacía días que Cam no les veía la cara. Sólo los reconocía por sus acciones.

Newcombe era un hombre inteligente, fuerte y con una gran resistencia, pero su mochila era la más pesada y ya había hecho dos veces la distancia que habían recorrido Ruth y Cam al avanzar y retroceder para colocar las trampas para los insectos. El día anterior también fue el que más padeció. Las hormigas le habían acribillado a mordiscos y Cam quería que descansase porque le necesitaba al cien por cien. Le preocupaba que su dinámica les resultase incómoda. Newcombe era un veterano de una unidad de combate de élite. Un sargento. Como era lógico, esperaba poder hacerse cargo de dos civiles. Pero Cam y Ruth también tenían su propia autoridad en sus respectivos campos.

Ruth. Cam se volvió y la encontró acurrucada contra su mochila como una niña pequeña. Se quedó un rato observándola.

Estaba totalmente fuera de su elemento. Su punto fuerte era el intelecto, pero él sabía que estaba cambiando. Se estaba volviendo más fuerte y más agresiva, e incluso

más atractiva. Lo que más recordaba de ella eran sus ojos negros y su cabello rizado. No era lo que se diría una mujer despampanante, pero era esbelta, sana y auténtica.

No entendía su sentimiento de culpa. Nada de lo que había pasado era culpa suya, y el trabajo que había realizado era milagroso, y aun así estaba claro que sentía que había fracasado en algo. Aquélla era otra cosa que tenían en común, algo que les diferenciaba de Newcombe. Newcombe nunca fallaba. Sí, el asalto al laboratorio acabó convirtiéndose en un baño de sangre con cinco de sus compañeros muertos, pero él siempre reaccionaba lo mejor posible ante cualquier obstáculo. Ninguno de los errores era suyo. Simplemente no tenía heridas tan profundas como ellos dos. Era un lazo incómodo, pero allí estaba.

Cam apartó la mirada de ella y una araña marrón huyó asustada por su movimiento por la pared de hormigón. La aplastó. Observó las ruinas y las telarañas y se esforzó por calmarse.

Había aprendido a controlar sensaciones como el hambre y el miedo, pero con Ruth era distinto. Ruth era afectuosa e inteligente, y Cam ansiaba algo positivo. Era demasiado consciente de lo que podían llegar a conseguir juntos. La posibilidad de mejorar los nanos, de darles nuevos usos, era tan fantástica como siniestra. Había mucho más en juego que sus propias vidas.

El mundo que conocían estaba muriendo. Era 19 de mayo y apenas habían notado la llegada de la primavera. No había ni una sola flor, ni malas hierbas como las amapolas o los dientes de león. Los saltamontes, las hormigas y los escarabajos estaban arrasando con todo, pero muchas plantas parecían haber desaparecido simplemente porque no habían sido polinizadas. No había ni rastro de abejas, mariposas o polillas, y lo mismo sucedía en las montañas.

En caso de que lograsen su objetivo, si alguna vez la humanidad reclamaba el mundo bajo los tres mil metros de altitud, habría una larga lucha por la supervivencia, ya que el entorno seguía desmoronándose. Al cabo de varias generaciones, sus nietos seguirían combatiendo los insectos, los desiertos estériles y las inundaciones, a no ser que desarrollasen nuevas nanoherramientas, máquinas para luchar y máquinas para construir. Ruth había dicho que no era imposible, y entonces Cam se dio cuenta de que la estaba mirando de nuevo cuando debería estar vigilando el exterior.

—Mierda —dijo.

La barrera hombre-mujer ya se había presentado en su relación. Para empezar, orinaba lejos de ellos, mientras que Cam y Newcombe lo hacían con la despreocupación que caracteriza a los hombres al respecto. Pero había otros matices, como las manos de ambos al escalar por el alambre curvo de una valla o su gesto de agradecimiento cuando él abría una lata de peras y se la daba a ella primero. ¿Habría hecho lo mismo por Newcombe? Suponía que sí. Más de una vez le había agarrado del brazo para ayudarle a pasar un coche siniestrado. La noche anterior incluso le

había ofrecido a él la lata de sirope de chocolate primero porque Ruth aún estaba comiéndose una lata de jamón. Pero con Newcombe, estos gestos eran directos y espontáneos.

Con Ruth, le daba más vueltas a todo. Sentía esperanza, lo cual era bueno y le enojaba al mismo tiempo. Cam no esperaba que ella le viera del mismo modo, no con su rugoso rostro lleno de ampollas y sus manos ásperas.

Podía haberse enfadado, pero había visto lo que esa clase de amargura les había hecho a muchos otros: Sawyer, Erin, Manny, Jim. Todos estaban muertos. Cam se había distanciado lo suficiente de aquellos recuerdos como para ver a aquella gente desde una perspectiva distinta y para verse también a sí mismo de otra manera. O descubres cómo vivir contigo mismo o te autodestruyes, bien poco a poco de cien maneras distintas o de golpe, y Cam daba gracias por formar parte de algo mucho más grande que él mismo, por ser una persona nueva.

«Pero no puedes decírselo», pensó. «Las cosas ya son bastante complicadas de por sí, y es imposible que ella...».

De repente, unas explosiones hicieron temblar la tierra. Las vibraciones golpearon en tres o cuatro impactos, y Cam se puso de rodillas y asomó la cabeza por la boca de la alcantarilla en busca de fuego o de humo.

Newcombe le apartó violentamente. —Déjame ver. —Ha sido por ahí. Entonces escucharon un ruido más constante, un conjunto de bramidos de motor que procedían del suroeste. Los cazas. Cam cayó en la cuenta de que lo que en un principio había confundido con impactos de misiles había sido en realidad el estruendo producido por los aviones al acelerar y romper la barrera del sonido a poca altura por encima de la ciudad. Pero entonces, durante un instante, vio dos pequeñas manchas que se dirigían al este a toda velocidad, en un ángulo que no correspondía con la dirección de las turbulencias por encima de sus cabezas.

En el cielo había otros aviones virando. Se encontraban ya a kilómetros de distancia, y Cam se quedó parado intentando visualizar la persecución para buscar un modo de beneficiarse de ella. ¿Debían aprovechar aquella oportunidad para correr? ¿Adonde?

—Joder. Soy idiota —dijo Newcombe girándose para agarrar la mochila y sacar la radio.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruth tras los dos hombres que le bloqueaban el paso.

—Los primeros aviones son de los rebeldes, puede que de Canadá —explicó Newcombe—. Eso es bueno, nos ayudarán. Es que no pensaba que fuesen a arriesgarse.

Cam frunció el ceño mientras se giraba hacia él compartiendo su indignación. Todos habían asumido lo peor, siempre pendientes del cielo, pero era lógico actuar como si estuviesen solos. A excepción de la nueva base avanzada de Leadville, no

había fuerzas organizadas a lo largo de la costa, ni rebeldes ni partidarios. Las montañas de California y de Oregón no ofrecían más que unas cuantas zonas aisladas y dispersas por encima de la barrera con unos pocos supervivientes. Sus aliados más cercanos estaban en Arizona y al norte de Colorado y Idaho, donde las poblaciones de refugiados se habían declarado independientes de Leadville. Pero con la mejor parte de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, Leadville había reivindicado su superioridad militar incluso antes de desarrollar los nanos como arma. Cam y Newcombe no esperaban que nadie interfiriese.

La radio era pequeña y estaba rota. Constaba de unos auriculares y una caja de control. Estaba diseñada para usarla con el traje de aislamiento, con el auricular y el micrófono por dentro y los controles por fuera, a la altura de la cintura. La habían cortado del traje de Newcombe el primer día y luego habían vuelto a empalmar los cables. También habían guardado los radios de Cam y de Ruth como repuestos.

Newcombe levantó los auriculares y escucharon a una mujer que susurraba dentro de su pequeño escondite de cemento. Era la misma mujer de siempre. Todos los días y todas las noches, Newcombe intentaba dar con una señal que no fuera aquella transmisión en bucle que intentaba persuadirles de que se rindieran, pero la radio del traje actuaba más como un *walkie-talkie* que como una unidad de campo real.

Sus palabras eran tranquilas y estudiadas:

—...venid, donde quiera que estéis, salvaos, contestadme...

En la ciudad y en la carretera también se habían encontrado con radios de la policía, los bomberos y el ejército. Y fusiles, aunque Cam no podía usar un arma tan grande con la cuchillada de la mano.

Durante los primeros días de la plaga, las autoridades locales y federales habían intentado enfrentarse a la amenaza de todas las formas posibles, a menudo con intenciones contradictorias. Hubo controles de carretera, caravanas que se dirigían al este y escoltas. Una vez se encontraron con un antiguo campo de batalla donde un cuerpo de seguridad armado había cortado el paso inútilmente a la patrulla de carreteras de California y a las unidades del sheriff. Todo formaba parte del caos.

El problema era encontrar buenas baterías. Muchas radios, civiles y militares, se habían quedado encendidas al huir o morir los operadores, tal vez con la vana esperanza de recibir ayuda. Incluso cuando Newcombe consiguió que una funcionara, las frecuencias civiles estaban abandonadas, y las sierras facilitaban que la base avanzada de Leadville anulase las frecuencias militares. Asentada sobre una inmensa muralla de montañas, Leadville conseguía acallar cualquier otra voz.

La mujer les hostigaba:

—Si estáis heridos, si estáis cansados, aquí tenemos personal médico y...

Newcombe buscó rápidamente en todas las emisoras. Estática.

—Esos putos aviones nos han estado buscando todo este tiempo —dijo—. Por

eso vuelan tan bajo, para que no les afecte el bloqueo de radio. Para escapar a la red de radares de Leadville.

—Pero ¿qué pueden hacer? —preguntó Ruth—. ¿Crees que aterrizarán?

No. Los cazas no. Aquí no. Pero pueden darnos información y pueden quitarnos de encima a Leadville. Teníamos protocolos de emergencia. Teníamos...

Entonces sucedieron muchas cosas muy deprisa. Dos de los aviones regresaron y pasaron de nuevo casi por encima de sus cabezas, un par de estelas de propulsión azotaron las ruinas. Fue como si una mano gigante hubiese pasado dos dedos sobre las casas y el agua, elevando olas y escombros, y dentro de aquel huracán, una ráfaga de chispas al rojo vivo fue rodando hacia el mar, con tal fulgor que un combate de sombras se cernió sobre la ciudad hundida, oscura incluso a plena luz del día. Eran señuelos, una herramienta defensiva para cegar y distraer a los misiles termo dirigidos. Pero si había algún misil, Cam no lo había visto. Una estela de destrucción más pequeña salió en pos de los aviones, abriéndose paso a través de los montones de barro, los edificios y los coches. Cañonazos. Cam vio cómo los explosivos de gran calibre derribaban una casa entera, atravesando la madera y el ladrillo como si fuera papel. Se estremeció y se agachó. Tres aviones más pasaron rugiendo.

Newcombe hizo un gesto triunfante. Por debajo del sonido, en la radio se escuchó la voz de un hombre alta y clara:

—...silla está contra la pared, la silla está contra...

Y enmudeció. Los aviones se habían marchado. Cam no entendía la extraña frase, pero Newcombe asentía. El sargento pulsó dos veces su botón de «ENVIAR», una señal de respuesta rápida e imposible de localizar que indicaba que había comprendido el mensaje y miró a Cam y a Ruth.

—Buenas noticias —dijo.

### 3

Ruth se despertó dolorida. Le dolían los dedos y la muñeca. Sentía un picor áspero e intenso y salió de su saco de dormir, desesperada por apartarse del dolor. Era un acto reflejo tan básico como apartar la mano del fuego, pero aquellas ascuas estaban dentro de ella. La plaga de máquinas. Ruth lo sabía, pero se movió de todas formas y gritó en la oscuridad.

—¡Levantaos! ¡Levantaos!

Las estrellas brillaban cercanas con la intensa claridad de mil millones de fragmentos de luz. Incluso a través de las lentes de color bronce de las gafas protectoras, Ruth podía ver el cañón abierto de la calle residencial a su alrededor, pero al intentar levantarse se golpeó la rodilla con algo. Entonces el suelo tembló y resonó bajo sus pies. Estuvo a punto de caerse. Se agarró con los dos brazos y golpeó a Newcombe mientras éste se incorporaba.

Se encontraban en la caja de una camioneta Dodge. Habían encontrado una lancha al fin, horas antes de la puesta de sol, pero se pasaron unos cuarenta minutos buscando un vehículo capaz de remolcarla. Sacar la camioneta de las ruinas les había llevado otra hora. Para entonces, el sol se estaba poniendo y Cam sugirió utilizar el vehículo para acampar y que dos durmiesen mientras el otro hacía guardia. Las ruedas les servían de aislante, y empaparon el suelo de gasolina para protegerse de las hormigas y de las arañas.

—Pero ¿qué...? —exclamó Newcombe, pero se detuvo y se miró los guantes—. Joder.

El también lo había sentido.

—¡Estamos en un punto de concentración! —gritó Ruth cogiéndose el brazo herido mientras se levantaba como podía otra vez—. ¿Cam? Cam, ¿dónde estás? ¡Tenemos que irnos de aquí!

Un rayo de luz blanca atravesó la oscuridad desde el interior de la larga y estrecha lancha pesquera aparcada en el remolque. Entonces el foco de la linterna se elevó un poco y se reflejó en la pintura beige mientras Cam saltaba a la proa.

—Esperad —dijo—. Tranquilizaos.

—No podemos...

—Nos iremos, pero esperad. Coged vuestras cosas. Newcombe, será mejor que nos rociemos con más gasolina. A saber qué criaturas andarán despiertas ahora.

Su tono metódico debería haber ayudado a Ruth a controlarse. Tenía razón. Había demasiados peligros por ahí como para salir corriendo a ciegas en plena noche, pero el dolor era intenso y creciente y cada vez que inspiraba llevaba más nanos hacia sus pulmones.

El equipo de esquí sólo estaba pensado para proteger de la nieve y del frío. Las

chaquetas, las gafas protectoras y las máscaras de tela no les servirían de nada contra la plaga. De hecho, las máscaras eran prácticamente inútiles. Llevaban aquella armadura provisional para reducir el contacto, pero era una batalla perdida. Miles de partículas microscópicas cubrían cada metro de suelo, con mayor concentración en unos puntos que en otros, como membranas invisibles que se dejaban arrastrar. Con cada paso levantaban grandes nubes de ellas y andar despacio no ayudaba en nada. Estaban en medio de un océano invisible. Nanos propagados por el aire cubrían el planeta entero y formaban amplios lagos y corrientes a merced del tiempo. Aquella niebla era especialmente abundante allí, a nivel del mar. El viento podía elevarla y alejarla, pero la lluvia, las escorrentías y la gravedad hacían bajar a las máquinas subatómicas constantemente. Newcombe no había querido beber agua allí por temor a las bacterias, pero incluso de haber tenido pastillas depuradoras Ruth se lo habría impedido porque aquella orilla debía de estar infestada de nanos.

Su única protección real era la nano vacuna, pero ésta no era infalible. En una situación ideal, acabaría con la plaga en cuanto el invasor entrase en contacto con la piel o los pulmones. Pero en realidad su capacidad de acabar con la enfermedad era limitada y actuaba mejor en infecciones activas. Y eso era un problema. Una vez inhalada o absorbida de algún otro modo por un organismo, la plaga tardaba minutos o incluso horas en reactivarse, y durante ese espacio de tiempo podía extenderse más de lo que uno pudiera pensar. Un ser humano está compuesto de miles de venas, de tejidos, de órganos y de músculos, y una vez que las máquinas se duplicaban, el propio pulso del cuerpo se convertía en una debilidad, diseminando los nanos por todo el organismo.

La vacuna no era tan agresiva. Era imposible. Sólo podía reproducirse al aniquilar a su rival. De otro modo podría producirse otra plaga. Ruth le había enseñado a reconocer la única estructura del dispositivo calorífico de la plaga que compartían y le había proporcionado la capacidad de detectar las fracciones de caloría del calor residual que generaban los nanos constantemente al multiplicarse. Pero la vacuna siembre iba tras su antagonista. Siempre reaccionaba, y era más pequeña y más rápida, capaz de erradicar a su presa, pero sólo tras la persecución.

Por suerte, en cierto modo, la plaga tendía a aglomerarse en las extremidades y en las cicatrices, atacando así al cuerpo desde sus puntos más débiles. La vacuna se agrupaba del mismo modo, pero en más de una ocasión habían padecido molestias conforme la interminable batalla continuaba en su interior.

En el caso de Ruth era en su brazo roto. El tejido hinchado y coagulado parecía actuar como una pantalla que atrapaba a los nanos en su muñeca y los retenía en la mano, mientras la devoraban poco a poco. Tenía pánico a quedarse manca. Se preocupaba por eso porque no quería pensar en algo peor, como una hemorragia, un derrame cerebral, un ataque al corazón, o incluso la muerte.

Por un instante, miró a Cam temblando. Pero tras la luz blanca que llevaba en la mano no era más que una sombra distante y sin rostro. Ruth se agachó y cogió su mochila, alejándose de Newcombe mientras él encendía su propia linterna. No iba a molestarse en recoger su saco de dormir. Inmediatamente empezó a bajarse de la camioneta, apoyando un pie en uno de los lados.

—Ruth...

—¡Tú pesas treinta kilos más que yo! —gritó vencida por el miedo y la envidia—. ¡Maldita sea! ¡A mí siempre me va a afectar más! ¡Yo siempre llegaré antes a mi límite!

—Déjame ir delante —dijo Cam saltando desde la lancha.

La caída fue brusca. La luz de la linterna le alumbró el pecho, pero pronto se recompuso y se apartó de la camioneta.

Ruth dijo entre dientes:

—Tenemos que resguardarnos en algún lugar limpio.

—De acuerdo.

Cam iluminó la calle con la linterna y cambió de dirección. Después se volvió hacia Newcombe.

—Vamos —dijo—. Nos echaremos la gasolina por el camino.

Newcombe corrió hacia ellos con la segunda fuente de luz. Les alcanzó justo cuando llegaban a la acera y les hizo un gesto con la mano libre.

—Quedaos aquí —dijo—. Voy a inspeccionar esta casa. No os mováis de aquí.

Ruth emitió un sonido entre la risa y el llanto. Parecía una estupidez esperar junto al césped seco e irregular que había junto al buzón. En la oscuridad, aquel pequeño espacio tenía un aspecto perfectamente normal, a pesar del dolor, pero la decisión de Newcombe era indiscutible. Su sacrificio.

Si había esqueletos en el interior significaría que la casa estaba plagada de nanos. Había una gran concentración en la carretera, donde tanta gente se había desintegrado, pero también había sido reducida por el viento y la lluvia. Había pequeños lugares dispersos más seguros y, por lo general, tendían a resguardarse de cara al viento, y utilizaban sus propios nervios para calcular lo densa que era la plaga. Habían tenido mucha suerte intentando acampar en el interior. Una habitación sellada era una bendición, pero un solo cadáver podía significar millones de aquellas cosas, y tenían que evitar exponerse a altas concentraciones. Peor aún, podrían no advertir a simple vista que había cadáveres en el edificio. Como última medida desesperada, la mayoría de las personas se habían escondido, arrastrándose a los rincones y a los armarios.

Abrir todas las puertas era un buen modo de sobrecargar la vacuna, pero esa inspección era necesaria. Las viviendas con cadáveres eran también viviendas con insectos. O bien las hormigas habían entrado y habían establecido una colonia, o la

podredumbre había convertido la casa en un paraíso para termitas y escarabajos.

Encorvada sobre su brazo, Ruth observaba a Newcombe mientras se acercaba al edificio de dos plantas. El joven enfocó la fachada con su linterna para comprobar que no había ninguna ventana rota.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, Ruth? ¿Qué podemos hacer? —dijo Cam.

—Nada. Esperar.

«Dios mío», pensó ella. ¿O lo había dicho también en voz alta?

—Aquí tienes otra máscara. Póntela sobre la que llevas. ¿Necesitas ayuda? Espera.

Cam dejó su mochila y ajustó con cuidado la banda de tela por detrás de su capucha y sus gafas.

—Voy a inspeccionar la casa de al lado por si...

—¡Huesos! —gritó Newcombe.

Cam tiró de Ruth. —Vamos —dijo—. Vamos.

Hablaban como si les rodease un ruido intenso y repetían las palabras para que quedasen claras. Ruth se dio cuenta de que estaban separados y se apresuró a ponerse junto a Cam mientras Newcombe corría tras ellos. Tenían la terrible sensación de estar enjaulados, a pesar de que no había nada a su alrededor excepto la calle abierta. Estaban enjaulados por dentro.

Entonces Ruth se quedó a oscuras. Los dos hombres apuntaron con sus linternas hacia la siguiente vivienda. La puerta principal estaba colgando y Newcombe dijo:

—¡Dejadla! ¡Seguid avanzando!

Ruth resbaló en el borde de la acera y se golpeó la espinilla, pero se levantó como pudo, haciendo uso de la obstinación que tanto le había servido en su carrera. Su mente estaba centrada en un único pensamiento: «Seguir avanzando».

Cam la agarró de la chaqueta.

—No vayas tan rápido —dijo—. Debemos tener cuidado.

Ruth perseguía la luz de Newcombe. Sabía demasiado. Pocos adolescentes y ningún niño sobrevivían a una infección importante. Tener un cuerpo más pequeño era una desventaja, y ella siempre sería más propensa a sufrir los ataques que sus dos compañeros.

Sabía que el odio que sentía era absurdo y descabellado, pero no podía controlarlo. Intentaba ocultarlo.

—¡Vamos! —gritó.

No tenía nada que ganar acusándole pero, ¿por qué no les había avisado Cam? Él estaba despierto. «Se suponía que estaba despierto», susurró su nuevo odio. Entonces volvió a tropezar. Su bota se enganchó en algo y cayó sobre un seto quebradizo. Fue como si alguien le hubiese dado una bofetada.

Se quedó allí tirada, temblando, en silencio, escuchando la agonía de su brazo.

Incluso sus oscilantes emociones la habían abandonado.

—¡Te he dicho que fueras más despacio! —la linterna de Cam le recorrió el cuerpo.

El rayo de luz estaba lleno de polvo flotante y Ruth vio un farol negro de jardín enredado en su pierna, con el cable arrancado.

—¡Te podías haber roto la puta pierna! —dijo Cam enfadado mientras se arrodillaba.

Tiró del cable para liberarle pierna y, por primera vez, Ruth vio que tenía tics. Movía la cabeza una y otra vez para intentar frotarse la oreja con el hombro.

Entonces escuchó un ruido sordo y miró a su alrededor. Newcombe se encontraba ante la puerta principal, apoyando el hombro contra ella. De repente, el marco cedió y entró de golpe.

—Todo irá bien —dijo Cam, pero sus palabras no eran más que sonidos inútiles. Sonidos tranquilizadores.

Ruth asintió. El no tenía la culpa de lo que estaba pasando. Podría ser que simplemente la camioneta tuviese una concentración de nanos más elevada que la lancha, y Cam tenía su tamaño a su favor. Hacía tiempo, él también había sufrido daños considerables en pies y manos y casi le habían devorado la oreja. Era difícil que ellos notasen una infección antes que ella. Era sólo que ella lo esperaba todo de él, por muy justo o injusto que fuera.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Cam mientras se agachaba a ayudarla.

—¡Limpio! ¡Creo que está limpio! —chilló Newcombe desde dentro de la casa, y sus dos compañeros corrieron hacia la puerta con el felpudo de «Bienvenidos» todavía en su lugar. La entrada tenía el suelo de madera oscura. Ruth vislumbro el amplio comedor. Newcombe estaba junto a las escaleras que ascendían al segundo piso y les hizo un gesto con la mano.

—Por aquí-les indicó.

La linterna alumbró una serie de pequeños retratos enmarcados. Una familia. Rostros. Ruth obligó a sus piernas a arrastrarla. De repente se golpeó contra la pared y tiró al suelo dos de las fotografías. Cam pisó una e hizo añicos el cristal. Una vez arriba, Newcombe se dirigió hacia la izquierda, al cuarto de un niño. Las paredes eran azules y de ellas colgaban dos pósters de futbolistas en blanco y negro. La luz de las linternas iba recorriéndolo todo. Cam cerró la puerta. Newcombe se inclinó sobre la pequeña cama y tiró de las mantas. Después se arrodilló ante la puerta y tapó con ellas el hueco que había entre ésta y el suelo. —La ventana —dijo Ruth.

Cam abrió los cajones de la cómoda y los tiró al suelo. Cogió dos montones de ropa y cubrió la repisa de la ventana lo mejor que pudo con las camisas y la ropa interior. Los tres respiraban con dificultad. —¿Mejor? —preguntó.

Ruth negó y asintió con la cabeza confundida por el dolor. —Es todo lo que

podemos hacer —respondió—. Empeorará. A salvo en aquel dormitorio, su vacuna sólo tenía que actuar contra la plaga que ya infectaba su sangre, las partículas que transportaban en la ropa y el movimiento. No obstante, al correr y sudar habían acelerado la absorción.

Ruth empezó a llorar. Ahora la plaga se cebaba también con su pie izquierdo y las heridas de la mano le ardían como lava, le consumían el hueso, y sentía calambres en todos los músculos.

Sus manos formaban una garra paralizada. En la penumbra, la habitación destrozada encajaba perfectamente con sus pensamientos: un caos incoherente plagado de organismos agitados. Su claustrofobia la invadió como un cáncer, entumeció su inteligencia y dejó paso únicamente a un terror y un remordimiento infantil.

Cam lo soportaba en silencio, pero Newcombe golpeó la pared con la mano.

—No —susurró Ruth—. No.

Por fin, el escozor pasó a convertirse en un dolor más normal. Todo había acabado. Se quitaron las máscaras y las gafas protectoras y se deleitaron con el aire viciado. Ruth evitaba sus miradas, se sentía demasiado vulnerable, avergonzada. Estaba agradecida, pero al mismo tiempo repugnada.

Cam se había convertido en un monstruo a causa de sus viejas heridas. Su oscura piel latina había sufrido decenas de erupciones, casi siempre en los mismos puntos, lo que le había dejado terribles protuberancias en una de las mejillas e irregularidades en el mentón. Lo peor eran sus manos. Estaban cubiertas de cicatrices y marcas de ampollas, y en la derecha sólo podía usar dos dedos y el pulgar. El meñique no era más que un gancho débil y retorcido de tejido muerto prácticamente devorado hasta el hueso.

Ruth Goldman no era especialmente religiosa. Durante la mayor parte de su vida adulta, el trabajo le ocupaba demasiado tiempo como para preocuparse por Hanukkah o por Pascua, a menos que fuese a visitar a su madre, pero ahora sus emociones rayaban lo místico. Demasiado fervientes y complejas para comprenderlas todas a la vez. Prefería morir antes que sufrir lo que él había sufrido, pero al mismo tiempo quería ser como él, poseer su calma y su fuerza.

Cam sacó la poca agua que les quedaba, unas lonchas de cecina salpimentada y unas galletas. El estómago de Ruth era una bola de ácido, pero él la obligó a comer, lo cual ayudó un poco. También tenía una botella de ibuprofeno que repartió en cuatro dosis para cada uno, una pequeña sobredosis. Después intentaron relajarse de nuevo, estaban más que agotados. Cam y Newcombe le cedieron a ella la camita y despejaron el suelo para tumbarse, pero Ruth ya no volvió a dormirse aquella noche.

La habitación parecía más grande con el gris amarillento del amanecer y conservaba un aspecto ordenado por encima del suelo. Los pósters. Los robots de

juguete y los libros en las estanterías. Ruth intentó que no le afectase, pero estaba muy cansada. Estaba dolorida. Y lloró por aquel niño anónimo y todo lo que él representaba, y en aquel lamento se escondía una fría y persistente ira.

Estaba lista para seguir adelante.

Sabía que valía la pena.

Por muy dura que se hubiese vuelto la vida en las montañas, no había excusa para las decisiones que había tomado el gobierno de Leadville. Si ellos ganaban, si dejaban que la mayor parte de los supervivientes del mundo, que se encontraban por encima de la barrera muriesen, sería en muchos sentidos un crimen peor aún que la plaga en sí. Lo que aquel lugar y todos los demás cementerios como él merecían era vida nueva. Una limpieza. Las ruinas que no pudiesen repararse deberían demolerse. Las zonas menos afectadas deberían repoblarse. Había ciudades desoladas por todo el planeta, muchas más de las que se podría reclamar durante generaciones. Ellos lo habían olvidado. Los líderes estaban demasiado aislados, atrapados en su fortaleza.

Ruth se obligó a comer con estos pensamientos desalentadores a pesar de que tenía un nudo en el estómago. El desayuno eran unas cuantas latas de ternera con patatas y una salsa fría y pegajosa. Cam comía como si le doliese, y Ruth quería decir algo, pero no sabía muy bien qué. Sus papilas gustativas reaccionaron al fresco olor a gasolina. Le daba dolor de cabeza, pero al menos mitigaba el hedor de la esquina del armario que habían utilizado como retrete. —Déjame ver el mapa otra vez —pidió. Newcombe dejó su lata y se desabrochó el bolsillo de la chaqueta. Siempre lo doblaba y se lo guardaba por si tenían que salir corriendo. «Es otra manera más de tenerlo todo controlado», pensó Ruth mientras observaba su rostro alargado de nariz aguileña, sus cejas rubias y su barba de tres días. Newcombe tenía un aspecto joven incluso bajo las mordeduras de las hormigas, la suciedad y las marcas rojas que le dejaban las gafas protectoras y la máscara.

No le gustaba su silencio. Newcombe estaba impaciente y empezó a desplegar el mapa cuando aún tenía una esquina metida en el bolsillo. Sí, todos estaban doloridos e irritables, y ya habían debatido sus opciones cuando los aviones se habían marchado, pero no podían permitirse tomar la decisión equivocada.

Su plan era volver corriendo a la furgoneta y alejarse conduciendo del punto de concentración lo más rápido posible. El remolque para la lancha ya estaba enganchado, y Newcombe había dejado al descubierto el encendido de la furgoneta para que arrancarla fuera sólo cuestión de conectar dos cables. Tras dos meses sin usar, la batería aún tenía suficiente energía como para arrancar el motor una vez. Después la tendrían encendida durante más de una hora para generar una carga. «Lo hemos hecho bien», había dicho Newcombe con un tono sorprendentemente suave mientras apoyaba la mano en el alto y amplio capó del vehículo. Sólo podía estar hablando de sí mismo, pero Ruth tenía la sensación de que a Newcombe le invadía el

mismo orgullo melancólico que le rondaba a ella sentada en los restos del dormitorio de aquel niño. Se alegró. Ni siquiera el implacable soldado de las Fuerzas Especiales era impasible.

Newcombe confiaba en que la camioneta arrancararía, y el enorme motor de la lancha también se había encendido. La pregunta era hacia dónde irían.

«La silla está contra la pared». Aquella extraña frase lo había cambiado todo y había alterado el equilibrio que existía entre ellos. Era casi como si de repente hubiese otras personas entre ellos tres, justo cuando empezaba a adaptarse a estar tan absolutamente sola. Ruth se había acostumbrado a superar en número a Newcombe. Cam siempre la apoyaba, pero ahora Newcombe tenía un nuevo poder y Ruth pensó que Cam dudaba.

El código de la radio era un punto de encuentro. Pese al caos del Año de la Plaga, seguían estando en el siglo XXI. Los canadienses tenían los ojos puestos en el cielo. Los rebeldes controlaban tres satélites estadounidense. Leadville no podía ocultar su repentino tráfico radiofónico, y menos en aquel mundo vacío. Y tampoco el flujo repentino de aeronaves. Incluso si los canadienses no hubiesen participado en la conspiración prometiendo ayuda y refugio, se habrían dado cuenta de que algo importante estaba sucediendo.

La escuadra de Newcombe se había dirigido a Sacramento con al menos ocho planes de emergencia, cinco de los cuales llevaban a tramos de carretera abiertos donde los aviones podían aterrizar, y Ruth no tenía la menor duda de que aquellos hombres podrían haber alcanzado uno de sus puntos de encuentro hacía tiempo si hubiesen avanzado solos, incluso con los trajes de aislamiento, incluso portando bombonas de oxígeno extra.

Los canadienses habían planeado interceptarlos en la Columbia Británica. Las dos naciones norteamericanas habían sido aliadas durante casi trescientos años, pero ahora Canadá iba a asaltar la frontera a la fuerza y desplegaba cuatro alas de ataque que hacían de cortina contra cualquier caza de Leadville. Newcombe quería dirigirse a la autopista 65, justo al norte de Roseville, y a Ruth la idea le resultaba muy tentadora. Lo ansiaba. Seguridad, comida... y una ducha. Pero aquello implicaba seguir avanzando hacia el norte cuando hubieran atravesado el mar y quedarse en las tierras bajas en lugar de dirigirse al este, hacia las montañas, y aquello le causaba un profundo temor.

—Mirad —dijo Newcombe mientras apoyaba el mapa en el suelo con las manos desnudas, exponiendo así sus nudillos heridos y magullados.

Después desplazó su dedo suavemente desde Citrus Heights hasta Roseville.

—Mirad lo cerca que estamos. Podríamos llegar dentro de un par de días.

—No lo sé —dijo Ruth tocándose las marcas de la cara producidas por la presión de las gafas protectoras.

Pensaba en la emboscada de paracaidistas que había acabado con la escuadra de Newcombe.

—Vendrían en uno de esos aviones de carga, ¿verdad? —preguntó.

—No necesariamente. Yo enviaría algo pequeño y rápido.

La idea de meterse en un avión le volvió a dar claustrofobia, y miró con inquietud las paredes de la habitación. No toda la tripulación de la EEI había sobrevivido al accidente de la lanzadera espacial *Endeavour*.

—Basta con un misil para derribamos —dijo Ruth—, y Leadville hará todo lo posible por evitar que otro obtenga la vacuna. Ya lo han demostrado.

—Existen maneras de defenderse contra los misiles aire-aire, sobre todo si nuestra escolta no deja que se acerque nadie —explicó Newcombe—. Y si no hacemos esto, tendremos que seguir jugando al escondite con los helicópteros. Hasta ahora hemos tenido suerte.

—¡Pero es que estamos tan cerca de las montañas! —Ruth le miró a los ojos azules como suplicándole—. La idea es facilitarle la vacuna al mayor número de personas posible para que nadie pueda controlarla o monopolizarla.

A la científica le preocupaba que el gobierno canadiense resultase ser igual de egoísta. En general habían perdido mucho más que los Estados Unidos, y podrían ver también la vacuna nanotecnológica como una oportunidad de conquista y de renacimiento.

—No estamos tan cerca —dijo Newcombe—. Mirad. Mirad donde estamos. Estamos a cientos de kilómetros de las sierras y el camino será cada vez más cuesta arriba. Aún nos faltan semanas para llegar a un punto lo bastante elevado. Y ni siquiera sabéis si allí habrá alguien con vida. Podríamos seguir caminando durante otro mes más buscando una montaña donde alguien haya sobrevivido todo este tiempo.

«Y podrían ser peligrosos», pensó Ruth, incapaz de dejar de mirar a Cam. Era una auténtica preocupación. Algunos de aquellos supervivientes estarían demasiado desesperados como para preocuparse de por qué o cómo habían llegado, pero no dijo nada. No le daría a Newcombe ningún argumento para utilizarlo en su contra. Ruth estaba convencida de que la mayoría de la gente les ayudaría, y de que una vez hubiesen llegado hasta cuatro o cinco grupos serían imparables, avanzarían en todas direcciones y harían llegar a las zonas de mortalidad por plaga a una nueva marea humana.

—Esta es nuestra mejor oportunidad de llegar a alguna parte —dijo Newcombe.

«Soy más fuerte que tú», pensó Ruth, pero tenía que ir con cuidado. No podía permitirse tenerle en su contra.

—No me gusta la idea —sentenció.

Por fin, Cam intervino y Ruth lo agradeció.

—Esto es lo que yo haría —dijo—. Este terreno no les sirve para nada si nosotros nos marchamos. Si yo fuese Leadville y pensase que los canadienses iban a despegar con nosotros, bombardearía con armas nucleares toda la zona. Mirad. Oregón. Podrían poner una bomba en cualquier sitio de nuestra Hita. Un avión no tendría manera de defenderse, ¿verdad?

—Eso es una locura —dijo Newcombe—. Éste territorio es suyo. Es suelo estadounidense.

—No. Ya no.

—Usarán armas convencionales —insistió el militar—. Escuchad, de un modo u otro, es un juego, así que tenemos que apostar sobre seguro. El respaldo de los rebeldes y los canadienses.

Ruth apretó el brazo dentro de la escayola y se preguntó hasta qué punto su entrenamiento habría afectado a su malicia de pensar y a su necesidad de organización. Newcombe era un militar increíble e improvisaba con facilidad en cualquier situación, pero al fin y al cabo seguía siendo un soldado con expectativas de alcanzar un rango más alto. Iba a ser un problema.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó a Ruth señalando su brazo.

¿Le habría visto el puño?

«Las infecciones de anoche le asustaron», pensó ella, «y a mí también». Pero al menos sabía lo poco frecuente que sería topar con una zona de tanta concentración, y menos habiendo salido del delta.

—Están dispuestos a arriesgar muchas vidas —dijo Newcombe—. Combustible, aviones. El plan siempre ha sido llevarte al norte, meterte en un laboratorio, mejorar la vacuna y extenderla por todas partes.

—Aun podemos hacerlo —dijo lentamente Ruth—. Podemos hacer eso cuando hayamos llevado la vacuna a unas cuantas personas.

Cam la sorprendió. —Podríamos separarnos —dijo.

Ruth acertó al pensar que Cam vacilaba, pero se equivocó sobre la gran duda que le rondaba la cabeza. Pensaba que estaba a punto de apoyar a Newcombe respecto a lo de subirse al avión, y sin embargo, sugirió otra alternativa.

Estaba dispuesto a dejarla atrás, y aquello le molestó más de lo que había imaginado. La indignó.

—¿Por qué no nos separamos? —dijo Cam—. Yo iré hacia las montañas mientras vosotros vais al punto de encuentro. Se sintió traicionada.

## 4

Estaban en el agua antes de que el sol asomase por encima de las montañas. Con la práctica que habían adquirido vaciaron la casa en cinco minutos. Encontraron un pack de agua embotellada en la cocina y una considerable cantidad de desinfectante, gasas, esparadrapo y perfume en los cuartos de baño. Después corrieron hacia la camioneta. Newcombe arrancó con facilidad mientras Cam y Ruth subían a la lancha. Todo parecía ir bien, pero Cam advirtió que estaban más callados que de costumbre. Sabía que había asustado a Ruth. Bueno, tenía que entenderlo. Él no era su perrito y no iba a decir siempre que sí a todo. A pesar de ello, se encontró a sí mismo buscando su mirada mientras Newcombe les alejaba de la casa.

Ella le rehuía. Protegida bajo las gafas y la máscara, Ruth se sujetaba con fuerza al asiento. Estaba prácticamente sentada de lado porque sólo podía agarrarse con un brazo.

La lancha era una Champion de casi siete metros, ligera como una flecha y casi igual de estrecha. Con un casco de menos de un metro de profundidad, parecía más bien una embarcación de pesca de poco calado. Sólo tenía dos asientos en la cubierta plana. La Champion estaba pensada para transportar a los pescadores de un buen sitio de pesca a otro más rápido, lo cual era perfecto. Cam pensó que incluso el eje del motor no se sumergiría mucho más de medio metro en el agua, lo que podría ser crucial entre las ruinas.

Newcombe condujo hasta la orilla más despacio de lo que Cam esperaba. Deberían de haber vuelto al punto de concentración en cuanto abandonaron la casa, pero la calle apenas presentaba pendientes, el nivel de agua había subido y bajado varias veces, y los veintisiete metros de suciedad y de basura que había ido dejando a su paso ahora formaban líneas y dunas.

—¡Sujetaos! —gritó Newcombe.

Pasaron aplastando espuma de poliestireno y plástico, la pantalla de una lámpara, latas de refrescos vacías, ropa húmeda pestilente y papel. Un sinfín de trozos de papel. Por delante de ellos, la superficie de aquel mar poco profundo estaba llena de basura flotante que se acumulaba entre las casas, por todas partes. Newcombe pretendía meterse en él con el vehículo. Era una furgoneta enorme, y pensó que avanzaría lo bastante para llegar a un punto en que el agua cubriese lo suficiente como para soltar la lancha del remolque. No quería arriesgarse a quedarse enganchado con algo al dar marcha atrás con la lancha como se hacía normalmente.

La furgoneta entró en el agua y se abrió paso a través de los escombros. Entonces chocaron con algo grande. Uno de los laterales del remolque se elevó. La lancha se deslizó en dirección contraria y estuvo a punto de soltarse. Ya habían retirado las cuerdas que aseguraban la Champion al remolque para no perder tiempo en el

momento en el que una ola la liberase. Ahora pensaban que aquélla había sido una decisión totalmente estúpida.

Pero funcionó. Newcombe continuó al volante y el remolque se elevó aún más. El motor resoplaba. La Champion resbaló y se desplazó algunos metros. La superficie que rodeaba de la lancha estaba atestada de leña carbonizada y mojada.

Newcombe ahogó el motor. Entonces salió de la furgoneta y subió a la lancha con cuidado, sucio y mojado. Los otros dos seguían secos. Cam le ayudó a subir y dijo:

—Bien hecho, tío. Buen trabajo.

—Ha resbalado un poco —respondió Newcombe.

Y aquello fue todo lo que dijo. No obstante, Cam sintió que aún había posibilidades de arreglar las cosas entre ellos sin lugar de dejar que la desconfianza de la científica continuase separándoles. Podía empezar de cero. Pero él no estaba allí por Newcombe. Se giró a mirar a Ruth y después desvió la mirada hacia el mar abarrotado. En aquel momento lo que más deseaba en el mundo era hablar con ella a solas.

No quería pelear. Cada minuto que pasaban en aquel lugar era ya lo bastante difícil como para perderla a ella.

El motor resonaba de manera extraña. El sonido rebotaba en todas las fachadas y escapaba por todos los huecos. Entraba y salía a través de las ventanas rotas y las puertas abiertas mientras avanzaban por las calles residenciales.

Newcombe mantuvo el motor Mercury de 260 caballos a la velocidad mínima. La Champion no bajaba de los ocho kilómetros por hora y se deslizaba sin esfuerzo. Chocaban y rebotaban con demasiada frecuencia en puntos estrechos. La hélice seccionó el capó de un coche hundido y reventó una de las ventanillas, lo que formó un remolino de burbujas y cristales. En varias ocasiones pasaron rozando setos secos, leña y basura que flotaba a la deriva. Las ruinas formaban un auténtico laberinto. Cam lo hacía lo mejor que podía. Siempre miraba al este en busca de una salida. En ocasiones aquello resultaba fácil. La riada se había producido desde aquella dirección y había derribado vallas e invadido jardines, dejando a su paso hileras de escombros y de barro a sotavento, al oeste. Las calles en dirección este estaban en su mayoría despejadas.

Tenían que saber si podían ir río arriba, incluso si aquello provocaba otra discusión. Newcombe debía de haberse dado cuenta de lo que pretendía Cam, pero ninguno de ellos tenía ningún interés en ir hacia el oeste, y los dos trabajaban bien juntos. En un momento dado colaboraron para pasar junto a una maraña de cables de tendido eléctrico. En otra ocasión hicieron turnos para asomarse por la borda para apartar una enorme placa de aluminio. Seguía habiendo pequeñas cosas extrañas flotando en los pasillos más estancados, una granja de juguete, zapatos, una fiambarrera perfectamente cerrada llena de moho...

El sol iluminaba con hectáreas de luz clara el mar sucio. Destellaba en las zonas en las que se concentraban productos químicos. Relucía en los cristales y la chatarra y se reflejaba en cada uno de los arañazos del cristal de las gafas de Cam, lo que le obligaba a girarse, y creaba formas que en realidad no estaban.

Una y otra vez atravesaban finas redes, cientos de hebras tejidas por miles de arañas. De repente, Newcombe aceleró mientras pasaban por la estructura derrumbada de una casa se encontraron a un brazo de distancia de una pared llena de nidos de seda blanca, todos repletos de pequeñas criatura; marrones. El agua no sólo protegía a las arañas de las hormigas. También mantenía la zona a una temperatura lo bastante fresca como para que no se viesen afectadas por la plaga ni siquiera en verano, y Cam volvió a maravillarse ante el nicho evolutivo que tenían ante sus ojos. Tenía la sensación de que lo que quedaba del ecosistema se estaba separando aún más en lugar de cohesionarse de nuevo, pero estaba demasiado cansado como para pensar en cómo acabaría todo.

Dirigirse hacia el este era una pérdida de tiempo. Por fin, a los cuarenta minutos, Cam y Newcombe pudieron inspeccionar la orilla con los prismáticos. Lo que vieron, una infranqueable pendiente de barro surcada por decenas de finos hilos de agua, tomó la decisión por ellos. Irían hacia el norte.

Una hora más tarde, Newcombe buscó un lugar para atracar la Champion. Se apresuraron hacia un pantano estrecho bajo una enorme intersección de carretera donde esconderían la lancha. Newcombe preparó la funda del motor y Cam le ayudó a verter más de treinta cantimploras de agua sobre él para enfriarlo. Sería una imprudencia dejar una huella de calor reciente en la orilla que indicase a sus enemigos el camino que habían seguido. Cam calculó que habían avanzado poco menos del doble de la distancia que habrían recorrido a pie, pero ésa era también la idea, dejar que Ruth descansase todo lo posible. Incluso se había tumbado un rato sobre el cabo enroscado en la proa de la cubierta, totalmente apartada.

Tenían que hablar sobre lo que ella quería que él hiciera.

Podrían haber tenido la oportunidad de hacerlo. En cuanto pasaron una valla y volvieron a la interestatal, Newcombe se detuvo, se arrodilló y miró el reloj. Reorganizó su mochila rápidamente. La parte exterior presentaba unos bolsillos de red en los que guardaba una de sus pequeñas radios, los prismáticos y un bote de gasolina. Ahora había sacado la radio y los prismáticos y había metido tarros de jarabe de arce. Se preparaba para irse solo a poner más trampas de comida.

Cam le detuvo.

—Espera.

—Os alcanzaré.

—No es eso lo que me preocupa —explicó Cam, consciente de que Ruth les estaba observando. Su postura había cambiado en cuanto quedó claro lo que

Newcombe estaba haciendo, estaba algo más erguida, pero ahora, la encorvadura de la preocupación y la tensión había vuelto a cargarle los hombros.

Cam se sentía mal. Quería tranquilizarla, pero aquello era más importante.

—No podemos colocar señuelos a este lado del agua —dijo—. Al menos no aún. Piénsalo. Al ponerlos todos en el centro, los enjambres no seguían ningún patrón. Pero si los de Leadville advierten que las mayores concentraciones se dirigen hacia el norte sabrán que las estamos provocando nosotros.

Newcombe le miró.

—De acuerdo.

—Vamos —le dijo Cam a Ruth tocándole con suavidad el brazo sano.

Ella le observó la mano. Después le miró a la cara e intentó leer su mente. El asintió. Era la mejor seña que podía hacerle, oculto tras las gafas y la máscara.

Caminaban. Caminaban y cada minuto que pasaba se hacía más difícil. El estrés y la fatiga les hacía avanzar despacio, y la monotonía del camino resultaba tediosa, coches y más coches, cadáveres y más cadáveres. Newcombe fue el primero en divisar unas cuantas nubes al oeste. Cam deseó que se nublase. El cielo cubierto les protegería de los satélites y los aviones, y el descenso de las temperaturas también calmaría a los insectos. Y lo más importante era que las chaquetas y las capuchas actuaban como saunas individuales. Siempre estaban deshidratados.

Era casi mediodía cuando se escondieron bajo tierra, mucho más tarde de lo que habían querido. Al menos habían encontrado un canal amplio y seco que se extendía bajo la carretera. Cinco minutos después oyeron una explosión a lo lejos que parecía una bomba sónica.

—Por Dios, no —dijo Ruth levantando la cabeza del lugar donde se había acurrucado para dormir.

—¿Crees que nos han descubierto? —le preguntó Cam a Newcombe.

El soldado se encogió de hombros. En silencio, se asomaron al exterior. Cam obligó a Ruth a beber toda el agua que pudiera. Comieron patatas fritas y atún, y Newcombe actualizó su diario en un momento tras mirar el reloj de nuevo. Cam se había dado cuenta de que el militar hallaba un gran consuelo en la hora y la fecha. Tenía cierto sentido. Aquellos números eran lo único de lo que se podían fiar.

Finalmente, Ruth y Newcombe se acomodaron para descansar otra vez. Un grupo de helicópteros sobrevoló el valle, a lo lejos, como un trueno distante. Pero eso fue todo. Los cazas no se acercaron.

—No me dejes —susurró Ruth con su pequeña mano apoyada en el hombro de Cam.

Él se volvió y abrió los ojos en la oscuridad, sin saber si se había dormido o si se había estado despertando constantemente. No se sorprendió al verla inclinada sobre él.

Sintió que el vello del brazo y del cuello se le erizaba. Era como si hubiese estado esperándola y entonces se dio cuenta de que había vuelto a tener aquella pesadilla en la que Erin se desangraba mientras diez mil saltamontes nublaban el sol. Más allá del canal el cielo estaba oscuro, como en su sueño, y los dos tenían la postura exacta que habían adoptado Erin y él, uno en el suelo y el otro de rodillas, sólo que en este caso se invertían los puestos. En su sueño él estaba en el lugar de Ruth, inclinado sobre su amante viendo cómo se ahogaba en sus propios pulmones corroídos.

Cam se sentó asustado. Aún era pronto, pero el cielo era una masa oscura, excepto donde la luna en cuarto menguante iluminaba el horizonte. Las nubes debían de haber llegado. Najarro se alegró. Miró hacia su compañero y escuchó. Newcombe estaba a poco más de un metro de distancia, pero en la oscuridad parecía más lejos. Su respiración era suave y regular.

Ruth se había ofrecido a hacer la primera guardia, ya que había dormido en la lancha y nada más llegar al canal. Aquél fue el único motivo por el que accedieron. Normalmente dejaban que durmiese toda la noche.

Ella lo había elegido. Quería hablar con él.

—Por favor —dijo apoyando de nuevo los dedos en su hombro.

Era un gesto absurdo, ya que no había ningún contacto más que el de su guante sobre su chaqueta. No era más que una sombra deformada bajo las gafas protectoras y la máscara, pero Cam recordaba las líneas de su boca y su mirada rápida e inteligente.

«No lo sabe», pensó él. «No puede saberlo. Nadie pensaría que puedo sentir algo así por alguien, porque nadie podrá volver a sentir algo así por mí».

Y si lo supiera... Si fuera consciente de la atracción que sentía por ella, la odiaría por utilizarlo en su contra.

—Newcombe quiere irse de aquí —susurró Ruth—. Y no le culpo, pero él no ha pasado por lo que hemos pasado tú y yo.

No lo entiende.

Cam asintió pensativo. Quería tener más razones para (Star más cerca de ella. Incluso negativas. Y una vez más se preguntó cómo debió de haberse sentido viendo cómo se oscurecía el planeta desde la estación espacial, viendo que se quedaba así, que las ciudades de todos los continentes se quedaban desiertas y abandonadas. Había sufrido de muchas maneras diferentes, más como una prisionera que como una refugiada.

—No me dejes —repitió—. No lo haré —le prometió.

Pero, al mismo tiempo, sabía que era muy posible que Newcombe les presionase. ¿Qué otra cosa podía hacer el soldado? ¿Dejar que se marchasen? Newcombe se jugaba casi tanto como ellos. Jamás se subiría a un avión sin Ruth o sin su registro de datos.

Cam volvió a mirar al hombre tumbado y un ancestral instinto animal se apoderó

de él, una especie de clarividencia vacía que no había vuelto a sentir desde que asesinó a Chad Loomas, el primer hombre que robó y ocultó comida en el pequeño pico montañoso donde Cam había sobrevivido durante el Año de la Plaga.

En una pelea, Newcombe tenía todas las de ganar. Era más fuerte y tenía un fusil de asalto. En lugar de enfrentarse a él cara a cara, lo más inteligente era dispararle por la espalda.

Antes de que amaneciese continuaron hacia el norte. Era necesario decidiesen lo que decidiesen. Tenían que asumir que había una base avanzada, ya fuese en la cima de la montaña donde Ruth y Newcombe se habían encontrado por primera vez con Cam o en alguna parte de Tahoe o Yosemite, o en los tres lugares. Tenían que asumir lo peor. Los helicópteros del día anterior podían haber estado llevando a cabo un rastreo aleatorio, pero Newcombe estaba convencido de que no era así. El combustible era demasiado valioso como para malgastarlo.

El sol de la mañana disipaba las nubes cuando descubrieron el motivo que llevaba a los helicópteros a patrullar. Sólo había un cuerpo. Un cuerpo entero. Aplastado y quemado, pero entero. Saltaba a la vista que era distinto a los miles de esqueletos desnudos que se encontraban desperdigados por la carretera.

—Parad —dijo Cam.

Estaban a una distancia de unos cincuenta metros. Najarro se subió al parachoques de una ranchera y se sacó los prismáticos de la chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruth estirando el cuello.

Era un hombre joven que vestía un uniforme. Estaba envuelto en su equipo y seguía atado al paracaídas. Un paracaídas rasgado. Su ropa y su piel estaban chamuscadas y parecía tener heridas de metralla. Era difícil saberlo con certeza porque los insectos ya le habían invadido y formaban una fantasmal neblina ondulante a su alrededor. Había caído hacia la muerte desde una gran altura. Parte de él se había desparramado y el resto sólo se mantenía unido por el uniforme, los cinturones y la mochila.

—Joder —musitó Newcombe.

Cam ya estaba examinando el horizonte en busca del resto de la tripulación y del avión en sí. «Esa fue la explosión que oímos antes de que los helicópteros viniesen a limpiarlo todo», pensó. Pero no vio nada. La aeronave podía haberse estrellado a kilómetros de allí, dependiendo de la altitud y la dirección que llevase cuando la alcanzó el misil.

—¿Es un piloto? —preguntó Ruth.

«Debe de pensar que se eyectó», advirtió Cam. Y se bajó del coche. Le pasó los prismáticos a Newcombe.

—Es un paracaidista —dijo—. ¿Qué te parece, Newcombe? ¿Es canadiense?

—Pero no lleva traje de aislamiento —observó Ruth.

—Es estadounidense.

Newcombe reconoció algunas cosas de las prendas del hombre, aunque Cam no había visto ninguna insignia militar.

—Seguramente fuera un rebelde —concluyó el militar.

—Pero así no habría sobrevivido aquí abajo más de un par de horas —dijo Ruth — Tenía que saberlo.

—Seguramente esperaba encontrarse con nosotros —dijo Cam.

Ruth apartó la vista del muerto y les miró, pero Cam sólo la veía por el rabillo del ojo. Mantuvo los ojos fijos en Newcombe, que hacía movimientos inquietos e imprecisos con los prismáticos. Pero Cam no los cogió y finalmente los dejó sobre el capó del vehículo.

—La verdad es que hacer que venga más gente es una idea estupenda —dijo Cam—. Vienen en un avión lleno de sus mejores hombres, les inoculamos la vacuna y así ellos la extienden por todas partes.

—¿Has estado hablando con ellos? —le preguntó Ruth a Newcombe.

Newcombe guardaba las tres radios. No pesaban mucho, pero ellos lo habían visto como otro gesto para ayudar al equipo. Pensaban que estaba compartiendo su fuerza. Ahora Cam sabía que la decisión del soldado había sido puramente egoísta.

—Sólo estará confirmando la recepción de los mensajes —dijo Cam—. Pulsando el botón de enviar de nuevo, como un código Morse, ¿verdad? Si emites demasiadas señales, Leadville podría detectarlas —continuó.

Entonces se dio cuenta de algo más.

—Por eso ayer querías alejarte de nosotros. Sabías que no debíamos poner más trampas de comida. Sólo querías utilizar la radio sin que te viéramos.

—Escuchad... —dijo Newcombe estirando los brazos hacia los lados.

Su postura era abierta y tranquila.

—¿Qué más nos estás ocultando? —preguntó Ruth interponiéndose entre ellos.

Cam se sintió orgulloso de ella, pero concentró su atención en las manos de Newcombe.

—La lucha se ha intensificado —reconoció Newcombe—. Es una guerra absoluta. Tenemos que salir de aquí en cuanto tengamos la oportunidad.

—Ese hombre... —dijo Ruth—. ¿Derribaron su avión?

—Los rebeldes y los canadienses están presionando a Leadville todo lo que pueden, es una ofensiva tras otra —explicó el joven—. Y está funcionando. Ahora mismo, la capital está centrando casi toda su atención en Colorado.

—Pero ese hombre... —dijo Ruth.

El corazón de Cam se aceleró al pensar en lo que estaba por venir y su mente empezó a imaginar aviones y helicópteros atravesando la Divisoria Continental, desde la Columbia Británica hasta Colorado. Otros se dirigirían al oeste a través del

cielo gris que tenían sobre sus cabezas, enfrentándose entre ellos sobre los desiertos de Utah y de Nevada.

—Incluso si alguien lograra alcanzarnos —dijo—, ahora mismo sería una locura subir a un avión.

—Es nuestra mejor opción —protestó Newcombe.

—No. Tú mismo lo has dicho —siguió Ruth—. Leadville está distraída. Es nuestra oportunidad para avanzar hacia las montañas.

—Pero así no conseguirás nada —dijo Newcombe—. Sigues siendo un blanco fácil.

«Tú lo eres. Tú». Cam advirtió que Newcombe ya se estaba alejando de ellos mentalmente. ¿Debería decírselo? «Vete tú». Ruth y él seguirían caminando mientras Newcombe iba a reunirse con ellos. Tal vez fuera lo mejor. Separarse era el único modo de doblar las posibilidades de que alguien lo lograra, y Newcombe se saldría con la suya, completando al menos algunos de los objetivos de su misión.

—Nuestra mayor prioridad es extender la vacuna —dijo Ruth con persistencia—. Eso es lo primero.

—Por el amor de Dios, eso es justo lo que estoy intentando hacer —dijo Newcombe apartando la vista de Cam hacia su mochila. Estaba buscando el registro de datos.

—Márchate tú si quieres —dijo Cam rápidamente.

—Mi misión es garantizar vuestra seguridad —respondió Newcombe.

«¿Qué le habrán dicho?» se preguntó Cam. «¿Qué clase de promesas escucharía si cogiese una de las radios esa noche?»

—Tenéis que volver a los laboratorios —dijo Newcombe.

Cam levantó la mano izquierda, la vendada, como cuando un niño hace una pregunta en el colegio. La malla se había soltado unos centímetros y le colgaba del guante, cubierta de barro y de óxido del guardabarros de un coche. Alzó la mano en un gesto de distracción y sacó su pistola con la otra.

Newcombe se estremeció. Estuvo a punto de agarrar su fusil, pero se detuvo con las palmas hacia delante.

—Dame las radios —le ordenó Cam.

## 5

El comandante Hernández avanzaba con cuidado para evitar que el peso que llevaba sobre sus hombros le arrastrase colina abajo. Podría romperse un tobillo con facilidad, sobre todo con las piernas y el cuerpo atrapados en aquel equipo.

En la Divisoria Continental, a unos cuatro mil metros de altura, incluso una soleada tarde de mayo era gélida, y las noches letales. Las armas se encasquillaban con el frío. Las ortodoncias, las gafas y los anillos quemaban. Como todos los soldados que se encontraban bajo su mando, Hernández vestía ropa de abrigo y llevaba más capas de las que cabían en su chaqueta verde oscuro. Preferían estar incómodos a muertos, pero aquello también les hacía torpes.

—¡Aaah! —gritó un hombre a sus espaldas.

Hernández oyó un sonido metálico. El pulso se le aceleró, pero se controló. Levantó la lona y se la quitó de la espalda antes de soltar la roca. La piedra de veinte kilos se derrumbó mientras Hernández se apartaba de ella para buscar a su compañero.

El soldado Kotowych estaba de rodillas contra la pared del desfiladero apretándose un brazo. Hernández vio manchas oscuras salpicadas en el suelo y una palanca sobre la que se habían solidificado sangre y piel.

—¡Eh! —gritó a Powers y a Tunis, que también habían acudido a toda prisa.

Sólo había ocho de ellos en el desfiladero y Hernández miró a Powers.

—Tú serás mi mensajero —le dijo—. Ve a avisar al médico. Pero ve despacio, no queremos tener que recogerte a ti también. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Powers.

—La puta barra me ha atravesado la mano —gruñó Kotowych.

Susan Tunis levantó su propia palanca como si fuera un palo de golf.

—No puede seguir haciéndonos trabajar así —dijo.

Su aliento salía en bocanadas cortas y pesadas y la barra de acero se mecía con su cuerpo.

De rodillas junto a Kotowych, Hernández alzó la vista sin moverse y le dijo:

—¿Por qué no me ayudas?

—¡Deberíamos usar explosivos en lugar de cavar así! —exclamó Tunis.

Hernández miró más allá para buscar ayuda, pero apenas conocía a aquellos soldados y ninguno de sus suboficiales estaba presente. Aquello era un desastre. Su cuadro de mando carecía de oficiales de rango. Sólo se tenía a sí mismo, a tres sargentos y a un cabo, y quería ascender de rango al menos a seis de sus hombres, si lograba identificar a las personas adecuadas.

No podía tolerar la insubordinación. Se puso en pie y miró a Tunis a los ojos.

—La cabeza erguida, marine —dijo.

La cara de la mujer palideció con la tensión.

—Ayúdame.

El comandante intentó que no pareciera una orden. Si ella se negaba tendría que imponerse, de modo que intentaba distraerla. Entonces se despojó de su chaqueta y se quitó una de las camisas. Kotowych ya casi había dejado de sangrar, y alrededor del puño se le había formado una capa hielo vitrea y roja, pero era importante presionar. De no hacerlo, la hemorragia continuaría dentro del brazo.

Hernández volvió a ponerse la chaqueta antes de palpar los dedos y la muñeca de Kotowych en busca de fracturas. No había ninguna, pero tenía la mano hecha un desastre. Cortó la camisa en tres trozos con su navaja. Formó un cuadrado con una de las tiras, la puso contra la palma del herido y después la vendó con las otras dos y las apretó todo lo que pudo. —Esto servirá de momento —dijo—. ¿Puedes andar? Te bajaremos a la ciudad.

—Sí, señor —dijo Kotowych apretando los dientes. De repente, Tunis intervino.

—Señor. Lo siento, señor. Es que... Nosotros...

—Estabas enfadada —dijo Hernández con autoridad.

Tunis asintió. Durante un instante el comandante dejó que siguiera sintiéndose incómoda bajo su mirada. Después apartó los ojos de ella y dijo:

—Los demás volved al trabajo. Pero por el amor de Dios, tened más cuidado.

Los hombres dudaron. Hernández estuvo a punto de reprenderles, pero ocultó su frustración. Se dio cuenta de que no debía dejar a Tunis con ellos. Causaría problemas.

—Cógele por el otro lado —dijo.

Sujetando a Kotowych, el comandante y la marine se abrieron paso por el desfiladero hacia un sombrío campo de rocas musgosas. Nada crecía más alto que la espesa hierba y unas minúsculas flores. Predominaba la alfombra de musgo marrón entre las pálidas rocas oscurecidas por los líquenes. Miles de rocas. Rocas y nieve. De hecho, en muchas zonas la nieve nunca llegaba a derretirse del todo.

Allí arriba, el aire era gélido y seco. Los supervivientes se habían adaptado a la altitud o habían perecido, pero los dolores de cabeza y las náuseas estaban a la orden del día entre la población de Leadville, que estaba tres mil metros más abajo. Ochocientos metros más arriba, cualquier esfuerzo físico requería jadear para obtener el oxígeno suficiente y respirar demasiado rápido como para que el aire absorbiera el calor de los senos nasales. No era difícil dañarse los pulmones o congelarse de dentro hacia fuera, sufriendo un descenso de temperatura corporal antes de que uno se diera cuenta. La ansiedad era también un efecto secundario muy común de la hipoxia. Al no recibir el oxígeno suficiente, el cerebro generaba una sensación de pánico que no ayudaba en nada a aquellos que ya estaban bastante tensos. En catorce meses, Hernández había visto caer a muchos soldados, ya que las avanzadillas y las patrullas

mandaban a sus bajas devuelta a Leadville.

Aquellas cumbres eran lugares vacíos y milenarios que no estaban destinados para el ser humano. Las rocas de color gris anaranjado se habían alisado y cuarteado una y otra vez. Los elementos podían hacer lo mismo con ellos en mucho menos tiempo. Hernández había dado órdenes de cavar y construir sólo en las escasas horas del mediodía y haciendo turnos escalonados. Nadie trabajaba todos los días, por muy desesperada que fuese su situación. Su grupo había llegado a aquella ladera hacía tan sólo cuarenta y ocho horas y ya habían sufrido tres bajas, además de Kotowych, y no tenía ningún sentido cavar trincheras si nadie iba a poder luchar desde ellas.

«Y eso va también por ti», pensó. Tenía la espalda, las manos y las piernas doloridas. Frank Hernández apenas pasaba de los cuarenta y cinco años, pero el frío hacía que todo el mundo padeciese artritis.

Se había comprometido a participar en el trabajo duro en lugar de sentarse y dejar que los demás lo hiciesen todo. Le preocupaba demasiado la moral de sus hombres. Muchos de sus marines no se conocían entre ellos y se habían visto obligados a trabajar juntos. Eran lo que quedaba de cinco secciones. Había demasiados rumores y miedos. —Ya casi hemos llegado —le dijo a Kotowych. Sus pasos se perdieron en el cielo azul. Hernández estaba concentrado en mantener el equilibrio, pero la ladera de la montaña era tan empinada que era imposible no ver el inmenso horizonte, un contraste de picos oscuros, nieve y lejanos espacios abiertos. Era una distracción. Jadeando, Hernández miró al oeste. No había nada que ver, aparte de más montañas, claro, pero se imaginó a sí mismo atravesando las cuencas de Utah y de Nevada hasta la costa urbana, donde toda su vida se había visto truncada en un momento.

Por necesidad, la guerra civil estadounidense era principalmente una guerra aérea. La urgente lucha por reclamar y saquear las antiguas ciudades que se encontraban por debajo de la barrera dependía de su capacidad de mantener los helicópteros y los aviones. La infantería y los blindados sólo podían atravesar las zonas de la plaga por vía aérea, y el territorio que le habían asignado era una tarea de primera línea, cuando hacía tan sólo una semana había sido el jefe de seguridad de los laboratorios de nanotecnología de Leadville y el enlace entre los científicos y los círculos más elevados del gobierno estadounidense. Hernández había sido elegido para dirigir la expedición en Sacramento porque confiaban en él, y porque la confianza era más valiosa que el alimento o las municiones. Ahora estaba en el exterior. Y lo peor de todo es que lo entendía.

Su misión no había fracasado totalmente. Volvieron a Leadville con varios ordenadores, archivos en papel y un montón de piezas de maquinaria. El coste oculto era la conspiración en sí. De los quince traidores, seis estaban muertos y cuatro habían sido capturados, pero su traición implicaba problemas más graves.

¿En quién se podía confiar? La rebelión había alcanzado los círculos internos de

Leadville, aunque nadie se lo había dicho de una forma tan directa. Había visto la duda en sus ojos. El hecho de que no le hubiesen citado para encontrarse con el general Schraeder o con cualquiera de los líderes civiles también era muy revelador. Sus superiores se habían distanciado de él. No podían evitar sospechar que pudiese estar implicado. Además, todos conocían su amistad con James Hollister. Como encargado de los laboratorios, James había tenido un papel decisivo a la hora de reemplazar a los científicos que subieron al avión. Y, lo que es peor, los marines de Hernández fracasaron en su intento de frustrar el ataque de las Fuerzas Especiales.

Ninguno de los líderes había esperado esa traición. Les cogió por sorpresa. Hernández era el responsable y si se hubiese quedado la vacuna, probablemente los rebeldes no habrían lanzado nuevas ofensivas contra Leadville.

Él había sido el eje. Pero las cosas no estaban como para perder a un oficial, y menos con el repentino estallido de la guerra. Lo irónico del asunto le indignaba. La lucha le había salvado. No hubo consejos de guerra. Ni siquiera le degradaron. En vez de eso, le adjudicaron casi el doble de los soldados que tenía antes, un destacamento mixto de infantería y artillería de ochenta y un marines, una especialista en telecomunicaciones de la Marina y un médico inestimable, un recluta que había sido bombero en otra vida.

Se suponía que los rebeldes de Nuevo México estaban planeando una invasión en helicóptero, y ése era el motivo por el que se encontraba allí, dispuesto a vencer a las aeronaves o a las tropas terrestres que se atreviesen a pasar. Podía verse como una oportunidad para demostrar su lealtad. Estaban en la zona sur, a unos treinta kilómetros de Leadville, treinta kilómetros en línea recta, que, a pie, en aquel terreno irregular suponía más del doble de distancia. Las furgonetas que les habían llevado hasta la base de la montaña se habían marchado hacía tiempo. Allí Hernández disfrutaba de mucha independencia. Quería creer que los líderes querían confiar en él. Pero en realidad, su gente no era más que un badén. Un pequeño elemento de disuasión. Podían lanzarles unos cuantos misiles a las aeronaves enemigas pero después nadie les daría importancia o estarían muertos, bien a causa de las bombas o de un misil. Y sus hombres lo sabían. Les habían condenado a realizar trabajos forzados y a una muerte casi segura por el simple hecho de ser soldados y, por lo tanto, prescindibles.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó un hombre que iba más atrás.

Hernández se giró y vio a cuatro soldados corriendo por la pendiente, entre los que se encontraban Powers y el médico. Traían varias chaquetas y una cantimplora.

—Buen trabajo a los dos —les dijo a Tunis y a Kotowych.

Los otros se acercaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el médico.

—Llévemole al refugio primero —dijo Hernández—. He cortado la hemorragia.

—Ese desfiladero nos está matando —dijo otro hombre.

Hernández se puso tenso, pero no era el momento de imponer su autoridad. «Están asustados», pensó. «Deja que se quejen». No obstante, no podía permitir aquel tipo de manifestaciones.

Estaban excavando la roca desde lo alto de la colina porque no quería descubrir su posición con un campo de zanjas abiertas. Requería un mayor esfuerzo, pero sus refugios armonizaban bastante bien con el entorno, montañas de granito sobre montañas de granito. Lo peor era la espera. Tenían unas cuantas barajas de cartas y un juego de backgammon, y sus soldados se entretenían escribiéndose nombres y dibujándose cosas en la piel con bolígrafos. Era mejor trabajar. Arrastrar rocas no era precisamente un gran reto, pero les obligaba a planificarse y a cooperar y a él le daba la oportunidad de analizarlos. Podía haber ordenado el uso de más explosivos, y suponía que tendría que hacerlo en un momento dado. El suelo era como el cemento, endurecido por eones de cortos deshielos y largos inviernos. El único modo en el que pudieron empezar a construir sus búnkeres fue detonando muchas minas antipersona boca abajo, contra el suelo, pero quería conservar toda la artillería posible.

El campamento que Hernández veía mientras ayudaban a Kotowych a atravesar una pequeña cresta estaba en las últimas: unos cuantos soldados desperdigados, unas lonas verdes medio perdidas en la ladera. Los refugios no bastarían. Incluso si Nuevo México atacase en otro lugar, las tiendas de campaña y los sacos de dormir no les protegerían del frío eternamente. A pesar de todo, el comandante estaba orgulloso. Se sentía todo lo bien que se podía sentir en aquella situación. Habían levantado aquello juntos y eso ya era algo, aunque no podía evitar controlar sus posiciones y reanalizar la distribución de las ametralladoras y de los misiles stinger. Los soldados tenían motivos para estar preocupados. Por suerte, los helicópteros estaban en desventaja a aquella altitud. El clima jugaba a su favor. Suponían que Nuevo México esperaría un frente de altas presiones para elevarse lo máximo posible. El terreno también era su aliado. Dirigiría cualquier acercamiento a sus pies, donde la pendiente se transformaba en un valle alineado con las curvas planas de las carreteras 82 y 24.

Llevaron a Kotowych al bunker 5. Dos soldados más salieron del interior.

—Lo tengo, señor —dijo uno de ellos. Hernández sacudió la cabeza. Quería quedarse con Kotowych.

El soldado insistió. —Por favor, señor.

El sargento Gilbride le sorprendió. Apareció por la parte pendiente del bunker acalorado por el esfuerzo. Su rostro barbado presentaba un color carmesí en las mejillas, nariz y orejas. Parecía que había atravesado el campamento corriendo, y Hernández se alarmó.

—Comandante, ¿puede venir un momento? —dijo Gilbride.

—Claro —Hernández se separó de Kotowych—. ¿Estás bien?

—Sí, señor.

Gilbride empezó a descender de nuevo la colina y el comandante le seguía. Entonces escuchó alto y claro la voz de una mujer. Miró hacia atrás. Powers y otro hombre le estaban vigilando y pronto apartaron los ojos de él.

«No querían que entrase», advirtió de repente. «Mierda».

Casi todos sus soldados se habían acuartelado en Leadville antes de cambiar su disposición. Habían perdido a amantes y amigos junto con cualquier sensación de seguridad. Sus suboficiales decían que había al menos tres mujeres escondidas entre sus ochenta y tres soldados, tres mujeres que no eran marines, pero Hernández no había hecho nada. En su tropa sólo había once mujeres, de modo que la diferencia de número era importante, aunque tan sólo había habido un par de peleas, y Hernández no quería comenzar otra disputa impidiéndoles que confraternizaran. No podían permitirse más bocas que alimentar, pero tampoco podía arrebatarles las pocas cosas buenas que les quedaban en la vida, aún temiendo las posibles consecuencias. No podían permitirse embarazos. Continuó caminando con el ceño fruncido. Él también había dejado a alguien atrás. Una joven llamada Liz que tenía la suerte de tener un trabajo en la ciudad. Liz era botánica, y se encargaba de una planta entera de invernaderos protegida en el interior de uno de los antiguos hoteles. Era una tarea importante, pero al pensar en ella recordaba su cabello rojizo y el modo en que se lo colocaba por detrás de la oreja y dejaba al descubierto su cuello y su larga y perfecta clavícula. Volvió a preguntarse si debía habérsela llevado de Leadville con él. ¿Habría ido si se lo hubiese pedido? —Espera —dijo tocando el hombro de Gilbride. Estaban a medio camino del refugio principal, que se hallaba apartado en el campo en pendiente. Hernández no veía a nadie más que a un centinela junto al bunker 7.

—Ya lo he entendido —dijo—. Había alguien en el 5 que no querían que viese.

Gilbride negó con la cabeza e hizo un ademán para que le siguiera.

—No —dijo el comandante— Tengo que hacer al menos otro viaje a por más roca. —Por favor, señor.

La voz del sargento era ronca y gangosa. Sus tejidos sinusales habían respondido al aire seco produciendo más mucosidad que le impedía respirar.

Pero aquello no fue lo que hizo que Hernández buscase la mirada de su amigo. «Señor». Aquella formalidad era rara en Gilbride. Sabía que no era necesaria cuando estaban solos. Nathan Gilbride era uno de los cuatro marines que habían volado a Sacramento con Hernández, e incluso antes de eso, ya se había ganado todos los privilegios. Habían pasado juntos todo el Año de la Plaga. El comandante se sentía responsable y le invadía la ira. Gilbride no merecía estar allí. Pero al mismo tiempo, se alegraba de tenerlo a su lado, lo que en cierto modo le hacía sentirse culpable, porque confiaba en él aunque los líderes de Leadville no lo hicieran. Sabía que era un buen barómetro para averiguar cómo estaban los soldados, y Gilbride estaba

nervioso.

—No nos servirás de nada si estás agotado —le dijo Gilbride con razón—. Venga, haz un descanso.

Hernández podía no haberle hecho caso, pero buscó en el bolsillo de su chaqueta para mirar su reloj. Las 13:21 horas. Era pronto para acabar, y si lo hacía, tendría que enviar a alguien a decirle a todo el mundo que parase. Y entonces la jornada del día siguiente también debería ser corta o la gente empezaría a criticar, lo que significa que perdería dos tardes de trabajo. «Mierda».

—De acuerdo —dijo—. Pero tendremos que decirles a todos que paren.

—No hay problema —contestó Gilbride. El bunker principal no era distinto al resto. Era una simple zanja con dos tiendas de campaña unidas, rodeadas de rocas. No tenían madera ni acero. Ya habían tenido que subir una cantidad considerable de material hasta la montaña como para subir también aquello, de modo que los refugios no tenían techo. Eso les hacía más vulnerables a los misiles, las armas y la nieve. A aquella altura se formaban tormentas en cualquier época del año.

Las bajas temperaturas tenían una ventaja. Al construir las paredes de roca, llenaron de tierra los agujeros y vertieron orina. El líquido congelado sirvió de cemento para unir la tierra y la roca. Beber agua era todo un hijo, a pesar de que habían encontrado ocho riachuelos y filtraciones en la zona. —Te he hecho un café —dijo Gilbride abriendo la cremallera de la larga tienda de campaña.

Su morada era oscura y en ella había infinidad de armas, sacos de dormir y un cubo que hacía las veces de retrete y que apenas olía gracias al aire gélido y enrarecido. A pesar de lodo, a Hernández le sorprendió encontrar dentro sólo a la especialista en telecomunicaciones de la Marina McKay sentada con un libro destrozado cerca de su rostro. Estaba partido en dos para que otro soldado pudiese leer la otra parte.

Les miró sólo por un momento y después volvió a levantar la mirada. Hernández advirtió algo de miedo en sus ojos castaños.

—Señor. Buenas tardes, señor —saludó.

—¿Hemos recibido alguna llamada por radio?

—No, señor.

«Pero ella también está nerviosa», pensó.

Sus muebles consistían en cajas de acero de munición y un cajón de madera que servía de escritorio y de cocina. Gilbride sacó el hornillo, un Coleman civil de dos fogones. No era seguro cocinar dentro, no sólo por el peligro de incendio, sino porque podían intoxicarse con el monóxido de carbono, pero nadie se quedaba fuera si no estaban trabajando. Hernández tampoco les había obligado a cumplir esta regla, pero animaba a sus suboficiales a que recordasen constantemente a los soldados que abriesen algún respiradero antes de encender los hornillos.

—McKay, necesito un mensajero —dijo Gilbride con voz áspera—. Diles a todos que dejen de trabajar. Hoy tendremos un turno corto.

McKay asintió.

—Sí, sargento.

«Está muy dispuesta a irse», pensó Hernández. «¿Y dónde está Anderson?». El sabía que sólo Bleeker y Wang estaban en lo alto de la colina, extrayendo roca. Gilbride era demasiado eficiente. Todo estaba demasiado bien preparado, y Hernández también empezó a ponerse nervioso.

«Son malas noticias», pensó.

## 6

Hernández se sentía como si hubiese entrado en un campo de minas. No podía hacer otra cosa más que esperar. Lucy McKay se quedó el tiempo justo para tomarse una taza de café caliente y después salió por la portezuela de la tienda de campaña, tras deslizar la cremallera.

Gilbride inclinó la cabeza hacia un surtido de bolsas de comida preparada. La mayoría estaban abiertas, y alguien se había comido su contenido o lo había usado como moneda de cambio.

—¿Azúcar? —preguntó Gilbride. —Sí, gracias.

Todo aquello de sentarse a tomar café era muy extraño. No el gesto amistoso en sí, sino lo poco común de la situación, el hecho de usar entonces lo que no tendrían mañana. Si es que había un mañana. Bebiendo de las tazas juntos bajo la fría luz verde de la tienda, Hernández expresó sus pensamientos en voz alta.

—Será mejor que lo disfrutemos ahora que podemos, ¿no? Si es que a esto se le puede llamar disfrutar.

—Sí —Gilbride, inquieto, movió dos tarros y una cantimplora por el simple hecho de moverlos—. Por cierto, esto es le último que nos queda, hasta que nos traigan más provisiones. Los soldados han acabado con todo muy deprisa.

—Se nos van a congelar las pelotas —bromeó Hernández —Recibiremos más provisiones, ¿verdad? «Esos deben de ser los nuevos rumores, que estamos so los», pensó el comandante, y se alegró de nuevo de contar con la amistad de Gilbride.

Sus suboficiales eran el mejor modo de obtener información y de mediar entre él y los que estaban bajo su mando.

—Puede que pase un tiempo hasta que incluyan el café en la lista —respondió—, pero sí, por supuesto. Saben que no podemos vivir del musgo.

Leadville no le habría proporcionado todo aquel arsenal si temieran que sus soldados pudieran volver con él, hambrientos y furiosos, y aun así gran parte del suministro había desaparecido antes de que abriesen las cajas. En casi todos los paquetes de comida preparada faltaban sus mejores componentes: caramelos, café, pasta de dientes. Incluso el peso de las cajas de munición se había aligerado. —Nos necesitan —reafirmó Hernández. —Claro.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa —le dijo al sargento un momento después, esta vez con voz cortante e impaciente—. No saldrá de aquí. Quedará entre tú y yo, Nate. Gilbride dejó la taza sucia en la tabla donde Hernández había clavado el mapa de la zona, justo sobre la frontera de Utah, donde no había ninguna contienda. No. Se rumoreaba que cerca de la región elevada de la meseta de White River, sus propias fuerzas habían utilizado un arma nanotecnológica contra los rebeldes y habían desintegrado a dos mil hombres, mujeres y niños por reparar un

avión de pasajeros. *White River* esperaba llegar antes que Leadville a los laboratorios de Sacramento, pero fueron aniquilados a modo de advertencia para los demás grupos rebeldes.

Norteamérica parecía un continente diferente en sus mapas. Nada habitaba el este o la región central de los Estados Unidos, o los largos tramos del norte de Canadá. Las poblaciones que hubiesen sobrevivido se veían limitadas a permanecer en dos líneas desiguales desperdigadas por todo el oeste. La franja que formaban las Rocosas era mucho más densa que la de las sierras. A parte de aquello, no había nada.

Habían dibujado flechas rojas para marcar los asaltos aéreos en Wyoming, Idaho y la Columbia Británica. Los cuadrados rojos indicaban las unidades acorazadas avanzadas del paso de Loveland, y los círculos y los números las supuestas fuerzas establecidas en Arizona y Nuevo México. Leadville estaba prácticamente sola contra todo aquel esfuerzo, a excepción de tres cimas de partidarios.

—Hay mucha gente cabreada —dijo Gilbride.

Y señaló el mapa fingiendo que se refería a eso.

Hernández se dio cuenta de lo mucho que le estaba costando a su amigo incluso plantear la idea, y le respetaba por ello. Al fin y al cabo, lo mejor que les había enseñado el cuerpo de marines era a usar el cerebro, y la batalla que se diseminaba por la Divisoria Continental ya no era sólo una guerra por el alimento y los recursos. Todo el mundo quería la vacuna. Él sabía que debería condenar a Gilbride por atreverse a insinuar una rebelión, pero lo único que dijo fue:

—Sí, sí. Es un desastre.

Y aquello en sí resultaba alentador.

Hernández sólo contaba con información limitada y sabía que era por un motivo, otra manera de aumentar su impaciencia. Era un hombre de carrera y sonrió vagamente al pensar en la típica queja del soldado de a pie: «No soy más que un hongo. Me mantienen a oscuras y no me dan más que mierda».

Leadville quería que no tuviese otras opciones. Había visto a demasiados desertores, de modo que no sólo pretendían mantener a todos los comandantes de campo con la comida justa para que dependieran de ellos, sino que también querían que su gente supiese lo menos posible de los motivos de la guerra o si se había ganado o perdido. Hernández había recibido órdenes de mantener silencio radiofónico y cuarentena, supuestamente para evitar que los rebeldes les localizasen, pero también para que no escuchase la otra versión de la propaganda. Todos eran estadounidenses, y todos estaban igualmente equipados. Los líderes habían puesto a Hernández y a otros comandantes del frente sur en unas frecuencias que en un momento dado había utilizado la armada, pero no sería difícil escuchar al enemigo. Hablar con él.

Lucy McKay estaba allí para descifrar los mensajes que enviaba Leadville y para

codificar sus propios informes. En la ciudad había un millar de técnicos como ella rastreando el tráfico radiofónico continental en busca de patrones y pistas. Otros mil más analizaban las señales de todo el mundo. La mayoría de los satélites de comunicaciones civiles y militares seguían flotando por encima del cielo y Leadville contaba con una infinidad de personal de agencias como la NSA, la CÍA, la día, el FBI y otras agencias de inteligencia más pequeñas, así como varios cuerpos de policía estatal.

Los rebeldes también contaban con sus propios expertos. Los *hackers* de ambos lados habían luchado por detener, dominar o destruir los satélites. La guerra de la información era tan real como la de las balas y las bombas.

Sentado junto a Gilbride, Hernández procuraba no girarse para mirar la radio. ¿Era posible que McKay hubiese escuchado algo que no debía escuchar? ¿Habría llevado a cabo alguna transmisión? Él solía dejar la tienda de campaña durante horas y había muy poco que hacer en aquel maldito lugar. La tentación debía de ser enorme. Todo su entrenamiento, la razón por la que estaba bajo su mando era para encargarse de la radio, y no cabía la menor duda de que Gilbride y ella tenían un secreto.

Hernández olió el café de su taza y dudó si debía acabárselo. Se había enfriado, pero su sabor era un lujo, al igual que su rico olor amargo. En cierto modo, estaba tan bueno que le dolía. Despertaba el sentimiento de soledad que le invadía el pecho y que constantemente se obligaba a ignorar. Y volvió a cortar el silencio.

—Saldremos de ésta —dijo—. Siempre lo hacemos, ¿no? Gilbride sólo asintió. Evitaba forzar la garganta. —Ya sabes que esta colina es la esquina más olvidada del mapa. Es como estar de vacaciones —bromeó Hernández de repente.

La idea era absurda.

—Joder, esto es como un retiro —continuó—. Probablemente pasemos aquí toda la guerra, tranquilamente.

Seguía parloteando. Estaba asustado, y Gilbride miró hacia otro lado como si se avergonzase de él.

Había un gran descontento entre sus marines. La cuestión no era si había un problema, sino la magnitud de éste. El que hubiese llegado a la tienda principal decía mucho. En el bunker 5, probablemente Gilbride le había librado de una confrontación de la que apenas acababa de empezar a preocuparse. Sus soldados estaban a punto de rebelarse. El accidente de Kotowych podría haber sido el catalizador. Cuanto más vieran cómo iban sufriendo heridas y enfermando, más rápido sucedería. Tunis había expresado lo que muchos de ellos debían de estar pensando. Querían dejar de trabajar. Querían marcharse de allí. Hernández tenía suerte de que hubiese corrido la voz a tiempo para que Gilbride llegase corriendo y le alejase de allí.

Vació la taza y se puso de pie, lo que le apartaba del calor del hombro de su amigo. Después se dirigió hacia la portezuela, luchando contra su decepción. No

cogió armas.

—Gracias —dijo con cautela mirando la tela verde en lugar del rostro del sargento.

Intentó poner todo el sentimiento posible en aquella simple palabra.

—Señor...-comenzó Gilbride con voz ronca. Hernández le interrumpió.

—Necesito que me dé el aire —dijo—. Sólo un momento. «Lo siento», estuvo a punto de decir, pero había demasiadas maneras de interpretar una disculpa. El supuesto descanso de Gilbride había sido una advertencia. Ahora Hernández estaba convencido de ello.

Abrió la cremallera de la tienda y salió, estremeciéndose por el cambio de temperatura. De repente sopló una brisa y el frío invisible recorrió la forma desigual de la zanja.

El comandante cerró la cremallera, esperando en cierto modo que Gilbride le siguiera. Pero no. Afortunadamente. Y no había nadie esperándole fuera para detenerle, de modo que era una advertencia.

Frank Hernández se alejó del bunker y se sintió como si estuviese escapando. En todo caso sólo serviría para retrasarlo, y probablemente sería un error. No quería que Gilbride le malinterpretase. «Es un desastre». Pero no quería volver. Aún no.

Fuera había más soldados de lo habitual, el grupo que había estado trabajando regresaba. Cargados con palas y piedras, avanzaban en parejas y tríos hacia los refugios. Hernández les evitó sin problemas. Iba cuesta arriba, mientras que ellos descendían, pero tuvo la sensación de que había tomado una decisión equivocada. Normalmente se desviaba de su camino para intercambiar unas palabras o una sonrisa con ellos, cualquier cosa para reducir las distancias entre oficial y soldado.

Se imaginaba cómo habría comenzado la insurrección. Cada uno de sus sargentos tenía que supervisar tres búnkeres. En cada bunker había unos dieciocho soldados, muchos de los cuales estaban solos todas las noches y la mayor parte del día. Si todos aquellos hombres y mujeres se sentían de una manera en particular, una única voz discordante no sería suficiente, sobre todo si esa persona hablaba demasiado tarde.

Era un pequeño ejemplo de lo que le estaba sucediendo a él en aquellos momentos. La influencia de sus subordinados era demasiado fuerte. Un líder inteligente sólo escogía direcciones que sus seguidores estaban dispuestos a tomar. Si se les presionaba demasiado podrían rebelarse.

«¿Pero qué otra opción tenemos aparte de quedarnos?», se preguntó. «¿Adonde creen que podemos ir si no? ¿De vuelta a la ciudad?». Estaban cumpliendo órdenes. Tenían una misión, por muy poco que fuesen a ayudar en realidad en la guerra aérea.

Hernández se detuvo junto a un bloque de cemento. Había un pequeño espacio más cálido en uno de sus lados. El comandante se esforzó por respirar más despacio y volvió a mirar al cielo despejado. Después se volvió y caminó hacia la cima más

cercana. El viento arremetió contra él, soplando sobre las rocas erosionadas por las tormentas. Sus mangas y sus perneras ondeaban como banderas.

«Habla con Gilbríde», pensó. «Tranquilízale. Si logro convencerle a él primero, los dos podremos hablar con todos los demás en la tienda principal. Si no es demasiado tarde».

Si un solo soldado estaba impaciente, si alguno de ellos estaba demasiado enfadado, cansado o indignado se vería obligado a actuar. Si alguien se negase a cumplir una orden, ¿qué haría? No podía prescindir de nadie para detener a la gente, y menos aún nombrar guardias. Incluso si la crisis no terminaba con su mando, acabaría con su efectividad. La moral de la gente estaba baja. No quería ni imaginarse lo que pasaría si tuviese a diez personas encerradas en uno de los refugios y a dos más haciendo turnos para vigilarles a punta de pistola día tras día.

«Necesito más tiempo».

A través de la sierra de picos no se veía Leadville, aunque de noche se divisaba un débil resplandor de electricidad, como una niebla rosa asentada en la tierra. Aun así, se quedó. Se veía obligado a hacerlo. Necesitaba saber qué estaba pasando.

Las cosas habían ocurrido muy deprisa desde que se había tomado la decisión de abandonar la estación espacial. Había habido rumores de una reorganización en el personal general y Hernández seguía preguntándose qué habría sido de James Hollister. ¿Habría conseguido escapar o estaría detenido? ¿O fusilado por traición? El comandante suponía que el consejo presidencial temía un golpe de Estado.

También se preguntaba si la nano vacuna funcionaría de verdad. Seguramente sí. De otro modo los rebeldes no estarían presionando tanto, acabando con los pocos recursos que tenían. Y sin esa inmunidad, el capitán Young y los demás traidores no se habrían adentrado en el cementerio en que se había convertido Sacramento ni se negarían a rendirse. ¿O sí? Tal vez estuviesen muertos. Quizá les habían capturado y estaban detenidos en California o en la misma Leadville. No lo sabía. Nadie le había dado esa información, porque si saliese a la luz... Si fuese cierta...

La lealtad de las diversas tropas hacia Leadville se debía a las riquezas de la ciudad y a la costumbre de estar bajo su mando, pero principalmente a sus riquezas. No había otro lugar mejor adonde ir.

¿Qué sucedería si la gente pudiese volver a vivir por debajo de la barrera de nuevo?

No. Era demasiado fácil culpar a Leadville de todo. Incluso si los dirigentes hubiesen cambiado, ¿harían algo de forma diferente? La capital contaba con los mejores laboratorios del planeta. Debían controlar y desarrollar la vacuna. Hernández tenía fe en ello. Si la otra nueva arma nanotecnológica era real, ellos también debían de tenerla. Las guerras que se libraban al otro lado del planeta podían extenderse con demasiada facilidad. El suelo habitable escaseaba y había que tener un punto al que

agarrarse.

No mucho antes, el consejo presidencial había estado formado por representantes del pueblo, escogidos de manera limpia y justa, que hicieron todo lo posible a pesar de la situación, y sin embargo... Sin embargo respetaba a muchos de los hombres y mujeres que actuaron en su contra, como James Hollister, el capitán Young, Ruth Goldman y el superviviente, Cam.

Hernández se volvió abatido en el aire helado y vio un ave oscura revoloteando en el viento. Entonces volvió a preguntarse cómo se reorganizarían todos los cuadrados y las flechas de sus mapas si la vacuna se extendiese. Se habían cometido demasiadas atrocidades como para que los Estados Unidos volviesen a reunirse como una sola nación así sin más. Todos tenían demasiadas buenas razones para odiar, y seguiría habiendo poblaciones en otros continentes desesperadas por conseguir la vacuna. La única cuestión real era la magnitud del conflicto que se avecinaba: quién se enfrentaría a quién, dónde y cuándo. Casi podía verlo. Aquella batalla sería, en muchos sentidos, tan atroz y devastadora como la plaga de máquinas en sí, y era consciente de que pequeñas unidades como la suya tendrían un papel decisivo en la guerra civil, al añadir su peso a la balanza final.

Frank Hernández aún tenía que decidir de qué lado estaría.

Ruth levantó los prismáticos e hizo una mueca, sudando tras las gafas protectoras y la máscara. Habían encontrado un espacio a la sombra junto a una furgoneta de FedEx, pero les había servido de poco. El vehículo había estado al sol toda la mañana y ahora irradiaba calor además de emanar el extraño olor pastoso de los paquetes que se cocían en su interior. Pegamento y cartón. La carretera era como un horno. Durante día y medio, el cielo había estado completamente despejado, sin una sola nube. La primavera parecía haber dado paso al verano, hacía calor, no soplaba viento y el sol deslumbraba. Intentaban evitar los coches más oscuros. Ruth sentía los coches negros a través del guante o de la chaqueta con sólo apoyarse en ellos. El frecuente contacto le había dejado la mano sana en carne viva, al igual que la parte exterior de sus muslos, las rodillas, la cadera y todo lo que rozaba constantemente el laberinto de vehículos.

Dolorida, observó las filas de casas bajo la carretera. Había sólo una pequeña posibilidad de enterarse de algo, pero hasta aquel momento los detalles habían marcado la diferencia, y no podía fingir que la fascinación morbosa que sentía no existía.

A más de kilómetro y medio de distancia, un meteoro de acero había atravesado dos bloques residenciales, arrojando metralla a su paso. Al menos una docena de casas habían estallado o se habían derrumbado, lo que había dejado sólo pedazos de paredes y techos y montones de yeso blanco y de muebles. También había trozos rotos de metal por todas partes. Ese fue el estallido que habían escuchado el día anterior, los misiles que habían derribado el avión. La aeronave debía de haber estado acercándose al punto de encuentro en la carretera 65, aunque ellos no lo hicieron. Ya habían atravesado Rocklin, habían avanzado más hacia el nordeste.

Los escombros estaban ocultos bajo un tornado de insectos. Atraídas por la sangre y los cadáveres desperdigados por las ruinas, las hormigas y las moscas inundaban el suelo y se apilaban en el aire, ascendían y formaban remolinos. El trío intentó evitar la tormenta sin reparar en lo que la estaba causando hasta que Newcombe divisó el fuselaje entre la niebla. La pieza más grande era el morro de un enorme avión de carga C-17 Globemaster III. Aquella debía ser la aeronave en la que volaba el hombre que encontraron el día anterior, y estaba a unos quince kilómetros de aquel cadáver.

«Dios mío», pensó Ruth intentando no imaginárselo. El avión resquebrajándose, los hombres desperdigados por el cielo... Habría más cráteres donde hubiesen caído las otras partes del G-17. Incluso a pesar del calor del interior de su chaqueta, Ruth sintió un escalofrío. No importaba que ella no les hubiese pedido que fuesen. Aquellos hombres habían muerto por ella, y jamás podría pagarles por su heroísmo. Cerró los ojos. Quería rezar, pero no creía en ello. «Dios» era sólo una expresión

enfática para ella. Sin embargo, el cumplir con aquella formalidad le recordó a su padrastro y su fe ciega, y sintió rabia y celos de él. Entonces miró de nuevo hacia arriba conteniendo el aliento en su pecho.

Apestaban a gasolina y a repelente. Los tres por igual. A Cam le enojaba la cantidad de moscas que seguían a su alrededor a pesar del olor y que le saltaban contra las gafas e intentaban colárseles por el cuello y la capucha. Había hecho lo único que se le ocurría para pasar desapercibidos. Había empapado las chaquetas de gasolina y de botellas enteras de repelente de insectos, lo que a Ruth le provocaba un intenso dolor de cabeza.

—¿Qué opinas? —preguntó Cam—. ¿Cuarenta hombres? ¿Cincuenta?

—Vámonos de aquí —dijo Newcombe cogiendo su mochila. Entonces, se giró y continuó con un tono de voz demasiado elevado:

—Sí, lo que significa que en total habría por lo menos cien.

«Desperdigados como el primer hombre que nos encontramos», pensó Ruth, pero no dijo nada. No quería provocarles. Cam y Newcombe aún estaban aprendiendo a comprenderse tan bien como ella les entendía a los dos, y chocaban incluso cuando la discusión ya se había terminado.

Ruth intentó zanjarla antes de que empezase de nuevo. Corrió hacia Newcombe y Cam la siguió. Caminaban con gran esfuerzo y muy deprisa, dejándose la piel en cada paso. Ruth vio el esqueleto de un perro, un fajo de billetes y una blusa roja que no se había descolorido en absoluto. Por lo demás, aquello era una auténtica carnicería: coches, huesos, basura, más huesos, y su mente se quedó atrapada en una espiral sin fin según continuaba avanzando a duras penas.

«Cien hombres», pensó. «Cien personas más que han muerto por mí». Sabía que eso no era justo. Su papel siempre había sido de defensa, de reacción frente al holocausto. No se la podía culpar por la plaga de máquinas, pero ella se sentía responsable. Tenía la sensación de que podía haber hecho más, de que debía haberlo hecho mejor.

—Tenemos que replantearnos hacia dónde vamos —dijo Newcombe.

Cam negó con la cabeza. —No perdamos el tiempo. —Ese avión es una muestra de compromiso. —No quiero hablar de eso, Newcombe. Cada hora que pasaba, la tentación de estar de acuerdo con Newcombe se hacía cada vez más intensa. Ruth estaba tremendamente cansada. Estaba obsesionada con su brazo. ¿Se estaría curando bien? Y Cam necesitaba asistencia médica aún más que ella, pero seguía en sus trece.

—No sé qué más queréis —dijo Newcombe—. La tragedia de ahí atrás es que eran cien tipos que sabían que tenían muy pocas posibilidades de sobrevivir incluso si nos encontraban, y no llegaron muy lejos, ¿verdad? Pero vinieron de todas formas.

Ruth miró atrás. Cada vez más, el gesto de negar lo que tenía delante se estaba convirtiendo en una costumbre. No había cambiado nada a pesar de los fragmentos de

emisiones rebeldes que habían recibido la noche anterior. Seguían allí, bajo un cielo lleno de aeronaves, y no importaba si los rebeldes se autoproclamaban el gobierno legítimo estadounidense. Ambas partes lo habían hecho anteriormente. ¿Y qué? No eran más que palabras, pero le habían proporcionado a Newcombe un argumento más.

El militar no había cejado en su empeño de convencerlos. Probablemente no lo haría nunca. Habían hecho que la radio fuese incluso más importante para él, porque no tenía ningún otro amigo, y Cam admitió que tenían que intentar escucharla lo máximo posible. Cada vez que se detenían a comer o a dormir, los dos hombres la escuchaban juntos. Cam tenía que asegurarse de que Newcombe no transmitía ninguna señal. Cuando terminaban, guardaba las radios en su mochila y dormía apoyado en ella, y su dura almohada incluía también el arma de su compañero.

—Cada día que avanzamos hacia el este es un día más que tendremos que dar marcha atrás —dijo Newcombe—. Jamás intentarán rescatarnos cerca de la base de Leadville. Venir hasta aquí ya era bastante arriesgado.

—El riesgo es el problema —dijo Cam—. El mismo lo estás diciendo. No vamos a subir a un avión para que nos derriben de un disparo.

Caminando hacia la izquierda, de repente se encontró en un espacio abierto, como una especie de pradera de asfalto. Después atravesaron un charco de cristal junto a un Buick que había chocado contra un minúsculo Geo, lo que lo había estrellado contra otros dos vehículos.

—Mierda —Newcombe sacudió los brazos con impotencia—. Si no les damos señales pronto cancelarán la operación. Pensarán que estamos muertos.

—Contactaremos con ellos en el momento oportuno.

—Esto es de locos.

—Ya está decidido, tío. Deja de ponernos trabas.

Ruth inspiró profundamente dentro de la máscara. Sus botas chocaron contra un fémur roto y una maleta abierta y después los tres volvieron a girar a la izquierda para evitar un pequeño escape de gasolina donde un todoterreno parecía haber acelerado, retrocedido y haber acelerado de nuevo, llevándose por delante a los otros coches unos diez metros hasta que las ruedas se desgastaron y el motor se detuvo porque el radiador había estallado. Habían visto ya varias embestidas.

La gente moribunda intentaba escapar, y cada vez que lo veía se sentía angustiada y perdida.

Siguió avanzando, aferrándose a sus pensamientos. Pasaron por debajo de un soporte para bicicletas y Ruth tropezó, pero se levantó de inmediato, aturdida y con la boca seca.

Una vez más, se giró para ver la nube de insectos. ¿Iba hacia ellos? De repente se le nubló la vista y se desplomó.

Parecía que nunca llegaba a golpear el asfalto. Se despertó arropada en su máscara y en su chaqueta húmeda y caliente con un nuevo dolor punzante en el brazo. Cam se inclinó sobre ella. —Tranquila —le dijo. «Me he desmayado», pensó, pero no fue del todo consciente de ello hasta que él intentó ayudarla a levantarse. El también estaba a punto de perder el conocimiento, inclinado bajo su mochila y el fusil de asalto. El brazo izquierdo le temblaba mientras agarraba la parte delantera de su chaqueta.

Newcombe se acercó para ayudar. Cam se puso tenso. Incluso con el rostro y el cuerpo tapados, era un gesto inconfundible, como cuando aquel terrier pequeño y estúpido de su padrastro se erizaba si alguien que no fuera él se le acercaba cuando había robado una almohada o un zapato.

Cam volcó una cantimplora en su guante y le mojó la capucha y los hombros. Ruth frunció el ceño confundida. Estaba pensando demasiado en el pasado e intentaba evitar la mirada de Cam y la preocupación que veía en ella. Había visto la misma mirada en los ojos de su hermanastro cuando le preguntó si iban a contarle a alguien lo suyo: que se habían acostado cuando fue a casa por Hanukkah y durante una semana en Miami. Lo que había entre ellos se había convertido en mucho más que simple diversión y conveniencia, pero ninguno sabía cómo planteárselo a sus padres. Ari. No había pensado en él en lo que parecía una eternidad, pero entendió por qué se había acordado de él. El lío entre Cam, Newcombe y ella le recordaba exactamente aquella sensación salvaje de estar atrapada.

Habían empeorado lo que ya de por sí era una situación terrible. Su confianza había desaparecido y no podían relajarse nunca, ni siquiera cuando acampaban por la noche, que era cuando más lo necesitaban. Ninguno de ellos había estado descansando bien, ni siquiera las pastillas ayudaban, y la falta de sueño era uno de los principales peligros. Los aturdió. Los volvía paranoicos, pero estaban obligados a colaborar. No tenían otra salida.

El vínculo que les unía era más fuerte que el que había existido entre Ari y ella, y su cabeza no paraba de dar vueltas buscando una respuesta. Entonces vio a los dos hombres por delante de ella, recelosos de los insectos. Ruth asintió y se obligó a ponerse de pie y la cabeza volvió a dolerle con un nuevo sentimiento de frustración.

Habían convertido su situación en algo irreparable. Ruth aceptó que era tan culpable como los otros dos. Podía haber obedecido a Newcombe desde un principio en lugar de animar a Cam a oponerse a él. Podía haber permitido que Cam se fuese al este solo para probar ella suerte con lo del avión. Hacía tiempo que habían pasado el punto de encuentro. Rocklin estaba a kilómetros de distancia, como todo lo demás excepto las zonas periféricas más remotas de la inmensa metrópolis de Sacramento. De hecho, habían estado hablando de abandonar pronto la carretera y de dirigirse hacia las pardas colinas de robles y praderas secas. Cam pensó que avanzarían más

rápido lejos de la carretera, aunque también sería más difícil encontrar suministros. Newcombe y Cam aseguraban que podían transportar suficiente comida para varios días, pero ambos necesitaban beber al menos dos litros de agua al día y en dos de las cantimploras tenían que llevar gasolina. No sabían hasta qué punto atacarían los insectos en las colinas abiertas. ¿Sería mejor o peor?

Y había otras incógnitas. Ruth aún tenía que averiguar qué sentía por Cam. Era imposible no sentirse agradecida e impresionada. Las difíciles decisiones que él había tomado eran el único motivo por el que ella era libre y seguía con vida, y eran la causa de gran parte de todo lo que había conseguido hasta entonces. No quería hacerle daño. Sentía un gran afecto y lealtad hacia él, pero también desconfiaba. En su protección también había algo de posesión, y eso le preocupaba. También le sobrecogía lo rápido que se había vuelto contra Newcombe. Se había imaginado que discutiría con él, pero en vez de eso parecía sentirse muy cómodo con la idea de la traición. Aquello hacía que se volviese a plantear lo que habría vivido en aquella cima todo aquel tiempo, teniendo que sobrevivir a toda costa.

Tal vez sólo hubiese accedido por ella. Estaba claro que sentía algo por ella, no porque fuese maravillosa, pensó, sino porque estaba allí, porque quería sentirse aceptado, quería sentirse normal y entero.

Era muy humano asociarse con quien fuera que estuviese disponible. Y el miedo y el dolor intensificaban ese instinto. Su situación le recordaba a Nikola Ulinov. Como comandante de la estación espacial, Ulinov había intentado separarse de Ruth incluso cuando intercambiaban miradas y tenían motivos para tocarse el uno al otro, al discutir en su laboratorio o al ayudarse en la ingravidez de los pasillos y los módulos de la EEI.

Sus momentos con Ulinov habían sido fáciles si se comparaban con aquella situación. Ruth no podía imaginarse buscando nada físico. Tras tantos días en la carretera, la suciedad empezaba a solidificarse en su cuerpo, y tanto Cam como ella estaban heridos. Su rostro estaba tremendamente desfigurado, y debía de tener el cuerpo lleno de ampollas y abrasiones. Además, era sólo un crío, tendría unos veinticinco años, mientras que ella tenía treinta y seis, a punto de cumplir un año más.

Cam no había dicho nada. Suponía que no forzaría las cosas. Tal vez pensase que ella no se había dado cuenta de lo que sentía. Debía de sentirse tremendamente acomplexado con todas aquellas cicatrices, y solía estar bastante callado con ella. Tímido. Lo que menos necesitaban en aquel momento era aquella distracción, aquella chispa que se había encendido entre ellos dos.

El largo camino en sí ya era suficiente. Los dos solos no bastaban para vigilar a Newcombe y detectar insectos y otros peligros, mirar los mapas y la brújula, buscar agua, buscar comida y acampar. Tenían que hablar con Newcombe y tendrían que

acabar confiando en él. Tampoco es que tuviese demasiadas opciones. ¿Qué iba a hacer? ¿Luchar con Cam para recuperar el fusil? ¿Y después qué? ¿Le dispararía y haría a Ruth prisionera tras atarle las piernas para evitar que escapase?

Al menos en esto Cam y ella tenían las de ganar. Al acampar siempre se tumbaban cerca. Dos eran más difíciles de dominar que uno, pero las consecuencias de dormir uno al lado del otro no hacían más que aumentar aquel problema en particular. En las frías noches de primavera, Cam era cálido. Incluso bajo los guantes y la chaqueta, era mucho más suave que el suelo. La noche anterior, Ruth se había acurrucado junto a él. Sabía que no debía darle esperanzas, pero fue incapaz de renunciar a aquella comodidad.

De todos los que habían formado parte de su vida, a quien más echaba de menos era a su hermanastro. Ni a sus padres ni a sus mejores amigos. Ari siempre había sido su distracción preferida. Su relación aún estaba por determinar, y nunca lo harían. No si había muerto o si, aunque esto era menos probable, estaba perdido entre los refugiados que se dispersaban en las montañas. Era el recuerdo perfecto: positivo y fuerte. Hacía que se sintiese segura. Incluso las cosas crueles que había hecho formaban parte del sencillo mundo anterior a la plaga. De hecho, le había hecho mucho daño, porque nunca estaba exactamente a su alcance. Legalmente eran familia, y tenían miedo de lo que la gente pudiese pensar. De modo que la dejó. Dos veces. La tercera vez fue ella quien dijo basta. Era una relación difícil, pero intensa.

Ruth Ann Goldman era hija única, y probablemente aquello era lo mejor. Su padre era analista y programador de software independiente, excelente en su trabajo, y muy solicitado. Tenía pocas horas para dedicarle a su hija, y menos a su mujer. El hecho de que tuviese la oportunidad de firmar un contrato con una única empresa y tener un horario de trabajo más estable y decidiese no hacerlo era algo que Ruth no entendió hasta mucho más adelante. Era una niña enérgica, traviesa y juguetona, que buscaba la aprobación en casa y, por lo tanto, en todas partes: en el colegio y entre su círculo de amigos.

Tras el divorcio, su madre encontró un hombre mejor, menos ambicioso. Su padrastro se parecía mucho a su padre, era apasionado e inteligente. Sin embargo, les daba más importancia a los demás, ya que había perdido a su primera mujer a causa de un cáncer.

Hubo muchos momentos en que se vieron desnudos, muchos portazos y muchas disculpas. Era todo muy dramático. Los dos eran mayores que Ruth, Susan cuatro años y Ari dos, y siempre iban con prisas arreglándose porque habían quedado o, en el caso de Ari, aseándose tras un partido de baloncesto o de béisbol. Ruth se las apañaba para estar en medio lo bastante a menudo.

Si es cierto que el amor no es más que una reacción química, a nadie debería haberle extrañado que hermanastro y hermanastra acabasen juntos. Su padre y su

madre hacían buena pareja. Había un eco de aquella atracción en la generación siguiente y estuvieron tonteando durante años. Ruth lo ahuyentaba con su sarcasmo, pero lo atraía de mil maneras diferentes, preguntándole por sus novias, yendo en pijama por la casa, o sentándose con él para ayudarle a hacer sus deberes de matemáticas. Eran momentos de baja tensión erótica, como los que desarrollaría con Nikola Ulinov dos décadas más tarde. Cuando estaban solos en casa se peleaban por el mando a distancia y jugaban a hacerse ahogadillas en la piscina comunitaria delante de todo el mundo, su piel suave contra su piel mojada.

Ari era popular y atlético. Ruth estaba más bien apartada de la vida social: era una empollona. Tenía un cuerpo decente y un cabello bonito, pero parecía que hubiese cogido prestadas la nariz y las orejas de un adulto.

Se besaron por primera vez cuando ella tenía diecisiete años y aún era virgen. Ella llegó a casa disgustada tras un mal día en la escuela de baile. El chico que le gustaba no estaba interesado en ella. Puede que Ari se aprovechara de aquello. Y puede que ella le dejase. El la acarició por encima de la ropa y ella le paró una vez, pero al día siguiente fue todo muy incómodo. La confusión les separó y el silencio inundó su amistad. Por suerte, Ari se marchó a la universidad. Sólo se vieron en vacaciones y el verano siguiente. Después, Ruth se marchó a estudiar a la Universidad de Cincinnati. Después él tuvo una novia formal, y ella se fue con su primera beca.

Ruth tenía más experiencia cuando ambos regresaron a casa por Hanukkah el año que cumplió veintiún años. Ella le lanzaba miraditas durante la cena y en el salón mientras la familia veía la televisión. Cuando todos se fueron a dormir, dejó la luz de su cuarto encendida y fingió que estaba leyendo. El se coló a hurtadillas en su habitación y todo fue muy emocionante, bonito y romántico.

Las cosas siguieron así durante años. Buscaban una tarde o una noche para estar juntos. Lo cierto era que podían haberse esforzado más por haberlo convertido en una relación, pero Ruth estaba siempre demasiado ocupada, y Ari nunca tuvo ningún reparo en llevarse a otras mujeres a la cama, lo que la indignaba bastante.

Era ese karma inestable lo que hacía que le apreciase tanto. Casi todo lo que sabía y creía de la religión se lo había enseñado su padrastro. No se había criado como ortodoxa precisamente. Consumía sabrosos subproductos de origen animal en pizzas con sus amigos, y su padre se pasaba todo el Sabbath trabajando con el ordenador. Pero aquella parte de su vida cambió radicalmente cuando su madre volvió a casarse, Ari solía tener partidos los sábados y su padrastro llevaba a toda la familia en coche a verle sin problemas, pero eso sí, los Cohén jamás comían carne de cerdo, como mandaban las escrituras. También se esforzaban por no trabajar o por no encender la televisión durante el Sabbath. La fe de su padrastro no era una cuestión de culto en sí, sino un profundo respeto por todas las cosas. Si le presionasen, él lo resumiría todo en una frase que no era precisamente judía: «Trata a los demás como quieras que te

traten a ti». No era ni científico ni especialmente lógico, dada la naturaleza humana, pero implicaba equilibrio y eso le gustaba.

Al principio, Ruth se había comportado con Ari como una cría, y después había sido egoísta. No podía permitirse cometer el mismo error otra vez.

Ruth se había desviado de su camino para coger una caja de condones en Walgreen mientras los dos hombres estaban tres pasillos más adelante en la sección de comida enlatada, y se preguntaba qué narices les iba a decir si la descubrían. «Tengo que hacerlo». Incluso si ella decía que no, Cam podría decir que sí, y sus opciones eran limitadas. Ella se había alentado. Le envidiaba. En ciertas ocasiones no tenía ninguna gracia ser mujer, ser más pequeña y estar sola.

Mientras pasaba una furgoneta abollada detrás de Cam, Ruth tuvo la tentación de pedirle un descanso. Cada vez tenía más miedo de parecer débil. Se agarró a uno de los espejos del coche para apoyarse y alzó la vista para mirar la espalda de Cam. Después se alejó de la calavera que, apoyada contra la ventana abría las mandíbulas en un grito eterno.

Ruth sintió que le invadía la duda y una nueva vergüenza. «Intenta no pensar». Por desgracia, le dolían demasiadas partes del cuerpo como para ignorarlo, y donde no le dolía, le picaba. No entendía cómo Cam podía levantarse y seguir avanzando día tras día.

«No pienses. Ésa es la clave. No pienses».

Había demasiadas decisiones que tomar entre los coches. Cam pasó por encima de un esqueleto, pero ella tuvo que rodearlo. Después, él retrocedió al encontrarse con varios coches apretujados en un callejón sin salida, pero Ruth iba tan rezagada que cuando le alcanzó ya pudo incorporarse a la nueva ruta.

De repente se detuvo, mirando más allá de Cam con incredulidad. Estaban cerca de la cima de una pequeña elevación, y delante de ellos, la interestatal ascendía más de kilómetro y medio y atravesaba empinadas colinas con prados y robles retorcidos. La carretera estaba plagada de vehículos que se dirigían al este en ambos lados. Los coches ocupaban los arcenes y algunos se habían salido y habían caído por la ligera pendiente. Ruth vio un montón de rocas que se habían desprendido de uno de los muros de contención, una veta color magma de tierra y grava. Era interminable. Newcombe tenía razón. Era imposible llegar a un punto lo bastante alto en menos de una semana, o incluso dos, avanzando a través de cada maldito centímetro de aquellos restos.

«No, por favor. Por favor, no pienses», se dijo a sí misma pero el miedo que sentía no se disipaba. No podía evitar mirar la larga línea de la carretera mientras se abrían paso entre los capos de dos coches.

Cam se volvió y la apartó justo cuando un sonido seco de algo que se agitaba les inundó los oídos. Serpientes de cascabel. Una gran cantidad de cuerpos carnosos

estaban enroscados en el espacio que tenían delante, defendiendo su territorio con agresividad. Najarro se hizo a un lado y retrocedió al topar con más cascabeles. Había encontrado más serpientes pasando junto a los coches más cercanos y Ruth miró a ambos lados con la idea de subirse a algún sitio.

Hizo lo que pudo para emitir las palabras.

—¿Qué hacemos?

—Les gusta la carretera —dijo Cam—. Está caliente y tienen muchos sitios donde esconderse. Sería mejor que avanzásemos campo a través como habíamos hablado en un principio.

—Joder, eso es de locos —dijo Newcombe—. No tienes ni idea de dónde nos estás metiendo.

—Sí la tengo. Lo conseguiremos.

—¡Yo podría conseguir un avión hoy mismo!

—Nos matarán en cuanto lo vean aterrizar.

—¡Basta! —intervino Ruth—. Dejad de discutir.

Pero su voz no era más que un susurro y los hombres no respondieron. Se miraban fijamente. Ella se giró temblando.

El entorno parecía cambiar según subían. Habían llegado a una zona donde al menos algunos reptiles habían sobrevivido. Apenas se encontraban a ciento cincuenta metros sobre del nivel del mar y aún les quedaban unos ciento treinta kilómetros por recorrer en aquel mundo extraño y peligroso. No quería ofender a Cam, ¿pero y si habían tomado la decisión equivocada?

Él ya estaba buscando un modo de pasar las serpientes. Se había subido al capó de un Toyota para inspeccionar la zona. El coche rozó contra otro vehículo y chirrió. Sin embargo, ante él la carretera se alargaba hacia el infinito y ella ya tenía los pies llenos de ampollas y le dolían los tendones y los huesos.

Ruth ya no estaba segura de que pudiesen conseguirlo.

## 8

El agente de inteligencia que seguía a Ulinov llevaba un teléfono plegable abierto en un costado como si fuese un cuchillo, de modo que pudiesen controlar cada paso que daban por las calles abarrotadas del centro de Leadville.

Nikola Ulinov era un hombre corpulento, pero solía ceder el paso a la gente que iba y venía por los emplazamientos de artillería rodeados de sacos terreros. Para empezar, era muy difícil seguirle. Ya había detectado a un segundo agente y se esforzaba por permanecer oculto a pesar de su paso irregular.

Ulinov medía un metro ochenta y ocho centímetros. Los estadounidenses habrían dicho «seis-dos» con su característica economía de palabras. Solía destacar siempre en las multitudes. El otrora cosmonauta era grande para ser un graduado de la Agencia Espacial Federal Rusa. Era ancho de pecho y hombros. Su cojera sólo le hacía más imponente. La mayoría se apartaba de su camino sin pensarlo, pero él no tenía ninguna prisa. Hacía dos días que tenía una excusa para cruzar la ciudad y estaba tomando notas.

Era un arma. Aquélla era la pura verdad, y así es como se sentía. No se lo tomaba con odio, sino con determinación. Un arma no odia. Sólo sirve. Su munición no era más que lo que les había robado con sus ojos y sus oídos, pero día a día se había vuelto más peligroso.

Se mantenía cabizbajo, como la mayoría de los civiles, encorvado dentro de su abrigo. Cada vez que levantaba la vista, tenía miedo de delatarse. Cada paso que daba hacia un lado o hacia atrás para dejar pasar a los demás hombres y mujeres era más que una actuación. Caminaba entre ellos como si llevase una bomba, y parecía imposible que nadie se diera cuenta de lo diferente que era, de sus pensamientos, de su intención. Él era el enemigo.

Quizá eso cambiase algún día. O eso esperaba. Casi desde el principio, su gente y los estadounidenses habían establecido una alianza, aunque aquella asociación había consistido en poco más que unas palabras transmitidas de un lado a otro del mundo. Los estadounidenses estaban demasiado centrados en su propia supervivencia, y a finales del segundo invierno, lo único que quedaba de Rusia eran unos cuantos millones de refugiados sin bienes ni poder. Hasta aquel momento.

Según parecía, aquélla era la razón por la que habían bajado a Ulinov de la estación espacial como representante experimentado y notorio de su gobierno arruinado. Era bilingüe, tenía experiencia diplomática y había colaborado con e incluso dirigido a estadounidenses. Pero tenía que ser algo más. Su gente estaba desesperada por tener algún tipo de ventaja.

No había conseguido nada. Por lo que había visto, el poder de Leadville estaba creciendo. No demasiado. Ellos también tenían sus propios problemas, pero incluso

la mínima mejora iba totalmente en contra de la tendencia global. Había sido testigo de esto a bordo de la EEI, al ver cómo los supervivientes de todos los rincones del planeta iban desapareciendo.

«No sabéis la suerte que tenéis», pensó, y se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo con la cabeza levantada. Había establecido contacto ocular con un cabo del ejército joven y bronceado que estaba al borde de una acera preparado para la batalla de pies a cabeza, con el casco, la parka, los guantes y la metralleta. La expresión del joven se tensó y Ulinov se preguntó con temor qué habrían mostrado sus ojos. ¿Envidia? ¿Rabia?

El ruso no se atrevía a volver a mirar. Los dos agentes de inteligencia no debían pensar que los había descubierto, pero su amargura le siguió como un grito impertinente.

«No sois conscientes de cuánto tenéis».

La nueva capital de los Estados Unidos se encontraba a tres mil cien metros sobre el nivel del mar, en un terreno llano situado entre colosales picos blancos. Nunca había habido muchos árboles a aquella altura, y ahora no quedaba ninguno, pues los habían quemado todos para calentarse durante el primer invierno, de modo que Leadville no era más que un montón de ladrillos viejos y de cemento moderno. En la calle principal había dos museos de historia y un teatro bien conservado construido en 1870.

Incluso en el siglo XXI la amplia avenida conservaba la forma de la frontera estadounidense, diseñada para carros y caballos. Antes de la plaga, la ciudad albergaba a menos de cuatro mil habitantes, pero todos los edificios históricos y las cafeterías se habían convertido en centros de mando para tratar asuntos civiles, federales y militares.

Era una base. Hoteles, oficinas y domicilios privados estaban atestados de supervivientes, al igual que las gasolineras y las lavanderías. Los almacenes prefabricados y las tiendas de campaña ocupaban muchas de las calles laterales, tejados y aparcamientos. Era suficiente.

Al cerrar los ojos, las muchedumbres casi le recordaban a Kiev, Moscú y París. Las pisadas de las botas en el suelo, el sonido del roce de la gente. Sin embargo, había algo extraño en aquellos pasos y en aquellos sonidos humanos. Nadie corría porque llegase tarde al trabajo o a un espectáculo o a comer. Nadie reía ni gritaba.

Ulinov se puso contra la espalda de un hombre que estaba centrado en su teléfono móvil de cara a la pared de ladrillo de un banco. No hablaba. Sólo escribía un mensaje deslizando el pulgar por el teclado del teléfono. El ruso continuó su camino e inmediatamente vio a otra mujer dando suaves palmas con las manos ahuecadas. El caballete de su nariz estaba rojo y agrietado, como el de la cara del joven soldado. A aquella altura, la luz estaba cargada de rayos ultravioleta y no quedaba protector solar

en ninguna parte.

Lo importante eran los teléfonos. Todos los funcionarios, soldados, médicos, operarios, electricistas y otros trabajadores fundamentales del gobierno estaban conectados entre sí por una serie de torres celulares locales y por Internet de acceso inalámbrico, todo construido durante el Año de la Plaga, y sin embargo Ulinov nunca les había escuchado hablar más alto que un susurro. Tenían miedo de que hubiese infiltrados. Su guerra era contra su propia gente, ¿y cómo podían saber quién estaba en su bando si el enemigo tenía el mismo aspecto que ellos y hablaba igual que ellos?

En muchos sentidos era como si el invierno aún tuviese a Leadville atrapada bajo dos metros y medio de nieve y a temperaturas bajo cero. Aquella gente seguía esperando. Estaban congelados. Incluso con la lucha, muchos de ellos no tenían qué hacer, y cada boca que alimentar era un problema. Todos temían miedo de ser prescindibles.

En su mayor parte, Ulinov no había visto más que lo que el gobierno había querido que viera durante los dieciocho días posteriores a su salida de la EEI. Hubo un desfile. Había recibido una atención médica excelente y raciones de comida abundantes. Pero aquella fachada había desaparecido. Leadville era una fortaleza sitiada por guarniciones de soldados, unidades armadas, avanzadas militares y patrullas de reconocimiento y, al igual que un músculo, se estaba flexionando. Durante días, los aviones de combate habían hecho retumbar el cielo. El rugido de los motores y de las aeronaves de refuerzo resonaba desde las montañas. A Ulinov le costaba llevar la cuenta. No siempre podía estar en la calle o cerca de una ventana. Las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos también parecían estar simplemente reubicando sus aviones o despejando el pequeño aeropuerto al sur de la ciudad, moviendo los aviones a las carreteras del norte. Y algunos de los vuelos cortos que se oían no era más que pequeñas avionetas o enormes aviones de pasajeros.

Leadville también reabastecía a las unidades especiales de tierra llenando la carretera principal de pesados porta misiles y de tanques Abrams que quebraban el asfalto. Ulinov había contado al menos seis unidades motorizadas en cada una de las cuatro manzanas que había cubierto hasta aquel momento, y vio el mismo número exacto en la calle siguiente. Un cañón mecanizado. Transportes blindados para los soldados que servirían de apoyo a la artillería. El día anterior, las calles habían retumbado a primera hora de la mañana y una vez más por la noche. Los vehículos iban y venían seguidos de otro grupo aquella mañana. Una segunda oleada.

«¿Cuántos más habrá?», se preguntó, y se encontró con otro soldado en la acera junto a la puerta de una tienda. Era un capitán.

—Disculpe —dijo el ruso cuidando el modo en que se dirigía a él.

Tenía la identificación adecuada, pero no quería que le detuviesen por algo tan estúpido como su acento. Ya llegaba tarde.

Sin embargo, el capitán apenas le miró antes de entrar en el establecimiento. El nombre de la tienda estaba cubierto de spray negro. CAV4. Aquello estaba escrito por todas partes y Ulinov intentó recordarlo todo. FBI F2. ODA S/S. Todo iría a sus informes, y desde su punto de vista, parecía que Leadville estaba haciendo mucho más que reforzar lo que ya era una base importante. Estaba convencido de que estaban preparando un ataque, ¿pero dónde?

Corrían rumores, por supuesto. La evidente guerra aérea. Historias de armas nanotecnológicas y habladurías de que Ruth les había traicionado con otro dispositivo nuevo. Se decía que James Hollister había sido ejecutado y que muchos otros estaban en la cárcel o bajo arresto domiciliario.

Ulinov sabía que sólo era cuestión de tiempo que le descubriesen a él también.

En una pequeña habitación de un antiguo hotel, una pequeña habitación privada con electricidad, un ordenador y dos teléfonos, Ulinov se reunió con el senador Kendricks y el general Schraeder. Su tensión les beneficiaba, pero no podía ocultarla. Aun así, lo intentaba.

Kendricks disfrutaba claramente el momento y analizaba el rostro de Ulinov mientras intercambiaban los típicos saludos.

—Buenos días, comandante. Siéntese. ¿Le apetece algo de beber? ¿Una coca-cola?

Y sacó una lata roja del escritorio.

Ulinov sabía que una lata de refresco cerrada se vendía en la calle a cincuenta, y a Kendricks le gustaba hacer pequeños favores. La aceptó. —Sí, por favor. —¿Qué tal va esa pierna? —Va mejor. Sus médicos son excelentes. Ulinov estaba en la cubierta de vuelo de la lanzadera espacial *Endeavour* cuando tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia en una carretera a las afueras de la ciudad. La metralla entró por el parabrisas y se cobró la vida del piloto. —Bien —dijo Kendricks—. Bien. Me alegro de oír eso. Ulinov se mostraba paciente. Aceptó la coca-cola y la levantó a modo de saludo —Gracias.

Kendricks inclinó la cabeza y su ancho sombrero de vaquero con un movimiento lento y serio. El blanco Stetson era su marca personal y también llevaba lazos sobre camisas azules normales y corrientes. Siempre iba recién afeitado. Ulinov sospechaba que el hombre llevaría traje y corbata en Washington, pero Colorado era su tierra natal y la mayor parte de los supervivientes que había en la ciudad eran de allí, o al menos del oeste. También una buena parte del ejército tenía base en aquel estado.

Ulinov no creía que se hubiese celebrado ningún tipo de elecciones, ni pensaba que las fuese a haber, pero aquello debía de ser lo más fácil, montar aquel teatro. La gente quería algo tradicional para tranquilizarse frente a tanta pérdida y tanto sufrimiento. Alrededor de los cincuenta y cinco años, fuerte y en forma, Lawrence N. Kendricks era una buena figura paternal.

El general Schraeder había intentado reinventarse tomando como ejemplo al senador. Su cabello oscuro era más largo de lo normal para un militar, lo que suavizaba la severa imagen que le proporcionaba el uniforme de las Fuerzas Aéreas, los galones y las insignias. Su gran altura también ocultaba en parte la gasa que le cubría la oreja, donde Ulinov suponía que le habían extirpado un melanoma precanceroso. Sin embargo, Schraeder carecía del ego que le daba a Kendricks la confianza inquebrantable que le caracterizaba. Puede que sólo fuese que Schraeder hubiera presenciado la destrucción y el fracaso más de cerca. Normalmente estaba tan tenso como Ulinov, y aquel día se le notaba. El general estaba tenso y callado. No era más que un esbirro.

«Pero no bajas la guardia con él», pensó Ulinov mientras se bebía la coca-cola gaseosa y azucarada. «Los dos tenéis más en común, y puede que Schraeder quiera ayudar si el senador se lo permite».

Desde el comienzo de la plaga, Kendricks nunca había bajado más de ocho puestos en el pináculo del gobierno estadounidense. Un accidente de helicóptero había acabado con la vida del presidente durante las evacuaciones a la Costa Este y el vicepresidente había asumido su puesto. En medio de aquel caos, el Presidente de la Cámara había acabado en Montana, que pronto pasó a manos de los rebeldes.

El fin del mundo se había portado bien con Kendricks. Y si había un intento de golpe de Estado, como los que se habían abortado recientemente, el senador parecía salir de ellos incluso mejor posicionado. Kendricks y Schraeder ya poseían dos de los siete valiosos escaños del consejo presidencial, y Ulinov sospechaba que la directiva principal ya se había reducido a cuatro o cinco. En las reuniones previas se había sentado con todo el grupo, pero dos días antes aquello había cambiado.

Kendricks era hábil y oportunista, extremadamente agudo a pesar de su imagen de vaquero holgazán.

«Este hombre es como un oso», pensó Ulinov. «No teme a nada y siempre tiene hambre. ¿Cómo puedo usar eso contra él?».

—Bueno, parece que la cosa va tan mal como pensábamos —dijo Kendricks por fin, golpeteando la mesa con los nudillos.

Después hizo un ademán con la misma mano hacia Schraeder.

—No podemos permitirnos darles aviones ahora mismo.

—Es complicado —asintió Ulinov inocentemente.

—Aun así, no tenga duda de que tenemos gran interés en ayudar a los suyos —continuó el senador cruzando las manos—. Todo depende de cuántos aviones tengamos disponibles para esa tarea. Cuántos y cuándo.

Esta vez, Ulinov sólo asintió, luchando contra su resentimiento. «¿Pretende que suplique?»

Se había imaginado algo así. Dos días antes, Kendricks le había dado muestras de

que su trato iba a cambiar cuando le llamó para hablarle de los problemas que estaba ocasionando el levantamiento de los rebeldes. Y aun así la guerra civil estadounidense no era nada en comparación con lo que estaba viviendo su gente.

Su patria había sido abandonada casi por completo. Los picos más altos de los Urales se quedaban cortos con sus menos de dos mil metros de altura. Por otro lado. Rusia poseía tan sólo un puñado de montañas nevadas, cerca de la hornera con China y Mongolia, además de unas pocas zonas seguras reducidas en plena Siberia y a lo largo del mar de Bering. Desde los primeros informes de California hasta el momento en que la plaga de máquinas asoló Europa, los rusos apenas habían tenido un mes para reubicar a toda la nación mientras se enfrentaban a decenas de otros países que reclamaban y luchaban por los territorios elevados.

Sin quererlo, la humanidad había iniciado el calentamiento global justo a tiempo para beneficiarse de él. Había pruebas de que el proceso tenía una parte natural. Era fácil culpar a la actividad volcánica y a los ciclos pendulares de eras más cálidas a edades de hielo, pero en ochenta años de explosión demográfica sin precedentes, las interminables giga-toneladas de humo y gases nocivos habían alterado el equilibrio de la atmósfera.

Los puntos más altos del planeta fueron los primeros en notar sus efectos. Seguía habiendo picos fríos, pero a finales de los noventa las señales eran demasiado claras como para negarlas. Las nevadas se transformaron en lluvia. El suelo helado se ablandó y se derritió. También se produjeron más corrimientos de tierra e inundaciones, pero la aceleración de los gases de efecto invernadero había marcado la diferencia entre la vida y la muerte durante el Año de la Plaga. El calentamiento dio lugar a un suelo más útil para los supervivientes, incluso si era sólo unos metros cada vez.

Toda Europa se refugió en los Alpes. China e India invadieron el Himalaya central como mareas humanas. También había algunas zonas seguras en Irán, y Rusia mantenía relaciones económicas y diplomáticas con ellos, pero los iraníes detonaron catorce bombas atómicas a lo largo de sus fronteras para rechazar a sus vecinos árabes. El viento estaba en su contra. La lluvia radioactiva contaminó demasiado suelo elevado iraní, no a niveles peligrosos, pero mortales a largo plazo.

Los rusos huyeron a las cordilleras de Afganistán y al Cáucaso. Una cadena montañosa irregular elevada entre el mar Caspio y el mar Negro. En ambos lugares les superaban en número hordas de refugiados de Oriente Medio pero, al mismo tiempo, tenían razón al pensar que superaban en armamento a sus enemigos. No tardaron en caer. La supremacía aérea no significaba nada sin un mantenimiento adecuado, combustible y artillería. Sus tanques y su armamento también se agotaron. En algunos frentes, la despiadada guerra terrestre ya se estaba librando con piedras y cuchillos y, al superarles en número, los musulmanes consiguieron pronto la ventaja.

Las negociaciones con los Estados Unidos habían comenzado unos meses antes, aún en pleno invierno. Todo el mundo era consciente de lo que traería el deshielo: nuevos enfrentamientos, nuevos horrores, y los rusos estaban mal distribuidos y rodeados por todas partes. Que los afganos, los chechenos, los turcos, los kurdos, los jordanos, los sirios, los libaneses, los palestinos y los iraquíes luchasen entre ellos si querían. Los rusos habían negociado una salida ofreciendo sus ejércitos veteranos a India a cambio de una parcela de terreno en el Himalaya como una barrera contra China.

Aquello sería una batalla brutal en sí, por supuesto, pero contra uno en lugar de veinte. Su idea era establecer un punto muerto, una guerra fría con fronteras afianzadas. Pero para conseguirlo necesitaban muchos más aviones y combustible.

Como siempre, los Estados Unidos se habían librado debido a su aislamiento geográfico e, irónicamente, por el hecho de que la plaga se había desencadenado en California y se había extendido primero por Norteamérica, Sólo tenían que salvarse a ellos mismos y a los canadienses mientras el resto del mundo se quedaba atrás. Los demás países aguardaban con esperanza, hasta que fue demasiado tarde. Incluso sus mayores aliados, como el Reino Unido, que no poseían ninguna tierra lo bastante elevada, se vieron obligados a aerotransportarse hasta la guerra de los Alpes cuando, de repente, los ñaños estaban por todas partes.

También había unas cuantas zonas tranquilas, por así decirlo. De hecho, la mayor parte del Polo Sur era segura. La Antártida contaba con infinidad de cordilleras y mesetas por encima de los tres mil metros. Las frías temperaturas también arrastraban frentes de bajas presiones, dejando inmensos y altos tramos de hielo que solían estar libres de la plaga. Pero no era más que agua y la gente no podía alimentarse sólo de ella.

Groenlandia acogió unos cuantos noruegos y fineses y a sus ejércitos, de modo que establecieron una paz separada. Los supervivientes de Australia se unieron a Nueva Zelanda y Japón se refugió en los escasos picos del centro del país.

En el resto del mundo, la lucha era variada y despiadada. En la Micronesia millones de personas peleaban por un puñado de cumbres aisladas. La población africana intentó apiñarse en el monte Kilimanjaro y en los otros pocos picos elevados del continente, a pesar de que los israelíes volaron hacia el sur, hacia Etiopía, y se apoderaron de varias cimas para ellos solos.

Ulinov se preguntaba a menudo si los rusos deberían haberplaneado refugiarse en lugares más lejanos también, pero era duro. Querían permanecer cerca de sus ciudades, de su base industrial, de sus reservas militares, y no les faltaba experiencia a la hora de combatir en tierras musulmanas. Sabía que estaban utilizando los pocos aviones y helicópteros que les quedaban para hacerse con todo lo que había por debajo de la barrera, desesperados por encontrar armas y alimento. El peso de aquello

era como si cientos de años le presionasen, millones de vidas, la historia de toda una nación. Su gente había llegado al límite. Su existencia en sí estaba en peligro. Aún quedaban más de quince millones con vida, pero a menos que la lucha diera un giro dramático, estarían perdidos, extinguidos, salvo quizá por unos cuantos esclavos y algunas almas perdidas por el mundo, como él mismo. Diezmados en una generación. Y allí estaba, en un sillón acolchado, tomando una coca-cola.

—Lo que necesitamos es que todo el mundo esté del mismo lado —dijo Kendrick haciendo un gesto abierto con su pequeña mano—. Tenemos que colaborar para poner todo en orden de nuevo. Ahora mismo todo depende de que India tome la decisión adecuada. Ya se lo hemos comunicado. —¿Y qué han respondido?

—Bueno, se están haciendo de rogar. Creen que ya están haciendo lo suficiente cediendo una parte de su territorio, y eso les beneficia mucho a ustedes, desde luego. A ellos también. ¿Pero qué pasa con nosotros? —Kendricks inclinó la cabeza hacia delante con una postura agresiva que dejó el pico de su sombrero apuntando hacia abajo—. ¿Qué nos darán a cambio de todos los pilotos, los aviones y las armas que les demos? Y puede que hasta comida. ¿Por qué íbamos a enviar a nuestros hombres al otro lado del mundo cuando nosotros tenemos nuestra ración de problemas aquí?

—Los nanos —dijo Ulinov como un alumno aplicado. —Exacto. Eso es —sonrió Kendrick—. India tiene buenos expertos y un par de laboratorios bien equipados, pero están expuestos. Los chinos podían echar a perder todo lo que están haciendo en cualquier momento, y de todos modos van retrasados respecto a lo que estamos haciendo aquí. —¿Pretende fusionar sus laboratorios con los suyos? —Sí. Es demasiado complicado hacerlo todo por radio y no vamos a seguir enviando aviones eternamente. Es lo más inteligente. Así ganamos los dos.

—Entonces están haciendo progresos con el trabajo de R... —no quiso decir «el trabajo de Ruth»—. Con la nanotecnología. —Sí, supongo que puedo decirle que nos estamos acercando a algo que nos protegerá a todos, a nosotros y a nuestros aliados. Por debajo de la barrera, claro. Podemos cambiar el planeta entero.

—¿Un arma? —Ulinov miró a Schraeder, pero la expresión del general no revelaba nada.

Kendricks frunció el ceño antes de volver a sonreír. —Alguien ha debido de hablar más de la cuenta —dijo—. Sé que has visitado la sala de radio con frecuencia.

¿Esperaba nombres? ¿Alguien a quien castigar? Ulinov se los proporcionaría, si eso era lo que quería.

—Hablan de una nueva plaga —dijo encogiéndose de hombros—. Se oye por la calle, por todas partes. Dicen que es una nueva plaga que sobrevive por encima de los tres mil metros, pero de manera controlada, como un gas. Kendrick se limitó a negar con la cabeza. —Dicen que cuando se extiende, la tierra se vuelve habitable de nuevo —continuó el ruso mientras cambiaba de posición en la silla con cautela.

No quería mostrar su siguiente carta... entrar en aquel juego... pero le satisfacía mostrar algo de fuerza.

—Sabemos que existe —dijo—. Sabemos que la emplearon en White River.

—¿De qué está usted hablando? —Aún controlamos algunos satélites —señaló Ulinov. Cada vez que los imaginaba sentía una mezcla de orgullo y dolor. Sus compatriotas, ocultos en sucios agujeros y cuevas de hielo, trabajando con ordenadores portátiles y una colección de transmisores para controlar máquinas tremendamente complejas que surcaban el cielo. Máquinas que no podían permitirse reubicar.

—Tenemos vídeos de alta resolución del ataque —continuó—. Tenemos muestras de cómo los nanos... consumen. Los estadounidenses llamaban a su arma «Copo de nieve», quizá por la manera de actuar que tenía en los tejidos vivos, arremolinándose y cuajando.

—Conocemos su velocidad de dispersión. El calor que genera. Incluso hemos conseguido determinar su forma. —El ataque era necesario —intervino Schraeder.

—Sí —Ulinov no lo discutía—, pero nos preguntamos qué pasaría si los chinos también tuviesen un satélite en la misma órbita. Podrían utilizar esa información para desarrollar su propia nanotecnología.

—No era necesario expresar el resto en voz alta, las distintas amenazas que contenían aquellas palabras. No si Kendricks entendía que los rusos podían elegir no proteger la India después de todo. El senador tenía que ser consciente de que los rusos todavía estaban a tiempo de hacer un trato muy distinto para salvarse, intercambiando su poder por un territorio como tropas de choque contra la India en lugar de a favor de ella. Podían vender sus vídeos del satélite a China como parte de ese trato.

Ulinov sabía que esa propuesta ya había tenido lugar. Los enviados rusos no sólo habían acudido al Himalaya indio, sino también a la vertiente septentrional a inclinarse ante el primer ministro chino.

Kendricks respondió tranquilamente.

—Tengo mis dudas de que alguien pudiese averiguar nada de unas cuantas imágenes —dijo encogiéndose de hombros—. En todo caso, eso le da más motivos a la India para aliarse con nosotros. Nuestro lado tiene que imponerse si los demás países no quieren que sus hijos se críen hablando chino.

—Antes de enfrentarnos a ellos queremos el Copo de Nieve —dijo Ulinov, y sonrió ante la sorpresa que vio en sus ojos. El análisis orbital era una cosa, pero el hecho de que también conociese el nombre de la nanoarma revelaba un nivel de espionaje más profundo, y el que hablase de hecho de una manera tan directa debería indicarles algo incluso más preocupante: que estaban dispuestos a luchar.

Kendricks mantuvo la cautela. Miró al ruso de mala gana, pero su voz era serena.

Igual que sus ojos. Aquel hombre no se dejaba intimidar por nada.

—Bien, el problema es que estamos teniendo dificultades para producir una cantidad suficiente de nanos —explicó Kendricks—. Ése es otro motivo por el que necesitamos la colaboración de la India.

Ulinovasintió despacio y de mala gana, considerando su propia situación y sabiendo que era delicada. Pero sus órdenes fueron claras:

—Queremos el Copo de Nieve —repitió.

## 9

Por supuesto, sólo era un amago. Su gobierno debía saber que los estadounidenses jamás les entregarían un arma de tal calibre, aunque antes de concluir su reunión, Schraeder hizo un par de comentarios acerca de la posibilidad de enviar unos cuantos consejeros de las Fuerzas Especiales para controlar el Copo de Nieve.

¿Qué era realmente lo que quería su gente?

El viento y la oscuridad obligaron a Ulinov a entornar los ojos. El ruso miró el cielo cubierto de estrellas. Aquella noche las sentía muy lejanas, y trató de evocar su auténtica belleza. Incluso a tres mil metros de altura, una gran cantidad de kilómetros se interponían entre el espacio y él, alterando y atenuando su luz.

Desde los miradores de la EEI, aquellos soles distantes no titilaban, y Ulinov echaba de menos su perfección firme y brillante porque no se atrevía a permitirse perder la suya propia.

No era más que una herramienta. Lo había aceptado. Había cosas más importantes en juego que su bienestar personal, pero aquella nueva táctica era inquietante. Al presionar a Kendricks para obtener su nanotecnología, Ulinov había revelado que tenía un canal secreto de comunicación, porque sus conversaciones con los líderes rusos siempre se registraban rigurosamente. Sin duda, las cintas se reproducían una otra vez por los analistas de la Agencia de Seguridad Nacional. Nunca le habían engañado con privilegios diplomáticos. Cada vez que se programaba una conversación, Ulinov se veía rodeado de un grupo de personal estadounidense. El que revelase nueva información les pilló por sorpresa.

Después de aquello, los estadounidenses habrían inspeccionado la sala de radio tres veces en busca de fallos o virus lo rastrearían todo hasta que consiguieran cortarle el canal, aquello no le gustaba. Ya estaba bastante aislado de por sí. Y lo que es peor, ya no había vuelta atrás. El ruso pasó su pulgar por la dura superficie de la Glock de 9mm que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

La noche era fría, sobre todo en el balcón de aquel tercer piso. Ulinov estaba expuesto a la brisa, pero las puertas principales del hotel estaban cerradas y ni siquiera se había planteado intentar salir al jardín. Prácticamente nadie tenía permitido salir después del toque de queda. Leadville se había retirado hasta el alba, y tan solo se veía luz en unas pocas ventanas.

—No hay señal —susurró la sombra a su lado sujetando un teléfono móvil en la penumbra—. Sigue sin haber señal.

Ulinov asintió tajantemente y se asombró al ver la blanca hilera de dientes en el rostro de Gustavo. Pensó que parte de aquella sonrisa la provocaba el terror, aunque al mismo tiempo revelaba rebeldía y seguridad en sí mismo. Gus había conseguido

engañar a los estadounidenses anteriormente y aseguraba que podría hacerlo de nuevo.

Gustavo Proano era un hombre delgado y de mediana estatura, pero Ulinov aún estaba aprendiendo a asimilar su diferencia de tamaño. Sin gravedad, no era tan evidente, y Gustavo había sido su oficial de comunicaciones durante todo su largo exilio en el espacio. Con su presencia en la EEI se pretendía apaciguar a los europeos.

Gus tenía la boca muy grande y las manos inquietas. Ulinov ya le había advertido dos veces que se callase, pero Gus seguía haciendo comentarios obvios mientras le daba golpecitos al teléfono. Movía la mano libre impacientemente y se rascaba la parte de atrás de su gorro de lana. Por debajo tenía una calva que le gustaba frotar mientras trabajaba.

El ruso estaba más tranquilo, melancólico. No se movía en absoluto, excepto para acariciar su pistola con el dedo. No había sido difícil conseguir el arma en aquella zona de guerra. Cuatro días atrás, en el comedor, el arma había pasado sin problemas de la pistolera de un marine cansado a los pliegues del jersey del ruso.

—¡Maldito cacharro! —dijo Gustavo entre dientes, con una postura incómoda para reflejar la poca luz que había hacia el teclado.

Obtener un móvil y una PDA fue aún más fácil. Los estadounidenses parecían haber salvado muchísimos millones más de sus divertidos aparatitos que de su propia población. Casi todos estaban conectados a la red vía teléfono móvil, iPhone, Bluetooth o Blackberry. Una vez más, Ulinov había robado un teléfono, mientras que Gustavo había comerciado abiertamente para obtener muchos más.

—¿Lo dejamos ya? —preguntó el ruso casi sonriendo también.

—Puedo entrar—respondió Gus.

—Si desconectan toda la red...

—Deja que lo intente con otro teléfono.

Ulinov se encogió de hombros y asintió asegurándose de que no exteriorizaba su sonrisa. Tenía la sensación de que los Estados Unidos se estaban perdiendo mucho al no contar con Gus. Si hubiesen confiado en él podría haberles sido de gran valor. Para empezar, todos los supervivientes conocían su voz, pero los estadounidenses tenían más operadores que radios, y Gus era extranjero.

Tras confirmar los códigos de acceso y de control de la estación espacial, le habían dejado sin trabajo. Era un problema que ya se habían esperado. Los estadounidenses querían todos los documentos de Ruth y todos los archivos del trabajo de vigilancia de Ulinov. Querían utilizar las cámaras y otros instrumentos. Incluso vacía, la EEI era un satélite muy valioso, y Gus, al igual que Ulinov, habían reprogramado sus ordenadores mucho antes de desembarcar, conscientes de que podría resultar útil dejar unas cuantas puertas abiertas.

Gus había comentado a propósito un error que sólo él podía corregir y había

culpado del problema a la avalancha de datos transmitidos a la estación durante el último año, y a que no todos estaban limpios. «Arreglar» el error le llevó dos días durante los cuales pudo enviar y recibir códigos de la estación tras los planes frustrados de los estadounidenses. Dos días de estudio. Dos días para colocar más parches.

Ulinov siempre había planeado actuar solo en su misión y utilizar las bases de datos de la EEI para almacenar, enviar y recibir mensajes. Los estadounidenses le permitieron seguir accediendo a la estación para facilitarles fotografías e informes meteorológicos a las defensas rusas, lo que le proporcionaba excusas para transmitir archivos complejos, pero le vigilaban demasiado de cerca. Registraban cada pulsación que daba al teclado. Siempre se aseguraban de tener expertos a mano para «ayudarle», ingenieros de combate y meteorólogos que eran sin duda técnicos informáticos de la CÍA, por mucha competencia que tuviesen al hablar de campañas de demolición o de frentes de altas presiones.

Las únicas transmisiones que había realizado el ruso a la base de datos habían sido un informe meteorológico y un duplicado del mismo informe, una clara señal para sus compatriotas de que enviar cualquier otra información no era seguro.

Sin embargo, su siguiente mensaje fue un pequeño texto por medio de un módem inalámbrico, para reestablecer el contacto. Gustavo tenía tres modos de entrar en el sistema local, programas que adjuntaban paquetes de datos a transmisiones más grandes. Cada vez que los Estados Unidos enviaban órdenes a la EEI, lo que sucedía con frecuencia, las notas de Ulinov también saltaban al cielo.

Gustavo había compartido aquel truco con él por razones en las que Ulinov no llegaba a confiar. Por amistad, sí. Y para mantenerse ocupado. Pero sabía que Gus había estado cooperando con la inteligencia estadounidense casi desde el principio de sus doce meses en órbita, probablemente cumpliendo órdenes de su propia gente. ¿A qué estaba jugando Italia?

La situación en los Alpes no era mucho mejor que la de Oriente Medio. Había múltiples frentes de batalla, un caos de alianzas y de resistencias en el que Italia se aferraba a unas pocas parcelas de tierra contra Francia, Alemania, Reino Unido, Irlanda, Holanda, Polonia, Grecia, la República Checa, Bélgica, Suecia y Eslovenia. Ulinov tenía que confiar en el resentimiento de Gustavo. Todo el mundo quería que la situación de los Estados Unidos empeorase un poco para que hubiese más posibilidades de que suplicasen o negociasen ayuda, pero Ulinov también era consciente de que Gus podría ganarse su favor delatándole. Probablemente, la agencia de espionaje italiana, SISMI, habría intentado captar todos los mensajes de Ulinov. De haberlo conseguido, a esas alturas ya debían de haber descifrado la sencilla codificación.

La transmisión a través de Gus no era más que una oportunidad efímera de

actualizar y confirmar los planes de emergencia. Gustavo le traicionaría. Quizá ya lo hubiese hecho.

Los líderes rusos debían saberlo, y aun así en las últimas veinticuatro horas habían hecho alusión dos veces a sus enviados a China. También le habían dado instrucciones de que exigiese el arma nanotecnológica, dejando así al descubierto su engaño ante los estadounidenses.

Era una herramienta que debía ser sacrificada, pero ¿con qué propósito? ¿Por qué querían que tuviese dificultades y cómo pretendían que actuase? ¿Para intentar minimizar el problema? ¿Para empeorarlo?

—Estoy dentro —dijo Gus animándole a acercarse. Ulinov apartó con reservas la mano de la pistola que tenía en el bolsillo de su pesada chaqueta. Sus dedos desnudos se tensaron en la brisa mientras agarraba el teléfono de Gustavo. Nunca se había sentido tan vulnerable —Gracias —dijo.

Gus asintió y sonrió. Se apartó para darle al ruso un margen de privacidad, y Ulinov se obligó a no seguir a su cama-rada con la mirada. A su enemigo. No es que esperase que varios hombres irrumpiesen en la habitación gritando como en las películas americanas. Aún no. ¿Cómo solían decirlo en el Lejano Oeste? Le darían suficiente cuerda como para que él mismo se ahorcara.

Ulinov pasó el dedo con destreza por el teclado del móvil. Lo sujetaba junto con la PDA en la mano izquierda y utilizaba la derecha para introducir sus propios códigos ahora que Gus le había dado acceso a la base de datos de tróvanos que flotaba en la ciudad. Necesitaba la PDA para recordar sus contraseñas y para codificar y decodificar sus mensajes, a pesar de que la clave era muy sencilla, ya que sólo había que sustituir los números por letras del alfabeto cirílico. De nuevo, sólo pretendía tener a los estadounidenses ocupados durante unos días.

Utilizaba siglas y abreviaturas, o tres palabras seguidas sin la mayoría de las vocales, y de repente una completa. Escribía todos los números juntos, de modo que 25 podía ser un 2 o un 5. Además, la sustitución de letras comenzaba arbitrariamente, de manera que el 1 correspondía a la «R», pero sólo en los mensajes que emitía los domingos. La representación numérica se desplazaba hacia delante o hacia atrás dependiendo del día de la semana.

Ulinov era bueno con los datos, pero no podía descifrar de manera instantánea cientos de números amontonados. Y componer sus informes no le resultaba menos complicado al tener que codificar todas aquellas letras después de eliminar las vocales de manera aleatoria. Necesitaba organizar sus mensajes previamente, y después introducirlos con el móvil mientras lo copiaba de la PDA. Del mismo modo, cuando recibía un mensaje lo transcribía en la PDA lo más rápido posible y después lo descifraba.

Incluso antes de regresar de su reunión con Kendricks, los estadounidenses

habían registrado sus pocas pertenencias en la pequeña área privada que conformaba su vivienda, la parte de atrás de una suite que se había separado del resto con una pared de contrachapado. No eran demasiadas cosas; unas mantas y un colchón en el suelo, dos camisas y ropa interior. Y no habían rebuscado demasiado. Movieron las cosas lo justo para demostrar que habían estado allí, para ver lo que hacía, para ver si se asustaba, pero Ulinov había escondido su contrabando en otra parte del antiguo hotel. Había encontrado una pequeña ranura tras las tachuelas de la pared de las escaleras del segundo piso, de la que se habían retirado unos paneles para utilizarlos de leña.

El arma no era para matar a Gustavo, ni para él mismo ni para nadie más. No era en absoluto para combatir. Ulinov no tenía ninguna oportunidad de escapar de Leadville, ni ningún motivo. Pretendía utilizar el arma para destruir su PDA y los pocos archivos que había creado y recibido, aunque los estadounidenses ya tuviesen copias de la mayoría. Quería que pensasen que había más; que pensasen que había secretos reales. «Puedo empeorar las cosas», pensó mirando de nuevo la noche y los débiles puntos blancos de las estrellas. Mucho más cerca, vio los faros rojos de un avión radar que volvía de patrullar.

Ulinov creía que los líderes rusos estaban utilizando la relación con los italianos para generar miedo y confusión. Estaba convencido de que era una ambigua prueba de fuerza. Estaban haciendo presión para que les presionasen a ellos. Querían que les bajasen los humos. Querían que los Estados Unidos se confiaran, y eso significaba... Significaba una traición.

La idea era tan peligrosa que intentaba sacársela de la cabeza completamente, pero había indicios por todas partes. De todos modos, nunca había pensado que regresaría a casa. Volver «a casa» era imposible, pero siempre había sabido que tenía muy pocas posibilidades de volver a reunirse con su gente, dondequiera que hubiesen ido a parar. Su deber estaba allí. Y lo aceptaba siempre y cuando cumpliera su misión.

¿Estaban vendiendo su lealtad a los chinos después de todo? ¿O era otra cosa?

Nikola Ulinov volvió la vista hacia los focos de luz de la pequeña, iría y abarrotada ciudad, y el corazón le latía deprisa con una mezcla de culpabilidad y de convicción. Primero intentó acceder a los mensajes nuevos, pero o no habían enviado ninguno o los estadounidenses los habían interceptado. Después empezó a escribir su mensaje con su auténtico alias «Charlie», probablemente a alguien se le ocurrió que sería gracioso. La agencia de inteligencia extranjera rusa, la SVR, le había dado ese nombre unos meses antes. Traducido, su mensaje no auguraría nada bueno y los dirigentes rusos sabrían que les estaba siguiendo el juego: «Aun no trato respecto ntec, pero EE.UU. sufre gran presión de rebeldes. Sugiero descargar todos documentos de EEL Haced oferta a...

Se detuvo ahí y terminó la conexión como si el sistema celular se hubiese

interrumpido o su teléfono hubiese fallado. Que los estadounidenses se devanaran los sesos con aquello. Mientras tanto, Ulinov podía tomarles el pelo lo suficiente como para mantenerlos ocupados.

Algo terrible estaba a punto de suceder.

## 10

Los helicópteros resonaban en la oscuridad y Ruth se arrastró hasta la rueda pinchada de un camión del ejército antes incluso de haberse despertado del todo, y se raspó la cara con unas tuercas.

—Por aquí —dijo Cam—, por aquí.

Ella avanzó hacia su voz, arrastrándose por la tierra. Habían abandonado la carretera para acampar, y se habían refugiado contra un viejo vehículo blindado que no había pasado de los trescientos sesenta y cinco metros antes de quedar empantanado. El morro del vehículo estaba hundido en la tierra, que en su momento había sido fango. Ahora los ángulos opuestos de la colina y del camión desorientaban a Ruth todavía más. De repente chocó con Cam. El sujetaba el fusil de Newcombe con las dos manos, pero se inclinó hacia ella por un instante como si fuese a abrazarla. Ella se apretó contra él para buscar más contacto físico.

Los helicópteros se encontraban a gran distancia y parecían estar alejándose aún más. Ruth miró con los ojos desorbitados en la oscuridad. No podía creer lo que estaba pasando. Entonces, una silueta humana tapó las estrellas y se estremeció. La luz dispersa se reflejó en los cristales de las gafas de Newcombe.

—Se dirigen al sur —dijo.

El ruido retumbaba contra las estribaciones y se alejaba. Pero entonces se escuchó algo distinto, el martilleo de las armas, ahogado entre la estridencia de los helicópteros. Eran fusiles de asalto.

—Mierda —dijo Ruth con una claridad repentina.

Cam y ella se levantaron junto a Newcombe y miraron en la oscuridad. No había nada que ver. La batalla estaba demasiado lejos. Probablemente, en un mundo normal y corriente ni siquiera habrían escuchado el enfrentamiento. El sonido llegaba desde varios kilómetros de distancia.

—Tienen a Young y a Brayton —dijo Newcombe.

Cam negó con la cabeza.

—Eso no lo sabes.

—No hay nadie más aquí abajo.

Aquello lo cambió todo. En su mente, Ruth ya se había rendido, y nadie podía culparla por ello. Había hecho todo lo que había podido. Decidió decírselo a Newcombe por la mañana. «Llamemos a tu gente. No puedo seguir caminando. Ahora, la red de seguridad había desaparecido. Ya no podía aferrarse a la esperanza de que el capitán Young y Todd Brayton extendieran la vacuna. Leadville tenía la nanotecnología en sus manos, y Ruth sabía exactamente lo que el consejo presidencial pretendía hacer con ella.

Un solo mundo. Un solo pueblo.

¿Qué aspecto tendría la humanidad si se saliesen con la suya? La mayoría de los supervivientes de los Estados Unidos eran blancos. Las poblaciones minoritarias de inmigrantes de Norteamérica vivían en la costa y en zonas urbanas deprimidas: Los Ángeles, Nueva York, Toronto, Detroit... Sólo se habían salvado las zonas interiores y, para ciertas mentalidades, esa pureza de raza intensificaría la tentación de reclamar la Tierra entera. Leadville compararía la vacuna sólo si necesitaba expandir su mano de obra dejando que los grupos de extranjeros descendiesen de las montañas como agricultores o esclavos.

¿Y si uno de sus amigos hubiese logrado escapar? El capitán Young podría haber cubierto a Todd mientras él huía de los helicópteros... No. Ruth se estaba engañando a sí misma y la responsabilidad era suya. Siempre había sido suya. Volvió a mirar las estrellas y se esforzó por contener las lágrimas. Entonces apretó el puño y se aferró al intenso dolor que sentía bajo la escayola.

«Pronto amanecerá», pensó.

Caminó hacia su saco de dormir y empezó a recoger.

Tardaron siete días en avanzar ciento treinta y cinco kilómetros, y los últimos cuarenta los recorrieron fuera de la carretera. Newcombe temía que Leadville hubiese colocado detectores de movimiento o incluso a algunos soldados en las cimas de la zona, pequeñas escuadras equipadas con radios y víveres que hubiesen recibido órdenes de esperar. Cam señaló cuántos picos aislados había en los ochenta kilómetros más cercanos, y Leadville no tenía modo de saber que habían ido hacia el norte desde Sacramento, no hacia el sur. Habría innumerables hectáreas de tierra segura en las mesetas de Yosemite. Mucho más cerca de su posición real, alrededor del lago Tahoe, había decenas de montañas altas y crestas. Incluso si la capital sólo atacase las carreteras principales que se dirigían a puntos elevados, necesitarían enviar cientos de soldados. Sin embargo, la posibilidad estaba allí, de modo que Ruth, Cam y Newcombe evitaron las cimas más altas que tenían cerca y avanzaron hacia una línea de colinas más pequeñas.

Sufrieron ocho veces más infecciones nanobóticas. Ahora, el dorso de la mano izquierda de Ruth, la del brazo roto, presentaba unas manchas oscuras que apuntaban a una hemorragia subcutánea. La plaga siempre atacaba las zonas más débiles. La herida estaba sanando, pero estaba segura de que le dejaría cicatrices. Otra marca más. Lo peor eran los pies los tenía en carne viva y las botas le rozaban, pero no quería 'lijarse'. El asa de su mochila también le rozaba el hombro izquierdo con el movimiento porque se quedaba enganchada en la cinta del cabestrillo.

Hubo más helicópteros y más cazas. Se toparon con otro tramo de terreno lleno de lagartos y de serpientes, y después con un bosque seco plagado de escarabajos muertos, y, de repente, el camino empezó a hacerse más fácil.

Las sierras llevaban tres días de tormenta de nieve cuando la plaga se extendió, lo

que impidió avanzar a muchos vehículos. Empezaron a ver que el tráfico aminoraba a unos doscientos metros de altura, donde los coches se habían salido de la carretera o estaban colocados en extrañas direcciones. Cam atribuyó aquella situación a la baja visibilidad y una mala tracción. En una ocasión, Newcombe arrancó un Ford Expedition y avanzaron veintidós kilómetros a toda prisa. En otras, avanzaron cinco kilómetros en una furgoneta y casi treinta en una camioneta. Por desgracia, aun había muchos atascos y choques, especialmente en las curvas de la carretera. Con la nieve, se habían convertido en trampas. Tuvieron que abandonar los tres vehículos. Miles de todoterrenos, furgones militares y tanques habían luchado por avanzar en la tormenta, al igual que las pequeñas motos de nieve y otros más inesperados como tractores y camiones de bomberos, vehículos lo suficientemente pesados como para avanzar en la nieve. Pero incluso éstos estaban amontonados o dispersos. Cada vez que uno se detenía, los demás chocaban contra él o daban un giro brusco y el coche se paraba. Los conductores se pusieron histéricos, muchos sangraron y muchos otros perdieron la vista.

Newcombe hurgó en la mayoría de los furgones militares, aparte de alimentos y pilas, también buscaba ropa. Iban vestidos con prendas civiles que habían ido cogiendo en Sacramento, pero Newcombe cogió una chaqueta del ejército manchada para él. Siempre se había refugiado en su entrenamiento y en su experiencia. Pero aquello era diferente. Ruth tenía la sensación de que quería comportarse de manera profesional si les capturaban o les asesinaban. Quería tener un comportamiento digno de un militar, y le admiraba por ello.

Ella no dormía bien. Soñaba demasiado y se despertaba frecuentemente a pesar de estar agotada, como si su mente estuviese sobrecargada intentando procesarlo todo.

La falta de aire tampoco ayudaba. Cualquier reducción de oxígeno provoca una sensación de ansiedad. El corazón late más deprisa y el cerebro reacciona. Cam le daba melatonina y Tylenol PM, primero una sobredosis pequeña y después hasta cinco pastillas a la vez. Incluso probó con antihistamínicos porque provocaban somnolencia, pero Rudí seguía mascullando y revolviéndose.

La pesadilla era real.

—No toques nada —dijo Newcombe mientras caminaba hacia atrás en el fuerte viento.

El cielo estaba despejado, pero las pocas nubes que había se movían muy deprisa. El frío invadió la tierra desolada y silbaba a través de los agujeros de la pequeña estructura de roca que tenían ante ellos.

Cam inspeccionó el refugio con una mano en la pistolera, aunque Ruth no pensaba que fuese consciente de su postura defensiva.

—Parece que fue una especie de... suicidio —dijo.

«No», pensó ella. «No lo creo».

La cima de la montaña era un cementerio. Traspasar la barrera fue una experiencia amarga. Había miles de cruces marcadas en las rocas. El signo estaba por todas partes. Cientos de piedras marcadas se habían colocado en el suelo para formar cruces más grandes, algunas alcanzaban los seis metros. Otras estaban compuestas de pequeños guijarros y sólo medían unos cuantos centímetros. Era el trabajo de innumerables días.

—Larguémonos de aquí —dijo Newcombe.

—Tenemos que enterrarlos.

Ruth no podía soportar ver más cuerpos marchitos, de modo que desvió la vista hacia el viento. Al sureste, hacia Tahoe, las Sierras formaban a lo lejos una línea alta y escarpada. Habían llegado a los tres mil metros de altura, pero justos. Aquel pico por encima de la barrera estaba aislado, separado por kilómetros de espacio abierto de las cimas más cercanas al anochecer, las crecientes sombras hacían que la distancia pareciese mucho mayor. Su dolor era igual de inmenso. El rostro de Ruth hizo una mueca antes de desplomarse sobre una rodilla y su brazo sano. Las pequeñas piedras la rodeaban por todas partes.

Cam se arrodilló junto a ella.

—¿Ruth? Ruth, fuera lo que fuera lo que sucedió aquí, fue hace mucho tiempo —dijo.

Pero aquello no hizo que se sintiese menos cansada o que menguase su sensación de soledad desesperada. ¿Cuántas cimas como aquella habría? «Todo este camino para nada», pensó. Después, como con una voz diferente, siguió: «Han sufrido para nada».

Aquella gente había sobrevivido al primer invierno, o incluso más. Habían apilado las rocas para construir un refugio. Habían cortado pinos y broza por debajo de aquella minúscula zona segura para obtener leña. Y habían desaparecido. Había seis sepulturas, todas demasiado grandes para una sola persona. Y dos cuerpos más habían quedado tirados en el interior de su pequeña cabaña sin que quedase nadie para enterrarlos.

Entre las dos mujeres había un cuchillo y una roca especial. Era casi redonda y tenía cruces grabadas por todas partes. Había sido utilizada para aplastar la cabeza de la mujer más pequeña, y la última superviviente parecía haberse cortado la garganta.

Cam pensó que habría sido una especie de holocausto religioso. Ruth estaba convencida de que las cruces significaban algo más. Habían rogado al cielo por su salvación. Habían intentado llevar sus almas lejos de toda aquella miseria. La enfermedad les había azotado. Los hombres podrían haberse librado, porque hubo pájaros sobre sus cadáveres, pero la tirante capa pútrida de su piel estaba negra e hinchada por detrás de las orejas. Habían sobrevivido a la plaga de máquinas, pero habían sucumbido a otro tipo de contagio. —Tenemos que enterrar a esta gente —

dijo Ruth. Cam asintió.

—Está bien, está bien. Pero no hay ninguna pala. —Oscurecerá dentro de una hora —dijo Newcombe. —¡No podemos dejarlos ahí! —Tengo una idea.

Cam se dirigió hacia el refugio. Y palpó con la mano la pared de roca. Después apoyó el hombro contra ella y empujó. La esquina cedió. La mayor parte de las ramas que sujetaban el techo cayeron dentro. Volvió a golpear la pared y el resto se derrumbó. Los escombros formaron un humilde montículo, pero tendría que bastar.

—Por favor —dijo Ruth—. Por favor, ponedlos a salvo. Buscad un lugar seguro.

Por supuesto, sus palabras no eran para aquellos extraños, como tampoco había sido por ellos por lo que en realidad había insistido en enterrarlos. Era un modo de intentar curar algunas de sus terribles heridas.

El trío comenzó el descenso a través de las crecientes sombras por el lado este de la montaña en dirección norte, hacia un pequeño campo de nieve. Querían permanecer por encima de la barrera, pero no podían correr el riesgo de contagiarse de lo que fuese que había matado a aquella gente.

—Deberíamos limpiarnos las botas y los guantes —dijo Newcombe.

—Vamos a esa nieve —dijo Cam señalando el espacio nevado—. También podemos usarla para beber.

Ruth apretó una de las pequeñas piedras en su mano. La había cogido en secreto. No sabía explicar por qué, pero el impulso que la había llevado a hacerlo había sido demasiado fuerte como para reprimirlo.

—No entiendo cómo ha podido suceder —dijo—. Todo el mundo estaba...

Cam se quedó con ella mientras Newcombe empezó a avanzar.

—No será igual en todas las cimas —la consoló—. Encontraremos a alguien.

—Pero a eso es a lo que me refiero. Si algo bueno tenía la plaga era que la mayoría de las enfermedades deberían haber desaparecido a su paso. La gripe, la amigdalitis. La población está demasiado dispersa.

—¿Pero no se supone que mucha gente es portadora de enfermedades sin llegar a desarrollarlas?

Ruth sabía que Cam había hecho un curso de primeros auxilios y asintió. —Sí.

—Entonces puede que en algunas cimas hayan tenido mala suerte. La gente se debilita, pasan frío, cogen un virus...

—Cam vaciló por un momento y continuó—. No es culpa tuya. Lo sabes, ¿no?

—¿Quieres decir que puede que algunas enfermedades se hayan adaptado? — Ruth se centró en aquello porque no sabía qué responder a todo lo demás.

—Sí. Tendremos que ir con más cuidado. Algunas islas podrían ser focos de contagio en las que todos hayan desarrollado inmunidades específicas que nosotros no poseemos. —¿Y cómo lo averiguamos? —No lo sé.

Algunas cimas también estarían infestadas de ratas y pulgas, plagas que no se

daban en ningún otro lugar por falta de huéspedes.

—Si encontramos a alguien que esté claramente enfermo deberíamos marcharnos y dejarlos solos.

Ruth apretó el pulgar contra las marcas grabadas en la piedra horrorizada ante la idea.

Había otra amenaza con la que sin duda se iban a encontrar entre los grupos de supervivientes. La locura y el delirio podría ser un problema más grave que las enfermedades.

En la EEI, Gustavo había informado de la aparición de fervor religioso en México, Afganistán, los Alpes y la Micronesia. Se nombraban santos por todas partes en medio de aquel caos.

Ruth nunca había creído demasiado en Dios. La gente citaba los misterios y la sabiduría de la fe haciendo énfasis en la gran interpretación de sus enseñanzas, pero lo que hacían en realidad era cerrar la mente ante la verdadera complejidad del planeta, cerrar los ojos ante la incomprensibilidad del universo. Era algo ridículo. ¿Qué clase de Dios se molestaría en crear miles de millones de galaxias si sólo fuese a centrar su energía en la Tierra?

Crear era algo muy humano. La gente era muy vaga y muy egocéntrica. Ruth entendía que quisieran un mundo pequeño y controlado. A nadie le gustaba la incertidumbre. Ponía a prueba los límites de la curiosidad y de la inteligencia humana. La influencia del mono seguía muy presente en el hombre moderno. El simio tenía una paciencia limitada, de modo que las personas se resistían al paso del tiempo y al cambio. Desarrollaron el raciocinio para demostrar que eran el centro de todo, y luchaban por enseñar «diseño inteligente» en los colegios en lugar de biología y ciencia. Era absurdo. Los progenitores altos solían tener hijos altos. Los bajos solían tener hijos bajos. Nadie era igual que nadie. Era así de simple: evolución en una única generación. De otro modo todos habríamos sido clones perfectos unos de otros a lo largo de la historia. Pensar que la vida era inmutable era una fantasía. Las bacterias desarrollaban resistencia a los fármacos. Podían crearse perros de razas especializadas y estúpidas como el terrier de su padrastro. Incluso las propias religiones habían evolucionado con el tiempo. Algunas se habían vuelto más tolerantes, y otras más intransigentes.

Había respuestas reales si uno buscaba la verdad. El mundo se prestaba a conocerlo. Aquello era lo que ella había aprendido, pero era difícil. Le hubiese gustado sentir que una mano más grande la guiaba, pero ¿por qué a ella y no a la gente que murió en aquella cima? ¿Porque eran malas personas?

Ruth apretó de nuevo la piedra mientras la invadía una furia lenta y tenaz. Ella no se detendría. Eso era lo que representaba aquel guijarro. No podía detenerse ni aunque tuviese los pies rotos y doloridos y sintiese aquel dolor punzante bajo la

escayola del brazo.

—¡Eh! —gritó Newcombe.

Estaba sobre una pendiente de granito abierta a unos cuarenta y cinco metros más abajo agitando los brazos.

Al principio, Ruth pensó que les estaba diciendo que no se acercasen. ¿Habría más cadáveres? Después se dio cuenta de que estaba señalando al este y miró por un instante la piedrecita que seguía sujetando en el puño llena de duda y de una nueva esperanza.

—Mira —dijo mientras tocaba a Cam a modo de celebración.

Al otro lado del valle, casi imperceptible en el cielo amarillo del anochecer, un hilo de humo se elevaba desde otra de las cimas.

Tardaron dos días en descender y ascender. Por el camino vieron un lento e inmenso avión de carga G-130 al sur. Arrastraba largos cables por el aire que según Newcombe eran redes de sensores. También encontraron más serpientes.

La hoguera se repitió ambos días, a última hora de la mañana y de nuevo al anochecer. No cabía duda de que allí arriba había alguien, pero ¿quién? ¿Descubrirían unos soldados su posición así como así?

Ruth despertó a Cam de una pesadilla y él se levantó hacia la pálida luna con el puño cerrado. —Shh, tranquilo —dijo.

La luna creciente brillaba en el valle. Se veía tan baja en el horizonte que parecía estar a su mismo nivel, a dos mil novecientos metros de altura. Su luz proyectaba largas sombras desde los troncos de los árboles, sombras que se movían y crujían. Una fría brisa atravesaba sus copas y daba al bosque la apariencia de tener vida propia. Los grillos no paraban de cantar «Cri, cri, cri, cri». Su chirrido se interrumpía y continuaba, e invadía los silencios que los árboles dejaban por la intermitencia del viento.

—Tranquilo —repitió—. Todo va bien.

El se relajó. Por el sonido de su máscara supo que había abierto la boca, pero no dijo nada. Sólo asintió, y Ruth advirtió una sonrisilla quijotesca. Por supuesto, no iba todo bien.

El mundo entero estaba mal. Quizá él estuviese a punto de hacer la misma broma, pero había más tensión entre ellos.

—Lo siento —continuó Ruth.

¿El qué? Seguía arrodillada muy cerca de él y ladeó la cabeza intentando desviar su atención de ella.

—Se suponía que era el turno de Newcombe, pero he pensado... quería hablar otra vez. Sin él.

—Bien.

Se había ofrecido voluntariamente a hacer guardia durante las primeras seis horas

de la noche porque al día siguiente ella se quedaría atrás mientras ellos hacían el resto del viaje sin ella. Allí estaría segura. Sabían que no había nadie más por debajo de la barrera, mientras que en las cimas podían encontrarse varias amenazas.

Había pasado tres horas en la oscuridad antes de despertar a Cam. Tres horas con los insectos y el viento. Su mente estaba llena de temor, de pérdida y de distancia al borde de aquella frontera invisible con miles de kilómetros de zonas muertas a sus pies y minúsculas áreas seguras por delante que podrían resultar no ser tan seguras.

No sabía cómo despedirse.

Le debía la vida a Cam. Debería haberle respondido como él quería, incluso aunque no hubiese sentido una atracción real. Estaba tentada a hacerlo. Estaba demasiado pendiente de su mochila cada vez que la abría para sacar agua o comida o una máscara limpia, y siempre procuraba que ninguno de sus dos compañeros vieran la brillante caja morada de condones. Necesitaba calor y consuelo, pero Cam seguía asustándola. No era sólo por el potencial violento que veía en él, sino por sus ansias de autocompasión. Tenía miedo de acercarse demasiado porque no sabía cómo iba a reaccionar él, de modo que permanecía callada, a su lado, en la noche susurrante.

Había otro peligro que Ruth se guardaba para sí misma. No quería meterles prisa ni a Cam ni a Newcombe. Su equipo científico no había incorporado el fusible hipobárico en la vacuna para que no se autodestruyese como la plaga, pero esto no era lo único que la diferenciaba de ella. Tenía la capacidad de duplicarse sólo al atacar y destruir a un único objetivo: su rival. Cada minuto que pasaban por encima de la barrera suponía un nuevo peligro, porque sin su constante guerra contra la plaga la vacuna no tenía manera de mantener su número. De hecho, si se quedaban demasiado tiempo podrían quedarse atrapados como todos los demás después de haber sudado, exhalado o eliminado millones de individuos cada vez que iban al baño.

Tras dieciséis días en el mar invisible, acabarían por invadir su cuerpo. Aquello podría explicar los dolores de cabeza y el malestar que sentía en el estómago. Aquellos síntomas podían ser simplemente el resultado de la constante tensión y la mala alimentación, pero cabía la posibilidad de que la vacuna también fuese nociva al quedar atrapada y coagularse en el torrente sanguíneo hasta llegar a romper los capilares y aumentar las posibilidades de sufrir infartos o arritmias. Pero no lo sabían. Nunca la habían probado.

Ruth quería creer que pasarían días o incluso semanas antes de que la inmunidad descendiese hasta niveles de riesgo, si tenían que correr... Si había soldados esperando... Ya llevaban alrededor de los tres mil metros más de ocho horas, y Ruth no podía garantizar que no fuese a haber problemas. Los dos hombres también estaban preocupados. Newcombe la había preparado para la posibilidad de que Cam y él no regresaran. Había dividido el contenido de las mochilas y había preparado una

con las cosas básicas para que sobreviviese sola que contenía principalmente comida y un saco de dormir. Le había enseñado a usar la radio y la obligó a demostrarle de nuevo que sabía disparar y cargar el revólver, como si tuviese alguna posibilidad en un tiroteo.

Ruth sabía que no podía ir con ellos, pero detestó el precio de su conocimiento y su educación, como si fuese una maldita princesa encerrada en una torre, demasiado valiosa para dejarla salir, de modo que se obligó a quedarse despierta en la noche fría. —Lo siento —repitió. —Yo también —respondió Cam. Siempre la sorprendía. Ruth negó con la cabeza. —¿Por qué? No. Tú has...

—Quizá deberíamos haberle hecho caso a Newcombe y Cam— Él ha recibido un entrenamiento que yo no... No debería haber insistido tanto en seguir caminando. Quizá a esas alturas ya habrías perfeccionado la nano vacuna.

No, Cam. Fue idea mía, ¿recuerdas? Fui yo quien insistí en venir aquí.

«Y encima, después de todo, mañana subiréis ahí arriba por mí», pensó. «Y os encontraréis con los soldados y las armas, o con un grupo de supervivientes enfermos. No hay manera de saberlo».

Todavía sentado en sus mantas, Cam hizo un gesto como si volviera a callarse un comentario.

«No podría haber hecho esto sin ti», pensó Ruth. Entonces le acarició el antebrazo con la punta de los dedos y evitó convertirlo en algo más. Se contuvo para no bajarse la máscara y darle un beso en la mejilla, por mucho que mereciese aquel gesto de gratitud por su parte. —Por favor, ten cuidado —le dijo.

Cam se deslizó sin dificultad por el agreste terreno de granito y por el escaso bosque. Aquella mañana no llevaba la mochila, pero conservaba su arma y una cantimplora. Conocía bien aquel medio, aunque no aquella montaña en concreto. Los pinos de corteza blanca y los enebros le resultaban familiares, al igual que los capulines y la hierba silvestre.

Los saltamontes brincaban a su derecha. Los insectos se alejaban mientras Newcombe ascendía fusil en mano y se aglomeraban en un grupo de rocas.

Oían voces distantes procedentes de las alturas. Alguien le gritaba a sus amigos. Un chico impaciente o alegre. Su joven voz atravesó el cielo despejado. Parecía una buena señal, pero quizá estuviese entusiasmado porque los soldados de Leadville hubiesen llegado recientemente.

—¿Tú qué opinas? —susurró Newcombe.

Cam se encogió de hombros. Su relación le recordaba en muchos aspectos su vínculo con Abert Sawyer, el hombre que les había llevado hasta el laboratorio de Sacramento. Su amistad con Sawyer estuvo cargada de desconfianza, de necesidad y de lealtad ciega al mismo tiempo. Quería arreglar las cosas con Newcombe. Quería ahorrarse la energía de estar siempre vigilándole, de modo que intentó reconciliarse con él.

—Creo que tienes razón —dijo.

—Este es el mejor camino que vamos a encontrar —dijo Newcombe señalando con la barbilla las crestas— Tracemos la ruta antes de seguir avanzando hacia el norte.

—Bien.

Cam cogió sus prismáticos mientras Newcombe sacaba un pequeño cuaderno de su bolsillo y añadía unas cuantas notas. El soldado de las Fuerzas Especiales tenía un sistema propio de taquigrafía, detallado y preciso, pero Cam se detuvo sin llegar a usar los prismáticos e intentó percibir algo con los oídos y los demás sentidos, midiendo el viento y el sol de las primeras horas de la tarde. El olor a tierra y a pino de la montaña. Aun sentía la mano de Rut sobre su brazo.

Estuvo tentado a quitarse las gafas protectoras y la máscara, pero el día era cálido y claro. Sin un barómetro, Cam tenía que asumir que seguían en peligro. Los días de mejor tiempo solían venir acompañados de frentes de altas presiones que elevaban el mar invisible de nanos. En sus mapas, los puntos de referencia más cercanos mateaban tres mil cuarenta metros y tres mil noventa y cinco, pero Cam había aprendido a ponerse siempre en lo peor. Aún estaban al menos a ciento ochenta metros por debajo de los picos más elevados.

Hasta el momento, aún no habían logrado ver lo que había allí arriba. Estaban en

una posición de desventaja. Aquel archipiélago de cumbres era como una sucesión de castillos. Todas las pequeñas cimas se encontraban sobre una fina e irregular banda de lava. Si había soldados, si se viesan obligados a disparar, se expondrían demasiado.

—Quédate aquí —dijo Newcombe.

—Vamos los dos.

—No. No podemos dejarla sola, y si tengo que volver corriendo necesitare que me cubráis.

Cam asintió. Mark Newcombe era un buen hombre, a pesar de todas sus discrepancias. Newcombe le había ayudado a diario con la mano, le había limpiado y vendado la herida. \ había continuado cargando la mochila más pesada incluso cuando Cam tomó posesión de las radios.

—Iremos juntos —dijo Cam—. Al menos hasta la cresta. Así no nos perderemos de vista, y antes o después... Sabes que nos descubrirán. Cuanto más nos movamos por ahí más posibilidades tendremos que lo hagan.

—Exacto. Quédale aquí.

—No lo entiendes —insistió Cam—. Incluso si no hay soldados ahí arriba, esa gente será... diferente. Podrían ser peligrosos.

Newcombe observó brevemente el barranco de nuevo y después estudió a Cam durante mucho más tiempo. La expresión del sargento estaba oculta bajo la máscara y las gafas, pero su postura era decidida. Por primera vez, Cam se alegraba de llevar su propio equipo. Todavía tenía un secreto y pensaba guardarlo, sobre todo de Ruth.

—Es mejor si vamos los dos —dijo Cam tras recuperar su voz de nuevo—. No solo para que no te vean solo. Yo sabré qué decirles, pero tú eres la prueba de que funciona, la nano vacuna. Eso podría marcar la diferencia.

Newcombe permaneció callado. Tal vez estuviese pensando en la primera montaña y en la obsesión desesperada que les había llevado a tallar los millares de cruces. A Cam, aquella visión le había llegado al alma, porque jamás había imaginado que alguien pudiese vivir una situación peor que la que \vivió él en su propia montaña. Su grupo sólo había aguantado ocho meses antes de empezar a matarse y a comerse unos a otros.

Las voces resonaban por todo el barranco. Cam se escondió tras una roca del tamaño de un coche y cambió la luz del sol por la fría sombra que proyectaba. Newcombe se apretó junto a él con un aspecto feroz y volvió a comprobar el seguro de su fusil. Cam se había equivocado al calcular la posición del otro grupo. Había arrastrado a Newcombe a demasiada altura como para descender corriendo y desde allí no había otra ruta hasta el largo desfiladero que había más arriba, desde el que podían haberse asomado por una grieta, y haberse sentado a observar. La montaña le había confundido al rebotar el sonido, hasta que el otro grupo asomó de repente por

encima de una cresta y sus voces fueron directas colina abajo. Estaban muy cerca. — Shh —susurró Newcombe.

Le dio un toque a Cam con el codo y le hizo un gesto claro. Cuatro dedos. Al sur de la roca.

«Verán nuestras huellas», pensó Cam, aunque el suelo era irregular y seco donde no había nieve. Newcombe y él habían evitado las zonas de hielo sucio y de hierba mullida y flores silvestres. Apenas habían dejado rastro.

Cam apretó los dientes para intentar contener su adrenalina y los oscuros recuerdos de pólvora y gritos. Entonces apareció el otro grupo. Llevaban uniformes. Cam levantó su arma, pero Newcombe le puso la mano en el antebrazo, justo donde Ruth le había tocado.

—No —susurró el militar.

Los uniformes estaban hechos andrajos. Antes habían sido verdes, pero ahora, descoloridos por el sol, tenían un color apagado. Sus insignias eran paramilitares, pero eran indisciplinados. Uno llevaba la camisa abierta, y otro una gorra de béisbol deshilachada de los Gigantes de San Francisco. Eran adolescentes. Exploradores. Los cuatro llevaban mochilas hedías a mano y resistentes bastidores hechos con ramas atadas con una cuerda para recoger y almacenar madera.

Se los veía delgados, fuertes y bronceados, y parecían contentos. Se estaban riendo.

Cam apenas reconocía aquel sonido y seguía paralizada por el miedo. Pero habían sido sus propios nervios y las distorsiones de la roca los que habían vuelto más graves sus voces. De hecho, ya conocía al chico más escandaloso. Tras escucharles durante la mayor parte del día, identificó aquel tono confiado de inmediato cuando el chico dijo;

—Hoy te voy a dar una paliza, Brandon.

—Sí, hombre.

—Vas a perder, como siempre.

—Que te den.

Utilizaban aquellas bromas como escudo mientras se adentraban en la zona de la plaga para animarse y no perder la valentía. Aquello explicaba que gritasen cada vez más conforme se aproximaban.

Newcombe parecía estar tan sorprendido como Cam ante su estúpida guasa. Ambos vacilaban.

Fue el chico más escandaloso el que los vio primero. De repente sus ojos se abrieron como platos y parecieron enormes en su delgado rostro.

—¡Hostia!

Entonces se puso pálido, agarró a dos de sus amigos y los empujó hacia atrás.

Cam esperaba encontrarse con otro de ellos antes. Había planeado llamar a uno

desde la distancia y darles tiempo para reaccionar, pero el chico escandaloso era el líder. Probablemente les acompañaba siempre a buscar comida, y su simple heroísmo ahuyentó a sus amigos como unagranada. Les apartó de Cam y Newcombe incluso aunque aquello le retrasase a él.

—¡Esperad! —dijo Newcombe.

Los adolescentes continuaron apartándose. Uno de los chicos tropezó con el pie de otro y el líder volvió a gritar, levantando a su compañero del suelo. Un segundo después recibieron respuestas desde arriba, perdidas en el cielo azul.

Can se quedó atrás, y Newcombe tiró su fusil, se quitó las gafas y la capucha y expuso sus pecas y su cabello rubio.

—¡Esperad! —repitió—. Tranquilos.

—¡Hostia, tío...!

—¡... de dónde venís!

Su piel también presentaba signos de viejas ampollas y de antiguas heridas. Algunas de aquellas cicatrices se habían perdido bajo el bronceado, el enrojecimiento producido por el viento, el sudor y la suciedad, pero habían sufrido ataques por debajo de la barrera en más de una ocasión. Puede que aquellas cimas bajas se viesan sumergidas en aquel mar invisible durante los calurosos días de verano. Cam no podía ni imaginarse lo terrible que debía de haber sido ser atacados por la plaga sin tener adonde ascender.

—Son soldados —dijo el chico del suelo al ver la chaqueta y la pistolera de Newcombe. Entonces miró al cielo como si buscase aviones.

El líder terminó el pensamiento por él.

—Sois estadounidenses. ¿Os han abatido?

—Soy el sargento Newcombe, de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos, y éste es Najarro —dijo Newcombe, dejando que de momento tomasen a Cam también por un soldado.

Ahora, los chicos se movían más despacio, dudosos.

El chico escandaloso empezó a sonreírles.

—Hostia —repitió saboreando cada letra de la palabra.

Se llamaba Alex Dorrington. Tenía diecinueve años, una espesa mata de pelo castaño y la manía de entrecerrar los ojos, una adaptación al implacable sol de sus cimas. También parecía bajo para su edad. Cam recordó cómo el crecimiento de Manny se había detenido. Todos aquellos chicos eran un año y medio más jóvenes cuando se desató la plaga, aún en la etapa media de la adolescencia, y su dieta era escasa y precaria.

Los exploradores también se parecían a Manny en otra cosa: estaban eufóricos. Bombardearon a Cam y a Newcombe con cientos de preguntas y los tocaban constantemente, sobre todo a Newcombe, y tiraban de su chaqueta para confirmar que

era real.

—¿Quién va en los aviones?—...si os ayudamos...

—Pero ¿cómo podéis desplazáros por debajo de la barrera? Se distanciaron un poco de Cam en el momento en que se quitó las gafas y la máscara, incapaz es de ocultar su impresión. El se aprovechó de ello.

—¿Cuántas personas más hay aquí arriba? —preguntó. —Cuatro, señor. Cuatro más. Eh... Supongo que es mejor que habléis con el padre de Brandon. —Bien. Gracias.

Siguieron a los chicos con cautela por la cresta sin decirle nada a Ruth. Alex había mandado a un niño llamado Mike por delante, pero aún había gente gritando desde la cima; un hombre y una joven.

Los dos grupos se encontraron en una grieta en la áspera superficie de lava negra y Cam dejó que Newcombe fuese delante, no por su rostro arruinado, sino porque estaba temblando. Tenía miedo. Los chicos se habían mostrado desesperadamente cordiales, pero Cam no dejaba de analizar la situación y no le gustaba, estaban atrapados en aquel barranco. Aquella tensión le volvió a recordar a Sawyer. En ocasiones su amigo se había mostrado egoísta y violento como una rata, lo cual le convertía en el superviviente perfecto, pero la fuerza de Sawyer se convirtió en una debilidad crítica al ser incapaz de dejar de luchar y al generar amenazas que no existían hasta que él las imaginaba. Aquello fue lo que le mató. Cam no quería convertirse en aquella persona, pero no podía controlar sus pensamientos.

—Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos —dijo Newcombe tomando el control de la situación. Dio un paso adelante para darles la mano. —Yo soy Ed —se presentó el hombre—. Ed Sevcik. Tenía unos cuarenta años y el pelo oscuro como Brandon, pero su barba era canosa.

—¿Podemos sentarnos en alguna parte, Ed? —preguntó Newcombe.

—Claro, por su puesto. Lo siento. Es que... No... No me puedo creer que estéis aquí —dijo el hombre sin dejar de mirarles a los dos.

—Gracias. Muchas gracias.

Cam fingió una sonrisa, aunque no le sorprendía su entusiasmo. Ver nuevos rostros debía de resultarles algo increíble.

Continuaron subiendo por el barranco. La chica no se separaba de Ed. Tenía el mismo cabello oscuro, la nariz respingona y un par de largas piernas que había decidido lucir llevando shorts, cuando todos los chicos llevaban pantalones largos para protegerse de las rocas.

—¿Van a venir más compañeros vuestros? —preguntó Ed.

—No. Estamos solos —respondió Newcombe.

—No vienen de un avión, señor —dijo Alex entornando los ojos como siempre.

Tal vez no fuese por el sol, sino porque empezaba a necesitar gafas.

—¿Entonces cómo habéis llegado hasta aquí?

—Os lo enseñaremos —contestó Newcombe.

—Estaban por debajo de la barrera, señor S —dijo un chico al que llamaban D Mac.

—Pero si no vinisteis en avión...

—Os lo enseñaremos, lo prometo —dijo Newcombe—, pero cuando lleguemos a vuestro campamento y nos sentemos, ¿de acuerdo?

Continuaron avanzando por la pared inclinada de una pequeña y árida meseta. Allí había parcelas de nieve más grandes, cubiertas de polen y polvo. A treinta y cinco metros por delante, Brandon desapareció por un hueco entre la tierra, y se apresuró hacia otra pequeña elevación donde habían amontonado tierra y rocas para formar barreras contra el viento alrededor de unas cuantas tiendas de campaña. En todas las demás direcciones, el terreno caía abruptamente, en picado al oeste y con más suavidad al este, donde otros picos se elevaban al otro lado de un inmenso valle accidentado. Para Cam, el paisaje era como volver a casa. Era infinito. Sólo tenía el viento, el sol y a aquellos pocos y pequeños seres humanos a su alrededor, que gritaban con alegría.

—Cuidado con esta cuesta —dijo Alex mientras se agachaba al borde del agujero. Primero ayudó a Ed, y después a Newcombe. También ayudó a la chica, con lo que se ganó una sonrisa.

Cam la observaba mientras descendían y volvían a ascender. Era delgada y plana. Ninguno de ellos tenía un gramo de grasa, y aquella debía de ser la razón por la que dirigía la atención hacia sus piernas. Incluso a pesar de algunas viejas costras y rasguños recientes, eran su mejor rasgo.

Era la única mujer. «No tendrá más de quince años», pensó Cam. Pero si Ed era el líder allí, ella debería de ser lo que le otorgaba gran parte de su poder por el simple hecho de estar bajo su control. El rey y la princesa. Ella sería la fuerza magnética que dominaba a todos los chicos, y su influencia habría aumentado durante su largo periodo de aislamiento. Cam se preguntó cómo Ed habría conseguido mantener la paz durante todo aquel tiempo. No había ningún bebé. Parecía que les había enseñado a los chicos a llamarle «Señor S», para marcar su autoridad desde el principio, pero todos habían crecido y se preguntaba si la chica seguiría obedeciendo a su padre en todo o si habría empezado a ejercer su propio poder.

Cam procuraba no analizarla demasiado de cerca, y miraba los rostros de los chicos en lugar de mirarla a ella. Hasta el momento, la chica había estado callada, pero los jóvenes no paraban de mirarla para ver su reacción. Esperaban su aprobación. Aquella especie de carisma debía de resultarle halagadora a una mujer tan joven, y Cam y Newcombe estaban a punto de arrebatárselo.

Aquello era lo que la hacía peligrosa.

Habían colocado ocho rocas alrededor de la hoguera, como si fueran sillas, dentro del amplio círculo del cortaviento. Brandon y Hiroki les cedieron sus asientos, y Cam empezó a observar que Brandon era un macho beta, posiblemente porque sería hermano de la chica. Lo normal sería que el hijo de Ed fuese su mano derecha, pero Alex y D Mac parecían ser sus lugartenientes.

Era una dinámica curiosa, pero había surgido a raíz de su circunstancia. Lo más probable era que Ed no hubiese tenido fuerzas para preparar a su hijo mientras protegía a su hija, lo que había dado fuerza a Alex y a D Mac, que se habrían esforzado en demostrar su valía y acabaron dominando al resto. Brandon no compartía sus objetivos y su motivación. Sólo se habría puesto en peligro si hubiese intentado luchar por un puesto de liderazgo. Un rey y una princesa no necesitaban un príncipe a su lado, necesitaban guerreros.

—No es mucho —se disculpó Ed mientras Brandon les ofrecía dos cantimploras de plástico abolladas.

Después fue a por dos tazas de aluminio llenas de bayas y raíces. Cam también divisó un pequeño cazo y una bolsa de lona llena de saltamontes. Había una roca lisa para aplastar a los insectos, así como corteza de árbol y pequeñas matas de raíces y de musgo, pero Brandon dejó los insectos y las raíces por iniciativa propia y les ofreció lo mejor.

—Yo también tengo algo —dijo Newcombe hurgando en su chaqueta.

De uno de sus bolsillos sacó un cuaderno de notas en blanco que le entregó a Ed. Del otro extrajo un llamativo paquete de quinientos gramos de polvos de preparado energético con sabor a frutas del bosque.

La mayoría de los jóvenes lo celebraron.

—¡De puta madre! —dijo Alex.

Incluso la chica sonrió.

Ed les permitió preparar el dulce polvo rojo. La joven y algunos de los chicos se lo tragaron de inmediato. La bebida isotónica estaba cargada de sales minerales y de azúcar. Pero Brandon se bebió el suyo dando pequeños sorbos con los ojos cerrados, y Alex se guardó el suyo para más tarde demostrando un control admirable.

—¿Cómo llegasteis aquí? —preguntó Newcombe.

—¿Qué? ¿Dedónde venís...? —empezó Mike, pero Alex le mandó callar.

—Dígaselo, señor S.

Ed Sevcik asintió, al advertir, como Alex, que la pregunta de Newcombe era una prueba. Entendía que Newcombe y Cam podían levantarse y marcharse.

—Vinimos a acampar con raquetas de nieve —explicó mientras hacía un gesto hacia el oeste—. Los chicos y yo, mi esposa y Samantha.

Se tocó la camisa distraídamente y los tres parches cuadrados cosidos sobre el pecho: 4.1.9. Un número de soldado.

La chica era definitivamente la hermana de Brandon y la hija de Ed. Samantha y su madre también eran grandes excursionistas y pescadoras, y se habían apuntado a pasar la semana en la nieve con el grupo de exploradores. Ed era techador y solía trabajar todo el verano, de modo que aquella excursión anual se había convertido en las vacaciones de la familia durante años. Su esposa solía decir que era mucho mejor que pasarse dos horas haciendo cola en Disneylandia. Los chicos se alegraban de saltarse las clases, incluso si eso implicaba tener que trabajar más al volver. Sam se llevó su iPod. Brandon tenía insignias de méritos avanzadas para su edad. Tanto él como Alex habían alcanzado el rango de Águila antes de la plaga, y desde el punto de vista de Ed, todos los chicos, Samantha incluida, lo habían alcanzado a aquellas alturas.

Llegaron a aquellas pequeñas cimas bajas con tres personas que no conocían, admitió Ed con sinceridad, pudiendo haber mentido. Cam no preguntó por las improbables estadísticas. ¿Por qué habían muerto sólo los tres extraños y su esposa? O alguien intentó abusar de la chica o de la madre, o alguien empezó a robar comida. El propio Cam había cometido asesinatos con motivos, y de todos modos aquello habría sucedido hacía tiempo.

Cam pensó que los exploradores eran ideales para ayudarles a extender la vacuna, y no era una coincidencia que hubiesen encontrado a aquel grupo tan capaz. Nadie más podría haber sobrevivido en aquellos minúsculos tramos de tierra.

—Necesitamos vuestra ayuda —dijo Newcombe mientras les contaba lo de la vacuna y la guerra por controlarla.

Ed y su grupo eran conscientes de la repentina guerra aérea. Al principio, los cazas y los helicópteros les habían dado esperanzas. Creyeron que por fin se estaba llevando a cabo una misión de rescate, pero las pilas de su pequeña radio se habían gastado hacía más de un año, de modo que sólo podían hacer conjeturas sobre quién luchaba y por qué.

—¿Queréis que bajemos ahí? —preguntó Ed desconcertado cuando Newcombe concluyó su explicación.

Pero su hijo estaba más dispuesto a participar.

—Sabemos que hay gente por ahí —dijo Brandon señalando un estrecho valle al este— Hemos visto humo en dos de esas montañas.

Al mismo tiempo, por fin Samantha se decidió a hablar.

—No parece que nuestra vacuna funcione muy bien —dijo mirando a Cam—. Lo siento, tenía que decirlo.

—Todo esto pasó antes —explicó Cam señalándose la cara Pero no era casualidad que se hubiese dejado los guantes puestos para cubrirse las manos.

—La vacuna funciona —afirmó Newcombe.

—Esto será lo más importante que hayáis hecho jamás —dijo Cam mirando a

Brandon a los ojos por un instante antes de volverse hacia Alex y D Mac.

Era a ellos a quienes quería en realidad, pero D Mac fruncía el ceño y Alex mostraba una tranquilidad inusitada.

Alex esperaba a que Samantha y su padre se pronunciasen cuando D Mac se desmarcó de la actitud del resto.

—¿Cómo la obtenemos? —preguntó—. ¿Con una inyección?

Entonces, Brandon y Mike llenaron el círculo de palabras, inclinándose hacia delante como si compitieran para que se les oyese.

—Entonces sois rebeldes...

—... pero cómo sabemos que...

—Tenéis una misión —les dijo Newcombe.

—No estoy seguro de que queramos participar en esta guerra —dijo Ed.

Cam lo entendía. El hombre había cuidado de aquellos niños durante todo el Año de la Plaga. Había desarrollado un gran instinto paternal hacia ellos. Debía de haber perdido la esperanza de que las cosas cambiasen y había empezado a planear la siniestra e imposible tarea de sobrevivir en aquel lugar, apareando a su hija con cada uno de los chicos.

Seguramente habrían hablado ya de los límites de la genética, del máximo número de habitantes que podían albergar aquellas cimas. Cam no veía otra manera de que aquello hubiese funcionado. Ed debía de haber utilizado a su hija como promesa para mantenerlos en calma hasta que Samantha tuviese la edad suficiente para que el parto no tuviese complicaciones y de algún modo se habían mantenido disciplinados. Lo había hecho bien, pero ahora todo aquello había terminado.

—O nos ayudáis o no obtendréis la vacuna —dijo Newcombe—. Lo siento, pero así es como debe hacerse.

—No os estamos pidiendo que luchéis contra nadie —explicó Cam.

—Sí lo hacéis —respondió Ed—. Os están buscando. Y nos buscarán a nosotros también.

—Aún sois estadounidenses —dijo Newcombe—. Podéis volver a formar parte de aquello. Ayudadnos a extender la nano-vacuna. Eso es lo único que os pedimos, que amoldéis a algunas personas, como nosotros os hemos ayudado a vosotros.

—Eso suena bastante bien, papá —dijo Brandon.

—Pero los aviones... —dijo Ed.

—Aún sois estadounidenses —repitió Newcombe mientras observaba sus uniformes gastados y sus gorras de explorador.

Estaba decidido a recurrir a su pasado y a su patriotismo.

Cam sabía que había un modo mucho más fácil. Alex podía quedarse con Samantha. Era el más tranquilo con ella. Los demás adolescentes eran más inquietos y estaban ávidos de contacto femenino.

—Escuchad —dijo—. Esas montañas de ahí son sólo el principio. Habrá gente por todas partes que estará muy contenta y agradecida de veros.

Samantha negó con la cabeza.

—Es muy peligroso —dijo.

«Sí», pensó Cam mirando a los chicos en lugar de a Ed y a su hija.

—Se os tratará como a reyes —terminó.

A primera hora de la mañana, Cam y Newcombe regresaron a por Ruth y dejaron que D Mac, Mike, Hiroki y Branden les acompañasen. Los chicos parecían estar dispuestos a luchar para que no se marchasen. Una promesa de regreso no habría bastado.

—Puede que estemos por debajo de la barrera durante una hora o más —dijo Cam.

Pero D Mac se encogió de hombros y dijo;

—Ya lo hemos hecho otras veces.

Incluso sin Alex, los adolescentes no paraban de gritar mientras descendían y les hacían infinidad de preguntas sobre la guerra y la plaga. Sabían muy poco. Aún estaban impresionados. La mayoría eran buenos chicos, pero a Cam le inquietaba que Alex se hubiese quedado atrás con Ed. Samantha y Kevin, el sexto chico. Kevin tenía los ojos grandes y la boca pequeña. Por lo que parecía, era el último mono, y seguramente haría lo que Ed y Alex le dijese que hiciera.

¿Y si decidían quedarse? Podían obligarles a descender de la montaña a punta de pistola. De un modo u otro lo mejor sería darles la vacuna. Cam no les dejaría allí sin ella, pero si Ed o la chica lo supieran se negarían a bajar. Al menos al principio.

«No estarán aquí eternamente», pensó. Aunque algunos de ellos tardasen meses, incluso si tardaban todo el verano en hacerse a la idea, al descender cada vez más para buscar comida y leña se darían cuenta de la realidad. El invierno) haría que bajasen más. Y si Samantha se quedaba embarazada y la mayoría de los exploradores se hubiese marchado, ¿no querría Ed encontrar a más personas que les ayudasen a criar a su nieto?

Cam sonrió vagamente mientras dirigía a los chicos por el campo de roca y de hierba silvestre y escuchaba cómo Newcombe discutía con Mike.

—Pero si el presidente está en Colorado... —dijo el chico.

—Ahora hay al menos dos presidentes —respondió Newcombe.

—Pero si el auténtico está en Colorado...

—El presidente Kail murió el primer mes de la plaga y el vicepresidente ocupó su puesto, pero el representante de la Cámara estaba en Montana, eso fue lo que llevó al desacuerdo.

—Entonces el vicepresidente es el auténtico presidente.

—Mira, niño, todo está hecho una mierda, ¿vale?

«Sólo necesita saber que está en el lado correcto», pensó Cam, pero estaban a unos cuatrocientos metros del campamento y quería estar seguro de que Ruth no huía. Ahuecó las manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Ruth! ¡Ruth, estamos bien!

No hubo respuesta. Por un instante, el miedo le recorrió el cuerpo, pero la brisa mecía el bosque de corteza blanca y producía un sonido como el de un lejano oleaje. Aún estaban lejos. Quizá no había reconocido su voz.

—¡Eh! ¡Ruth!

—¡Allí! —exclamó Brandon.

Había subido a un terreno elevado y estaba sobre un montón de ramas y de hojas secas que había en la pendiente que tenían ante ellos. Tenía un rasguño reciente en la mejilla y respiraba entrecortadamente. Con la mano sana sujetaba la pistola. Cam sonrió de nuevo, feliz de verla.

—¡Tranquila! —dijo.

—¿Estáis bien? —gritó ella.

Era obvio que la espera le había resultado dura, pero el corazón de Cam dio un vuelco al recorrer los veinte metros que les separaban. Ruth se quitó las gafas y entonces él vio algo más que alivio en su mirada. La noche anterior había conseguido ocultarlo en la oscuridad, pero ahora veía auténtico afecto, incluso cariño, y sintió rabia porque no sabía cómo aceptarlo. Sabía que tocar su cuerpo con sus manos hinchadas y retorcidas le resultaría repulsivo.

Ruth miró a los chicos y a Newcombe, pero su sonrisa y sus lágrimas eran por Cam.

—Tenía miedo —admitió sin vergüenza.

Sus botas hicieron crujir las ramitas y las hojas de los pinos.

—Habéis tardado mucho. Han pasado horas.

Cam se apartó de su abrazo. Las puntas de sus dedos le rozaron la nuca y se deslizaron por su hombro mientras se giraba. Incluso llegó a tocarla un momento a la altura de la cintura. Pero eso fue todo. Entonces ladeó la cabeza hacia los chicos y dijo:

—Hemos tenido suerte. Estos chicos son estupendos.

Ruth puso un gesto de sorpresa y su labio inferior colgaba de una manera poco común en ella.

—Cam —se dirigió a él de nuevo.

Había decidido abrirse a él, pero él debía negarse.

—Vamos, cojamos las mochilas.

—Cam, espera.

—Tardaremos un rato en volver a subir y podemos cenar allí —dijo mientras se ponía en marcha.

Los cuatro chicos se habían apartado de ellos y se miraban unos a otros. Finalmente, D Mac dio un paso adelante mientras Cam se marchaba, lo cual fue todo un alivio para él.

—Señorita —dijo el joven a pesar de que Ruth era casi veinte años mayor que él—. Soy D Mac, digo... Darren.

El adolescente se ruborizó, pero intentó ocultarlo con una sonrisa.

—Gracias —continuó—. Muchas gracias.

—De nada.

Ruth le dio la mano, pero Cam sabía que le estaba siguiendo con la mirada.

No les explicaron nada sobre quién era ella o sobre el registro de datos. Ya habían arriesgado bastante y tenían que ser conscientes de que los rumores se extenderían con la vacuna. No querían tener a nadie más a sus espaldas por ningún motivo.

El viento fue intensificándose conforme se ponía el sol. Soplabla sobre la montaña con fríos aullidos la manada no se quejaba, sólo se pusieron toda la ropa que teman. Samantha se hacía notar con una chaqueta amarilla. Entonces se agacharon tras los terraplenes de roca en parejas o tríos compartiendo el calor corporal. Cam compartió espacio con Brandon y Mike y dejó a Ruth con Ed, D Mac, Hiroki y Newcombe. No había mucha distancia entre los pequeños grupos. El campamento apenas medía nueve metros cuadrados entre las murallas de roca, pero sorprendía a Ruth mirándole constantemente.

Hicieron una pequeña fiesta con un gran fuego y la comida exótica que traían Newcombe y Cam: paté de jamón y peras en almíbar.

El fuego crepitaba en el viento y lanzaba chispas y cenizas, pero Ed permitió a los chicos que utilizasen toda la leña que quisiesen para mantener vivas las llamas.

—No quedará mucho para el desayuno —le dijo Alex.

—¿Qué más da? Ya iremos a por más —respondió Ed.

Los chicos gritaron al ver la primera lata de comida como si nunca hubiesen visto una, pero todos tenían cuidado de no coger demasiado paté con los dedos. Se pasaban la lata civilizadamente para que todos pudiesen comer, aunque Mike y Kevin tuvieron que rebañar el interior. Y lo mismo sucedió con las peras, las galletas saladas y el chocolate. Se controlaban incluso ante aquella repentina riqueza. Eran un equipo. A pesar de su estado de ánimo, Cam se alegraba de verlos disfrutar. Sentía celos y orgullo.

Había oscurecido, pero el cielo conservó aquella penumbra azul durante más de una hora. Las sombras empezaron a inundar toda la tierra que tenían a sus pies y convirtieron las paredes de las colinas y las zonas inferiores en lagos y mares de penumbra, pero nada más que los propios confines del mundo podían proteger aquella cima del sol. Unas cuantas nubes distantes brillaban en el horizonte.

—¡Yo digo que salgamos mañana! —dijo Mike sujetando una galleta salada en el

harapiento guante de su mano izquierda como si fuera un tesoro—. ¡Ésta ha sido la mejor comida que he probado en un año! Solo por ella vale la pena bajar.

—Sí.

—Yo estoy de acuerdo.

Brandon y Hiroki asintieron, y Cam levanto la vista para mirar a DMac. Esperaba que el chico se uniese a ellos, pero no dijo nada. Un minuto antes, Samantha había dejado a Alex y a Kevin para acercarse a su padre y preguntarle si podía preparar un poco de té de corteza, pero su auténtico objetivo había sido D Mac. (Consiguió que se hiciese a un lado y después los vio susurrando. Así era como actuaba. Un momento privado con ella era lodo un incentivo y ya había vuelto a D Mac de su lado.

—Nos llevaremos lo menos posible —dijo Mike— Sacos de dormir, cantimploras, un solo hornillo. Podemos llegar allí en dos días, ¿no os parece?

—Igual deberías llevar más cosas —dijo Ed con su inteligente forma de sortear los problemas.

Cam había advertido que el hombre nunca daba órdenes directas. Intentaba dirigir a los chicos con conceptos a medio formar y dejaba que fuesen ellos quienes completasen sus ideas.

—¿Lo dices por si hay algún problema? —preguntó Hiroki.

—No sabemos lo que hay ahí abajo.

—Bien, de acuerdo —asintió Mike impacientemente—. También nos llevaremos una tienda de campaña y más comida. Aun así tardaríamos dos días en llegar. O puede que menos.

—Sólo quiero que estéis preparados —dijo Ed.

«Se está doblando en vez de romperse», pensó Cam. El hombre se había dado cuenta de que no podía detenerlos, pero esperaba poder frenarles un poco.

—Ha pasado mucho tiempo —continuó—. Si tardáis una semana más ¿qué diferencia habrá?

—Tal vez deberíamos ir un par de nosotros primero —dijo D Mac—. Para inspeccionar y buscar comida. Debe de haber toda clase de manjares por ahí abajo.

Cam miró a la chica. El joven estaba expresando los temores de ella.

—No —dijo Cam mientras se ponía de pie.

Al levantarse sintió el viento como agua congelada en su pelo, y el mero cambio de postura suponía una inmensa diferencia en cuanto a la luz. El calor anaranjado de la hoguera le llegaba hasta la cintura. Por encima, el cielo era infinito, vacío y frío.

—Si no venís no obtendréis la vacuna —dijo Cam—. Así de simple. Cada día cuenta. Ya os lo dijimos. Estamos en guerra. Leadville podría sobrevolar esta misma montaña mañana. ¿Y por qué demonios ibais a querer quedaros en este maldito peñasco cuando el mundo entero está ahí abajo? —Tiene razón —dijo Mike entre dientes. —O venís u os quedáis —Cam miró a Ed y a D Mac a través del crepitar del

fuego—. Pero no obtendréis la vacuna a menos que vengáis.

—Pero fuisteis muy precavidos con nosotros —dijo Ed sin alterarse. —Sí.

Aquella era una conversación que Cam quería evitar: los horrores con los que se podían encontrar.

—Vosotros también deberéis ir con cautela —continuó—. Pero tenéis que ir. Tenéis que intentarlo.

Cam vio a Ruth y a Newcombe susurrando y la rabia y la sospecha se apoderaron de él al recordar el momento privado de Samantha y D Mac. Sabía que aquello era una debilidad, pero la destrucción de su cuerpo también había arruinado algo en su mente. Era incapaz de pensar que alguna vez volvería a estar con una mujer, y eso le hacía verlas de una manera totalmente distinta, a la chica y a Ruth.

El campamento se preparaba para dormir. El fuego se había reducido a brasas y sólo Mike y Brandon se quedaron susurrando ante el rojo resplandor del hoyo. Ed, Alex y D Mac llevaban las mantas en la oscuridad de una tienda a otras dos para acomodar a sus invitados. Ed discutía con Samantha en la segunda tienda.

Cam se arrodilló junto a sus dos compañeros.

—¿Qué pasa?

—Hemos estado hablando —comenzó Ruth.

Hablaba como si se sintiese culpable, con recelo.

—Sabéis que tenemos que presionarlos un poco —dijo Cam.

—No es eso —respondió Newcombe.

—Creo que deberíamos intentar acudir al punto de encuentro —dijo Ruth rápidamente—. Al avión. Lo siento, Cam. Lo siento. Tengo los pies... Creo que no puede seguir caminando. Y ahora estos chicos pueden propagar la vacuna por nosotros.

«Yo también podría hacerlo», pensó Cam, y por la expresión de preocupación de Ruth supo que estaba pensando lo mismo.

Ella no quería que él se quedase, pero él no quería seguir con ella. La científica era su única esperanza de recomponerse si conseguía desarrollar una nueva y poderosa nanotecnología que reconstruyese la piel y los tejidos dañados, pero ¿qué posibilidades había? Aquello no era más que un sueño. Pasarían años antes de que los científicos como ella tuvieran el tiempo o la energía suficiente para hacerlo, e incluso entonces, de lo que más sabían era de armas, de mera tecnología de ataque, como la plaga y la vacuna. Sawyer había hablado de inmortalidad, pero al mismo tiempo había admitido que se había pasado años construyendo el prototipo que acabó convirtiéndose en la plaga.

Cam no quería ser su perro. Newcombe podía protegerla y aquellos chicos necesitaban ayuda. Necesitaban a alguien que les guiase. Él podía empezar a reorganizar a los supervivientes allí y dar los primeros pasos, los más pequeños y

complicados, para comenzar la reconstrucción.

Incluso si la vacuna no era efectiva al cien por cien, sería suficiente. ¿Y qué pasaría si derribaban su avión? ¿Y si Ruth nunca llegaba a un lugar seguro? Era fundamental salvar a toda la gente posible antes de que llegase el siguiente invierno. Alguien en alguna parte debía reclamar las tierras bajas, y quizá no volviesen a encontrar una oportunidad mejor que la de los exploradores.

—Newcombe aun tiene sus códigos radiofónicos —explicó Ruth—. Los canadienses pueden enviar un avión que pueda aterrizar en una carretera o en un prado, cerca de aquí. —Lo más cerca posible —dijo Newcombe. Cam sólo asintió. «Debería quedarme aquí»—. Pensó.

## 12

En las altas montañas al sur de Leadville, la noche era tranquila pero helada. Las nubes cubrían prácticamente todo el cielo, pesadas e inmóviles, pero la temperatura había caído en picado con una especie de movimiento invisible, como si el mismo suelo se estuviese elevando. El comandante Hernández se frotaba los guantes y encogía los hombros. No quería dar la sensación de estar nervioso, pero no podía evitarlo.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo. —Y que lo diga, señor —respondió Gilbride. En los búnkeres se estaba mejor. Los agujeros actuaban como invernaderos que retenían el escaso calor del día, pero no podían arriesgarse a comentar sus planes con cuatro o cinco de los marines que estaban a su alrededor. Una palabra inoportuna podría arruinarlo todo.

Dos horas antes, el sargento Gilbride había conseguido regresar al campamento a duras penas antes de que oscureciese y llegó sudando, lo cual podía ser muy peligroso en aquellas condiciones. La humedad podía congelarse por dentro de la ropa. Hernández le ordenó que se cambiase de uniforme y que comiese algo y después le hizo un gesto para salir, en teoría para ayudarlo con la vigilancia nocturna.

—¿Estás bien? —preguntó Hernández.

—Sí, señor —respondió Gilbride.

Pero tenía la voz grave y no había parado de toser desde que había vuelto a la cima. Gilbride no dejaba de rascarse el cuello y el interior del brazo izquierdo, que estaba seco y rojo. El médico le había embadurnado las zonas irritadas con aceite para engrasar armas, pero Hernández no podía permitirse tratar constantemente las erupciones de su amigo.

Gilbride era alérgico a aquella elevación, ésa era la realidad, y sin embargo, el Comandante no paraba de poner a prueba su resistencia.

—No sé Ward —dijo Gilbride—, pero Densel está asustado. Estoy convencido de que querrá hablar más.

—¿Enviarán mensajeros en un par de días?

—Sí, señor.

—Entonces seguiremos tanteándolos —dijo Hernández observando el mar de oscuridad sobre su cabeza.

Las densas nubes inmóviles no amenazaban con una nevada, pero eso podía cambiar y si lo hacía tendrían un problema. Les obligaría a permanecer en sus zanjas y no podían permitirse retrasos.

—Conozco a Ward —continuó—. Es un tipo duro.

—Sí.

Hernández asintió disgustado.

—Y dentro de nada será verano, si es que se le puede llamar así, durante los próximos meses. Podría no llegar a tiempo. El teniente Ward, del Ejército de los Estados Unidos, se encontraba en una cresta a tres kilómetros al este con treinta hombres. El coronel Densel, de la Marina, se encontraba a otros seis kilómetros y medio de él con un grupo de ciento cincuenta soldados. Todos formaban parte de unidades de artillería e infantería y estaban allí para hostigar una invasión aérea, como Hernández, pero el ataque rebelde de Nuevo México aún tenía que producirse y no sabían por qué. En su último aviso por radio, Leadville sólo les había indicado que estuvieran preparados.

—Ven conmigo —dijo Hernández.

Tenía que fingir que había salido para inspeccionar los demás refugios, de modo que se presentaron en el bunker 4. Apenas se veían las estrellas, pero la luna se elevaba por el este y aún no había desaparecido entre las nubes. Durante veinte minutos más, el arco plateado permaneció visible entre la oscura tierra escarpada y la suave línea de las nubes.

Hernández no miró directamente la luz brillante porque le habría cegado. Tenía los ojos hinchados y sensibles. De modo que siguió el ruido sordo de sus propias botas contra la pálida roca, avanzando despacio pero con seguridad. Era un mundo de silencio y de formas. Gilbride se tropezó y Hernández se volvió y le agarró del brazo. —Despacio, Nate —dijo.

Pensó que los ataques de Nuevo México podían no producirse. Parecía que se estaba cocinando algo grande. Los rebeldes también debían de ser conscientes de ello. De hecho, era probable que los rebeldes supiesen más que Hernández, porque tenían acceso al satélite, mientras que la radio seguía sin dar señal.

Tres días antes, una enorme escuadrilla de aviones de carga C-17 y C-130J había salido de Leadville. Un total de cuarenta y cinco según sus cuentas. La flota se dirigió hacia el sur en dos grupos, con los C-17 por delante de los C-130J, más antiguos y de hélice. ¿Adonde se dirigían? Cada uno de los grupos estaba acompañado por una escolta de seis cazas F-22 Raptor, pero Hernández no pensaba que fuese una ofensiva contra Nuevo México o Arizona, ya que de ser así habrían respondido al ataque en cuestión de horas.

Hernández creyó que la evacuación rusa se estaba llevando a cabo por fin. Los aviones de transporte debían de haber dado la vuelta al mundo, pero antes se habrían desviado para evitar a los rebeldes y a los canadienses. Entonces, ¿por qué no había atacado Nuevo México? A Leadville no le sobraban los aviones y no estaba seguro de que los líderes rebeldes fuesen a contenerse a la hora de entorpecer las relaciones diplomáticas entre Leadville, la India y Rusia. O puede que sí lo hiciesen. Podrían estar esperando aliarse ellos mismos con el nuevo estado indo-Ruso tras vencer a Leadville. En ese caso no les interesaba poner en peligro la evacuación rusa.

Situaciones más extrañas se habían dado en otras guerras.

El mismo Hernández estaba sumido en una pequeña conspiración. Durante ocho días había estado utilizando a sus sargentos para contactar con las demás unidades cercanas. Una labor delicada. El primer paso fue decidir que Gilbride y Lowrey fuesen en persona, sin contacto por radio. Después tuvieron que tratar sus puntos débiles, cómo cubrirse entre ellos y qué suministros necesitarían: «Puedo conseguirte mantas si tú me das aspirinas».

La decisión de enviarles como mensajeros también era una señal prudente para sus propios soldados. No había manera de ocultar la ausencia de los sargentos durante más de dos o tres días seguidos. Si pasaba más tiempo, los marines empezaban a enojarse y a desesperarse.

También realizó el doble de nombramientos que había pensado en un principio y ascendió a once soldados. La mayoría de los nuevos grados eran meritorios. Uno de ellos fue adjudicado con la esperanza de apaciguar a un alborotador. No duraría. Pronto Hernández tendría que darles algo sustancial, y estaba receloso de cruzar esa línea porque eso implicaría un compromiso. Sería una traición. Pero el tiempo pasaba muy deprisa. El 2 de Junio parecía una fecha muy lejana en invierno, pero las estaciones pasaban más deprisa a aquella altitud. Hernández sólo tenía otras diez o doce semanas para decidir qué demonios iba a hacer antes de que llegase la nieve.

¿Mantenía su lealtad o les daba la espalda? No tenía manera de desplazarse hacia el sur si no era por aire, y no pensaba que las fuerzas rebeldes de Nuevo México fueran ajumarse ni un solo avión para trasladar a sus marines a su lado. Lo mejor que podía hacer era sacar a sus soldados de allí él sólo, alejarlos de la guerra. Pero ¿qué pasaría después? ¿Cómo sobrevivirían? Al menos allí tenían un abastecimiento de alimentos constante. Reducido, pero constante. El día anterior Leadville había enviado dos cajas de madera que contenían café amargo, cebolletas frescas y carne de ternera.

Leadville debía de ser consciente de lo fácil que era comprarlos, y Hernández miró a Gilbride de nuevo mientras los dos avanzaban a través de la interminable roca. «Gracias», pensó. Sabía que sus sargentos se estaban esforzando incluso más que él, no sólo por el desgaste físico que suponía llegar hasta las otras cumbres y volver, sino por la tensión que tenían que soportar en sus propias escuadras. Una guerra de nervios. No había una salida fácil.

De hecho, Hernández había decidido no buscarla. La realidad básica de la situación prevalecía. Leadville estaba mejor preparado que nadie para desarrollar la nanotecnología, de modo que se quedaría y defendería la ciudad. El problema residía en la decisión de los líderes de acaparar la vacuna para ellos solos. El único camino hacia la paz sería compartirla, no sólo en el continente, sino también en el extranjero.

Hernández había tardado demasiado en llegar a esa conclusión. No se sentía

orgullosos. Había sido demasiado fácil dejarse llevar por ellos cuando estaba dentro. Él había sido parte del problema, ésa era la verdad. De modo que se quedaría, pero en su mente y se había rebelado.

Con el tiempo y el trabajo suficiente, Hernández estaba seguro de que convencería a la mayoría de los comandantes de las otras posiciones para que se uniesen a él. La oportunidad llegaría antes o después; la ocasión de tener una excusa para presentarse en persona, con Gilbride y un soldado elegido al azar con ellos; la ocasión de arrestar o asesinar a la mayoría de los líderes principales y de consolidar su golpe militar con las mismas tropas que ellos habían situado alrededor de la capital.

Pero había llegado tarde. Hernández pasó de un sueño ligero y desagradable a la fría luz verde del día que se filtraba a través de la tienda principal.

—¡Señor! —exclamó Lucy McKay agitando su brazo. —¿Dónde está...? —se detuvo al escuchar los cazas—. Lanzadles los misiles antes de que...

El estruendo de los aviones se alejaba de su montaña a gran velocidad. Hernández se levantó tambaleándose y agarró su chaqueta y sus botas entre un ir y venir de gente mientras Anderson y Wang enrollaban sus sacos de dormir.

McKay tenía un aspecto desesperado con la capucha bajada y las mejillas coloradas.

—Son cuatro F-35, señor —le informó—. Son nuestros. Parecen que se dirigen al este.

—¿Han salido helicópteros de Nuevo México? —No nos han comunicado nada por radio. Salió de la tienda con McKay todavía a su lado. Le sujetaba los prismáticos, los mejores que tenían, unos Canon 18-50 con estabilización de imagen. Hernández se lo agradeció, aunque no había nada que ver. Los cazas estaban del lado norte de la montaña. Al sur, el cielo también estaba vacío. Había menos nubes que durante la noche. Se detuvo y observó las largas columnas pendientes de luz amarilla. McKay continuaba inquieta.

—Sigue con la radio. No llores. Sólo escúchala y grita en cuanto sepas algo —le ordenó el comandante.

—Sí, señor.

Pasó junto a Wang, que llevaba un arma de calibre 50, y junto a Bleeker y Anderson, que custodiaban un lanzamisiles. Bleeker parecía tranquilo, pero el rostro quemado de Anderson revelaba tensión.

Lo estás haciendo bien, marine —le dijo. Cada alerta que recibían les desmoralizaba cada vez más. Cuando los cazas les sobrevolaban por la noche, tenían que salir a toda prisa y asegurarse de que se ponían suficiente ropa. Cuatro soldados se habían quedado sin piel en los dedos al coger sus armas con las manos desnudas. Otro se hirió de gravedad la rodilla al tropezar en la oscuridad. Pero tenían que

responder. No había modo de saber si Leadville estaba atacando o defendiéndose, y sus propias vidas estaban en peligro-Hernández salió completamente de la trinchera y trepó por encima del muro de roca. Se escuchaban gritos en la colina y cogió sus prismáticos para observar los búnkeres 5, 4 y 2.

Lowrey estaba junto al número 2 y le gritaba a alguien que estaba dentro. Entonces miró al cielo con sus propios prismáticos. Hernández levantó el puño y después hizo una seña con la mano abierta como un agente de tráfico. «Esperad». Lowrey repitió el gesto antes de volverse y les pasó la orden a los búnkeres 3 y 6, que estaban fuera de la vista del comandante. Era ridículo, pero sólo tenían un par de *walkie-talkies* civiles y ocho pilas de repuesto. Tenían que comunicarse por señas o mensajeros siempre que fuese posible.

Hernández se alegró al ver que su gente seguía respondiendo pese a los nervios. Escuchó unos gritos junto al bunker 2.

—¡Silencio! ¡Callaos para que pueda...!

Se mandaban callar unos a otros para poder oír los helicópteros. Era patético. Necesitaban un radar, pero lo único que tenían era dos pares de prismáticos más, sus propios ojos y la tierra accidentada. Las montañas canalizaban el sonido, pero también confundían al rebotar el estruendo de los cazas. Hernández observó los espacios oscuros, la nieve, la tierra y el cielo nuboso. Nada.

Cuarenta minutos después, puso fin al estado de alerta y ordenó a sus dos vigías que se retirasen. Él mismo había abandonado su posición. Podría haber mantenido a la avanzadilla alerta, pero habría sido horrible tenerlos sin café ni comida caliente. Aquélla fue su decisión como líder.

Hernández se había subido a un montículo de roca que había en la cima de la montaña con sus prismáticos y un *walkie-talkie* con la esperanza de hallar alguna pista en los valles que rodeaban Leadville. Pero donde encontró movimiento fue lejos, en dirección este, un único avión de carga acompañado de un único caza.

Desde aquella distancia, incluso el inmenso C-17 era poco más que un punto, pero Hernández reconoció su velocidad y su forma. «Ese debe de ser uno de los nuestros», pensó, porque ninguno de los cazas había ido a interceptarlo. Sin embargo, había algo extraño en el aspecto del avión de transporte. Normalmente no se acercaba ninguna aeronave desde más allá de las llanuras de la región central porque en teoría allí no había nada.

Apretó el botón de «ENVIAR» y dijo:

—McKay solicita instrucciones. Se acercan un CM7 y mi F-35 por el este. Diles que andamos justos de armas. ¿Tenemos permiso para disparar? El transmisor crepitó.

—A la orden, señor.

En realidad, Hernández no tenía nada que hacer contra los aviones. Calculaba que

se encontraban a cuarenta kilómetros de distancia, aunque podrían convertirse en treinta si continuaban hacia Leadville. Incluso si hubiese traído un lanzamisiles, los Stinger tierra-aire sólo tenían un alcance de cinco kilómetros. Sin embargo, sabía que si solicitaba el uso de las armas obtendría una respuesta.

Llegó en menos de un minuto. El transmisor volvió a crepitar y McKay dijo:

—No dispare. No dispare. Dicen que es un enviado ruso, señor. Es un aliado. Parece ser que hubo hostigamientos por parte de los rebeldes de la región central, por eso nuestros cazas fueron en su ayuda. —De acuerdo. Gracias.

Los otros cazas estaban ofreciendo una cortina protectora más al norte. Hernández tuvo un momento de empatía hacia los pilotos. No había dónde eyectar si les alcanzaban. Incluso sin ser atacados, caminaban por la cuerda floja sobre un mundo de ruinas y muerte. Por primera vez se alegró de estar en aquella montaña.

Los dos aviones habían traspasado la Divisoria Continental. El C-17 empezó a descender mientras la escolta de cazas tomaba la delantera. Hernández no podía ver las marismas al norte de Leadville, pero había visto lo suficiente como para saber que la larga carretera se había convertido en una de las principales pistas de aterrizaje de las fuerzas locales. Leadville parecía estar guiando allí al C-17 en lugar de utilizar la pequeña pista del aeropuerto del condado al sur de la ciudad.

De pronto, el avión de carga descendió en picado y Hernández se tensó contra el suelo congelado. Entonces la aeronave volvió a nivelarse, como si alguien hubiese tomado los mandos. Planeaba con inseguridad y giraba a izquierda y derecha como un pájaro que acaba de abrir los ojos. Parecía un avión diferente. Entre la violenta bajada en picado y la nueva forma de volar, Hernández estaba convencido de que había otro piloto en la cabina de mando, y la prueba real fue el cambio de dirección del avión. El C-17 ya estaba dirigiéndose a la ciudad.

El caza iba más de kilómetro y medio por delante, pero dio un giro acelerado para intentar alcanzar al avión de carga, que era más lento, pero ya era demasiado tarde.

Hernández los observó por un instante y así con fuerza los prismáticos entre sus dedos. ¿Estaban planeando un ataque como los del 11 de septiembre? Un avión de carga podría destruir varios edificios en el centro de la capital, pero ¿cómo podían saber los rusos que aquello ocasionaría grandes daños? A menos que alcanzasen a los dirigentes, sería un golpe grave pero no mortal. A no ser que el avión fuese cargado de explosivos o algo peor. ¿Tal vez una especie de nanotecnología?

El pánico le despegó del suelo y echó a correr sin dejar de mirar hacia atrás cada dos por tres. Por un instante su mirada se detuvo en los kilómetros de terreno que aún le separaban de Leadville y entonces Frank Hernández empezó a correr a toda velocidad mientras gritaba por el *walkie-talkie*.

—¡A cubierto! ¡Poneos a cubierto! ¡Todo el mundo al suelo!

# 13

En el centro de Leadville, Nikola Ulinov salió de un Chevy Suburban. El ruido de las aeronaves inundaba la ciudad. El ruso se obligó a hacer como si no lo oyese. Su cabeza quería volverse hacia el distante estruendo de las turbinas de los cazas, pero mantuvo los ojos fijos en la acera mientras seguía al senador Kendricks y al general Schraeder. No era tan difícil. El sonido estaba por todas partes, procedía de las montañas, de modo que no era necesario mirar. Sabía lo que se avecinaba. —Por aquí, embajador —dijo un joven vestido con un elegante traje azul.

Pálido y recién afeitado, saltaba a la vista que el ayudante del senador nunca había pasado demasiado tiempo fuera en aquel lugar elevado, el hecho de no llevar barba lo delataba. Todos los hombres que rodeaban a Ulinov compartían este privilegio como si fuese un uniforme. Era la única cosa en común entre las unidades de seguridad que acompañaban a Kendricks y a Schraeder hasta la pequeña plaza situada delante del ayuntamiento. Los cuatro agentes civiles llevaban trajes negros y sólo llevaban pistola en la cintura, mientras que los dos soldados del ejército vestían uniforme de camuflaje y botas y llevaban fusiles, pero todos iban perfectamente afeitados y ninguno estaba tan terriblemente delgado como la mayoría del resto de supervivientes.

—Bien, todo tiene buen aspecto —opinó Kendricks mientras analizaba los llamativos lazos y las banderas que decoraban la plaza.

—Sí, señor —dijo el soldado principal. Pero él estaba observando los tejados, donde había soldados a pares a simple vista. También habría francotiradores en puntos estratégicos.

Por lo que tenía entendido Ulinov, aquélla era sólo la segunda vez que los altos funcionarios del gobierno estadounidense iban a aparecer en público juntos desde el Año de la Plaga. Las medidas de protección en los alrededores eran extremas. No había habido ninguna necesidad de llegar allí en dos Suburbans, podían haber caminado. La ciudad estaba paralizada y las calles estaban vacías, excepto por las unidades blindadas y las ametralladoras colocadas en las principales intersecciones.

—Y además hace un día estupendo —dijo Kendricks sonriendo directamente a Ulinov.

El ruso se limitó a asentir. Kendricks parecía excepcionalmente contento y aún era pronto para su pequeña ceremonia. Quería hacerse con aquel lugar antes de que los enviados rusos llegasen del campo de aviación. El lugar estaba bien preparado. Kendricks se había transformado para encajar en él. Se había quitado el traje de vaquero y se había puesto uno más formal. Se había dejado el lazo, pero se había desprendido del sombrero blanco y exponía su espesa mata de pelo castaño al sol y al frío de la ligera brisa que soplaba.

La parte menos alta del ayuntamiento presentaba una banda de tela roja, blanca y azul. En la plaza había un podio, cuatro cámaras, dos grupos de sillas plegables y el principio de una audiencia. Había equipos de cámaras y medios de comunicación. Ulinov también vio a un grupo de niños con tres profesores que habían tenido la brillante idea de mantenerlos ocupados hablando con un general de las Fuerzas Aéreas ataviado con su característico uniforme azul.

Kendricks se apartó de su Suburban y se unió a un grupo de hombres. Ulinov cojeaba tras ellos. Kendricks no se volvió, pero Schraeder extendió la mano hasta el codo del ruso.

—Estamos delante del todo —le dijo con discreción.

Ulinov asintió de nuevo, sumido en sus pensamientos Como si fuese posible ocultarse del zumbido del avión.

Sabía que tenía exactamente el mismo aspecto que aquellos hombres privilegiados. Limpio y aseado. Aquello hacía que se sintiese sorprendentemente incómodo. El día anterior, Schraeder había enviado a dos hombres con tijeras, jabón, una cuchilla y ropa nueva a visitarle, y Ulinov sintió que se había ido descuidando poco a poco. No sabía por qué. Se había pasado la vida manteniendo el orden. Para un cosmonauta, la pulcritud y los detalles eran esenciales y, aun así, hubiese preferido llevar el uniforme de su nación. Había más de uno en su petate de la *Endeavour*, pero era mejor dejar que los estadounidenses creyesen que le tenían controlado hasta en los más mínimos detalles.

Lo único que importaba era su conducta. Su corazón. Su memoria. Sabía que lo había hecho bien y aquello le ayudó a controlar su miedo. Se había estado refugiando en su pasado cada vez con más frecuencia, repasando a la gente y los ideales de su vida: a su padre y a su hermana y la simple sensación del calor del hogar, a sus parejas, la maravillosa belleza del espacio... Se alegraba de que Ruth no estuviese allí. Le habría gustado oírle bromear sobre su corte de pelo y su traje, pero a los dos siempre les había separado el deber, y ahora veía que era lo mejor. Si aún estaba viva no le deseaba más que buena suerte.

Se acordaba de los demás astronautas y de la amistad que habían compartido en la EEI a pesar de sus diferencias. Estadounidenses. Rusos. Italianos. Nada de aquello había sido un problema allí arriba y eso le hacía sentir nostalgia y alegría. Finalmente, Ulinov miró hacia arriba. El ruido no cesaba nunca. Se había vuelto incluso más intenso. Conforme el C-17 sobrevolaba los picos más cercanos, las cuencas que rodeaban Leadville habían atrapado y repetido el sonido. Un momento antes se había producido otro pequeño cambio y el zumbido de los motores se había intensificado. Kendricks se lo había perdido, y miraba a los ojos a un coronel de las Fuerzas Especiales que estaba cerca de la última fila de sillas plegables.

—Hola, Damon —dijo tranquilamente ofreciéndole su pequeña mano—. Al que

madruga, Dios le ayuda, ¿verdad? —Ya somos dos, senador —dijo el coronel. Pero junto a Ulinov, el agente principal se puso dos dedos en el auricular y murmuró entre dientes: —Mierda.

El ruso también advirtió que varios niños levantaban la vista, inquietos con sus trajes perfectos. Un niño de ocho años le dio un codazo en el costado a su compañero de al lado y le regañaron.

—Vale ya —le dijo la profesora.

Al mismo tiempo, las siluetas de los hombres apostados en los tejados cambiaban de posición. —Disculpe, señor.

El agente principal detuvo a Kendricks justo cuando empezaba a caminar hacia el pasillo que separaba los grupos de sillas plegables.

—¿Senador? Estamos en alerta.

Schraeder fue el primero en reaccionar.

—¿Dónde?

—En el campo de aviación. Es su avión. No aterriza.

El agente mantenía la mano ahuecada a un lado de su cabeza y escuchaba por el auricular a la vez que hablaba.

Los colegiales siguieron dándose codazos pero su profesora estaba mirando en otra dirección.

—Viene hacia nosotros —dijo el agente.

El rostro de Kendricks se contrajo hasta parecer pétreo. Entonces le lanzó una larga mirada inquisidora a Ulinov y dijo:

—¿Estáis intentando obligarnos? ¿Queréis cambiar el trato?

Ulinov no respondió.

Schraeder le agarró de la manga y gritó:

—¡Dinos que demonios está pasando!

Sin embargo, Kendricks no parecía ver ninguna señal de amenaza o triunfo en el rostro de Ulinov. Se llevó a un lado al agente con la conexión de radio y Schraeder también se acercó a escuchar, deteniéndose sólo para clavarle un dedo a Ulinov.

—Regístradle —le dijo.

Uno de los soldados del ejército puso el cañón de su pistola contra la frente de Ulinov.

—Ni respire —dijo mientras uno de sus compañeros registraba al ruso en busca de armas o aparatos electrónicos.

No había nada. Había destruido su PDA y su teléfono móvil dos noches antes y había escondido la Glock de 9mm robada en la cisterna de un retrete.

—Llévadle al coche —ordenó Kendricks.

El grave estruendo del avión inundaba toda la ciudad y la hacía vibrar incluso antes de que llegase la lenta aeronave. Todo el mundo alzó la vista. Entre aquel ruido

se distinguía el aullido más agudo de un caza, pero ninguno de los aviones podía verse aún desde el lugar de la plaza donde se encontraba Ulinov. La hilera de banderas ondeó con la brisa. Entonces una mujer dio un grito y Ulinov casi pierde el equilibrio cuando los soldados le empujaron tras Kendricks y Schraeder y todo el mundo corrió de nuevo hacia la calle.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el militar.

Los agentes civiles también habían sacado las pistolas como si aquello fuese a ayudar en algo. Pero ayudó. Uno de ellos llegó hasta los coches primero y se metió en uno de los vehículos apilados blandiendo su arma hacia un GMC Yukon que acababa de llegar.

—¡Apártese! —gritó el agente.

—¡Vengo con el congresista O'Neil! —dijo el conductor.

Pero el agente gritó:

—¡Nos llevamos el coche!

Junto a él, otras unidades tomaron violentamente los vehículos aparcados con gritos y empujones. En medio de aquel caos, Ulinov finalmente se desmoronó. «Por favor. Señor», pensó. «Por favor».

Pero todo continuó. El pánico disparaba su propia adrenalina. Vio a dos soldados portando un lanzamisiles abiertamente. Algunos de los niños gritaron, pero sus voces se perdieron entre el ruido. Entonces los ecos humanos se vieron salpicados por el ladrido explosivo de los lanzacohetes que abrían fuego desde todos los tejados de la plaza. Los artilleros ocultos estaban intentando derribar el avión y, por un instante, Ulinov deseó que lo lograsen.

Kendricks estaba furioso con Ulinov, y estaba indignado por su espionaje y su traición. A través de él, había presionado a los líderes rusos y había amenazado con abandonarlos. Primero les había hecho rogar. Después transigió y accedió a cumplir su palabra de enviar aviones estadounidenses para trasladar a los rusos al Himalaya indio. Cualquier otra cosa suponía un coste muy elevado. Andaban escasos de munición y de alimentos. Leadville no incluiría animales de cría y jamás les daría ningún arma nanotecnológica.

Eso es todo», había dicho Kendricks, y los rusos le siguieron el juego. Rusia había admitido que estaban desesperados. Sólo pedían una cosa más. Aparte de los aviones y los pilotos para trasladar a la población a India, querían que los Estados Unidos acogiesen a mil quinientos niños y mujeres y a unos cuantos diplomáticos en Leadville para que estableciesen una pequeña colonia secundaria y para garantizar las buenas relaciones entre los Estados Unidos y Rusia.

«Son demasiados», les había respondido. «Aceptaremos a cien».

«Mil», contestó Rusia. Entonces edulcoraron el trato. También le confiarían a Leadville el tesoro y las piezas de museo de la patria, y a Ulinov no le sorprendió que

aquello significase tanto para los estadounidenses, siempre tan capitalistas, por mucho que las coronas y los cuadros de la historia previa a la plaga no pudiesen proteger ni alimentar a nadie. Para algunos, aquellos artículos serían incluso más valiosos que antes.

El regateo bajó a cincuenta personas para hacerle sitio al dinero. Cincuenta vidas y toneladas de frío metal y joyas, y, por supuesto, eran más rehenes que refugiados. Fue un acuerdo tácito, pero Leadville tendría el control total sobre sus vidas, y entre aquellas cincuenta personas se encontraban las mujeres y los hijos del premier, del primer ministro, de los generales y de un compositor famoso. El intercambio suponía un nuevo comienzo, un gesto de confianza mutua. Los rusos cedían a sus familias y sus bienes y, a cambio, los estadounidenses prometían aceptar a quinientos refugiados en Leadville cuando sus aviones regresasen tras completar la evacuación a la India.

«Es una oferta generosa», había dicho Kendricks, pero lo único que querían los rusos era un avión para atravesar las defensas de Leadville, Sólo uno.

Por encima de la ciudad rugía una puntiaguda figura negra que destellaba al sol. Ulinov cerró los ojos contra el sonido y las sacudidas de los hombres de seguridad e intentó tranquilizarse. No quería morir así, entre un escándalo de fusiles y con Kendricks gritándole.

—¡Dejaremos que muera hasta el último de los tuyos, Ulinov! —le chillaba mientras sus hombres abrían las puertas de la GMC—. ¿Entiendes? ¡Has tirado por la borda nuestra última oportunidad!

—¡Señor! —interrumpió el agente al mando apostado junto al alto capó plateado de la camioneta.

Lo irónico de la situación era que Ulinov pensaba que tal vez se había ganado aquello al enviar tantos datos a través de la radio, como el número de cazas, y comunicarles el aumento de reservas acorazadas. Su gente debía de haber decidido que sólo había un modo de hacer frente a la fuerza de Leadville.

Los estadounidenses habrían comprobado el tesoro y habrían dado su consentimiento antes de cargarlo en su avión, al otro lado del mundo. De alguna forma, aquello no había bastado. O bien una o más cajas se habían sustituido antes de que el avión despegase, o bien se habían llenado de plata barata que se asemejara un mínimo a las reliquias de la era zarista al pasar por los rayos X y los infrarrojos. Las fuerzas de los Estados Unidos no habían querido quedarse allí más tiempo del necesario, al alcance de los misiles musulmanes y las cargas de la infantería y, por supuesto, tenían el dinero en el avión. También tenían a las familias, con todas las identidades confirmadas mediante documentos gubernamentales y huellas dactilares.

Ulinov estaba convencido de que aquellos prometedores hijos e hijas eran exactamente quienes se suponía que eran. Sólo eran cincuenta vidas: abuelas, primas y esposas, pero advirtió un error entre las decenas de archivos enviados. Había un

nombre que no volvió a mencionarse desde su aparición en un único manifiesto, sin duda añadido por un funcionario que no sabía lo que se estaba confirmando.

«Madre de Kuzka».

El nombre en sí era bastante común, y los primeros manifiestos estaban cargados de listas similares que marcaban los lazos familiares de los supuestos refugiados en lugar de sus verdaderos nombres. «La tía y el hijo del ministro Starkova. El hermano del director Molchaoff». Pero unidas, las palabras «Madre de Kuzka» formaban parte de una expresión rusa que significaba «castigar». Es más, durante la Guerra Fría, en un discurso para la Asamblea General de las Naciones Unidas, el dirigente soviético Kruschev utilizó la frase para advertir al planeta de una prueba nuclear sin precedentes para demostrar el poder de la URSS.

La bomba había sido más una amenaza que un arma viable. Tenía un tamaño tan enorme que sólo podía transportarse en un bombardero especialmente adaptado. El 30 de octubre de 1961 detonaron una bomba de hidrógeno de cinco. En comparación, las cabezas nucleares modernas variaban en rendimiento desde un megatón para los misiles submarinos hasta los diez megatones de los misiles balísticos intercontinentales.

Ulinov era a la vez un patriota y un estudioso de la escalada de poder de su país. Había captado la entrada del manifiesto que a los analistas estadounidenses se les había escapado porque estaba convencido de que habría traición. Quizá los Estados Unidos estaban demasiado centrados en sus propios rebeldes. Además, la antigua prueba nuclear se recordaba principalmente por su código: «Iván», o por su apodo: «*Tsara Bomba*», la Bomba del Emperador.

No podía regodearse. Sentía lástima. Leadville había transformado algunas de las antiguas minas en búnkeres y Ulinov estaba convencido de que se estaban llevando a cabo nuevas excavaciones y construcciones subterráneas en la ciudad, pero eso no cambiaría nada.

La bola de fuego de 1961 se había visto desde cerca de mil kilómetros de distancia y se había elevado casi diez mil metros sobre el nivel del mar. Las ondas sísmicas producidas aún se detectaban en su tercera pasada alrededor de la Tierra. Para limitar la potencia radiactiva de la explosión, ya que la mayor parte del impacto se produciría en la Siberia rusa, se utilizó un revestimiento de plomo en lugar del típico de uranio 238. Ulinov suponía que aquel dispositivo estaría modificado de manera similar. La tierra se había vuelto demasiado valiosa como para contaminar cientos de kilómetros.

Aquella era su jugada final. Tras permanecer demasiado tiempo al borde de la aniquilación, los rusos se habían convertido en unos veteranos fríos y despiadados. Se habían transformado en un pueblo de guerreros sin país con la oportunidad de acabar con la única superpotencia que quedaba en el mundo. El avión debía de transportar la

mayor cabeza nuclear que habían sido capaces de crear a partir del arsenal abandonado, y probablemente había más de una. Un misil balístico se habría podido detectar y la respuesta habría sido idéntica. Ahora era demasiado tarde.

Ulinov se resistió cuando la unidad de seguridad intentó meterlo en la camioneta después de Kendricks. Quería sentir el cielo y las blancas montañas a su alrededor, por mucho que se encontrase en tierra extranjera. Alzó la vista en busca del sol, no de los aviones, sino del sol cálido y agradable, mientras a su alrededor resonaban los motores y los gritos. El ruido de la radio. Las armas. Era el grito de muerte de una ciudad.

Durante días, Ulinov había luchado contra aquella certeza y contra su miedo, pero nunca intentó huir. De haberlo hecho habría alertado a los estadounidenses. Pero esperaba que su gente lo entendiera. Sabía lo que iba a suceder.

Lo sabía y permaneció allí.

En California, Ruth entrecerró los ojos para observar la luz procedente del este, una oleada incandescente. Parecían pequeños soles asomando de repente en la bruma matinal. ¿Tres? ¿Cuatro?

«Por lo menos cuatro», pensó mientras parpadeaba para deshacerse de aquellos puntos blancos, pero era una luz abrasadora y antinatural. El lino vello de su cuello se le erizó como rígidas agujas de metal. Permaneció inmóvil durante varios segundos. Ni siquiera respiraba. Parecía que su cuerpo se hubiese convertido en un diapasón, temblaba estaba muy alerta. La pendiente rocosa que tenía bajo sus pies estaba quieta y fría, pero la brisa del oeste generó un mar de corrientes al atravesar el pequeño grupo que la rodeaba. Entonces, aquella gente tan cordial reaccionó. Los once se apiñaron para protegerse unos a otros, y se agarraron a las mochilas a las mangas de las chaquetas para aumentar la conexión.

—¿Qué coño ha sido eso? —gritó Alex.

—Mike... —dijo Samantha.

—¡Ah! —Mike estaba de rodillas y se tapaba la cara.

Debía de haber estado mirando directamente al objetivo cuando aquellas estrellas artificiales estallaron sobre la tierra.

«Dios mío», pensó Ruth. ¿Cuántas más habrían explotado en otros lugares? Podría haber ataques por todo el planeta arrasando lo poco que quedaba de la humanidad. ¿Y si India o China se habían convencido finalmente de dar el paso antes de que lo hicieran los demás? a atrocidad que aquello implicaba la atravesó como un fantasma y Ruth se tambaleó, mareada y sin sentido. Pero estaba allí, como siempre, abriéndose paso a través del grupo para cogerla del brazo.

Hiroki protestó por los empujones emitiendo un leve quejido. Los otros empezaban a recuperarse de la impresión. Alex y Sam se arrodillaron para ayudar a Mike, pero Newcombe miraba su reloj, y Ruth no entendía por qué.

—¡Mike! ¡Dios mío, Mike! —gritó Samantha. Cam tenía una expresión feroz.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

—Mírame. ¿Estás bien?

Los ojos marrones y desprotegidos de Cam tenían una mirada resuelta, y Ruth se quedó mirándole. Sintió el viento limpio en su pelo y percibió el aroma a pino y a tierra húmeda. Habían caminado por la pendiente este bajo las cimas de los exploradores para despedir a Brandon y a Mike, que planeaban explorar los picos más cercanos del pequeño valle para volver antes de que nadie les viese. D Mac todavía estaba indeciso. El método de compartir la nanovacuna no había ayudado. Mike pensó que era genial, pero incluso Brandon dudó a la hora de beber de la sangre

que Cam se había extraído de la mano izquierda.

Ruth había considerado un modo de administración menos impresionante. Los nanos eran más pequeños que un virus y podían absorberse a través de la más mínima imperfección en la piel. Debería bastar con frotar su saliva en los brazos de los chicos o con algo tan simple como un beso, pero tenían que estar seguros. Si la restregaban sobre la piel, la vacuna podía perderse o quedar inerte, y un beso podría administrar una cantidad demasiado pequeña que podría perderse. Ingerir la sangre era el método más seguro. Los nanos también eran más resistentes que un virus, de modo que resistirían los ácidos estomacales y pasarían al torrente sanguíneo.

Aun así, bebería era horrible. Los chicos estaban asustados a pesar de las palabras de aliento de Cam. Ruth se había estado preparando para despedirse de él. No se había acercado a ella en toda la mañana. También había cogido su mochila. Cam y Newcombe decidieron que lo mejor era mantener las armas y el equipo cerca todo el tiempo, por mucho que se fiasen de los exploradores. Ruth había llevado la suya todo el rato por el registro de datos. Era consciente de las ganas de Cam de ir al este con Mike y Brandon. Era muy típico de él unirse a su misión, ofreciendo su experiencia y su fuerza. Ya le había dado a Mike sus prismáticos dos mecheros y una pequeña cantidad de gasas estériles y de desinfectante para que los chicos fuesen equipados lo mejor posible. «¿Pero y si hay más bombas?»

El miedo de Ruth se había convertido en una carga intensa, y de forma reflexiva se apretó contra Cam para pasar. Él se puso tenso al sentir sus manos en el pecho. Había malentendido el gesto. Entonces ella sintió que le había infundido a él su gran temor. A espaldas de Cam había un montón de granito inclinarlo y la arrastró hacia allí para utilizar la roca como escudo. —¡Aquí! —gritó.

Los demás se unieron a ellos, lentos y aturdidos. —¡Eso ha sido una bomba atómica! —exclamó Alex—. Tiene que haber sido una bomba atómica, ¿verdad? ¡Se están bombardeando!

El joven sentó a Mike contra una roca enorme y le apartó las manos de la cara para intentar ver los daños. Brandon se acercó, y después llegaron Newcombe y D Mac. Ed condujo a Kevin y a Hiroki hacia el espacio seguro y todos se arrodillaron.

Incluso hechos una piña formaban un minúsculo puñado de vidas. Ruth volvió a dirigir la mirada al cielo esperando ver alguna señal. Nada había cambiado. Unas tenues nubes corrían en la brisa con una calma pasmosa.

Newcombe se hizo un hueco junto a Alex delante de Mike.

—Abre los ojos —dijo—. Tienes que abrirlos para que podamos ver qué tienes, chico. —¡No puedo! —gritó Mike.

Ruth pasó los dedos sobre el guijarro grabado que aun guardaba en su bolsillo.

—¿Eso era Utah? —preguntó—. ¿Dónde ha sido? El tono desesperado de su voz le avergonzaba porque aquella terrible luz cegadora no debería deseársele a nadie

pero si la explosión había tenido lugar en Colorado... si el holocausto había sucedido tan lejos...

—Deberíamos probar con la radio —dijo Newcombe— Saca la radio.

—Sí.

Cam se quitó la mochila y la apoyó sobre el regazo de Kevin.

Estaban demasiado apretados como para dejarla en otra parte. Sacó una cantimplora y un trozo de tela. Después sacó la pequeña caja de control y los auriculares de aluminio.

—No tienes quemaduras —informó Newcombe a Mike—. ¿Ves algo?

—Un poco. Veo formas. —Bien. Eso es bueno.

Newcombe se volvió y extendió la mano para coger la radio.

—No —dijo Cam pausadamente.

Ruth les miró a ambos, sorprendida de que Cam todavía desconfiase de él, hasta que se dio cuenta, al mismo tiempo que Newcombe, de que Cam ya no estaba pendiente de ellos, y se giró.

Todos lo hicieron. —Joder —dijo Alex.

Más allá de la línea de rocas, Ruth vio un inmenso arco de distorsión en la atmósfera; una convulsionante onda expansiva de fuerza y calor. Se extendía como un círculo en la superficie de un estanque, aunque era tan grande que sólo podían ver una parte del creciente agujero en el cielo.

Poco a poco se dio cuenta de que debía de ser a cientos de kilómetros de distancia, y en un área de cientos de kilómetros. Crecía muy deprisa y hacia el oeste, en dirección contraria al viento. Avanzaba rompiendo el aire y apartando las escasas nubes.

—¿Dónde ha sido? —repitió Ruth con la voz aguda de un niño.

—¡Dios mío! ¡Señor! —exclamó Samantha. —¿Qué hacemos? —preguntó Cam mirando la radio en su mano.

Entonces se la ofreció a Newcombe, pero el soldado miraba al cielo como todos los demás. No reaccionó hasta que Cam le puso el aparato contra el hombro.

—Sí. Vale. —Newcombe buscó a tientas los auriculares. —La radiación —dijo Cam.

Entonces, la ladera de la montaña del otro lado del valle dio una especie de salto. La tierra empezó a ascender por la pendiente. Las rocas chocaban y se rompían produciendo un sonido similar al de los disparos. En las zonas más bajas, los árboles se balanceaban. Algunos se cayeron. Al sureste, una nube roja de insectos salió del bosque en medio de la confusión.

El temblor atravesó los veinticinco kilómetros de valle y ladera en un momento. Después corrió hacia su cima. El suelo se sacudió. Una de las rocas que tenían encima se desprendió, sólo unos centímetros, pero cayó sobre otra losa de granito y el

roce produjo un chirrido ensordecedor. Sobre el grupo llovieron pequeños trozos de piedra que abrieron dos pequeños cortes en las mejillas de Brandon. La mayoría gritó. Cam apartó a Ruth de allí, pisó a Samantha y cayó sobre Ed y Hiroki.

La tierra volvió a detenerse. Era la agitación del propio grupo la que extendía el caos, y D Mac y Newcombe empezaron a calmar a los demás.

—¡Parad! ¡Parad!

—¡Ya está, ya ha parado!

Entonces el suelo volvió a moverse. Ruth dio un grito ahogado y se quedó en el suelo, pero aquel movimiento era muy diferente. Era más ligero, como una réplica.

—¡Tranquilos! —gritó Newcombe.

Pero Hiroki empezó a quejarse de nuevo y Alex gritaba sin parar sin decir nada.

—¡Ahhh! ¡Ahhhh!

Hilos de polvo y polen llegaban por el oeste de la montaña que tenían tras ellos, elevados por el viento provocado por el temblor. Formaba franjas marrones y amarillas y avanzaba hacia el este.

Ruth estaba tumbada de costado al otro lado de la pila de granito y observaba la inimaginable marca del cielo. Cam se acercó a abordarla de nuevo. Cuando la cogió de la cintura, ella sintió algo más que miedo animal. Sintió gratitud. Con su intento de escapar a la roca no había conseguido mucho, pero había revelado sus prioridades. Había dejado a todo el mundo atrás por ella.

Samantha estaba llorando y Alex daba pequeños pasos entre los otros chicos y se apretaba los puños contra la cabeza.

—¡Cabrones! —dijo—. ¡Putos cabrones!

El resto guardaba silencio. El instinto de esconderse era muy fuerte, y Brandon emitió un pequeño quejido mientras su padre le secaba las heridas con la manga sucia de su camisa para detener la hemorragia.

—Nueve minutos y medio —comentó Newcombe mientras miraba su reloj de nuevo.

Su autocontrol era increíble, y Ruth le increpó sin pensar, llena de envidia e incredulidad. —¿¡Qué estás haciendo!?! —gritó.

—Han pasado aproximadamente nueve minutos y medio desde la detonación hasta el primer temblor —explicó Newcombe.

Parecía más bien que estuviese hablando consigo mismo, como si estuviese intentando memorizar la información, y Ruth sabía que lo escribiría en su cuaderno en cuanto tuviese la oportunidad.

—¿Y eso qué significa? —preguntó—. Debe de haber sido cerca.

—No lo sé —dijo Newcombe.

—¡Debe de haber sido en Utah, o incluso en alguna parte de Nevada! —No lo sé. Samantha se apretó contra D Mac sollozando. Hiroki y Kevin se recogieron en

otro lado con las manos en el suelo. Entonces Ruth se dio cuenta de que ella también estaba llorando. ¿Cuándo había empezado? Se pasó la mano por la humedad de su rostro y apartó la cara de los niños. Deseaba con todas sus fuerzas apoyarse en Cam y cerrar los ojos, pero no se había ganado ese derecho. Sólo podía pasarse el brazo sano por encima de la escayola y abrazarse a sí misma.

De todos modos, él ya estaba ocupado con Newcombe y Alex. El chico se había agachado con los dos hombres y formaban una tensa barrera alrededor de la radio. No habían encontrado nada excepto la constante estática, emisora tras emisora.

—David Seis, aquí George —dijo Newcombe—. David Seis, ¿me recibes? Nada.

—¿Alguien me recibe? Volved. Quien sea. ¿Me recibís? Aquí California. Nada.

—Sé que funciona —dijo Newcombe—. ¿Lo ves? Las baterías funcionan, y debemos de estar lo suficientemente lejos como para que el sistema de circuitos no se vea afectado por el pulso electromagnético.

—¿Entonces qué pasa?-preguntó Alex.

—El cielo. Míralo. Hay demasiadas interferencias.

Newcombe sacó sus prismáticos y miró hacia el este, después al norte y al sur.

—Ha sido muy intenso —dijo en voz baja—. Desde mi punto de vista ha sido más allá del horizonte, ¿verdad?

Ruth necesitaba oír aquello.

—Ni siquiera podríamos verlo si fuese en Colorado, ¿verdad? Está demasiado lejos.

—No lo sé.

Newcombe desplegó el mapa de Norteamérica. Colocó su cuaderno a un lado y apuntó: «9.5».

—¿A cuánto está Leadville? ¿A mil ciento treinta kilómetros de aquí? Digamos mil ciento sesenta. ¿Qué otro lugar podría ser un objetivo? ¿White River?

—Espera, esto lo sé —dijo Mike tapándose todavía los ojos con las palmas de las manos—. Con la curvatura del planeta... A mil ciento treinta kilómetros sólo podríamos verlo si fuera, eh...

—Pero White River ya se ha rendido —dijo Newcombe—. ¿Por qué iban a atacarles a ellos? Y menos con una bomba nuclear. Ni siquiera con una bomba de neutrones. La tierra es demasiado valiosa.

—Sólo podríamos verlo si estuviese a noventa y cinco kilómetros de altura —les dijo Mike—. Es imposible.

—Pero debe de haber sido en las montañas —dijo Newcombe—. No hay nadie por debajo de la barrera, de modo que han debido atacar un punto elevado.

—Leadville está sólo a tres mil metros de altura.

—Pero era como un foco, ¿verdad? Joder, mirad como está todo —dijo Newcombe olvidando que Mike estaba medio ciego—. Atravesó el cielo.

—La atmósfera no mide noventa y cinco kilómetros —insistió Mike.

Pero se equivocaba. En un punto tan bajo como el pico del Monte Everest ya no había cantidades de oxígeno suficientes para la vida, a ocho mil ochocientos cincuenta metros de altura, pero Ruth sabía que las capas gaseosas que envolvían el planeta se elevaban por encima de la órbita de la estación espacial, a más de trescientos veinte kilómetros por encima del nivel del mar, aunque los puntos más lejanos de la exosfera eran muy finos.

Ruth tenía que creer en lo que había visto con sus propios ojos. Debía tener en cuenta la formación de Newcombe. Leadville era la ciudad más poderosa del continente, el objetivo más valioso, y la luz de una bomba tan catastrófica a aquella altitud podría haberse desplazado perfectamente por el cielo. Quizá el fogonazo hubiese rebotado. No cabía duda de que la columna de calor tras la luz se había elevado por encima de las nubes y su fuerza había retumbado a cientos de kilómetros.

¿Llegaría a alcanzarles? «La radiación», había dicho Cam. Y Ruth sintió que el salvaje vaivén de sus emociones volvía a cambiar. Empezó a llorar. No había hecho muchos amigos durante su corto periodo en Leadville, pero los miembros de la EEI estaban allí, junto a casi todas las personas que conocía en su vida: James Hollister, sus compañeros de investigación, y otra gente que había hecho todo lo posible por ayudar a Cuatrocientos mil hombres y mujeres. Con toda probabilidad se habrían evaporado, pero no sabía qué pensar de Gary LaSalle y las armas tecnológicas que había desarrollado para apoyar los planes dementes e inhumanos de Kendricks y del consejo presidencial.

¿De qué iba todo aquello? ¿Quién había lanzado el misil? ¿Los rebeldes? ¿Un enemigo extranjero?

Ruth apoyó su mano sana en la tierra y pasó los dedos por una huella, como si las marcas fuesen una especie de braille. Como si hubiese respuestas.

—No puede haber sido en Colorado —dijo Mike.

—¡Mira, chico, alguien acaba de soltar unas cuantas cabezas nucleares! —gritó Newcombe—. ¡Haz el f...!

Cam intervino.

—Tranquilos —dijo.

Llevaba varios minutos callado, y Ruth sabía que aquélla no era la primera vez que se había apartado para observar el estado de ánimo de los demás antes de solucionar un problema.

—Da igual —dijo.

—¿¿Cómo que da igual?! —exclamó Alex.

—Fuese lo que fuese, tenemos que decidir qué vamos a hacer. Opino que deberíamos empezar a movernos. Hoy. Ahora —Cam señaló hacia el este, hacia el valle que tenían a sus pies—. Tenemos que intentar llegar hasta el mayor número de

gente posible y marcharnos de las montañas.

Por un instante solo se escuchó el viento.

—Antes de que lancen más bombas —terminó Cam.

—Sí. Sí, de acuerdo —respondió Newcombe.

Los exploradores estaban confundidos. Mike aún se tapaba los ojos y Brandon se apretaba la palma de la mano contra la mejilla herida.

—Nos separaremos —dijo Cam con un tono agresivo.

Entonces señaló a Ed y Alex.

—Tres grupos. Tú, tú y nosotros. Es lo mejor.

Estaba de espaldas al agujero del cielo, de cara a ellos.

—Tenemos que hacerlo —dijo—. Levantaos. Nos vamos.

D Mac y Hiroki siguieron a Ed hasta su campamento para recoger las demás mochilas y sacos de dormir mientras Cam se quitaba el vendaje de la mano izquierda de nuevo. Volvió a abrirse el corte de cuchillo que se había abierto antes y vertió su sangre en una taza de hojalata.

—No —suplicó Samantha a su hermano—. Por favor, no.

Brandon negó con la cabeza.

—No podemos quedarnos aquí, Sam, y lo sabes.

Alex bebió de la taza rápidamente y Kevin hizo lo mismo. El líder de los jóvenes volvió a cogerla al ver que Samantha se negaba.

—Tiene razón —dijo Alex—. Vamos. Tiene razón.

—Quédate conmigo —le pidió ella.

El suelo volvió a temblar ligeramente, y luego oyeron a uno de los chicos gritar desde la cima de la montaña. Entonces la tierra dio una sacudida. Ruth seguía sentada, pero perdió el equilibrio de inmediato. Pensaba que había rebotado. Cam y Newcombe cayeron de golpe alrededor de ella. Uno de los dos le dio una patada en el brazo y sintió un dolor tan intenso que casi pierde el conocimiento. Entonces escuchó unos gritos: el de Samantha, el de Brandon y el suyo propio.

Poco a poco se dio cuenta de que se había acabado. Buscó a Cam y vio su rostro de dolor. Estaba tumbado de lado, sacándose la tierra del corte de su mano herida. Kevin se quejaba mientras se palpaba el tobillo. Ruth oyó más gritos procedentes desde arriba.

—¿Qué está pasando? —dijo Mike.

—Todas las fallas del continente se deben de estar resintiendo —dijo Newcombe

— O eso creo. ¿Alguien ha visto otro estallido?

Todos negaron con la cabeza.

—Vosotros vivíais aquí —continuó—. ¿Hay alguna falla cerca?

—Es California —dijo Mike—. Claro.

—El primer temblor ha sido la bomba. Puede que el segundo también. No lo sé.

Joder. Esperemos que ya se haya terminado.

—Detrás de ti —dijo Cam.

Al este, la mañana había vuelto a convertirse en noche. Ruth estaba convencida de que la inmensa distorsión de la atmósfera estaba avanzando más despacio, pero ahora una mancha negra y tóxica ascendía desde el punto más lejano del horizonte y avanzaba tras la onda expansiva. Se acercaba como una fina y creciente masa de oscuridad.

Era lluvia radiactiva, restos pulverizados que por un momento se habían vuelto más calientes que el sol.

Todos bebieron, incluso Samantha. Después cogieron las mochilas y guardaron los cuchillos y unos cuantos recuerdos valiosos. Hiroki tenía una vieja y reluciente moneda de veinticinco centavos. Se la mostró a Mike y después la apretó contra su mano como si le diera un regalo. Brandon repitió el gesto con su gorra de los Gigantes y se la ofreció a Alex.

Antes de dividirse, los exploradores se abrazaron unos a otros, gritaron y lloraron. D Mac se volvió de manera espontánea hacia Cam y le abrazó también. Y de repente los niños envolvieron a Ruth. Mike le hizo daño en el brazo. Alex le dio un beso en la mejilla.

Era la despedida perfecta contra el cielo enturbiado. Ruth jamás olvidaría su coraje y esperaba volverlos a ver de nuevo. Pero cuando comenzó a descender la colina tras Cam en dirección este apretó los puños y se preguntó hasta qué punto avanzaría contra el viento la lluvia radiactiva en dirección este.

—Espera. —Cam se movió rápido a su derecha, dejando a Ruth sentada en un tocón cercano. Seguramente, las serpientes que había visto no eran de cascabel. Las serpientes de Gopher eran muy parecidas y bastante comunes antes de la plaga, pero aun así, no se quedó tranquilo. Hasta las mordeduras no venenosas podían infectarle con la plaga y dejar heridas que le hicieran más vulnerable, sin contar que la sangre atraería a los insectos.

Le ayudó a quitarse las botas. Luego, le puso el guante en la cadera, buscando su mirada. Ruth respiraba profundamente a causa de la máscara, pero mantenía la cabeza gacha y no pudo ver más que las gafas y la capucha. Su propio traje parecía especialmente sucio después de pasar la noche en la montaña, sintiendo el frío en su piel desnuda.

Newcombe se subió al tocón que había detrás de ellos. Cam se giró y volvió rápido tras sus pasos, hacia el este, siempre al este, usándose como referencia para sondear su rastro en el bosque. Ahora estaba completamente dedicado a ella. Cualquier pensamiento de alejar a Ruth en un avión era ya una fantasía. La idea de quedarse allí con los exploradores, reconstruyendo las cosas lentamente, obviaba la necesidad y la desesperación del resto del mundo. Debería haberlo sabido antes. Por supuesto que los enemigos de Leadville iban a volver a atacar, sólo habían estado esperando una oportunidad.

Pensaba que había sido cosa de los rebeldes. Habían destruido Leadville para terminar la competición por conseguir a Ruth. Sería bueno que lo hubiesen conseguido, pero tenía que actuar como si no fuese así. Si llegaba ayuda, perfecto. Si no, lo único importante era mantenerla a salvo a través del valle hasta la cima más cercana. Al cabo de veinte minutos habían esquivado una nube de saltamontes, más serpientes y dos colonias de hormigas furiosas que llevaban sus huevos a cuevas. Las moscas seguían yendo y viniendo entre los pinos. Cam deseó que los exploradores no hubieran vuelto. Los temblores ya eran bastante malos de por sí. Aún no habían dejado de estremecer el valle, y agitaban a los reptiles e insectos que había por todas partes.

Newcombe tenía razón. La bomba había actuado como un martillo y activado el movimiento de las tallas más peligrosas. Cuando aquellas enormes masas de tierra cayeron y chocaron habían debido de empujar otras regiones, venciendo cualquier punto débil que tuviesen. Una vez terminara la reacción en cadena, California quedaría excepcionalmente estable durante varios años, pero ahora las montañas rugían y se convulsionaban. Cam se alegró de haber escapado de las tierras bajas. Estaba claro que las presas y los diques seguirían desmoronándose, lo que provocaría más maremotos a lo largo de la costa y dentro de la bahía.

—Quedaos conmigo —dijo.

Más adelante había otro enorme tronco caído. Cam avanzó lateralmente a través de la rampa en vez de arriesgarse a cruzar el paso. Había nidos de serpiente en el suelo, y aquello le puso nervioso. Dio un par de patadas a las hojas de pino del suelo hasta ver las ramas caídas, para asustar a cualquier bicho que no estuviera a la vista.

Pero el movimiento que esperaba tuvo lugar por encima de su cabeza. Los árboles se estremecieron. La luz del sol parpadeó.

Fue como si Dios hubiese tocado el cielo. Una nueva corriente de aire siseó en el bosque desde el este, apagando la brisa, y en aquel momento Cam se sintió desesperanzado. Todo lo que había conseguido hasta entonces lo hizo con el objetivo de resistir a los terribles y letales efectos de la plaga. Sólo eran un puñado de hombres y mujeres rodeados por kilómetros de tierra vacía o ciudades muertas, pero siempre tuvo la oportunidad de controlar levemente su destino.

Antes de que pudiera decir «Creo que he visto otra bomba», Newcombe ya los había cogido a los dos y echado a Ruth al suelo.

—¡Agachaos! —gritó.

Otro frente de viento atravesó los árboles, de forma mucho más violenta que la primera corriente de aire caliente. El bosque se lamentó, azotado por el polvo, los insectos, las ramas y las hojas. Cam rodó y se cubrió la cara con los brazos, ahogándose a pesar de la máscara.

El viento se fue tan rápido como había llegado. Cam se quedó en el suelo hasta que su propia parálisis le asustó. Había visto rendirse a demasiada gente, y no era así como quería morir. Se levanto. Lo hizo aunque no había necesidad alguna, apretando los ojos por las partículas abrasivas que había en el aire. Estaba cubierto de polvo, y pensó que sería radiactivo. El propio sol se había apagado, oscurecido por la tormenta de arena. Ruth y Newcombe no habían terminado mucho mejor, aunque ella tenía limpio el lado que el otro le había cubierto. Aun así, ambos estaban tan sucios como Cam, con mugre en cada rincón de sus chaquetas y capuchas. También la había en los troncos de los árboles, a los que les decoloraba la corteza.

¿Cuanto tiempo les quedaría de vida? Cam supuso que dependía de lo cerca que hubiera estallado la bomba. Se puso a pensar en que podían pasar varios días hasta que el veneno los redujera a pobres inválidos sanguinolentos, pero su siguiente pensamiento se centró en la radio. Se preguntó si podrían usar las pilas que les quedaban y emitir durante horas y horas hasta que murieran. Quizá pasara un avión de reconocimiento. Puede que un avión de evacuación de Leadville volara lo bastante cerca como para oírlos. Alguien les encontraría, los buenos o los malos, y seguro que ese alguien preferiría poner a salvo la vacuna que dejarla perdida para siempre en aquel valle.

Cam se quitó las gafas y las golpeó contra la pierna para sacudirles el polvo.

—¿Estás bien? —masculló arrodillándose al lado de Ruth.

Ella asintió aún confusa.

Se le habían caído las gafas, y estaban llenas de tierra. Cam le desató el cordón de la capucha, y luego se quitó los guantes y usó las manos desnudas para limpiarle las mejillas. Saboreó aquel momento de intimidad. Era evidente que Ruth estaba aturdida, pero sus atenciones la ayudaron a centrarse de nuevo. Sus ojos marrones le miraron. Parecía que intentaba sonreír.

Miró entonces a Newcombe.

—¿Qué ha ocurrido?

—La onda expansiva —respondió, respirando con dificultad.

Luego, sacudió su capucha—. Dios, no esperaba que llegara hasta aquí.

—¿Te refieres a la bomba de Colorado? Pero...

—¿Qué tipo de radiación habremos recibido? —preguntó Cam con urgencia.

Newcombe estaba demasiado calmado. El soldado no pensaba que les hubieran atacado de nuevo, y su comportamiento intensificó el torrente de emociones que Cam había reprimido. Se llevó las manos a la espalda para ocultar su temblor. Empezaba a atreverse a abandonar la idea de disparar a Ruth y luego suicidarse antes de que el dolor y los vómitos se hicieran insoportables.

«No ha sido una segunda bomba», pensó. «No lo ha sido».

—Esto no ha sido lluvia de otro ataque —dijo Newcombe, mostrándoles un guante marrón—. Sólo ha sido aire caliente, resultante de la primera bomba. Le ha costado llegar hasta aquí. La cantidad de radiación que habremos recibido será más o menos como la de la luz ultravioleta que absorbemos cada día. No es suficiente para matarnos, si es lo que te preocupa. Al menos, no a esta distancia —el soldado se miró el reloj—. Cincuenta y ocho minutos. Dios, la explosión debe de haber sido gigantesca.

—¿Aún piensas que se ha originado en Leadville? —preguntó Ruth. Empezó a sacudirse el polvo de la ropa y Cam usó la excusa para apartarse de ella. Ahora estaba temblando mucho, y no quería que ella viera lo que debían de reflejar sus ojos.

«No vamos a morir», pensó, casi llorando. Estaba muy afectado. Solía pensar que tenía muy poco que perder, pero aún quedaba mucho para que tocara fondo.

Se quedaron allí durante treinta minutos. Cam los apartó unos pocos metros de las madrigueras de serpiente, a una roca donde se sentaron para limpiarse, beber y lavarse las gafas. Newcombe intentó hacer funcionar de nuevo la radio y escribió algo en su diario. A excepción de otro seísmo más, el bosque estaba tranquilo y en silencio. Los insectos parecían haber vuelto al suelo tras el paso de la onda expansiva, lo que resultaba un alivio.

—Ya has visto lo que le ha pasado al cielo —dijo Newcombe.

Ruth asintió, pero Cam tenía la cabeza en otra parte. Miraba hacia arriba mientras

hablaban, absorbiendo la extraña belleza del polvo. Una niebla marrón seguía agitada por el viento, afectando a la luz del sol, pero ya habían avanzado otros cinco kilómetros. Habían perdido su punto de visión y ya no podían ver el horizonte rasgado al este.

—El terremoto llegó primero porque las vibraciones avanzan muy rápido a través de las tosas sólidas —dijo Newcombe—. El aire es diferente.

—El viento —corrigió Ruth.

—Para el caso, es lo mismo.

—Para las partículas no —respondió.

—Eso ya no lo sé.

—El viento alejará las partículas nocivas de nosotros, sobre todo las más altas de la atmósfera —explicó.

Esperaban que aquello fuera verdad, pero Cam se guardó el comentario. Además, seguía preocupado por la plaga. Si la onda expansiva había cruzado novecientos kilómetros, podría haber traído consigo una tormenta de nanos. Puede que muchas de las máquinas subatómicas hubieran alcanzado los tres mil metros y se hubiesen destruido. Cam supuso que la onda podía haberse llevado a tantos como podía haber traído, pero la sierra se alzaba como un muro tras las grandes depresiones de Utah y Nevada. Era posible que la fuerza de la explosión se hubiese agotado ahí, y que las montañas hubiesen actuado como un peine y apresado grandes cantidades de nanos.

No tenía ninguna prisa por seguir caminando. Si habían ingerido la plaga junto con el polvo, en una hora o dos lo notarían de sobra. Podían volver hacia el oeste, sobre la barrera. No llegó a ocurrir. Por una vez, habían tenido algo de suerte. Cam supuso que seguían lo bastante elevados como para que no les afectara. Era muy probable que hubiera habido grandes fluctuaciones de presión dentro de la onda expansiva. Quizá la bomba hubiera esterilizado gran parte de la plaga como efecto secundario.

El grupo se levantó y siguieron caminando. Avanzaron hasta que, pasado otro kilómetro, Ruth empezó a cojear del pie derecho. Gradualmente, empezaron a ver signos de que los efectos de la onda no habían sido tan devastadores en el valle. Las montañas de alrededor parecían haber desviado el viento, protegiendo aquella zona más baja. También había menos polvo en los árboles. La habitual capa de suciedad del suelo sólo había formado pequeñas dunas en vez de haber desaparecido por completo.

En una zona llena de cicuta de montaña, las hormigas aún caían vivas de las hojas de pino, como si fueran ceniza. En otro lugar, Cam divisó una página amarilla proveniente de un listín telefónico. Sólo una única página, llevada hasta allí desde Dios sabía dónde. Más tarde, pasaron por unos noventa metros de basura esparcida entre los árboles, compuesta en su mayoría por bolsas de plástico y celofán. Eran

nuevas. La brisa estaba empujando muchas hacia allí, y una de ellas flotó hasta él mientras caminaban.

La explosión debió de dispersar los escombros por todo el país. Cam empezó a pensar en las hormigas de los árboles. Se figuró que sería una colonia cercana que había terminado volando por los aires, pero quizá eran otra cosa, como una especie proveniente del desierto. El frágil equilibrio natural que se venía observando debía de estar enfrentándose ahora a un nuevo trastorno al añadir ahora insectos nuevos sobre varios cientos de kilómetros a la redonda.

Seguramente sería peor al otro lado de la bomba. El frente de viento procedente del este debía de haber devuelto el polvo, los escombros y los insectos a la zona de la explosión. Allí donde la radiación dejase algo vivo, los insectos empezarían una nueva lucha aún más salvaje por la supremacía.

De momento, no había por qué preocuparse. Cam había aprendido a distraerse, pero no podía escapar del dolor de pies, de rodillas, de caderas, de manos o de cuello durante más de unos pocos minutos, ni tampoco de su preocupación por Ruth. Siguieron avanzando. Caminaron hasta encontrar un prado soleado donde las malas hierbas se había doblado formando arcos de forma similar a los círculos que se dibujaban en las cosechas. Cam se aterró cuando la mano derecha empezó a dolerle de repente, pero pasados unos minutos la vacuna empezó a hacer efecto y el dolor remido. Ruth y Newcombe no parecían afectados, sólo era una falsa alarma.

Durmieron como troncos a un par de kilómetros sobre la pendiente de la siguiente montaña. Estaban todos tan cansados que Newcombe empezó a cabecear durante su turno de guardia, algo que jamás había ocurrido, que Cam supiera. Este abrió los ojos y observó el negro cielo cubierto de estrellas. Se le había pasado el efecto de la aspirina, y ahora estaba helado y deshidratado. Seguramente, su subconsciente lo había despertado al oír respirar profundamente a dos personas cuando sólo debía escuchar a una.

Estaban resguardados en la grieta de una colina de granito temerosos de recibir otro ataque nuclear. Cam se clavó una lata vacía y una cantimplora al incorporarse. «Mierda», pensó.

Tenían una cantidad de agua peligrosamente baja. Habían divisado un estanque, pero estaba plagado de bichos. Y eso sin contar que también se estaban quedando sin comida. Estas necesidades básicas no se saciarían sin más, así que Cam frunció el ceño contando los kilómetros que faltarían para llegar a la barrera. Al amanecer, saldría a buscar un riachuelo, mientras Ruth y Newcombe comían y trataban el pie de la primera, cambiándole el calcetín y aplicándole la pomada que quedaba por si volvían a salirle ampollas. Pensó que incluso echando una breve siesta después de comer, conseguirían llegar a la cima antes de que se pusiera el sol.

Pero al crepúsculo llegaron unos aviones. Adormecido en su saco, Cam confundió

el ruido con un recuerdo. Gran parte de lo que recordaba y esperaba eran pesadillas.

Aquel sonido amenazante empezó a hacerse más fuerte.

—Despierta —se dijo. Apartó entonces su cuerpo de la roca y habló de nuevo, colocando su guante en las piernas del otro—. Newcombe, despierta.

Los dos compañeros se despertaron. Ruth profirió un suave y melancólico sonido. Newcombe se giró, se tocó la máscara y tosió. El soldado se agitó y volvió la cara hacia el cielo grisáceo. El valle seguía oscuro, con el amanecer aún escondido tras la montaña que tenían a sus espaldas. Cam se dio cuenta de que la mirada de Newcombe se dirigía también al horizonte oeste. Pensó que sería un efecto de las montañas, que hacían rebotar el sonido de otro lado, pero el avión estaba llegando de verdad desde el oeste.

—¿Qué hacemos?

—No os mováis —respondió Newcombe. Su agujero en la roca no era perfecto, pero debería ser suficiente para ocultarlos. El avión estaría a la vista en apenas unos segundos. Newcombe encontró la radio y la encendió para luego sacar los prismáticos. Cam lamentó haberle dado los suyos a Mike. Ambos miraron la línea del horizonte mientras Ruth luchaba por conseguir un hueco entre ellos, sin darse cuenta de las marcas rojas que tenía en la mejilla, allí donde la había apoyado en la mochila para dormir.

—¿Estás bien? —le preguntó Cam. Ella asintió y se apoyó en él. El calor que transmitía era muy agradable y reconfortante, y, por una vez, consiguió que sólo quedara en eso.

El ruido se adueñó del valle, un zumbido monótono y profundo. Un instante más tarde, nuevas estrellas aparecieron en los picos del sureste: estrellas metálicas. Los aviones brillaban como el fuego según volaban hacia el este, hacia el amanecer, saliendo suavemente de la oscuridad nocturna. Cam contó cinco antes de divisar otro nuevo grupo. La noche se vio invadida por un tercer escuadrón bastante más al sur, todos ellos saliendo del negro cielo del oeste.

«Esto no tiene nada que ver con nosotros», pensó, con una breve sensación de horror. Hasta el momento, todo lo que habían visto en el cielo los perseguía. Pero aquella vez era diferente. No sabía por qué, pero era un suceso como los terremotos o la explosión, algo demasiado grande como para entenderlo.

Newcombe oteó también el norte, para luego girar la cabeza en dirección contraria.

—Escribe tú, ¿quieres? —dijo, sin quitar los ojos de los prismáticos mientras señalaba el bolsillo de la camisa con la mano libre.

—Claro —Cam cogió la libreta y el bolígrafo. —Tienen distintivos estadounidenses —dijo Newcombe—. Cargueros C-17. Ocho, nueve, diez... Tienen un avión de ataque AC-LSO con reparaciones en el fuselaje. También veo un 737

comercial de las United Airlines y otros seis MiGs. Lo dijo como una palabra, «migs», y Cam preguntó: —¿Qué es eso?

—Cazas, cazas rusos. Dios, parecen aviones norteamericanos con escoltas rusos. Pero también hay un DC-10 con letras árabes, creo.

—Déjame ver dijo Ruth.

—No —Newcombe miró hacia el norte de nuevo y continuó oteando el valle mientras permanecía atento a la radio, pero no se oía más que ruido. Cam no sabía si era por la alteración atmosférica o porque sólo funcionaba con frecuencias del ejército que los aviones normales no usaban, aunque también podría ser porque volaban en modo silencioso.

—Yo sé un poco de árabe —dijo Ruth. Tocó el hombro de Newcombe, pero éste se apartó. Cam fue el único que vio cómo dos de los tres grupos cambiaban de dirección, con el sol iluminándoles la parte inferior mientras volaban hacia el sur. — Ahora vienen también algunos desde el norte —informó Newcombe—. Un viejo avión ruso de abastecimiento. Tres aviones de transporte, y dos cazas que no reconozco.

—Son una flota de refugiados —comentó Ruth—. Habrán cogido cualquier cosa que les sirviera para desplazarse. ¿Qué hay al otro lado del Pacífico? ¿Japón? Y Corea. Allí hay bases del ejército americano, es posible que nuestros aviones también procedan de esas zonas.

—Creo que están aterrizando —dijo Cam. Señaló al sur, donde los dos grupos más veloces ya se habían convertido en pequeños puntos. Algunos de aquellos puntos se juntaron siguiendo una especie de patrón mientras otros desaparecían, acercándose al suelo. ¿Cómo era posible? Apenas había carreteras a tres mil metros de altura. Unos días atrás, Newcombe explicó que los C-17 habían sido diseñados para aterrizar en espacios muy reducidos si fuera necesario, pero el 737 y los cazas necesitaban pistas de algún tipo.

Más cerca, el tercer grupo tomaba una curva para dirigirse hacia el norte del valle. Pronto les pasarían por encima y las vibraciones del aire ya creaban un efecto similar al de los terremotos, haciendo temblar la roca y el bosque. Cam miró las máquinas, y entonces tuvo otro pensamiento. Quizás se dirigían a una zona bajo la barrera donde hubiera carreteras, lo más cerca posible de un sitio seguro. Si tomaban tierra con las cabinas a baja presión, los tripulantes podían amontonarse en las puertas, abrir las compuertas y correr hacia las alturas. —Esto no me gusta nada —masculló Newcombe. Le pasó los prismáticos a Ruth y acto seguido empezó a salir de su saco. Cogió la parte de arriba y lo enrolló, preparándose para salir.

—Podrían ser estadounidenses —comentó Ruth—. Militares destinados en el extranjero.

—No, les hicimos volver a todos. Es imposible —Newcombe metió el saco de

dormir en la bolsa y la aló a su mochila—. Esto está sincronizado con la bomba. ¿No lo ves? El pulso electromagnético habrá afectado a nuestros radares y a las comunicaciones de todo el hemisferio. Eso les da una oportunidad única de colarse sin que nadie se entere. Primero se quedan lo bastante lejos para que el pulso no les afecte, y luego se meten aquí. Joder.

—¿Los japoneses no estaban de nuestro lado? —preguntó Cam. No creía que Japón o Corea tuvieran armas nucleares, pero sí China, y ahora no había forma de saber quién había robado qué.

Newcombe gruñó.

—Puede que sean de Europa. Allí también tenemos un montón de bases, y sé que la plaga les atacó antes de que pudiéramos evacuarlos —el soldado empezó a cargar la mochila de Ruth por ella, recogiendo un abrelatas, un tenedor sucio y una cantimplora medio vacía.

Un minúsculo resplandor naranja asomó desde el pico del sur.

—Se han estrellado —dijo Ruth.

Entonces hubo otro estallido, y luego un tercero. A los ojos de Cam, le pareció que la segunda explosión tenía lugar en el cielo. ¿Un misil, quizás? Alguien estaba disparando al nuevo enemigo.

—Las bases avanzadas de Leadville —dijo.

—Sí —Newcombe siguió recogiendo con presteza, pero Cam se quedó mirando la batalla que tenía lugar a lo lejos, preguntándose si había alguna razón para alegrarse. Fue una sensación bastante extraña. Durante semanas, habían intentado evitar los jets y los helicópteros de Leadville, pero ahora se alegraba de que hubiera una fuerza americana en las sierras.

Los disparos les llegaban desde atrás. Cam se giró para ver uno de los nuevos cazas bombardeando una cima a seis kilómetros al norte. Uno de los aviones más grandes pasó lentamente, con el flanco derecho cubierto en llamas. La luz y el humo brotaban de sus cañones. Cada salva de proyectiles era tan grande y recta como un bloque de casas, como dos enormes terrenos rectangulares.

El viento, levanto varias capas de tierra y Cam volvió a sentir que el miedo paralizante. El nuevo enemigo acababa con los supervivientes que pudieran resistirse después de aterrizar, y no había nada que él pudiera hacer contra tal fuerza.

Intentó deshacerse del entumecimiento.

—Estaremos bien —dijo, tanto a Ruth como a él mismo—. Nosotros no les importamos, la montaña es demasiado pequeña.

—Está bien —respondió ella.

Alguien estaba invadiendo California.

Los tres avanzaron rápido hacia la cima con las armas en ristre. Formaron un triángulo con el fusil de asalto de Newcombe al frente y Cam y Ruth a los lados. Esta sabía que con aquellas máscaras y trajes parecían alienígenas sin rostro. Ruth sintió que la sangre le fluía por los brazos, pero su único brazo sano estaba anclado por el peso de la pistola.

—¡Alto! —gritó un hombre delgado y de tez negra. El asaltante tenía unas marcas rosadas en la nariz y la barbilla. Había girado el hombro, como para esconder el mango de un cuchillo que tuviese en la mano, o quizás para prepararse a usarlo.

Detrás de él, una chica se agachó y cogió una piedra, y el resto de la multitud pareció agacharse al mismo tiempo. El sonido era muy humano. Voces. Botas. Crearon un pequeño alboroto que rivalizaba con el zumbido interminable de los aviones. De pronto, Ruth se dio cuenta de nuevo de lo vulnerables que eran en aquella cumbre tan descubierta. El día tocaba a su fin, estaban ya por encima de la puesta de sol. La sombra de Ruth se alargaba delante de ella, y se unía con las de Newcombe y Cam, mientras que los ojos y los dientes de los otros brillaban con la luz anaranjada del crepúsculo.

Algunos de los extraños se escondieron en sus cuevas de piedra, pero la mayoría se desplegó al verlos. Ruth se fijó en un hombre cojo que reapareció de repente desde detrás de un refugio más cercano. Caminaba de lado para flanquearla, cogiendo una pala como si fuera una lanza. Tenía la cara torcida por un sarpullido y una herida bastante mal curada. El hombre sólo tenía un ojo.

—Arma —susurró Cam. La mirada de Ruth se desvió hacia su izquierda, al lado del campo de rocas. Había un hombre con el pelo revuelto y un rifle de caza. Su corazón empezó a latir tan fuerte que parecía que se les fuese a parar, un doloroso latido y luego, nada más.

—¿Qué queréis? —gritó el primer hombre.

—Somos norteamericanos—dijo Newcombe, pero las palabras le salieron como un ladrido. Estaba sudando. Ruth y Cam también. El acelerón de los últimos cientos de metros hasta la meseta había dejado muerta a la doctora. El mero hecho de mantenerse en pie ya era todo un logro. Los tres estaban afectados por sus propios dolores. Ruth se encorvó para cogerse el brazo malo y Newcombe se apretaba el fusil contra la cadera, a modo de muleta—. Norteamericanos —dijo.

El otro hombre siguió acercándose más. Estaba a apenas cincuenta metros. La punta redonda de su pala estaba roma pero brillante, seguramente por usarla contra el suelo duro. Ruth se contrajo violentamente intentando aguantar el dolor del costado. Se aseguró de que el hombre pudiera ver su pistola, pero no hubo ningún cambio en aquel rostro de piedra.

—Debe de haber más escondidos —dijo la chica, y el hombre negro gritó:

—¡Largaos de aquí!

Cam consiguió recuperar el aliento.

—Somos de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos —dijo, apoyando la cabeza en el hombro de Newcombe. Su pistola no se movió—. Hemos venido a ayudar, ¡dile que se retire!

—El Ejército de los Estados Unidos —repitió el negro.

—Podemos detener la plaga —Newcombe sacó una mano del fusil para levantarse las gafas y mostrar su cara—. Miradnos, ¿cómo si no hemos llegado hasta aquí?

—Están lanzando a gente por toda la zona —dijo la chica a su compañero— Podrían ser cualquiera.

El cielo de la tarde resonaba con el sonido de los aviones. Un segundo grupo de transportes llegó tres horas después de la primera remesa, para luego acercarse otros pocos rezagados, con lo que los invasores habían conseguido ya un buen número de combatientes aéreos. Gran parte del ruido era un lejano murmullo. Los aviones se mantenían en alto, pero si soplaba el viento o si uno pasaba cerca, el sonido podía ser intenso. Todavía vieron un par de veces más cómo las montañas se iluminaban por los disparos. Quedarse allí era como caminar hacia un tren en marcha, esperando a ser atropellado.

Ruth entendió su paranoia, pero observando el frío trato del hombre tuerto, no le cupo duda de que la plaga había convertido en animales a algunas de aquellas personas.

—Podemos protegeros de la plaga —dijo Cam—. Se ha desarrollado un nuevo tipo de nanotecnología.

—Hemos venido a ayudar —añadió Newcombe. El negro movió la cabeza lentamente, como rechazándoles. Era una señal. La chica bajó la piedra que había cogido y el hombre tuerto dejó de acercarse a Ruth. Cerca, otro hombre y dos mujeres se calmaban también, aunque no soltaron los cuchillos ni los garrotes. Una de ellas estaba embarazada de varios meses. La otra era de piel blanca, que se había quemado, pelado y vuelto a quemar.

Ruth estimó que allí habría unos veinte supervivientes. Cam y Newcombe habían hecho un pequeño esfuerzo por inspeccionar aquel sitio antes de adentrarse en el campamento, temerosos de que hubiera tropas de Leadville allí apostadas. Pero a pesar de todo, el peligro seguía siendo muy real.

Newcombe bajo el fusil. Ruth dejó caer la pistola a su lado, pero Cam siguió con su arma en alto.

—Necesitamos que salgan todos aquí fuera —dijo Cam—. —¿Sólo estáis vosotros?

—¿Qué? —el hombre frunció el ceño, y luego miró el gran espacio abierto que había en el valle—. Nadie ha aterrizado aquí, si es lo que preguntas. Aun no. —Ruth pensó que estaba haciendo tiempo, no quería poner a la tribu al alcance de sus armas. Señaló el cielo rugiente y dijo—. ¿Qué coño está pasando?

Cam se negó a pasar la noche en la montaña.

—Nos vamos dentro de cinco minutos —dijo agachándose para quitarse la gasa de la mano, ya sucia y teñida de rojo. Uno de los hombres le llevó un cuenco de plástico que Cam colocó en el suelo, al lado de su cuchillo.

Dieciocho supervivientes se reunieron ante él en semicírculo. Ruth vio la incertidumbre y la desconfianza en sus ojos, pero también los primeros atisbos incrédulos de la esperanza.

—Sé que está pasando algo siniestro, pero tenéis que coger vuestras cosas e ir bajo la barrera —dijo Cam—. La vacuna hace efecto en unos pocos minutos, es más rápida que la plaga. Cuanto más tiempo os quedéis aquí, más posibilidades hay que pase un avión y os mate a todos. Ya habéis visto lo que está pasando, —Cam dirigió la cabeza hacia las cimas destrozadas, pero sólo unos pocos le siguieron la mirada.

Ruth pensó que intentaba distraerse tanto como convencerlos a ellos. El corte no tenía aspecto de ir a curarse y tenía la piel irritada y roja, camino de infectarse. Cam hundió la punta del cuchillo en ella. A Ruth se le entrecortó la respiración y escuchó como muchos de ellos reaccionaban ante la escena, mientras la sangre corría por los dedos retorcidos de Cam para caer en el cuenco.

—Creo que pueden suministrarnos primeros auxilios —dijo Steve Caskell, el escuálido hombre negro.

Ruth miró hacia arriba, furiosa por su indiferencia ante el esfuerzo de Cam, pero la expresión de Caskell era de sorpresa y anhelo. Estaba mirando los bonitos componentes de vinilo transparente del botiquín de Newcombe, que ella había desplegado en el suelo. Gasas y esparadrapo, antibióticos, pomadas... Ruth enrojeció por los nervios. Era plenamente consciente de la masa de gente que tenía alrededor. Aún con lo poco que tenían, a sus ojos debían de parecer increíblemente ricos, Cam, por su parte, no dejaba de presionar.

—No hay tiempo —dijo.

—Tenemos a dos mujeres embarazadas y a tres enfermos —respondió Gaskell.

—Compartiremos con vosotros lo que podamos, pero tenéis que salir de la montaña si queréis seguir viviendo—dijo Cam—. Esta noche.

Ruth pensó entonces en el desprecio de Cam. Para él, tratar con aquellas personas debía de ser como mirarse en un espejo, y ahora mostraba la misma impaciencia que con los exploradores, que se aferraban a su isla. Era algo completamente autodestructivo. Su comportamiento ponía a los tres en peligro, y sintió su propia rabia y su miedo.

Los presentes se movían incansables en el ocaso. Ruth buscó con la mirada al hombre del rifle.

—No pueden marcharse —le dijo la chica a Caskell.

Otro hombre le hizo una mueca a Cam y dijo:

—Esperad, seguro que podéis esperar un poco.

—No podemos quedarnos —contestó Newcombe.

Tampoco vosotros tenéis que quedaros —dijo Cam—. Podéis marcharos. Deberíais.

—Iremos con vosotros —dijo Gaskell.

—Será mejor si nos separamos.

—Deja al menos que recojamos, serán diez minutos.

—Tratad de encontrar a todos los supervivientes posibles —le ordenó Cam—. Devolved nos el favor.

—Tony, Joe, Andrea. Empezad a recoger toda la comida que haya —dijo Gaskell, sin dejar de mirar a Cam. Los tres abandonaron al grupo y corrieron a sus casas.

—Hay otros como nosotros —dijo Newcombe—. Nos estamos dispersando por todo el país.

Una mujer intervino:

—Pero —¿quiénes son los de los aviones?

—No lo sabemos.

—Mañana enviad a dos de vuestros hombres más fuertes —dijo Cam— Es lo mejor que podéis hacer. Encontrar a otro grupo. Devolvemos el favor.

—hemos con vosotros —dijo Gaskell.

—Sólo esta noche —respondió Ruth rápidamente, antes de que Cam pudiera contestar.

Newcombe dijo;

—De acuerdo, pero luego tendremos que separarnos.

—Tenemos que estar seguros de que sale alguien —dijo Cam—. Bebed —apretó el puño para detener la hemorragia, pero mantuvo la mano que goteaba sobre el recipiente, sosteniendo el cuenco verde de plástico con su mano buena. Le ofreció la sopa oscura a Gaskell.

—Tranquilo, no notarás nada —le dijo Ruth, intentando hacer menos tenso el momento.

Pero aquellas personas no estaban tan sanas como los exploradores, y pensó de nuevo en la primera cima a la que subieron, devastada por las enfermedades. Cuando la vacuna se extiende por el cuerpo, también lo hacen las bacterias y las infecciones. Cualquiera con un sistema inmunitario comprometido habría muerto hacía tiempo, pero allí arriba había varios agentes patógenos que frenaban su efecto letal. Hepatitis, VIH... Muchos de los supervivientes serían débiles y susceptibles a ellas. Algunos

territorios contaban con su propia forma de morir, pero no había forma de ayudarles, no hasta que llegaran a algún lugar con un mínimo de tecnología.

Gaskell fue el primero en beber. Le siguieron la chica y un par de hombres más. Ruth no vio ningún atisbo de horror en sus rostros, habían visto y hecho cosas peores para sobrevivir. La doctora se giró para mirar los últimos rayos de sol.

Newcombe se ofreció también para dar su sangre. Apartó un poco a Cam y le dijo «lo justo es que lo hagamos los dos». Los dos hombres habían recorrido un largo camino, de aliados a enemigos, hasta forjar una verdadera amistad. Cam negó con la cabeza. «Aún tienes bien las dos manos», le dijo. «Sería una tontería que te las hirieras». Había mucha bondad en él. Ruth tuvo que perdonarle su ira y su falta de autoestima.

La mujer embarazada dudó cuando le pasaron el cuenco.

—¿Qué le pasará a mi bebé? —preguntó, mirando a su marido, a Gaskell y a Cam.

—No lo sabemos —dijo Ruth—. Supongo que os protegerá a ambos. No debería de haber ningún problema.

Se alegró de no haberse acostado con Cam ni con ningún otro. ¿Cuánto hubiera padecido si ahora estuviera embarazada? Sus dos primeras menstruaciones tras volver a la Tierra ya habían sido bastante horribles. Después de doce meses en gravedad cero, sangró ambas veces sin parar, tuvo dolor de estómago y náuseas, aunque sólo fueron cuatro o cinco días de sufrimiento. ¿Y si le entraran náuseas cada mañana o desarrollara complicaciones como diabetes gestacional o hipertensión arterial?

En aquel estado tan avanzado, la mujer debía de tener dolor de espalda y de pies. Los huesos de las mujeres empiezan a ablandarse a partir del tercer trimestre para facilitar el paso del bebé por el hueso pélvico. Bajar la montaña sería muy peligroso para ella, y aun así, una nueva generación valía eso y más. Aquella mujer era exactamente el tipo de persona por el que estaban luchando, así que Ruth forzó una sonrisa y volvió a repetir sus palabras a modo de promesa.

—También protegerá al bebé —le dijo.

Aquella noche volvió a mentir acurrucada con los demás, a casi dos mil seiscientos metros de altura, entre un cúmulo de mochilas, herramientas y armas. Los cazas cruzaban el cielo nocturno, zumbando y resonando en la lejanía. Las langostas cantaban. Por si la información llegaba a malas manos, Ruth le dijo a Gaskell que había sido un grupo de paracaidistas quien les había proporcionado la vacuna, algo no muy lejos de lo que había ocurrido en realidad. Le dijo que habían sobrevivido a la plaga en la cima de una de las estaciones de esquí del Lago Tahoe, al sur de allí, y Cam sonó muy convincente hablando de algunos puntos turísticos del lugar.

La peor mentira fue cuando tuvo que hablar de sus gafas. El grupo de Gaskell contaba con chaquetas y capuchas, y habían convertido algunos harapos en máscaras,

imitando a sus rescatadores. Ruth les dijo que las gafas y el resto del equipo eran por los bichos. No había nada más que aquella gente pudiera hacer por minimizar la absorción de la plaga. No quería tener que entregarles su propio material ni empezar una lucha por él.

Por la mañana, ambos grupos se separaron. Gaskell prometió enviar a algunos hombres a otra cima al sureste. Ruth no estaba muy segura de si lo haría, pero se alegró de poder alejarse de ellos. No sólo porque le daban miedo, sino porque una muchedumbre así sería más fácil de detectar. Un piloto podría divisarlos, o incluso un satélite. Le gustaba la idea de poder volver al bosque con Cam y Newcombe. Aun así, siguió mirando atrás una docena de veces durante los primeros cientos de metros, un poco temerosa de sí misma. Quizás hubiera sido mejor si se hubieran quedado todos juntos, pero la gente de Gaskell parecía igualmente contenta por separarse de ellos ahora que tenía algunas respuestas.

«Somos mucho más pequeños de lo que fuimos», pensó.

Siguieron su camino hacia el norte, aunque eso les acercaba al punto de lanzamiento más cercano de las patrullas de cazas. Al aterrizar, parecía que los aviones estaban muy cerca, rugiendo sobre sus cabezas. Pero en realidad, estaban a cientos de metros de altura y a kilómetros de distancia. Aquella distancia se incrementaba con cada paso que daban para bajar la montaña. Su plan era seguir hacia el este al día siguiente. Más adelante, el mapa mostraba un par de valles que iban bajando hasta Nevada.

Ruth dejó la mente en blanco. De hecho, su concentración no estaba mucho de cuando estaba dormida. Se movía en una especie de trance, manteniéndose lo bastante consciente como para percibir la chaqueta de Cam y el abrupto terreno que pisaban. Intentó ignorar todo lo que estuviera fuera de aquel túnel mental. La sed, el dolor de pies... El sol estaba justo sobre el bosque, y las moscas zumbaban por doquier.

—¡Shh! —Cam se giró y la cogió del brazo. Ruth se agachó enseguida junto a él bajo las ramas de un enebro, confiando en su decisión de esconderse.

Newcombe se había agachado y seguía avanzando lentamente con las rodillas y una mano, manteniendo el fusil apoyado en el hombro. Aún tenía los prismáticos, así que Ruth le dio un golpecito a Cam con el codo, a modo de pregunta. El apuntó entre los árboles. Había humo en otro saliente no muy lejos, al norte, al mismo nivel que ellos. ¿Una fogata? Ruth estaba demasiado cansada para sentir miedo, así que se decidió a esperar. Al fin, Newcombe se levantó y caminó hacia ellos. La doctora sintió que Cam se relajaba cuando el otro hombre salió de su posición.

—Es un avión —dijo Newcombe—. Un caza. Ya no es más que un amasijo de hierros, pero por lo que he visto, era un antiguo MiG ruso. Era muy viejo, de hace veinte o treinta años, uno de esos que debieron de guardar en los ochenta. Supongo

que se quedaría corto al aterrizar o que se quedó sin combustible antes de poder llegar a uno de los aviones de abastecimiento. No lo sé. No hemos visto ninguna enfrentamiento, ¿verdad?

—Por aquí cerca, no —respondió Cam.

—Puede que haya salido de la base de Leadville —afirmó Newcombe—. Pero ¿por qué venir hasta tan lejos cuando están rodeados de montañas? Yo creo que se ha estrellado.

Ruth consiguió hablar.

—¿Está muerto?

—Seguramente saltó en paracaídas. Habrá subido hace unas horas —Newcombe se arrodilló junto a ellos y se quitó la mochila. Cogió agua y se la dio—. Tienes la voz ronca.

—Estoy bien —carraspeó.

—No me has visto hacer gestos delante de ti —dijo Cam—. Paremos a comer un poco, treinta minutos.

—Que sea una hora —dijo Newcombe— Quiero inspeccionar el avión y ver si puedo sacar la radio. Si el piloto no se lo ha llevado, debe de haber equipo de supervivencia.

Primero se quedó a comer con ellos. Compartió los últimos restos de cecina que le quedaban, mientras desplegaba el mapa para mostrarles a Ruth y a Cam donde quería reunirse con ellos. A Ruth le dolía la mandíbula al masticar la carne, aunque estaba reblandecida por la salsa. Cam abrió una lata de sopa. También recogieron varios puñados de hierba para comer las raíces.

La radio resopló al lado de Newcombe, captando golpes de voz, voces americanas. Las interferencias apenas dejaban escuchar nada, pero entendieron las frases «dijo Colorado» y «en este canal—, con lo que Newcombe se olvidó del caza estrellado.

Necesitaban contactar con alguien, ya fueran las fuerzas rebeldes de los Estados Unidos o los canadienses. Reunirse con ellos parecía ahora su única opción. Durante veinte minutos, Newcombe intentó hablar con alguien, cautivado por la posibilidad de obtener información real.

«Alerta a todas las unidades... Repito... De civiles...» Quedarse esperando era un error. No eran los únicos que habían visto el humo del valle.

—Apágala —dijo Cam, moviendo el brazo vendado contra Newcombe, como si fuera un garrote.

Ruth saltó de pronto, había otros sonidos humanos en el bosque. Las voces hablaban entre sí y se estaban acercando rápidamente. Había recuperado algo de energía con la comida y el agua, y sus sentidos volvían a funcionar con eficacia. El grupo estaba encima de ellos, bordeando el saliente. ¿Sería Gaskell?

Los tres se agazaparon entre los enebros. El fusil de Newcombe hizo un ruido al colocarlo junto a la mochila, pero el grupo pasó sin darse cuenta. Ruth apenas consiguió ver a la mayoría, pero pudo ver bien a uno de ellos, un hombre blanco con una andrajosa chaqueta azul y un trapo que le tapaba la boca. No llevaba gafas normales ni protectoras. El hombre parecía no ir armado, y Ruth pensó que seguramente eran habitantes de la zona, no invasores. Hablaban en inglés.

—Te digo que pares un momento de...

—¡...de las moscas!

Hablaban alto para mantener el coraje, tal como hacían los exploradores. Era probable que no esperaran que hubiese nadie más allí abajo, seguían conmocionados por el giro que habían dado sus vidas. Ruth se sorprendió a sí misma con un pensamiento y sonrió. Pensó que si saliera de pronto y gritara, como una de aquellas cajas sorpresa, aquellos hombres se mearían del susto. Aquella idea le resultó muy divertida.

Newcombe se movió debajo del árbol y se quedó escuchando. Luego se arrodilló y desplegó el mapa.

—Los exploradores deben de haber llegado a esta zona de aquí —dijo—. No sabemos quiénes pueden ser éstos.

—¿Intentamos hablar con ellos? —preguntó Ruth.

—Yo digo que no. No nos conviene que se nos una nadie.

Cam también meneó la cabeza.

—Ya tienen la vacuna.

Estaba claro que el otro grupo estaba en buena forma. Ruth tenía por seguro que la tribu de Gaskell no habría podido avanzar a ese paso. La conclusión que sacó fue que cualquiera que fuese débil, estuviera hambriento o herido era menos de fiar, y eso se aplicaba también a ellos mismos.

Deseó que algunos de los exploradores se hubieran quedado con ellos. Necesitaba ayuda, y los chicos podrían haber llevado las cosas de Ruth y ayudarla en lo que fuera necesario.

—¿Y el avión? —dijo.

—Se dirigen hacia allí y no podemos esperar —contestó Newcombe—. Puede que se queden allí todo el día. Y eso también puede atraer a otros, éste es un mal lugar para descansar.

Salieron con cuidado, moviéndose entre los árboles en vez de buscar espacios abiertos. Ruth miró atrás con el mismo arrepentimiento que sintió cuando se separaron del grupo de Gaskell, hasta que encontró otro pensamiento más importante, mucho más que su cansancio. Aquella idea fue la que la hizo dudar.

Si la vacuna ha llegado ya a tantas zonas, es probable que los invasores también la tengan».

Se oyeron disparos en el valle, dos o tres rifles de caza y el tartamudeo de una ametralladora. Cam y Ruth se agacharon enseguida, y Newcombe les siguió escondiéndose tras una mata. Apenas avían avanzado un kilómetro desde que se habían encontrado al otro grupo.

—Son AK-47 — dijo Newcombe—. Rusos o chinos. Árabes eso encajaría con los MiG. Debe de ser una de estas tres posibilidades.

Mientras tanto, el eco de los aviones iba y venía, el sonido de los fusiles ligeros se mezclaba con el de otras armas. Era una pequeña batalla territorial dentro de la gran guerra. Ruth pensó que estaba ocurriendo en un pico al norte, detrás de donde estaban, pero no estaba segura de si la lucha tenía lugar por encima de la barrera. El mundo había cambiado otra vez. Las zonas de la plaga habían despertado de nuevo. Por primera vez en dieciséis meses, hombres y mujeres rompían el silencio reinante... matándose unos a otros. La verdad hizo que Ruth sintiera una punzada en el corazón.

—Has dicho que muchos de los aviones eran rusos —dijo Cam.

—Sí, pero han estado vendiendo armas en Asia y Oriente Medio durante sesenta años. Podrían ser chinos. «Lo sabían», pensó Ruth. Pero no quería creerlo, así que formuló la frase como una pregunta. —¿Y si lo saben?

—¿Qué? —Cam levantó la vista de las botas, que estaba volviendo a anudar.

—¿Por qué iban a venir a California si no sabían nada de la vacuna? —aquello tenía demasiado sentido—. ¿Por qué no volar a otro sitio donde no tuvieran que luchar?

—En realidad, es una lucha fácil —dijo Newcombe con un extraño brillo en los ojos. Se refería al orgullo—. ¿Quién les molesta aquí? —preguntó—. ¿Unos cuantos insurgentes con rifles de caza? Cualquier otro lugar sobre la barrera está lleno de ejércitos.

—Pero se están enfrentando al ejército estadounidense —contestó Ruth—. Apenas estamos a un par de horas de los aviones, ¿no?

—¿Te refieres a los de Leadville? Ya no están. Y no esperes mucho de los rebeldes ni de los canadienses. El continente entero está a oscuras por el pulso electromagnético de la bomba y seguirá así durante varios días. Es perfecto. Nos golpearon con fuerza, entraron rápido, y ahora están avanzando. Ruth movió la cabeza en señal de negación. —Había mucha comunicación radiofónica antes de que fuéramos a Sacramento, y es probable que hubiera diez veces más después de que desapareciéramos. Podrían haber interceptado algo o haberlo oído de simpatizantes o espías. Puede que incluso vieran lo que pasó con sus propios satélites.

«También me quieren a mí», pensó de pronto. «Me están buscando».

Por eso habían matado a tamos de forma preventiva en todas aquellas cimas, no sólo para evitarse unas bajas cuando cargasen contra la barrera, sino también para evitar que los nanos desapareciesen. No sabían exactamente dónde estaba ella ni

cuánto se habría dispersado la vacuna, con lo que inspeccionar varias decenas de cadáveres les sería mucho más sencillo que perseguir a todos los supervivientes por valles y bosques.

La vacuna podía extraerse fácilmente de un cada hecho, con un poco de suerte, era posible que el nuevo enemigo esperara encontrar a Ruth y su registro entre la gente a la que habían disparado.

—Tiene razón —dijo Cam—, sabes que la tiene. Debemos pensar que pronto llegarán al borde de la barrera, si no lo han hecho ya. Sólo necesitan encontrar a una persona con la vacuna en la sangre.

Ruth sintió un desasosiego y un malestar penetrantes. También vio el mismo desprecio en sus ojos. Todo lo que habían hecho hasta el momento, todo su sufrimiento había sido en vano. Le habían dado el oeste al nuevo enemigo. No sólo las zonas altas a lo largo de la costa, sino todo lo que hubiera desde California a las Rocosas. No, mucho más, Les habían entregado el mundo entero.

Fueran quienes fuesen los invasores, iban convertirse en la primera población bien equipada en recibir la vacuna. Podían quedársela para ellos mismos, inyectándosela a los pilotos y a los soldados. Podrían retirarse a su país y llevarse la vacuna, incluso si seguían combatiendo allí.

Era una ventaja incomparable. Podrían aterrizar donde quisieran, coger armas y combustible de donde quisieran, organizar tropas y construir defensas donde quisieran... mientras que las fuerzas americanas y canadienses seguirían limitadas por la plaga.

«Dios mío...», pensó Ruth, comprendiendo la terrible situación.

En aquel momento la invasión ya sería un éxito si el enemigo pensara que la vacuna era suficiente de por sí. Si hubieran abandonado la idea de conseguir sus informes, ya habrían tomado esa decisión. Podían bombardear cualquier zona a altitudes superiores a los tres mil metros y dejarlos ellos solos en el planeta. Ahora no tenían ningún obstáculo para hacerlo.

Ruth se tambaleó, estupefacta.

—Tenemos que salir de aquí —dijo.

Deberían haber parado antes de la puesta de sol, pero Cam compartía su urgencia por salir de allí, y estaban yendo demasiado despacio. Cada paso contaba. Decidió volver a ponerse al frente, delante de sus dos compañeros. Era de suponer que muchas de las personas se estarían dirigiendo al este, no sólo los californianos, sino también los invasores.

Todavía no sabían quiénes eran. La vida no es como las películas, donde los héroes y los villanos mantienen estúpidas conversaciones para asegurarse de que todo el mundo entiende lo que está pasando. Quizás no importara, pero no podía apartar de su mente la sensación de que si sabían a qué se enfrentaban, aumentarían sus posibilidades de supervivencia.

Detrás de ellos, la batalla continuó durante al menos una hora más, con el estruendo de los disparos. Más de una vez tuvieron que parar para mirar atrás, intentando localizar la lucha. Cam se preguntó cuántas personas más estarían mirando aquello. ¿Los otros dos grupos, además del de Gaskell? ¿Habrían conseguido llegar los exploradores? No estaba seguro de querer saber la respuesta. Los aviones llevarían a los supervivientes por el terrible laberinto de cordilleras y despeñaderos, donde todos estarían en peligro de un modo u otro. Pero todos merecían vivir. Cam se había enfadado con Gaskell, pero ahora que toda aquella gente le seguía, estaba agradecido.

El círculo se había cerrado. Salvarles había sido una forma de salvarse a sí mismo. Ruth sería siempre lo primero, pero ambas metas eran difíciles de separar.

Abandonar a alguien en la barrera era poco menos que criminal. ¿Qué se sentiría en ese caso, al observar la invasión y el movimiento en los valles, sin posibilidad de escapar ni salvarse? La misma idea hizo que Cam se estremeciese, habían estado cerca de sufrirlo. Otra semana, otro mes, y la vacuna habría llegado a los supervivientes de unos cien kilómetros a la redonda, salvando así miles de vidas.

La invasión lo había frenado todo. Al final, era posible que terminara matando a más personas que las que habían muerto en Leadville. Ruth tenía razón. Tan pronto como el enemigo inmunizara a bastantes de sus hombres, podían enviarlos de vuelta a China o a Rusia para reactivar sus bases de misiles.

Cuánto tardarían en hacerlo. Algunas horas para cruzar el océano, y algunas más para reactivar los almacenes y redirigir los misiles intercontinentales. Los aviones podrían haber partido el día anterior.

Aunque no era imposible que las fuerzas rebeldes controlaran sus propios misiles, una parte del arsenal del país. Podrían haberse producido ataques nucleares en Asia o Europa que hubiesen acabado con la posibilidad de que volvieran a atacar Norteamérica o puede que los Estados Unidos ya hubieran bombardeado el Huna laya

o las montañas de Afganistán. La flota de invasores podría ser el último reducto de las fuerzas enemigas, poderosas solo de momento.

Era un pensamiento agradable que lo reconfortó, pues Cam estaba ya al borde de la agonía. La oreja le ardía a cansa de los nanos, y se le había empezado a extender una segunda infección por los dedos. Habían pasado por un punto de concentración.

Ruth no estaba mejor. Se movía como un cangrejo para no usar el pie izquierdo, inclinándose de forma que la escayola le golpeaba contra las costillas, que tenía doloridas. Cam se maldijo a sí mismo, quería protegerla y no podía. Se había quedado en una zona plana del valle por que la marcha era más fácil allí, ignorando el confeti de plástico decolorado por el sol que había en los árboles. La explosión debió de formar un remolino allí, depositando la basura y una gran concentración de la plaga a dos mil metros de altura bajo la barrera, donde ahora se encontraban. Los únicos árboles eran pinos blancos y ponderosas. El resto de la vegetación estaba débil y endeble.

—Lo siento —dijo Cam, mirando a través de las largas sombras. Estaba buscando basura en las ramas para orientarse, pero la máscara estaba húmeda y le sofocaba, y aunque tenía las gafas empañadas, intentaba mantener un paso ligero, limitado por el cansancio.

Cam los condujo directos a una colonia de hormigas.

En el suelo había decenas de pequeños hormigueros, círculos de tierra grandes como platos. Allí les esperaban las hormigas. Habían despejado la zona de gran parte de su vegetación, y también habían atacado a muchos pinos. Cam corrió instintivamente hacia los espacios claros con la vista alzada.

La colonia les invadió los pies y las espinillas antes de que ninguno de ellos se diera cuenta. Newcombe gritó mientras las hormigas se le metían por el pantalón, mordiéndole y pinchándole.

—¡Ahhhh!

Se volvió para mirarse la pierna. Ruth cayó al suelo. Cam la cogió de la chaqueta, pero no pudo mantenerla a salvo de la tierra espástica. Los bichos eran como una alfombra viva, tan roja y brillante como agitada. La atacaban desde todos los flancos.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritaba.

Cam también las tenía en las mangas, el cuello y la cintura. Levantó a Ruth de encima de las furiosas hormigas y le sacudió la ropa con una mano, pero no hubo forma de quitárselas de encima. Los tres tenían el cuerpo plagado, y la masa de hormigas les rodeaba por completo, pues estaban en el suelo y en los árboles.

Newcombe cogió a Ruth por detrás y Cam los empujó a los dos.

—¡Corred! —gritó.

Usó su mochila como garrote, golpeándola contra Ruth para quitarle todas las hormigas que pudiera.

Quería la gasolina del bolsillo exterior. Esparció el líquido sobre ellos, muy cerca de sus cabezas. Sus movimientos eran torpes porque sujetaba la mochila con un brazo y por los mordiscos, dolorosos eterno clavos, que recibía en las mejillas, el cuello y las muñecas. Estaban cerca del límite de la colonia. Cam vio campo abierto, pero aún había unos cinco metros de peligrosos insectos entre ellos y la zona segura. Disparó la pistola contra la boca de la cantimplora vacía. El fuego le abraso la mejilla y el pelo debido a la ignición. La pequeña explosión le hizo apartar las manos e incluso él mismo fue empujado hacia atrás, haciendo caer a sus dos compañeros al suelo, invadido por pequeños fuegos.

—¡Levantaos! —gritó Newcombe, pero Cam había aterrizado con el brazo sobre las piernas de Ruth. Ella estaba en llamas, y el fuego y la conmoción consiguieron justo lo que se proponía, asustar a la masa de hormigas que había tras ellos. Lo siguiente fue echarla al suelo. Cam la levantó y la volvió a echar abajo. Se revolcaron juntos por el suelo, golpeándose codos y rodillas, para librarse de las llamas y aplastar a las hormigas que les corrían por dentro de la ropa.

Pero los bichos no habían abandonado. Otra masa rojiza de bichos se acercaba a ellos desde la izquierda. Ruth gemía por el dolor y, en un tropiezo, le dio a Cam en la oreja con el antebrazo.

Newcombe se apoyó en ellos y disparó a la marabunta con su fusil de asalto. El ruido fue ensordecedor. Liquidó una ristra de munición en segundos, usando las balas como una pala para detener a la ola de hormigas. Sólo le costó un instante. Los insectos se arremolinaron alrededor del agujero, pero esa distracción fue suficiente. Salieron corriendo de allí, habían sobrevivido. Sobre ellos, el humo se alzaba como una bandera.

—No podemos parar ahora —dijo Newcombe, respirando con dificultad.

Tiró de Ruth y de Cam llevándolos hacia el valle. Cam también lo agarró a él cuando apoyó el hombro en una rama de pino flexible y se fue para abajo.

—El humo —dijo Newcombe.

«Y nuestras armas», pensó Cam, pero su cabeza estaba nublada y ni siquiera intentó hablar. La infección había empezado a dolerle, y los mordiscos de las hormigas le habían llenado el cuerpo de manchas rojizas, como si fueran quemaduras. El sufrimiento se les pasó al poco tiempo, aunque les pareció una pequeña eternidad, pero el dolor les había afectado gravemente. Caminaban como borrachos. Los pies se les hundían en el suelo y Ruth terminó tropezando primero con Cam y luego con Newcombe. Se le había quemado la parte superior de la manga izquierda, dejando una abertura en la chaqueta. Los tres estaban llenos de suciedad y chamusquina.

Entonces, la doctora se desmayó.

El valle se llenaba de sombras mientras el sol bajaba por el horizonte de los picos de montaña. Un grupo de saltamontes alzaba el vuelo hacia los últimos rayos de luz,

arremolinándose desde mía extensión devastada del bosque, a unos pocos kilómetros de ellos. Había tropas enemigas circulando por la zona, quizás solo fueran más refugiados.

—Id lo más lejos que podáis —dijo Newcombe—. Ya os encontraré.

Cam no estaba prestando atención. Ruth estaba consciente pero seguía confundida. Cuando le quitó la capucha y la chaqueta para bajarle la temperatura, ella gruñó y dijo:

—El senador. Las dos en punto.

.Solo podía esperar que estuvieran lejos de la plaga. La hipotermia y la deshidratación podrían matarla, y sus delirios le asustaron. No pensaba que fuera capaz de andar más de unos pocos cientos de metros, \ sabía que no podría llevarla a cuestas.

Newcombe pensó en conseguirles cobijo a sus compañeros todo el tiempo que fuera posible. Sabía que era posible usar a los bichos a su favor, así que esparciría lo que les quedaba de manteca y azúcar por la montaña. La nueva marabunta de hormigas y otros insectos distraerían a cualquiera que se acercara a la zona. Si no, intentaría ahuyentarlos disparando con su fusil, ambos hombres tenían un radiotransmisor, e incluso se dividieron el equipo y las pilas.

—Toma —Newcombe comprobó el peso de los dos sobres de preparado energético antes de pasarle uno a Cam—, tomate éste. Dale la mayor parle a ella, pero quédate también un poco para ti. Te irá bien —entonces, se levantó y cogió el fusil—. Os veré por la noche —dijo.

Cam se despertó a tiempo para detener al sargento de las Fuerzas Especiales antes de que se fuera demasiado lejos.

—Eh —le llamó, pensando en todas las cosas que debían quedar claras entre ellos —, ten cuidado.

Newcombe asintió.

—Vosotros seguid avanzando.

Los dos llegaron de pronto a una carretera y Cam dudo mirando a un lado y a otro del asfalto. El camino hacía una pequeña bifurcación hacia el bosque, y la duda le hizo inclinarse un poco, a pesar del peso de Ruth. La chica casi se cayó al hundirse contra él. Cam volvió a mirar la carretera. Para caminar más fácilmente por ella, al ser una superficie plana abierta, pero también los dejaba demasiado a la vista, podrían que avanzar entre la maleza y los árboles.

—Lo más rápido posible —se dijo Cam, llevando a rastras su compañera. Sus botas chocaban en el asfalto. Cruzaron en apenas unos segundos y, entonces, levanto la vista hacia el cielo. El ocaso estaba dando paso a la noche. Calculó que no habían avanzado más que medio kilómetro, aunque ya era más de lo que esperaba. La pendiente había ayudado. Ruth se movía como una muñeca rota. Cam ni siquiera

pensó en la posibilidad de que pudiera ver hacia donde iban. Ella se apoyó en su cuerpo y movió las piernas lo mejor que pudo, dándole alguna patada de vez en cuando.

Fueron dando tumbos hasta que Cam los estrelló contra un árbol. Fue como si el golpe lo despertaran. «Suficiente» pensó, «ya debe de ser suficiente».

Subió un poco la colina hasta llegar a un cúmulo de arbolillos que podría esconderlos de cualquiera que se acertara desde la montaña. Quizás podría incluso oírlos venir por la carrera.

Ruth cayó de espaldas, falta de aire. Cam se quitó la mochila y buscó agua, pero no había. Aun le quedaba una lata de sopa, así que cogió el abridor. Cayó un poco del preciado jugo cuando abrió la tapa.

—¿Ruth? —preguntó—. Ruth —se quitó las gafas. El frío de la noche le pareció estupendo. Respiró para asegurarse de que notaría infección de nanos antes que ella. Le quitó las gafas y la chaqueta, y el vapor del calor (pie desprendía se elevó como un fantasma.

La ayudó a beber, apoyando la mejilla de ella contra su hombro. Habrían pasado unos diez minutos, un poco de calma. Fue él mismo quien la arruinó pensando en besarla. Era algo simple. Ruth era la única debilidad que tenía en éste mundo, y por fin había conseguido atravesar sus defensas. Estudio sus labios, aún suaves y perfectos a pesar del sudor, la suciedad y las marcas de su armadura. Ella reaccionó. Sus ojos se le volvieron con los suyos, y se dio cuenta de que se había percatado de sus intenciones, de su ferviente deseo dentro de todo su cansancio y dolor. Él se apartó.

—Cam —su voz era como un murmullo. Le puso la mano buena sobre la pierna—. Cam, mírame. Lo siento.

—No —Ruth movió el guante hacia su mejilla—. No, por favor. Te lo debo todo a ti.

«No quiero que sea así—, pensó Cam. —Sólo una vez —replicó ella—. Por favor, para damos suerte. Entonces, hizo justo lo que no debía... o quizás sí. Levantó la cara y apoyó suavemente la nariz contra su pómulos, dejándole sentir su piel sobre la suya.

Cam colocó su boca contra la de ella y aquello le dio nuevas energías. Calmó la enorme tensión que había entre ellos. Alrededor de ellos, las cosas estaban peor que nunca, pero aquel pequeño acto fue tan dulce como tranquilizante.

Le preparó su mochila a modo de almohada y dejó las armas en el suelo junto a ellos. Ruth cayó pronto profundamente dormida. Cam se quedó mirando las estrellas a través de las copas de los árboles. Se llevó la mano vendada a los labios y a una zona cóncava en un lado, donde había perdido parte de la dentadura.

Ruth le besó de nuevo por la mañana sin decirle nada, quitándose primero su

máscara y luego la de él. Fue un beso rápido, con los labios cerrados. Puede que fuera una suerte que tuvieran otras necesidades más ingentes.

—Tenemos que encontrar agua —dijo Cam.

—Sí.

Ruth se mantuvo cerca de él mientras sacaba la radio de la mochila y la miraba de reojo, distraído. Volvían a quedarse sin cara tras las gafas y la capucha, pero Ruth le tocó el hombro y asintió. La luz del sol jugaba en sus mugrientas chaquetas, colándose entre el follaje de los árboles. Tenían que seguir caminando, pero Cam tenía miedo de hacerlo. Tenía la rodilla adormecida, y la espalda, el cuello y los pies hechos polvo.

La radio estaba llena de voces en los siete canales. Puede\* que siempre hubiera sido así, pero hasta entonces la señal había estado bloqueada por las montañas y por las interferencias de la base de Leadville. Ahora, ninguno de aquellos obstáculos les afectaban.

Todos los informativos eran militares. Todos parecían estadounidenses, excepto una mujer con cierto deje extranjero. —Cóndor, Cóndor, aquí Búho Blanco número cinco, confirmado un uno-uno-cuatro. Repito, hemos continuado mi uno-uno-cuatro.

—Parece francesa —dijo Ruth.

La mayoría de los mensajes estaban en un código similar, lleno de números y nombres de pájaro. Era tranquilizador oír tanto alboroto, el país seguía en pie incluso en un momento así.

Cam no se fiaba de ellos, Entendió que si Newcombe se había ido, la seguridad de Ruth era responsabilidad suya. Necesitaba entrar en contacto con las fuerzas rebeldes, pero sería muy difícil aceptar el reto y lograr comunicarse con ellos. Lo que era peor, todas las frecuencias que Newcombe había mencionado estaban ocupadas. El instinto de Caín le dictó no decir nada.

Compartieron tres barritas energéticas para desayunar engulleron un puñado de pastillas, cuatro aspirinas y dos antihistamínicos. Las medicinas agravarían los mareos, pero las mordeduras de las hormigas les dolían mucho, y ambos se estaban rascando continuamente.

Al final, Cam consiguió sintonizar un canal sin voces.

—Newcombe —dijo—. ¿Newcombe, estás ahí? —las voces no se dieron cuenta. Le faltaba potencia de transmisión para llegar a Utah o a Idaho, y no parecía que nadie de cerca le escuchará.

Estaban solos.

Avanzaron.

Avanzaron y Cam se aseguró de no apresurar a Ruth. El paso lento con el que caminaban le permitió observar el terreno más detenidamente. Se toparon con un enjambre de termitas y se retiraron enseguida, con tal de no molestar a los bichos. El

frente del enjambre se arremolinó en el cielo, pero Cam esperó que el movimiento no fuera lo bastante inusual como para atraer el interés de nadie que observara el valle. Era muy importante que fuera así. No podía ver demasiado a través de los árboles, pero los aviones seguían pasando sobre ellos y el enemigo debía de tener observadores en las cimas. Una vez, un jet pasó lo bastante bajo como para sacudir el bosque. ¿Los habría detectado con infrarrojos?

Cam llevó a su compañera hasta un riachuelo a una hora de allí, y ambos se metieron en el agua. Llevó la cara al líquido elemento para beber, aunque a Ruth le costó un poco más por solo poder usar un brazo. Se llevó el guante a los labios una y otra vez hasta que Cam recuperó el control de sí mismo y le llenó la cantimplora.

—No bebas demasiado —le dijo—, o te sentará mal. Ruth asintió y se ríe, y paso a refrescarse la cara y la cabeza. Sonaba como si tosiera, pero se estaba riendo, y Cam quedo paralizado por la impresión.

En cierto sentido, las heridas y el cansancio les hacían actuar como niños. Su visión se estaba haciendo más y más inmediata, limitada al momento. Puede que fuera algo bueno.

Nadie en su sano juicio podría aguantar un dolor sin fin. Era un mecanismo de supervivencia, pero también era peligroso. Cam se forzó a levantarse y a alejarse un poco de ella para encontrar una mejor posición de ventaja.—Espera —Ruth tropezó.— Solo voy a mirar si... —¡Espera!

Dejo que ella lo alcanzara. Encontró un claro entre los árboles desde donde podrían vigilar las montañas tanto del sur como del oeste. Había humo en ambas direcciones que subía desde el bosque.

—Vamos a dormir —le dijo—. ¿vale?

Ruth asintió, pero espero a estar segura de que él se sentaba antes que ella, para luego apoyar su hombro contra el suyo. Era una extraña forma de amor, como de hermanos. No se podían tocar con sus mugrientas armaduras, pero sería diferente si estuvieran a una altura adecuada. Ruth estaba cada vez más segura de sus sentimientos, eran una nueva razón para vivir.

Cam sintonizó de nuevo los canales que le había dicho Newcombe. Ruth se durmió. Una nube de moscas les encontró y zumbaron cerca de ellos, pero no la despertaron. Tampoco lo hizo el murmullo de la radio. El sol se quedó parado al mediodía durante lo que pareció una eternidad, y Cam la abrazó en silencio.

Se despertó al escuchar la voz de Newcombe.

—David Seis, soy George. ¿Me recibes? David Seis.

La transición del sueño a la consciencia duró demasiado. Cam se encasquetó los auriculares en la capucha y subió el volumen. Pulsó el botón de envío.

—Aquí Cam, ¿me recibes? Soy Cam.

«David Seis» era como llamaban en clave a los rebeldes, pero Newcombe ya no

contestaba. La luz había cambiado, el sol ya estaba cerca de la línea de las montañas en el oeste. El ocaso se extendía por las laderas y se sumergía en los valles, revelando el lejano brillo de unos incendios.

Cam se quedó mirando la radio. ¿Debería intentar cambiar de canal?

—¡Newcombe! —dijo en el seis, luego cambió al ocho—. Newcombe, soy Cam.

Ruth le dijo:

—¿Estás seguro de que era él?

Había un hombre recitando coordenadas en el canal ocho, pero otra voz se superpuso a la suya.

—Cam —dijo la radio—. Te oigo, tío. ¿Estáis bien?

—Gracias a Dios... —Ruth estrujó el brazo de Cam en celebración.

Pero él se quedó helado. La hizo callar, volviendo la mirada al bosque con cierto pánico. «Tío». Newcombe no le había llamado nunca así. Cam cambió de canal con miedo e inquietud, ¿y si lo habían capturado?

—Diría que he seguido bien vuestro rastro —dijo la radio—. Parad un poco, enseguida os alcanzo.

Los dos habían pateado cada pina, piedra y rama entre la carretera y donde se hallaban. Maldita sea, y encima se había dormido. Se sentó y había dormido durante horas.

—Cam, ¿me oyes? —dijo la radio.

—Deberías contestarle —Ruth estaba quieta y tensa. Ella también se había girado a observar las sombras que tenían tras ellos, y Cam asintió con cierta duda.

Le habló al micrófono de los cascos.

—¿Recuerdas el nombre del hombre que nos sacó de la calle en Sacramento?

—Olsen —contestó la radio. Uno de los compañeros de escuadrón de Newcombe había dado su vida para retrasar a los paracaidistas que les habían acorralado en la ciudad, y Cam no pensaba que Newcombe fuera a olvidar el valor de su amigo. Al menos, no tan pronto. Era la mejor prueba que consiguió pensar, dándole a Newcombe la oportunidad de fallar si el enemigo le estaba poniendo un cuchillo en la garganta.

—Muy bien —dijo Cam—, esperaremos.

Intentaron preparar una emboscada, modificando el rastro que habían dejado. Esperaron tras un montículo de tierra con las armas a punto, pero sólo un hombre salió de la oscuridad nocturna.

—Newcombe —dijo Cam con suavidad. El soldado corrió hacia ellos y cogió la mano de Cam, deseoso de contacto. Con Ruth fue más cauteloso, tocando el guante de su mano buena.

Estaba diferente, más abierto. Cam pensó que Newcombe habría estado más asustado de lo que jamás admitiría. Él pareció notar también el cambio en ellos.

Mientras comía lo que les quedaba de comida empaquetada, Newcombe levantaba la vista de su cena para mirar a Cam o a Ruth en la oscuridad, sobre todo a ésta última. Cam sonrió débilmente, estaba contento de tener algo por lo que sonreír. Vio una mueca de cansancio en la boca de Ruth, mientras compartían dos latas de pollo guisado de las provisiones de Newcombe.

—Las trampas de bichos han funcionado —dijo éste—. Funcionaron a la perfección. Las hormigas salían del suelo desde un kilómetro de distancia. Tuve que dar la vuelta por el norte, por eso he tardado tanto en alcanzarlos.

—¿Viste quién venía de la montaña?

—No, pero en la radio dicen que son los rusos.

—¡Los rusos! —dijo Ruth.

—Sí —Newcombe había dejado encendida su radio, que graznaba a sus espaldas. Cam pensó que seguramente se habría pasado todo el tiempo haciendo llamadas aferrándose a la ilusión de hablar con otra presencia humana.

La mala suerte hizo que no pudieran comunicarse. Newcombe dijo:

—Parece que nos metieron en algún lío territorial y tiraron la bomba en Leadville con sus políticos y sus hijos aún dentro. Sus propios hijos. Yo...

El difuso murmullo de las voces quedó apagado por una locutora nueva y más clara, hablaba bajo y deprisa.

—George, aquí Gavilán. George, responde. Aquí Gavilán. Newcombe dejó caer el guiso y cogió sus auriculares, hablando antes incluso de ponerse el micrófono delante.

—George, George, George. Aquí George, George, George.

Los tres estaban tan atentos a la radio que al principio Cam no se dio cuenta de que había otro sonido que procedía del bosque. Era un rugido lejano y familiar. Miró hacia arriba a través de los árboles negros.

—Necesito confirmación. Gavilán —dijo Newcombe, antes de girarse y musitar—: Son los nuestros. Tienen que ser ellos. El mundo explotó a su alrededor. Un jet les pasó por encima, arrastrando un ruido infernal tras de sí. La ráfaga de aire chocó contra las montañas y resonó por toda la zona. Cam quedó cubierto por una ducha de hojas y ramas de pino. —Hotel Bravo, Bravo Noviembre —dijo la mujer—. Hotel Bravo, Bravo Noviembre.

—Hay corredores en la tercera y la primera base —dijo Newcombe con urgencia—. El bateador es Najarro, el pitcher es de los Yankees. La bola va hacia la tercera base.

El avión parecía de color rojo fuego en la noche, y se giró de pronto hacia arriba para realizar una complicada vuelta, ¿iba a volver a donde estaban ellos? La señal de Newcombe no alcanzaría más que unos pocos kilómetros, pero si giraba, delataría, su posición. Estaba realizando maniobras evasivas, habla más luces en el cielo. Un pico

más al sur se iluminó con unas luces amarillas, y los motores del jet se incendiaron a la vez que el piloto salía disparado.

—Misiles—dijo Cam, porque Newcombe mantenía la cabeza gacha concentrado en su mensaje.

—La bola va a la tercera —repitió el soldado.

Silencio. El sonido de los motores resonó por la periferia y luego desapareció tras una colina. Una explosión surgió de repente allí mismo. Cam y Ruth se miraron el uno al otro.

—¡No! —dijo la doctora, pero el jet volvió a dejarse ver, girando levemente hacia el este. Era un misil que había impactado contra el suelo.

Cam estaba seguro de que aquél no podía haber sido el primer vuelo de reconocimiento que las Fuerzas Armadas enviaban para atacar California, con todas estas cámaras en acción como ametralladoras.

—Béisbol... —le dijo a Newcombe—. Crees que los rusos están escuchando.

—Puede que no sea así.

—Has usado mi nombre —Cam nunca había usado la radio ni había formado parte de un manifiesto antes de la expedición en Sacramento—. El pitcher es un Yankee. Nueva York.

—Quieres volver al norte —dijo Ruth—, donde se halla la tercera base.

—Al nordeste, más bien. Hay un aeródromo comarcal cerca de Doyle, no muy lejos de la frontera entre California y Nevada. Está justo en la línea de la rejilla que os enseñé.

—¿Y si la piloto no lo recuerda? —dijo Cam—. ¿O qué pasa si no te ha oído?

—Lo ha grabado en una cinta. Ya se darán cuenta.

—Eso si no estaba demasiado lejos para recibirte.

Newcombe se encogió de hombros despreocupado.

—Ahora ya no importa —le dijo—, volverán.

Seis días más tarde, se encontraban a tres kilómetros del aeródromo. Ruth se separó de Cam mientras éste se agazapaba tras unas rocas del desierto. Ninguno de ellos hablaba, sólo actuaban. Cam siguió por el pequeño laberinto de piedras, y Ruth se agachó a unos pocos metros de distancia, vigilando sus espaldas, a la vez que Newcombe aseguraba el paso y se desplazaba al otro lado de su compañero.

El triángulo era su posición por defecto y también su fuerza. Era lo más próximo a un círculo que los tres podían formar, y volvían la mirada en todas las direcciones.

Tras ellos, el camino era brumoso, difícil de ver por el polvo que arrastraba el fuerte viento, un poco más calmado por la mañana. Podían pasar horas hasta que la fina y seca arena volviera a bajar, pero no podían permitirse esperar a que el tiempo cambiara. En su lugar, avanzaban buscando senderos por el polvoriento terreno.

«Nadie», pensó Ruth. «Puede que ya no vuelva a haber nadie en este lugar».

A] oeste, las sierras formaban un muro escalonado de sombras azules y bosques sombríos. Los colores se volvían más brillantes u oscuros según se acercaban al pie de las colinas. Supusieron que la mayoría de los supervivientes habría ido hacia el norte o hacia el sur siguiendo el borde de aquella línea irregular, y si las tropas rusas los estaban persiguiendo, seguirían el mismo patrón de avance.

Ruth, Cam y Newcombe estaban a varios kilómetros del rastro de hierba más próximo. La plaga había resultado devastadora en aquel lugar, incluso las malas hierbas estaban muertas. Lo único que quedaba eran unas pocas raíces secas azotadas por el viento. Habían visto muchos restos disecados de hierba y flores silvestres, eran manchas negras y marchitas en el suelo. El calor había erradicado a los insectos, lo que propicio la muerte de los reptiles y la vegetación. Con la ausencia de un equilibrio ecológico, la biosfera había quedado destruida. La tierra se caldeó y calentó aún más el aire cercano. La humedad se concentró en cada recodo de sus trajes. Ruth se quedó en camiseta y ropa interior para poder aguantar dentro de la mugrienta armadura, v aun así se estaba asando.

Beber agua se había convertido en una cuestión de vida o muerte. Cada día necesitaban más de la que podían llevar con ellos. Por suerte, habían vuelto a la civilización pasando por las afueras de unos pueblos llamados Chikoot y Hallelujah Juncdon. La autopista 395 les condujo hacia el norte, y estaba plagada de coches parados y camiones del ejército. Consiguieron ropa y botas nuevas, y también encontraron varias botellas y latas, aunque muchas se habían podrido por la acción del Sol.

La autopista no ofrecía ninguna protección contra el polvo. La suciedad y la arena poblaban el asfalto. Se apilaban sobre los coches y los guarda raíles, formando dunas y montículos. Las alcantarillas se habían convertido en fosos, y también había otros

peligros como vallas y alambradas caídas. Ruth se hizo un corte en el tobillo con una boca de incendios oculta bajo la arena, así que desde entonces viajaron campo a través.

Aún se vieron con otra tormenta de arena. Muchos días habían sido ventosos, cosa que agradecían porque así se borraba su rastro, pero que también los confundía porque borraba el de cualquier otro. Estaban constantemente preocupados por la vigilancia de aviones y satélites. ¿Se verían desde arriba las nubes de polvo que hacían al correr? Siempre había movimiento alrededor de ellos. Enormes torbellinos paseaban y desaparecían por el desierto para luego volver a emerger, sobre todo hacia el este. Su única esperanza era que desde arriba parecieran otro remolino de polvo.

—Shhh —hizo Cam. Newcombe repitió la orden Ruth también.

Los tres se reunieron detrás de una gran roca, y la doctora bendijo por su tamaño a aquella piedra devastada por el viento. Se asomó por encima de ella y colocó la mano sobre el bolsillo del pantalón y el objeto duro y redondo que guardaba en él. Todavía guardaba la piedra que había cogido de Ja primera cima. Cada vez u-ataba con más respeto a los objetos inanimados, haciéndose amiga o enemiga de todo lo que Ja tocaba.

Parte de ella sabía que era una ocurrencia estúpida, pero había nacido supersticiosa. Estaba claro que a algunas cosas les gusta hacer daño. Todavía tardaría mucho en olvidar el golpe que se había dado contra la boca de incendios. ¿No tenía sentido, entonces, el verse obligada a dar las gracias a objetos tales como su pequeña piedra o la gran roca que ahora los cubría? Aquella idea era lo más cercano a la fe que jamás había experimentado, un gran sentimiento de conexión con todo lo que la rodeaba.

Quizás sí había un Dios que gobernaba el cielo y la tierra. Existiría ajeno a lo que las religiones consideraban correcto o no. Las personas tienden a creer en cómo quieren que sea el mundo, en vez de aceptar cómo es en realidad, inventando estructuras tribales de poder y tergiversando los hechos para hacerse los importantes. De hecho, antes de la plaga, las religiones con más éxito existían como gobiernos en la sombra que controlaban naciones y continentes enteros. Los hijos aprendían lo que los padres creían, y a éstos se los animaba a tener muchos hijos. ¿Quién creería de verdad que el edicto católico contra el control de natalidad estaba basado en las enseñanzas de Cristo? ¿O que la enorme discriminación a las mujeres en el mundo islámico era sagrada en algún aspecto? Las familias numerosas eran la forma más sencilla de expandir la fe, y aun así, ninguno de esos desechos humanos creía que había una pizca de verdad en la idea de una entidad superior.

A lo largo de la historia habían aparecido cientos de formas de adoración, y estaba claro que se habían iniciado nuevas religiones desde el surgimiento de la plaga. Pero ¿por qué? A pesar de las sospechas y la avaricia inducidas por el simio que aún llevan

dentro, las personas podían ser inteligentes, honestas y valientes. ¿Será que lo bueno que había en ellos tenía alguna relación con lo divino? Ruth empezaba a pensar que sí, aunque su forma de percibirlo era débil e insegura.

La Tierra era un planeta muy joven en lo que se refería a la vida de la galaxia, apenas había sido lanzada a sus brazos espirales. Si Dios existía, quizá hubiera usado los mundos más remotos y olvidados de la creación para sus experimentos, sabiendo que muchos de ellos sólo serían fracasos. ¿Qué esperaba aprender de ellos? ¿Los límites de su fuerza y de su imaginación?

La piedrecita, grabada con cruces se había convertido en algo más que un recuerdo, era un talismán. Teñid poder, podía sentirlo. La piedra la protegía.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cam.

Newcombe oteaba hacia el norte con sus prismáticos. Ruth se giró y miró hacia el desierto. La ciudad de Doyle ya no era más que una colección de edificios en forma de cajas y carteles cuadrados, elevados por grandes mástiles de metal. Gasolineras Mobil, restaurantes Carl's jr... Tras ellos, las colinas se alzaban hacia la deslumbrante luz de los anuncios luminosos.

Newcombe se encogió de hombros y le cambió los prismáticos a Ruth por una botella de agua mineral. Ella desvió la mirada de la ciudad hacia las pocas estructuras del aeródromo, sintiendo tanto prudencia como esperanza. No pudo negar que sentía también cierto alivio. Los hombres empezaban a confiar en ella tanto como lo hacían en el otro, y Ruth lo sabía.

Su transformación fue completa. Siempre había sido bastante fuerte, pero ahora era una guerrera en todos los aspectos, aunque también frágil y sensible al mismo tiempo. Se podría decir que todavía estaba algo nerviosa. Y aun así, ese nerviosismo era un sentimiento frío y distante, aislado por la experiencia.

Dejó que los ojos pasearan por el cerco del aeródromo sus altos edificios.

—Todo correcto —dijo.

Pero siguieron esperando, bebiendo más. Newcombe les pasó unos cuantos dulces para que recuperaran pronto la energía y luego sacó la radio. No habló, sólo pulsó el botón de envío de señal unas pocas veces, transmitiendo tres pitidos cortos. Significaba «estoy aquí», pero no hubo respuesta, sólo ruido.

Llegaron a establecer contacto directo un par de veces más con las fuerzas rebeldes, una de ellas durante un minuto entero con un caza que tiró por la borda un transmisor auto matizado. Las dos veces Newcombe habló sin parar, asumiendo el riesgo de que interceptaran la transmisión. Usó todo tipo de jerga por si el enemigo lo estaba grabando. Sin embargo, nunca fue explícito, y los pilotos codificaron también sus palabras. Ninguno de ellos respondió con frases como «En el aeródromo de Doyle» o «El once de junio, antes del mediodía».

—Bien —dijo Newcombe—, ya sabéis cuánto tiempo tenéis. Cam asintió. —Diez

minutos. —Treinta —dijo Ruth.

Newcombe puso la mano sobre su hombro, y luego sobre el de Cam, antes de que éste se fuera a realizar un reconocimiento del terreno circundante. Estaban limitados por el corto alcance de su equipo, y la retransmisión se había perdido en el polvo. No sabían qué esperar. Los soldados estadounidenses no podían esperar bajo la barrera, a no ser que un piloto hubiera aterrizado con un traje de aislamiento y un buen cargamento de bombonas de oxígeno, cosa que parecía improbable. Habían estado vigilando el aeródromo durante día y medio sin que hubiese signo de actividad alguna, pero todavía había varias formas de que los rusos los detuvieran. Puesto que tenían la vacuna, era probable que el enemigo hubiera dejado hombres en todos los aeropuertos en un radio de cien kilómetros a la redonda. O puede que simplemente hubieran preparado sensores de movimiento o minas antipersona. Un esfuerzo tan grande requeriría, por supuesto, un enorme gasto de combustible y maquinaria. Estaba claro que los invasores no lo habían hecho, todavía podían superar los obstáculos.

No se podía decir lo mismo de los Estados Unidos, pues aún tenían que hacerse con la posesión de la vacuna. Los dos cazas con los que habían hablado no eran los únicos que Newcombe había identificado como paisanos. Cuatro días antes, un trío de F/A-18 Super Hornets se habían estrellado contra las montañas. Hacía apenas 24 horas, un bombardero solitario había aparecido renqueando desde el suroeste antes de que dos MiG lo detectaran y abatieran.

Los de su bando intentaron cubrirles y distraer al enemigo. Se sorprendieron al captar una transmisión bastante débil de un hombre que aseguraba ser Newcombe y otra, más fuerte de uno al que urgía dirigirse a Carson City, Las transmisiones más débiles eran aún más fuertes que las suyas y, por tanto más fáciles de interceptar. Carson City estaba a unos noventa kilómetros de Doyle, en dirección adonde hubiesen ido si se hubieran dirigido hacia el sur en vez de al norte. Era un buen truco, y Ruth apreció la ayuda. Aunque por otra parte, sabía que había personas sacrificando sus vidas.

Hubo grandes conflictos en Yosemite y más al sur. Los rusos habían llevado al resto de su gente a California, lo que era tanto bueno como malo. Significaba que el enemigo estaba preocupado por proteger sus aviones de los interceptores estadounidenses y canadienses, pero también que se estaban haciendo más fuertes y que se organizaban mejor.

Los Estados Unidos estaban lisiados por sus encuentros con el enemigo. Gran parte de las fuerzas aéreas de la nación habían desaparecido con Leadville, y a lo largo de cientos de kilómetros, los aviones supervivientes ya no eran más que un amasijo de goma, plástico y aluminio. El pulso electromagnético había averiado todos los aparatos electrónicos incluso por debajo de la barrera, donde las fuerzas

nacionales podían haber encontrado nuevos recambios y ordenadores.

Los cálculos aproximados de la radio aseguraban que los rusos ya habían desembarcado decenas de millares de tropas y civiles, y todavía había más en camino. De hecho, el número se hinchaba cada vez más. Había más y más aviones cada día que pasaba, debido a que ya habían llevado la vacuna a su país. Los rusos habían enviado a todos los pilotos e ingenieros disponibles para rebuscar bajo la barrera, y luego enviar aeronaves a Oriente Medio y a su propia tierra.

Ruth estaba segura de que su pequeño grupo no podía aguantar mucho más tiempo frente a los invasores. Los rusos, se dispersarían si se veían en la necesidad de incrementar sus defensas y reservas de comida. Y entonces, la encontrarían. Todavía guardaba la granada junto al registro de dalos, y dormía con ellos bajo la cabeza.

Estaba preocupada por su brazo, por si se estaría curando correctamente. ¿Cómo sabrían cuándo quitarle la escayola, ya desgastada y maloliente? Los hombres no tenían ningún problema en ir enseñando un entablillado, pero diferían a la hora de decidir cuándo estaría lista para retirarles la cubierta de fibra de vidrio. Ella era sincera, les explicó que los médicos de Leadville estaban preocupados por la densidad de su hueso y dijeron que la fractura podría tardar bastante en curarse. Le seguía doliendo, eso no podía ser buena señal.

—¿Cómo le va? —susurró. Cam no contestó. El trabajo de Ruth era seguir vigilando detrás de ellos, pero tuvo que hacer uso de toda su autodisciplina para no volverse a mirar a Newcombe. Esa era la responsabilidad de Cam, estudiar la zona que se extendía entre ellos y el aeródromo en caso de que Newcombe sospechara de algún peligro. El terreno era engañoso. El desierto era sólo una extensión de tierra rojiza, pero los llanos no eran llanos, como bien habían aprendido. La tierra escondía hoyos, barrancos y rocas.

—Oye, ¿me estás escuchando? —dijo Ruth.

—Está bien.

El sol brilló sobre sus gafas cuando se tumbó, lejos de la piedra, mirando hacia un lado. Pero Cam no la miró, estaba concentrado en la radio. Un sudor caliente le recorrió el costado.

«Está enfadado conmigo», pensó.

Dormir juntos comportaba ahora una especie de corriente eléctrica, y más de una vez no había podido descansar a pesar de estar exhausta. El suyo seguía siendo el peor romance de todos los tiempos: estaban sucios, con la adrenalina siempre al máximo y en peligro de sufrir un ataque de insectos o de tropas enemigas. La fricción entre ambos era enloquecedora.

Los dos encontraban excusas para huir de Newcombe. Ir a buscar comida era una muy recurrente, o también pedir un descanso mientras el soldado se quedaba vigilando. Hubo más besos y caricias. A Ruth le gustaba presionar su cuerpo contra el

de Cam a pesar de llevar ambos los trajes protectores. De noche podían permitirse mejores carantoñas, pues al menos podían tocarse de verdad. ¿Valía la pena correr el riesgo de verse infectados por la plaga? No, pero sabía que el traje sólo les ofrecía una mínima protección. Pensó en ello sin cesar. «Si me bajara los pantalones y él se quitara el guante...». Dos noches antes, mientras Cam dormía, se había deslizado los dedos en la entrepierna sin conseguir satisfacción alguna, con el guante sobre los pantalones.

—Recuerda la señal —le dijo Cam, pasándole los prismáticos.

—Ten cuidado —le respondió.

Parecía haberse hartado de vigilar. Dejó su mochila junto a la de Newcombe y dio media vuelta, dirigiéndose a la izquierda para reunirse con el otro hombre.

Ruth atrapó detrás de los dientes el caramelo de menta que se estaba comiendo, y colocó su mano buena contra el interior de la cadera, centrándose. Tocó los raídos pantalones y la piedra redonda de su bolsillo. Debería haber saltado sobre él. Aquello era lo que habría hecho en su antigua vida si hubiera tenido la oportunidad, divertirse. Ahora, los dos podían morir en cuestión de minutos.

Cam desapareció de la vista, dejando sólo un rastro de polvo. El horizonte rielaba con el calor. Ruth iba girando la cabeza en todas las direcciones, intentando cubrir con la vista los trescientos sesenta grados ahora que era la única que estaba escondida. Aun así, se sorprendió mirando a Cam más que menos. La doctora sonrió con pesar.

«En realidad no le amas», pensó.

El cielo retumbó antes de que pasara su turno de treinta minutos. Unos cazas aparecieron desde el nordeste en tres grupos, volando raso en su avance. Uno de los conjuntos era diferente a los otros dos. Llegó a reconocer las colas gemelas de los F-35, pero el tercer equipo estaba formado por unos modelos de morro afilado que nunca antes había visto, con alas anchas y caídas. Pero aquello no tenía importancia. Ruth sintió que el corazón le latía con euforia, y que le asaltaba una nueva preocupación.

Los aviones no estaban frenando. Pasaron de largo y se adentraron en las sierras transmitiendo una llamada.

—Hotel Yanqui, Bravo Québec. Hotel Yanqui, Bravo Québec. George, responde. Aquí Flicker Seis.

Ruth se quedó embobada mirando el cielo atronador. Pensó en subirse a una roca y gritarles a Cam y a Newcombe, e incluso en disparar al aire, pero no había garantías de que ellos tres fueran los únicos que hubiera cerca. No podía darles la oportunidad de que los cazaran. La decisión era suya, y el código coincidía con lo que Newcombe le había dicho.

—Aquí Goldman, confirmo, confirmo —respondió Ruth por la radio. Se agachó

para coger las mochilas de todos, y entonces el desierto retumbó de nuevo. Las montañas que tenía a su espalda vibraron con el sonido y el movimiento, envueltas en ciclones de negras líneas y fuego: jets y misiles.

De algún modo, la voz consiguió reconocer la suya, a pesar del ruido de los aviones.

—Recibido, George. Te recogeremos en quince minutos. Repito, te recogemos en quince minutos. —Los rebeldes habían llegado por fin. No había forma de esconder un avión sobre las cuencas de Nevada, así que se usaron ellos mismos como ariete, limpiando el espacio entre el enemigo y la pista de Doyle.

Ruth caminó con la pistola en mano mientras la radio siseaba bajo el rugido de los jets y una explosión lejana, un rastro de humo apareció en el lateral de la montaña. Se giró hacia el espectáculo mientras seguía corriendo.

En el desierto había un hombre con un rifle. «No, por favor» rogó y hasta soltó el arma que llevaba.

Pero era Newcombe.

—¿Qué estás haciendo?! —le espetó, moviendo la mirada de ella a las montañas. Ruth hizo lo mismo. La batalla aérea fue rápida y horripilante, y ahora se había dividido en dos frentes. Hubo más destello y humo.

—¿Dónde está Cam? —preguntó Ruth, jadeando—. Nuestro avión llega en doce minutos, tenemos que ir todos al aeródromo.

Newcombe le cogió la radio, pero dejó su mochila y la de Cam. —No podemos perder el tiempo. Tienes los nanos, ¿no? —¿No pienso dejarle aquí!

—¿Tienes los nanos? —repitió Newcombe—. Nos verá mientras bajamos, venga. ¡Joder, vamos! ¡No tiene sentido que vayamos a buscarle! ¡Al final nos perderíamos todos y no cogeríamos el avión!

Ruth asintió, pero el sentimiento irracional se quedó dentro de ella mientras corrían. No había entendido lo unidos que estaban. Se había estado engañando pensando que su relación con Cam era sólo física, circunstancial, nada serio. Se podría haber liado con Newcombe si sólo se trataba de un cuerpo caliente.

Pronto, otro avión más pequeño y lento apareció entre la humareda. Los cazas estaban volando bajo, pero éste de ahora lo hacía casi a ras de tierra, virando bruscamente como si fuera una vieja avioneta de circo. El zumbido de su motor era muy diferente del griterío de los jets. Era una pequeña Cessna.

Newcombe se topó con una valla de cadenas y maldijo, dándole una fuerte patada a la alambrada.

—¡Joder! —Estaban a unos cien metros del aeródromo y no había forma de cruzar. El podría haber saltado la verja sin problemas, pero ella tenía el brazo herido.

Ruth miró de nuevo hacia las rocas y el terreno abierto. «¿Y si Cam ha vuelto a nuestro escondite a por mí?», pensó preocupada. Tenía ganas de gritar. «¿Dónde

estás?».

Newcombe la llevó unos cuarenta metros más allá, donde había una puerta. Puso el cañón del fusil sobre el cerrojo y disparó. Corrieron entre dos largos hangares de aluminio mientras la Cessna zumbaba en un espacio abierto más adelante, pero de pronto, el avión alzó el vuelo.

—¡Espera, espera! ¡Estamos aquí! —gritó Newcombe a la radio. Pasados los hangares, vieron las pistas de despegue, todas cubiertas de arena. El desierto empezaba a reclamar aquel terreno tal y como ya había hecho al enterrar las autopistas. El avión volvió a bajar y giró. Ruth sintió una punzada en el estómago por el nerviosismo. Era normal, sabían lo que podían esperar de las fotos tomadas por satélite. El primer pase de los aviones era sólo para echar un vistazo más de cerca.

—Apártate —le dijo Newcombe, puede que pensando en el fuego y la metralla si se estrellaba.

El Cessna blanco levantó la arena al tocar suelo, rebotando. Newcombe movió los brazos y gritó mientras el avión giraba para preparar el despegue, pero no miraba al aparato, sino detrás. Ruth se giró para ver a Cam unos metros más allá. Se puso la mano en el pecho, como intentando guardar aquella sensación cálida que sentía.

—Te lo dije —recordó Newcombe—. ¡Vamos!

Ella se resistió. Quería ayudar a Cam, pero él la apartó, así que se giró y corrió. La puerta del aeroplano estaba abierta. Ruth intentó subir a bordo con la ayuda del soldado. Un hombre salió de dentro y la cogió por la chaqueta.

Ruth miró hacia arriba.

—Gracias.

Había algo extraño en su cara, un vendaje. No llevaba traje de aislamiento ni máscara de gas. Miró a la cabina. En el asiento del piloto había otro hombre con las mismas heridas. No, el primero llevaba un cuadrado de gasa sobre el ojo derecho, mientras que el segundo lo tenía sobre el izquierdo. Aparte de eso, ambos parecían ilesos e incluso aseados. Iban vestidos con uniformes nuevos, y los dos portaban subfusiles.

Ruth empezó a hacer fuerza contra Newcombe, pero él era más fuerte, y el otro hombre gritó.

—¡Vamos, vamos!

—¡Venga, Ruth! —exclamó el soldado.

Ella se metió dentro a pesar de sus instintos. Puede que aquello fuera lo correcto. El hombre de la cabina había hígado el arma, y el primer hombre había bajado para ayudar a Newcombe y a Cam. No había nadie más a bordo. Cuanto menos peso, más distancia recorrerían. De hecho, la fina alfombra estaba llena de agujeros, donde se habían desatornillado varias filas de asientos.

Ruth se sentó en uno de los pocos que quedaban, y Cam se dejó caer con fuerza a

su lado. Newcombe se sentó en otro detrás de ellos. Entonces, el otro hombre cerró la puerta.

—Poneos los cinturones —dijo, mientras se metía en la cabina.

El piloto ya estaba acelerando. El avión se elevó sobre las dunas y una desagradable sensación invadió el pecho de Ruth, asfixiándola, como un amasijo de serpientes. Se había olvidado por completo. Los largos meses que había pasado en la estación espacial le habían dejado un recuerdo desagradable de los lugares estrechos. La cabina traqueteante era ahora como una trampa mortal. Entonces, el avión cogió impulso hacia el cielo.

—¿Qué les ha pasado en los ojos? —le preguntó a Cam, por ser quien tenía más cerca. Las heridas de los pilotos eran demasiado simétricas, lo que le hizo pensar si no se las habrían hecho ellos mismos. Pero en ese caso, ¿por qué?

Cam se limitó a menear la cabeza, aún acomodándose en su sitio. Entonces, giró la cabeza hacia Newcombe y se señaló la cara.

—Es por las explosiones atómicas —respondió el soldado tranquilamente—. Tienen miedo a que haya más, por la luz. Si sólo pierden un ojo, aún podrán aterrizar el avión.

«Virgen santa», pensó Ruth, luchando contra su claustrofobia. Dejó las gafas sobre la ventanilla como para escapar de la sensación de angustia, pero el aire que había tras el arañado plexiglás era una mezcla de gases de los jets y humo de las montañas.

El cinturón de Cam se rompió en sus caderas por los bruscos movimientos del avión. Los pilotos tenían sujeción en los hombros, pero los demás no, con lo que el vuelo les pareció una especie de montaña rusa, subiendo y bajando a toda velocidad. Una y otra vez, el asiento se separaba bruscamente de él, incluso con el cinturón abrochado.

Las colinas y las rocas desaparecieron de la vista. Una ciudad. Al pasar cerca de unos cables, empezaron a vislumbrar varios postes eléctricos. Era decepcionante. Habían sufrido mucho para llegar hasta allí, y todavía no estaban seguros, aunque al menos estaban libres de la plaga. La Cessna 172 no era una aeronave presurizada, pero las ventanas de los pasajeros y el cristal de la cabina se habían sellado con silicona, al igual que la zona de control e instrumentos, las escotillas y una de las dos puertas. Había una bomba de vacío atada al suelo, echando aire hacia el exterior. Era una solución poco ortodoxa, pero funcionaba. El piloto llevaba dos minutos elevando el aparato mientras el copiloto aplicaba una masilla de secado rápido en el interior de la puerta que quedaba. Entonces, bajaron la densidad del aire del avión al equivalente a tres mil trescientos metros.

—¡Nos hemos estabilizado! —dijo el copiloto, haciendo una lectura de un marcador que tenía en la muñeca.

Cam se sacó las gafas y la máscara, frotándose la barba, la nariz y las orejas con las manos desnudas, en una muestra de alivio. Ruth se quitó el traje rígida, y Cam vio que estaba completamente pálida.

—Mírame —le dijo, acercándose para que lo oyera a pesar del ruido del motor. Se apoyaron el uno en el otro y juntaron las cabezas—. No mires por la ventanilla, mírame a mí.

Ella asintió, pero no cumplió la orden. Bajo la mata de pelo rizado, tenía los ojos abiertos y apagados, como si estuviera viendo algo más. Cam conocía esa sensación. Volaban increíblemente bajo, un único error podría estrellarlos contra un edificio o una colina, y sólo con pensarlo un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Sabrían si se acercaba algún misil?

—Estaremos bien —le dijo a Ruth.

—Sí —su voz sonaba temblorosa, y apretó la mano contra su piel.

—¿Hacia adonde vamos? —gritó Newcombe al frente. Cam sintió un deje de preocupación en su amigo. Newcombe no tenía a nadie en quien acomodarse, aunque Cam le hubiera cogido del brazo o del hombro si estuvieran en la misma fila.

—A Colorado —exclamó el piloto.

—¿Qué? ¿No es ahí donde se produjo la explosión?

—Sí, en Leadville —el avión viró otra vez hacia la izquierda, y luego cambió de

repente hacia arriba a la derecha—. Estábamos en Grand Lake, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí —dijo el piloto—. La explosión no nos afectó.

Respondió a sus preguntas lo mejor que pudo durante el trayecto de dos horas y media. El avión se estabilizó una vez salieron del desierto, pero él seguía tan tenso como ellos y agradeció la distracción. Sabía quiénes eran ellos, y estaba orgulloso de servirles.

—Vais hechos una mierda —dijo a modo de cumplido.

Grand Lake estaba entre las mayores bases rebeldes de los Estados Unidos. Aterrizaron en una estrecha carretera, y Cam vio restos de jets y helicópteros a ambos lados del camino, muchos de ellos cubiertos con telas de camuflaje. Cerca había cuatro largas barracas de madera y lonas. No había árboles cerca, y el terreno estaba cubierto de un lodo marrón. Se veían personas por todas partes. Aquellas cimas estaban habitadas en un área en forma de herradura de varios kilómetros cuadrados. Desde el avión, Cam vio tiendas, cabañas, camiones y tráileres repartidos por la zona, así como cientos de zanjas y pequeños muros de piedra. ¿Serían letrinas? ¿Muros rompe—vientos? ¿O quizá aquellos agujeros sirvieran como hogar para las personas que no tenían nada mejor?

Grand Lake era un pequeño pueblo situado en la ribera del lago homónimo, un cauce de aguas claras recogidas en un espectacular cañón a sólo quince kilómetros al oeste de la división continental. Estaba emplazado a dos mil quinientos metros de altura y no podía mantener a muchos más que su población anterior de tres mil personas. Pero durante las primeras semanas de la plaga, sus calles sirvieron como zona de estacionamiento para vehículos y aeronaves. Los caminos y sendas que se formaron en la tierra circundante se convirtieron en una gran ayuda para quienes vivían allí. Pronto el pueblo fue demolido para conseguir material de construcción y otras provisiones.

Desde arriba todavía eran visibles los esfuerzos de la primera evacuación, como marcas en la arena. Muchos de los vehículos no parecían haberse movido desde entonces, aparcados entre los campos de refugiados. En algunos lugares, los camiones de carga y los camiones cisterna servían como barrera, apartando a la población en algunas direcciones a la vez que protegían a la del otro lado. Había también zonas abiertas donde parecía que cultivaban o se preparaban para ello, cavando en la montaña para crear terrazas. Algunas parecían mejor planeadas que otras.

La impresión de Cam fue de un caos afianzado en el lugar, pero sintió admiración por haber conseguido todo aquello. Se habían organizado mucho mejor que el resto en California. Tenían más espacio y recursos, y también más supervivientes. Podrían haber perdido el control por ser algo tan abrumador. Pero en vez de eso, mantuvieron vivas a decenas de miles de personas e incluso tenían una fuerza militar significativa.

El caos se había incrementado hacía nueve días. Cam lo vio, también. Grand Lake estaba a solo a ciento cincuenta kilómetros de Leadville. Aún tenían que recuperarse de los daños de entonces. Muchos de los refugios seguían aún en reconstrucción, y había escombros por todas partes, sobre todo en zanjas grandes y tubos eléctricos que corrían hacia el norte en dirección al pulso. La onda expansiva había barrido la zona como una escoba gigante, aplastando vallas, paredes y tiendas, por no hablar de las aeronaves.

Mientras llegaban, Cam divisó un caza en la ladera, inservible por los disparos que había recibido. Cerca, otro F-22 seguía pendiendo en una cuna de cadenas sostenida por un buldózer, mientras un equipo de ingenieros se esforzaba por cavar bajo el avión, intentando colocarlo de nuevo en el suelo sin dañar las alas.

—Yo intercederé por vosotros, si resulta necesario —dijo el piloto, apuntando al otro lado de la Cessna.

—Gracias, señor —dijo Newcombe en nombre de todos.

Al menos un centenar de hombres y mujeres se quedó al lado de la carretera, agrupados entre los camiones y las redes. Cam estaba nervioso. El gentío era cinco veces mayor que el número de personas que había conseguido ver reunidas en un mismo lugar desde la plaga. De hecho, aquellas cien personas eran casi más que todas las que había visto vivas hasta el momento, sin contar los aviones y helicópteros. Se tocó la cara y se giró hacia Ruth. Ella también estaba sorprendida. Vio una tensión diferente en sus ojos, y también cómo estrujaba su mochila y el registro de datos.

Tenía la respiración acelerada. El pecho le saltaba bajo la camiseta, y tenía los brazos arañados en los sitios donde se había estado rascando. Los tres se quitaron las chaquetas, y el cuerpo de Ruth se mostró delgado y firme, pero totalmente cochambroso, moteado con antiguas mordeduras y llagas, así como algunos sarpullidos.

—El hombre del traje negro es el gobernador Shaug —dijo el piloto—. El bajito con poco pelo.

—Le veo —contestó Newcombe.

—Hablemos primero con él, ¿os parece? —El piloto se quitó el parche del ojo y se lo metió en el bolsillo mientras iba hacia la puerta del avión. Newcombe y Cam se levantaron. El copiloto se unió a ellos.

Por las ventanillas redondas, Cam vio a un equipo de médicos del ejército y una camilla. Era buena señal, se habían anticipado a las necesidades más evidentes, aunque se lamentó por la muchedumbre. Quería comer y dormir, pero ellos querían la vacuna. No podía culparlos por ello. El circo le pareció mala idea, pese a que las redes los ocultaban de muchos de los satélites espía. Los rusos podían estar mirando y escuchando. Lo mejor para Ruth sería desaparecer de la vista.

El piloto abrió la puerta. Notar el aire en la piel le sentó de maravilla a Cam, pero

el gentío los detuvo lo bastante cerca del avión como para notar el olor caliente de los motores.

Muchos de los presentes iban en uniforme, aunque fue un civil el que tomó el mando, un hombre bien afeitado vestido con una camisa blanca a manchas. Muchos de los otros llevaban barba y estaban quemados por el sol, pero él estaba blanco.

—¿Señorita Goldman? —dijo.

—Tenemos un herido —respondió el piloto—, déjenos pasar.

—Señorita Goldman, soy Jason Luce, del Servicio Secreto de los Estados Unidos. ¿Están todos bien?

—La chica está herida, déjenos pasar.

—Por supuesto —dijo Luce. Sus hombres pasaron entre Ruth y el copiloto mientras hablaban, y entonces un hombre con uniforme militar apartó a Newcombe de ella.

—¿Sargento? —dijo el hombre.

—Señor —saludó Newcombe, aunque vacilando según el espacio que había entre él y la doctora se llenaba con gente.

Era difícil separarse. Habían estado juntos durante ocho semanas de desolación y miseria, y aun así, aquello era por lo que habían estado luchando, por la oportunidad de pasarle la vacuna a otros. Cam se alegró, se había acabado, habían ganado. Grand Lake tenía hombres y aviones suficientes para diseminar los nanos y para proteger a Ruth.

—Espera —la doctora se apartó de Luce. Había recuperado algo de color, pero su expresión era de miedo.

—Necesita atención médica —dijo Newcombe.

—Dejadles descansar, preparadles una habitación —dijo el piloto.

—Tenemos médicos y comida, y pronto podréis descansar —dijo Luce—, pero primero tenéis que venir conmigo.

Cam no discutió. Su papel había cambiado tan pronto como subieron a la Cessna. El poder que había ostentado durante tanto tiempo ya no tenía ningún sentido en aquel lugar, y no sabía lo suficiente de él para saber si aún tenía un hueco en la vida de su amada. Pero ella así lo quería, y eso era suficiente. Cogió la cintura de Ruth y le hizo de apoyo mientras caminaban hacia la sombra que proyectaba la red, donde el gobernador Shaug les recibió con los brazos abiertos.

El Gobernador tenía unos sesenta años, era corto de estatura y calvo. Era la persona más vieja que Cam había visto en dieciséis meses. En California, el continuo estrés había acabado paulatinamente con los niños y los hombres de mediana edad. Shaug era un indicador más de lo diferentes que eran las cosas allí.

Había auténtica alegría en su sonrisa.

—Gracias a Dios por haberos traído —dijo—. Por favor, sentaos.

Señaló hacia donde se hallaban unas mesas y unos bancos metálicos, alineados en una esquina de la zona sombreada. La más cercana tenía unas botellas de agua, refrescos de cola y cuatro latas de melocotón en almíbar. Un pequeño festín.

Cam asintió.

—Muchas gracias.

—Nos gustaría tomarles una muestra de sangre enseguida —dijo Luce, llamando a los médicos—. Por favor.

«Por favor». A sus oídos, la fórmula estaba cargada de tensión. Cam apretó su brazo contra Ruth y su mugrienta mochila, mirando hacia Shaug para ver si el gobernador intervenía. Pensaba que habían reunido a los médicos para cuidar de Ruth, y ahora se sentía engañado. Pero su compañera se limitó a asentir y dijo: —De acuerdo.

Richard Shaug había sido gobernador de Wisconsin, relevado de su cargo como muchos otros supervivientes. Ahora era el hombre más importante de Grand Lake, y Cam se preguntó si Shaug y Luce no estarían trabajando el uno contra el otro. Podría haber facciones entre los líderes. Eran cosas que pasaban. Cada día era una prueba, y ambos tendrían objetivos distintos. ¿Podría sacarle algún partido a aquello? ¿Cuál de los dos ostentaría el poder? Cam imaginó que sería el agente del Servicio Secreto. Pensó que sería Luce, por haberse aliado con el ejército, y ya había visto cómo los vehículos acorazados y las barricadas dividían la improvisada ciudad.

Pero se equivocaba. Los médicos sacaron cuatro finos viales de sangre para Ruth, Newcombe y él mismo. Los doce tubos de plástico estaban colocados en cuatro rejillas, y Luce dijo:

—Llebad tres a los aviones.

Shaug levantó la mano.

—No.

—Gobernador... —empezó Luce.

—No, aún no.

—Tenemos que llevársela a tantos como sea posible. Al menos, podríamos volar hasta Salmón River —dijo Luce.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ruth. Estaba más pálida que nunca. No estaba en condiciones de sacarse siquiera 30 mililitros de sangre, y tenía pinta de ir a vomitar en cualquier momento, aunque sus ojos mostraban furia y alerta.

Dos de los médicos se apresuraron con las muestras de sangre, dejando atrás su carretilla y su equipo. Un escuadrón al completo se marchó con ellos a través de la multitud. Se dirigían al laberinto de refugios, no a la pista de aterrizaje. La mirada de Cam se centró en las agujas y los tubos, para luego pasar a Luce. ¿Se habría dado cuenta de la poca sangre que necesitaba?

—Pasemos dentro —dijo Shaug, ofreciéndole a Ruth una de las latas de

melocotón—. ¿Quiere comer un poco primero? Adelante, veo que estás bastante cansada.

—No entiendo nada de lo que pasa aquí —protestó ella, pero allí no era más que una pobre infeliz. Estaba intentando hacerle confesar.

Shaug no se molestó en contestar.

—Limpiad todo eso —le dijo a los médicos que quedaban, señalando sus bandejas y el equipo restante. Entonces, miró a Ruth como pensándose mejor—. Pasemos adentro —repitió, mirando a otro hombre.

Era el oficial que había parado a Newcombe cerca del avión, un coronel.

—Vamos —dijo éste, y Cam vio cómo la multitud se separaba, de forma que los hombres y mujeres de uniforme se acercaron y los agentes de Luce retrocedieron. ¿De verdad pretendía Luce superar al gobernador?

Pensó que estaban usando a Ruth como moneda de cambio o para fines políticos. Shaug quería estar a cargo de ella y de la vacuna a cambio de garantías por parte de los demás norteamericanos y los canadienses, y era cierto que Grand Lake la había rescatado cuando nadie más habría podido. Pero eso era divisivo. Tal era el motivo por el que Luce había ido corriendo hacia su avión, esperaba poder extender la vacuna antes de que alguna catástrofe acabara con ella, ya fuera otra bomba o un asalto de los rusos.

Cam deseaba que lo consiguiera, y puede que eso fuera todo lo que Luce había estado intentando, hacerse amigo de ellos. Seguramente, Shaug no podría controlar la vacuna por mucho que lo intentara. Los tres la estaban propagando sólo con exhalar allí sentados. Tan pronto como se ducharan o fueran al baño, la vacuna quedaría en el agua y las letrinas. De hecho, sus chaquetas debían de estar repletas, manchadas por dentro y por fuera de su sangre, piel y sudor. Si lo supieran, Luce y los suyos podrían cortarlas en pedacitos y cargar el material en varios jets. Podrían incluso ingerir un trocito de la sucia tela y traspasar la barrera a pie.

Cam no lo dijo en voz alta, había otra forma de hacerlo. Tosió y se llevó la mano a la boca, escupiendo un poco en su palma.

—¿Sabe algo del capitán Young, señor? —preguntó Newcombe.

El coronel se limitó a fruncir el ceño.

—¿Mi líder de escuadrón en Sacramento? —explicó—. El y otro hombre fueron hacia el sur.

—Lo siento, no sé nada.

—Vimos un combate el veintitrés de mayo, al oeste de las sierras. Pensamos que podrían ser ellos.

Cam caminó entre los soldados y al establecer contacto visual con Luce le extendió la mano. —Muchas gracias —le dijo.

—Un placer —respondió Luce con duda, pero le dio igualmente la mano y Cam

completó el gesto, presionando su mano mojada contra la seca piel del otro. La incertidumbre en la expresión de Luce se agravó, pero entonces movió la cabeza a modo de asentimiento. Lo había conseguido, la vacuna se iba a extender por Grand Lake.

Un soldado de ojos azules, quemado por el sol en mejillas y orejas, cogió la mochila de Ruth. Cam recordará siempre su cara.

—Tenemos un pequeño laboratorio —dijo Shaug— Hay algunas personas que empezarán a investigar esta noche. Mañana podréis ayudarles.

—Sí —asintió Ruth, pero su boca formaba una mueca, y Cam no se sintió mejor, viendo al soldado girarse y marcharse. Habían llevado aquella mochila verde por cientos de kilómetros, y ahora ya no era suya.

Newcombe desapareció con el coronel. Una enfermera muy persistente intentó separar a Cam y a Ruth en la pequeña y saturada tienda médica, donde la gente gruñía sentada sobre mantas y catres en la misma tierra, muchos de ellos soldados. Incluso con las puertas de la tienda enrolladas, el aire olía a putrefacción, revolvía el estómago. Pero aquél era el único lugar de Grand Lake con máquina de rayos X.

La enfermera les dijo:

—Aquí no queremos a nadie que no necesite tratamiento.

—No, me quedo con él —dijo Ruth.

—Sólo vamos a echarle un vistazo y...

—Me quedo con él.

La enfermera habló con tres médicos antes de encender la máquina, que estaba aislada en su propio espacio por mantas que colgaban. La tienda estaba conectada al servicio de energía de Grand Lake, alimentado por turbinas situadas en el río, pero el amperaje que ofrecían era bajo y no podía mantener operativas más que unas pocas partes del equipo a la vez.

Lista la radiografía, Cam y Ruth fueron a una segunda tienda donde les dieron antibióticos. Ruth cogió algo de sus pantalones antes de que un hombre cogiera su ropa mugrienta. Era una piedra. Intentó esconderla, pero Cam reconoció las líneas que había marcadas en el granito.

—Por Dios, Ruth, ¿cuánto tiempo has...?

—Por favor, Cam —no le miró mientras hablaba— Te lo pido, no te rías de esto.

Asintió lentamente. Estaba claro que la piedra era inocua, de otro modo, habrían enfermado hacía semanas. «Pero ¿por qué te llevaste algo de aquel sitio?» se preguntó. Puede que ella tampoco estuviera segura.

—Está bien —le dijo.

Les dieron unas esponjas de baño que arañaban para que se lavaran, así como jabón, agua y acetona. Luego, sus múltiples heridas fueron tratadas, cosidas y vendadas. Ruth no sintió vergüenza por mostrar su cuerpo, a pesar de que había

media docena de personas entre ellos, y Cam se giró intentando no mirar.

El equipo médico llevaba mascarillas y un revoltijo de guantes, algunos de látex y otros de goma. Era casi seguro que ya se habían expuesto a sus nanos. Cam tosió y tosió intencionadamente para infectarlos. La vacuna no actuaría dentro de ellos porque no tenían la plaga, pero quería extenderla a tanta gente como fuese posible.

Un hombre con gafas llegó y dijo:

—¿Goldman? Su brazo se está recuperando bastante bien, pero recomendaría un poco de reposo durante al menos tres semanas, no lo use demasiado.

Le cortaron el envoltorio de fibra de vidrio, y Ruth dio un grito ahogado al ver su brazo. La piel estaba estriada y blanquecina, con los músculos atrofiados. El sudor atrapado le había arrugado la piel y había algunos lugares donde el tejido se había infectado. Empezó a sollozar. Ruth lloró y Cam supo que las lágrimas no eran por el brazo, no del todo, al menos. Por fin había podido liberar todo el horror que había estado reprimiendo.

Cam pasó rápido entre los extraños y la agarró. Ninguno de los dos llevaba nada más que una pobre bata de hospital. Ruth se sacudió el pelo, que ahora olía a limpio, y Cam pegó su nariz contra su coronilla, maravillándose con el pequeño placer que producía su perfume.

Las cosas se ponían peor. Habían gastado ya una pequeña fortuna en medicamentos, y el equipo de especialistas se negó a ponerle anestesia antes de limpiarle el brazo.

—Sólo es superficial —dijo el cirujano. Rascó su flácida piel y limpió las heridas con yodo, mientras Ruth gritaba sin parar, estrujando su piedrecita.

—Necesitamos descansar un poco —dijo Cam—. Comida y descanso, por favor.

—Por supuesto. Podemos seguir mañana —el cirujano inspeccionaba ahora la mano izquierda de Cam, pinchando la cicatriz, pero luego se giró e hizo una seña a la enfermera, que abandonó la estrecha sala.

Ruth estaba tumbada, temblando. Su antebrazo estaba vendado con una funda de tela negra reforzada con puntales metálicos, aunque el cirujano le había dicho que se lo fuese quitando tanto como pudiera para que las heridas respiraran.

La enfermera volvió con cuatro soldados. Cam reconoció a uno de ellos de cuando aterrizaron, y luchó por esconder su reacción, llena de furia y desconfianza. Su ira estaba fuera de lugar, había surgido sin motivo.

—Podéis ayudarla? —les preguntó.

—Sí, señor —respondió el líder de escuadrón—. ¿Señorita? Disculpe, vamos a llevarla en brazos, ¿de acuerdo?

Ahora Cam y Ruth iban vestidos con uniformes del ejército, camisas y pantalones viejos, pero limpios. La enfermera no había tardado mucho en encontrarles ropa de su talla. Cam intentó no pensar en el hecho de que aquellas prendas debían de venir de

algún fallecido. Era algo que en realidad no le molestaba, pero no quería ofender a los soldados.

Cam se apoyó en uno de los hombres para salir de la tienda.

Ruth estaba medio inconsciente en sus brazos. Afuera, una mujer rubia estaba esperando bajo los últimos rayos del sol, con la barbilla levantada como buscando pelea. Por su abundante pelo y su complexión, Cam pensó que debía de tener más de treinta, más o menos como Ruth. Era guapa, pero llevaba el mismo traje verde del ejército bajo una bata de laboratorio, y fue esa bata la que lo inquietó. ¿Sería del equipo de nanotecnología de Shaug?

«Lárgate», pensó.

La mujer avanzó hacia ellos. No había ninguna marca de rango en el cuello de su camisa. El líder de escuadrón le habló:

—Disculpe, capitana...

Ella ni siquiera le miró.

—Ruth? —preguntó—. ¡Ruth, eres tú! —su suave mano se movió hacia el hombro de Ruth, tan grácil como un pajarillo.

—Déjenos tranquilos —le espetó Cam.

—Soy una conocida suya —insistió la mujer.

La hubiera empujado para pasar, pero Ruth se escabulló de los soldados y dio un paso, vacilando, pero sonriendo, antes de hundir la cara en el largo pelo de la mujer y abrazarla.

—Deborah... —le dijo.

El viento empezó a soplar más fuerte a la vez que la luz cambiaba, pasando a un tono anaranjado. Ruth se colgó de su amiga del mismo modo que se negaba a perder de vista a Cam.

—Por favor, señorita —le apremió el líder de escuadrón.

—¿No podrían traernos aquí la comida? —preguntó Ruth. Se sentó entre Cam y Deborah, en un banco de tierra cerca de la esquina de la tienda médica, donde estaban fuera del alcance de la brisa, pero aún podían ver las montañas al oeste.

—Señorita... —repitió el hombre, pero Deborah intervino.

—Hágalo, sargento. Envíe a uno de sus hombres, el resto pueden quedarse aquí atendiéndola unos minutos.

—Mis órdenes son llevarla dentro, capitana.

—Me gusta el aire —dijo Ruth, distante.

Cam estaba preocupado por si se había confundido, pero Deborah se limitó a repetirle de forma más altiva.

—Sólo unos minutos —dijo—, vamos.

El líder de escuadrón señaló a uno de sus hombres, que se marchó enseguida. Había más gente pasando por allí: dos médicos, dos mecánicos, un adolescente

vestido con ropas civiles...

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó Deborah con dulzura—. ¿Estás bien?

—Tengo frío —dijo Ruth, mirando todavía el horizonte.

Deborah dirigió la vista hacia Cam con una mirada de preocupación, y éste sintió por primera vez que podían ser amigos también, aunque era una sensación un poco extraña. Si no recordaba mal, las dos mujeres habían sido enemigas hasta ese mismo día.

Deborah Reece, doctora en Medicina y Filosofía, había sido médico y especialista en soporte de sistemas a bordo de la EEI. Todos los astronautas realizaban dos o más trabajos para mantener la estación, y ella era una mujer formidable. Lo más impresionante de todo era que la última vez que Ruth la vio fue en Leadville. De alguna forma, Deborah consiguió escapar al ataque nuclear. Cam se mordió la lengua, mirando cómo la gente iba y venía, hasta que Ruth pareció centrarse al fin.

—Deb, ¿qué haces tú aquí? —preguntó—. Pensaba que Grand Lake era una base rebelde.

—Eso no importa. ¿Conseguiste lo que estabas buscando?

—Sí, sí. Lo conseguimos —Ruth puso su mano buena sobre la rodilla de Cam y la estrujó, aunque no le estaba mirando.

Deborah notó el contacto. Volvió a mirar a su amiga, y Cam intentó sonreír.

—Necesitamos saberlo todo sobre este lugar —dijo él.

—Os diré todo lo que pueda —respondió Deborah, pero de lo que más habló fue de Leadville.

Cam se dio cuenta de que aún no había conseguido aceptar todo lo que le había pasado, algo nada sorprendente.

—Bill Wallace ha muerto —le dijo a Ruth, haciendo un recuento de sus amigos—. Gustavo, Ulinov, todos los del laboratorio.

Nikola Ulinov había sacrificado a cuatrocientas mil personas por los rusos y salvado sólo a una. También había estado en la EEI. Estando en el lado del poder, Ulinov sugirió a Deborah como voluntaria para una unidad de combate. Su entrenamiento médico podía ser de mucha ayuda, dijo, ayudando a hombres y mujeres en las líneas de frente de Leadville, en vez de quedarse al cuidado de políticos en la ciudad.

—Fue una advertencia —dijo Deborah—. Fue lo más que pudo hacer. Si huía... Si todo el grupo desapareciera, Leadville lo habría sabido. Hubieran abatido el avión que llevaba al cabecilla.

Cam la dejó hablar, observando las finas arrugas que se le formaban en las esquinas de los ojos y las comisuras de la boca mientras luchaba consigo misma.

—Cuando pienso en él esperando... —dijo Deborah—. Cuando pienso en que estaba seguro de que iba a morir, pero siguió esperando... —se apoyó contra Ruth y

sollozó, intentaba aguantar las lágrimas pero sus ojos brillaban con rabia.

—Tranquila —dijo Ruth—. Ya pasó todo.

Cam frunció el ceño y volvió otra vez la mirada a las montañas, preguntándose por la determinación de aquel hombre, que había echo caer toda aquella fuerza sobre sí mismo. Había visto todo tipo de valor y maldad. A veces, ambas cosas eran uno y lo mismo, la única diferencia era la posición en la que uno se hallaba, y eso hizo que Cam se sintiera inquieto. El creía en lo que estaba haciendo, pero puede que fuera un error.

Tosió fuerte sobre su mano, y luego tocó el dorso de la de Deborah, como si la consolara, infectándola con la vacuna.

—Lo lamento mucho —le dijo.

Grand Lake había desaparecido bajo tierra. Muchos de los tráileres y cabañas se estaban guardando en entradas de túneles. En su camino a la tienda médica, Cam vio una enorme red de camuflaje que cubría las nuevas excavaciones. Se había terminado el trabajo por aquel día, pero vio cómo algunos habían cavado a mano un foso de veinte metros y aún estaban trabajando en uno de los lados, mientras que otros equipos habían construido una estructura de madera en la que verterían el cemento. Supuso que una vez colocadas las cajas de los muros, prepararían los techos, y luego echarían de nuevo la tierra para esconderlo y aislar el bunker. Un esfuerzo innecesario.

«Ya podéis volver todos abajo», pensó. «Podéis bajar la montaña».

Ése debía de ser el motivo por el que Shaug pretendía controlar la vacuna. Si se marchaba demasiada gente, perdería su fuerza de combate. Un éxodo masivo de la división continental podría ser un auténtico desastre, porque sin un ejército organizado, no tendrían nada que hacer contra los rusos.

Puede que el gobernador tuviese razón.

Cam sintió cómo le subía la adrenalina cuando el líder de escuadrón los llevó a una casa descolorida por el sol con una lona a modo de toldo que escondía la puerta. Deborah ya se había ido, prometiendo visitar a Ruth antes del desayuno, y se alegró de que alguien más supiera dónde encontrarlos. ¿Y si Shaug decidía encerrarlos allí?

El iba desarmado y sólo era uno. Atravesó la puerta cuando el líder de escuadrón se lo indicó. Dentro, la casa prefabricada era poco más que un refugio, sin muebles ni moqueta. Muchos de los paneles de las paredes se habían desmantelado para obtener madera, cables y tuberías. Sólo quedaban dos de las lámparas del techo. La cocina había sido desprovista de los armarios, el fregadero y la encimera, y en aquel extraño escenario se hallaba una mujer asiática de pelo corto fumando un cigarrillo. La casa sólo estaba allí para cubrir el hueco de la escalera y los conductos de ventilación que había en el suelo.

Cam dudó delante de los oscuros escalones.

—Tengo que hablar con Shaug —dijo. Fue todo lo que pudo pensar.

—Le llevaremos con él por la mañana, señor —respondió el líder de escuadrón.

Ruth miró a Cam a los ojos, preparada para enfrentarse a lo que fuera, pero el ruido que venía de abajo no sonaba como una prisión, y la mujer del cigarrillo parecía relajada y desinteresada. Cam oyó risas y un hombre que gritaba:

—¡Cinco pavos! ¡Eso son cinco pavos!

Bajaron lo que debieron de ser unos siete metros. Las paredes estaban hechas de cemento, cubiertas por una sola alambrada de color negro. Habían colocado dos lámparas en el techo. Ocho puertas llenaban un pequeño recibidor, todas cubiertas por sábanas. Cam estaba preocupado por la humedad de aquel lugar.

—Ésa es la suya, señor —le dijo el líder de escuadrón, señalando a la primera puerta—. Nosotros estaremos en la de delante, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien. —Cam metió a Ruth en su habitación. Era estrecha pero íntima, y estaba equipada con un calentador eléctrico. Se giró para mirar atrás. También había un pequeño catre del ejército y cuatro mantas, aunque estaba demasiado nervioso como para dormir.

Ruth le tocó el pecho y le besó.

—Gracias —le dijo—. Muchas gracias, Cam.

Él se limitó a asentir, no había ninguna ansiedad en el momento. Aquello le hizo sentirse mejor. Ella confiaba en él, y Cam estaba muy contento con aquel vínculo y la seguridad que sentía.

Ruth se tumbó en el catre y Cam se sentó en el suelo, pensativo. Deborah había respondido por Shaug. «Creo que es un buen hombre que ha hecho mucho con muy pocos recursos», le dijo, y ella le conocía mejor que él. Había llegado un par de días antes de que ellos llegasen allí, y sus conocimientos de medicina habían resultado un billete directo al liderazgo.

Después del ataque nuclear, la unidad de Deborah se había rendido al enorme contingente de rebeldes de Grand Lake, la fortaleza de supervivientes norteamericanos más cercana. Loveland Pass había sucumbido, estaba demasiado cerca de la zona cero, y White River podría haber volado también por las gigantescas zonas afectadas por la plaga que había a su alrededor, pero Deborah dijo que también había movimientos similares encima y debajo de la división continental, ahora que las fuerzas estadounidenses se habían empezado a unir. La fuerza de combate de Grand Lake era en realidad mucho más grande de lo que había sido antes de la bomba, aunque muchas de las nuevas tropas eran de infantería o unidades ligeras. Al menos, el ataque sorpresa había hecho mucho bien obligando a que la mayoría de las regiones de los Estados Unidos volviesen a unirse.

Ahora la vacuna volvería a tergiversarlo todo, igual que el registro de datos. Ruth pensaba que investigadores de todas partes estarían a punto de conseguir otros nanos

armados como el Copo de Nieve. ¿Podría ser su presencia el impulso que necesitaba el pequeño laboratorio de Grand Lake?

Cuando le besó, Cam vio el terror en sus ojos. Por fin había reconocido la distancia que había escuchado en su voz fuera de la tienda médica. Era el miedo a tener demasiada responsabilidad. Pensándolo bien, aunque le dieran un laboratorio y todo el equipo, se preguntó cómo podría cambiar Ruth la guerra.

Había un segundo tipo de nano en la muestra de sangre de Cam, una nueva máquina con forma de X retorcida. Ruth no la había visto nunca, aunque enseguida pensó en aquella cima inerte con miles de cruces. Las emociones que la invadían en aquel momento eran las mismas, confusión y desespero. Se apartó del microscopio y apretó la mano izquierda contra su brazo, incapaz de comprender la verdad. Debería ser imposible, y aun así el extraño nano existía en su sangre junto con la vacuna. En la sangre de él, pero no en la suya. El nano era benigno, de momento. Ruth pensó que estaría esperando a que algo lo activara.

¿De dónde habría salido?

—Dejadme salir —dijo de pronto, girándose hacia el microscopio de su izquierda. La cabina estaba equipada con dos micrófonos, uno para grabar sus observaciones y otro para mantenerse en contacto con el exterior, porque la cabina era demasiado pequeña como para entrar y salir sin ayuda. Para el laboratorio, Grand Lake había construido una caja de acero reforzado para almacenar todo el material que habían reunido. Una pila de aparatos electrónicos bloqueaba parcialmente la puerta, y el gran tamaño del microscopio electrónico llenaba el espacio de la derecha, pero aun así, el laboratorio se mantenía estéril y bien cuidado, e incluso podía obtener más energía de la que necesitaba, hasta para depurar la sala.

Conocían el peligro que comportaba lo que estaba haciendo. El banco de trabajo estaba equipado con proyectores de rayos X y ultravioleta, lo que al menos debería ralentizar un nano descontrolado, en caso de no poder destruirlo directamente, y el aire acondicionado podía crear vientos de diez kilómetros por hora si fuera necesario, acabando con cualquier partícula perdida. Pero no debía pensar en ello. La radiación sería lo bastante mala para cualquiera dentro del laboratorio. Ruth esperaba que la vacuna convirtiera los aparatos en un amasijo de metales, plásticos y cables. Por supuesto, si eso no terminaba con la amenaza, siempre podían cerrar la sala. Era como trabajar dentro de un ataúd.

—Dejadme salir —dijo.

—¿Qué ocurre? —contestó McCown.

Ruth se llevó los guantes a la máscara.

—He olvidado coger mis apuntes, qué despiste —dijo, luchando contra el frío que le provocaba la claustrofobia.

Muchos días, aquel miedo en particular era sólo un débil recuerdo en su mente. Estaba encantada de poder volver a su trabajo, no podía explicar lo bien que sentaba volver a tener el control de las cosas. Ruth tenía la mala costumbre de ignorar todo lo que estuviera fuera de los microscopios, al menos mientras estaba haciendo progresos. A veces se perdía en sus recuerdos. Más de una vez, los nervios le hacían

pensar otra vez en aviones o disparos. Hubo una ocasión en que vio hormigas que no existían.

Ruth pensó que había sido muy valiente metiéndose en aquella caja día tras día, pero ahora era lo único que podía hacer para que el ritmo cardíaco no le afectara la voz.

—Por favor —dijo—, sé que es un fastidio, pero...

—¿Y si envío a alguien a por ellos? —dijo McCown—. Le leeremos lo que necesite.

—No —la palabra le salió demasiado deprisa—. No —dijo ahora con más calma—. Debería haber trabajado un poco más en un par de ideas antes de venir. Es que anoche estaba demasiado cansada.

—Está bien —McCown sonó molesto—, déme un momento.

Ruth se hundió contra el banco de trabajo, pero le dio un codazo sin querer a una placa de Petri. El cristal hizo ruido y Ruth se golpeó la cabeza contra un estante por la sorpresa. —¡Ay!

McCown habló por el intercomunicador.

—¿Ruth?

—Mierda —dijo, con el tono adecuado de disgusto—. Este sitio es como una caja de zapatos. —«Dejadme salir», pensó. «Dejadme salir, dejadme salir».

—Cinco minutos, ¿de acuerdo? —dijo McCown.

—Bien —Ruth miró hacia arriba, a las luces que colgaban del techo, y luego atrás y adelante, a las abarrotadas paredes. Estaba atrapada. Se volvió a apoyar sobre la fina y elegante figura del microscopio, era su única vía de escape.

McCown tardaría unos diez minutos, en realidad. Primero tenía que pedir electricidad para poner en marcha los filtros de aire de la sala de preparación que había fuera del laboratorio. Luego, tenía que protegerse la ropa y, sobre todo, el pelo y las manos con un dosificador de vacuna antes de entrar, cerrar la puerta y repetir el proceso con otra vacuna. Lo siguiente era colgar su ropa en unos ganchos de la pared y ponerse la redecilla del pelo, una máscara, guantes y un traje esterilizado. Sólo tras esta meticulosa lista de precauciones podía abrir la puerta de Ruth y ayudarla a guardar su propio traje.

Ella no quería que viera su pánico. Necesitaba enterrarlo en lo más hondo de sí misma, pero su mejor mecanismo de autocontrol la dejó en confrontación directa con la fuente de su miedo.

«¿Quién te ha creado?», se preguntó Ruth, mirando por el microscopio. El nuevo nano era como un fantasma, no debería existir. «¿Quién te habrá creado, y dónde te recogió Cam?» Su muestra de sangre contenía sólo dos de los nuevos nanos que Ruth había aislado hasta el momento, de entre los miles de ejemplares que proporcionaba la vacuna. Pero el fantasma era muy distinto, parecía un trozo doblado de una hélice,

mientras que la vacuna era más como un entramado de tallos de plantas.

Era hermoso, en cierto modo, y Ruth se olvidó brevemente de sí misma, atrapada en el misterio. No podía más que maravillarse por el trabajo que representaba. Con una rápida estimación, calculó que estaba formado por menos de mil millones de partículas subatómicas, un tamaño endiablidamente pequeño. La vacuna estaba muy cerca de esa cifra y había sido muy complicado conseguir que así fuera. ¿Podría ser el fantasma un proyecto fallido? Quizás los dos que había encontrado eran fragmentos de algo más grande... No, los dos eran idénticos. Lo que era más interesante, el fantasma tenía el mismo mecanismo de reacción al calor que la vacuna y la plaga, lo que significaba que había sido creado después del Año de la Plaga por alguien que era capaz tanto de identificar el diseño como de reproducirlo. El sistema de calor era una pieza maestra de la ingeniería. Como Ruth y sus colegas, el creador del fantasma no había visto motivo para reinventar la rueda. Invirtió sus esfuerzos en otras cosas. Era evidente que se trataba de un nano activo y que era una biotecnología como la vacuna, diseñada para operar dentro de criaturas de sangre caliente.

«Pero ¿qué es lo que hace?», se preguntó Ruth preocupada. El miedo la tenía paralizada, y restringía su capacidad para pensar.

¿Y si los fantasmas estaban diseñados para combinarse con otra construcción mayor? Su forma de hélice podía permitirles algo así. El detonante podría ser algo tan sencillo como una dosis grande: saturación. Cam parecía tener una cantidad baja e ineficiente en su sangre, pero ¿y si absorbía más? ¿Se activaría así?

«Sea para lo que sea el fantasma, es capaz de funcionar sobre la barrera», pensó. «Entonces, no hay forma de detenerlo». El pestillo de la puerta chasqueó y Ruth dio un salto, girándose para empujar el pesado panel metálico, que casi se estampa contra la sorprendida cara de McCown.

—¡No toque nada! —le dijo.

Ruth caminó bajo el frío sol con una chaqueta del ejército y unos pantalones finos. Necesitaba aire, mucho aire. En los tres últimos días, había estado encerrada durante varias horas seguidas. Apenas había podido ver a Cam, cosa de lo que se arrepentía profundamente. Estaban cerca de conseguir una relación estable, pero su trabajo era un no parar: trabajo, trabajo, colapso, más trabajo... Cam se marchó después de la segunda mañana, haciendo un esfuerzo por atrapar pájaros y roedores para liberarlos por la zona en un intento de reestablecer algún tipo de ecosistema bajo la barrera.

La vacuna se había dispersado por toda Grand Lake. Cam había ganado la batalla con rapidez, aunque daba la impresión de ser todo ayuda y obediencia. Todo lo había hecho tosiendo en la tienda médica. Había superado a Shaug así de fácil, resultaba incluso cómico. Siempre encontraba una forma de hacerlo todo, y Ruth lo echaba de menos ahora que sus caminos se habían separado.

También había más gente que empezaba a marcharse. El éxodo era controlado, de momento, pero McCown anunció que había desertores entre los militares, y Ruth pudo ver por sí misma que los campos de refugiados estaban más tranquilos de lo habitual. Normalmente, las dos crestas que había delante de donde trabajaba estaban llenas de gente trabajando en los cultivos. Aquel día, uno de los bancales estaba vacío, y el grupo de trabajo del otro estaba visiblemente falto de personal. Ruth lo comprendió, la tentación era demasiado grande. Estaba sorprendida de que se hubieran quedado tantos. Las nuevas provisiones eran una gran ayuda. Se habían incrementado los esfuerzos de búsqueda de material debajo de la barrera, ya fuera con helicópteros y caravanas organizadas o con pequeños grupos de gente que llevaba todo lo posible. Grand Lake había retenido a la mayor parte de su población, al menos, durante un tiempo. La costumbre se había arraigado durante todo aquel tiempo. Nadie que hubiera sobrevivido volvería a creer en el mundo por debajo de los tres mil metros, y la vacuna no les ofrecía una inmunidad completa.

Durante las comidas, oyó hablar de trasladar a todo el mundo a Boulder. Denver era mucho más grande, pero había quedado arrasada. También había rumores de que las Fuerzas Aéreas adoptarían una actitud más agresiva y enviarían a cierto número de personas a Grand Junction, unos doscientos treinta kilómetros al oeste. Puede que ya lo estuvieran haciendo. Los cazas y otros aviones de gran envergadura rugían constantemente en la montaña. Iban y venían de forma continuada, y no podía saber si siempre eran los mismos. Algunos de ellos nunca volvían porque eran abatidos, pero puede que otros estuvieran buscando nuevas estaciones.

Las decisiones rápidas eran lo habitual allí, y Ruth supuso que no debía sorprenderse si era propuesta para marcharse por uno de los ayudantes de McCown y por el hombre que vivía en la habitación contigua a la suya en el refugio. Todos sentían que no tenían nada que perder, pero ella era nueva y parecía independiente.

Se detuvo en el comedor más cercano. Había trampas colocadas por todo el suelo de la base de la tienda. Una rata se revolvía en el extremo de una de las cuerdas, y Ruth se quedó mirándola con una mezcla de asco y algo más, soledad.

«Ya tienes una, Cam», pensó.

Nunca había habido mucha vida allí arriba, sólo ardillas, marmotas, alces, urogallos y otras especies de pájaros. Casi todos se habían extinguido ya. La población humana había cazado y acabado con todas las especies con el objetivo de sustentarse. Era posible que todavía quedaran algunos urogallos y ardillas en la región, pero nadie había visto ninguno desde hacía meses. Los pájaros todavía se asomaban de vez en cuando, y había alguna que otra alimaña. Las ratas no eran muy comunes a esa altura, pero debía de haber unas cuantas entre las innumerables cajas de la FEMA y de los suministros del ejército que se habían llevado durante los primeros días de la plaga.

Las ratas se habían multiplicado en aquellas condiciones tan deplorables y en la basura. Ruth pensó que debía alegrarse. ¿Es que alguna vez ha habido alguien que se haya encargado de salvar a otros tipos de mamíferos? Pensó de nuevo en el extraño mundo que heredaría la siguiente generación, asumiendo que ellos no acabarían lo que había empezado la plaga con un nuevo contagio. Roedores, pájaros, insectos y reptiles convertían el entorno en un lugar inhóspito y virulento, y aun así, sería más estable que uno sin ningún tipo de criaturas de sangre caliente. Los esfuerzos por la conservación se convertirían durante siglos en un modo de vida. Cualquier perro, caballo u oveja que hubiera sobrevivido se convertiría en un animal de valor incalculable. Puede que todavía quedara un número reducido de ellos, escondidos o perdidos en las montañas de todo el mundo, lo que haría aún más importante conservarlos a todos y cada uno de ellos.

La rata se retorció y clavó las garras en la red, haciendo ruido con las demás patas. Ruth apartó la mirada del bicho y vio a dos soldados que se acercaban. El que iba más adelante se había descolgado el fusil, aunque dejó el cañón apuntando hacia el suelo.

—Esto es una zona restringida, no puedes entrar aquí —dijo—. Ya lo sabes, y aún faltan dos horas para la comida.

—Sí —Ruth no llevaba ninguna insignia, así que pensaron que sería una recluta buscando una forma de robar o conseguir un poco más de comida. Tuvo suerte de ser mujer, puede que hubieran sido más duros en caso contrario. McCown le había dado un distintivo que mostraba su verdadero estatus, pero no vio razón para sacárselo del bolsillo, en tal caso quedaría registrado dónde había estado.

Sonrió y se giró para marcharse. Entonces, el soldado advirtió la presencia de la rata y miró a Ruth, con ojos de comprensión. «¡Piensa que iba a comérmela!», entendió. Ese era otro de los beneficios de las alimañas. Las ratas habían dañado los cultivos y las reservas de comida, pero ellas mismas se habían convertido también en alimento.

—Estoy buscando al grupo de Barrett —dijo tranquilamente—. ¿Sabéis si estarán hoy por aquí?

El soldado se relajó visiblemente. Barrett era uno de los líderes del proyecto de repoblación, un cabecilla civil, aunque también había tropas asignadas al trabajo.

—Llegas tarde —dijo el soldado, señalando colina abajo, al oeste—. Vi a algunos de sus hombres llevando cajas hace una hora, más o menos.

—Gracias —dijo Ruth, y se marchó de allí.

Estaban soltando las primeras ratas en el casco antiguo de la ciudad con la esperanza de que los monstros se reprodujeran y continuaran a lo largo de la división continental, limpiando la zona de enjambres de bichos. Era una idea insólita, pero necesaria. Las ratas sabían adaptarse y eran muy astutas, lo que las hacía

perfectas para acabar con los insectos. Los pájaros también serían perfectos, si Cam y los suyos conseguían algún día cazar e inocular a la cantidad suficiente.

Ruth ya sabía que podía hacer algunas mejoras a la vacuna. Había empezado a trabajar con nuevos modelos de sensores que incrementarían el ratio de objetivos que había que aniquilar pero, por insistencia de Shaug, dejó de lado sus teorías para construir y multiplicar los cultivos del Copo de Nieve. Allí no había lugar para dilemas morales, el mundo no podía esperar. Los Estados Unidos necesitaban nuevas armas, porque los aviones y satélites espía mostraban que los rusos ya casi habían llegado a los cincuenta mil soldados en tierra, junto con la mitad de esa cantidad de personal de apoyo y refugiados. Era difícil hacer la distinción. Durante su interminable lucha en Oriente Medio, la población rusa se había convertido en una máquina de guerra, con todo el mundo preparado para el combate.

Los interceptores de los Estados Unidos y Canadá habían empezado a tener más suerte atacando a los transportes rusos antes de que llegaran a la costa, pero los invasores volaban ahora desde todas direcciones, bajando desde el Ártico y el Mar de Bering, subiendo desde el Pacífico Sur... Y además podían aterrizar en cualquier sitio, no sólo en las montañas. Sus aviones se escondían, alzaban el vuelo y volvían a esconderse, engañando a los radares y perseguidores norteamericanos.

Dos de los cabecillas de la infantería rusa habían entrado en Nevada mientras California ardía. Incendios descontrolados asolaban los bosques enfermos, lo que dificultaba la invasión, pero les proporcionaba cierta cobertura. Ruth había visto fotos de las irrupciones en tierra americana. Se sentó un par de veces con los generales y los agentes civiles para discutir los parámetros de la vacuna y qué tipo de bajas podría esperar el enemigo.

Ruth estimó que las pérdidas de los rusos a corto plazo serían del cinco por ciento. Durante cierto periodo de tiempo, si la tecnología no mejoraba, era evidente que la guerra interna entre la vacuna y la plaga comportaría traumas y muertes muy significativas, pero los invasores sólo se sentirían incómodos. Exceptuando aquellos que se hallaran en un punto de concentración, la mayoría sufriría sólo pequeñas hemorragias y erupciones de sarpullidos. A veces, algún individuo desafortunado podría experimentar hemorragia ocular o asfixia, puede que incluso un paro cardíaco, lo que sería muy problemático si esa persona fuera un piloto o un conductor que de pronto se viera incapacitado.

Los rusos estaban dispuestos a pagar ese precio. Su avance era escalonado, pero ya se habían adueñado de cientos de kilómetros, absorbiendo ciudades muertas y aeropuertos, motorizando rápidamente sus tropas con vehículos abandonados y armamento estadounidense. También debían de haber usado la vacuna como promesa para conseguir refuerzos.

La red americano-canadiense había detectado grandes caravanas de aviones

chinos cruzando el Pacífico para reforzar a las tropas rusas. Les siguieron enormes flotas navales. El enemigo ya se había hecho con Hawaii. Habían atacado el pequeño puesto de avanzada del monte Mauna Loa durante el apagón del pulso electromagnético, arriesgándose a alertar a las unidades de tierra firme. Las islas eran un peldaño magnífico. Seguramente, los chinos no tuvieron que pensárselo dos veces. Con la vacuna, podrían ganar su batalla en el Himalaya al mismo tiempo que ayudaban a los rusos a conquistar la industrializada Norteamérica, con sus ricas tierras agrícolas y sus bases militares. Los nuevos aliados podrían repartírselo todo como desearan, a menos que Ruth los detuviera. El Copo de Nieve podía ser la única forma de las fuerzas americano-canadienses para recuperar el oeste. O eso, o arrasar el área con ataques nucleares.

Ella lo había hecho. Sabía exactamente cómo mataba el Copo de Nieve, pero lo reconstruyó con la misma voluntad ciega que una rata en una trampa. Ni siquiera sintió que fuera su propia decisión. Millones de personas necesitaban el poder del arma para sobrevivir. Otros millones más morirían. El holocausto sería siempre responsabilidad suya, pero también lo serían las vidas que habría salvado. La culpa teñía todo lo que hacía, y había afectado a su sueño. Le hacía mantener las distancias con Cam incluso cuando más lo necesitaba.

El Copo de Nieve era más una especie de reacción química que una máquina. Originalmente era uno de los muchos nanos desarrollados por los científicos de Leadville, un nano antinanos creado para destruir la plaga. Compuesto por moléculas de oxígeno y carbono pesado, el copo de nieve pretendía deshabilitar los nanos rivales convirtiendo la plaga en grupos no funcionales. Cada conjunto se recombinaría alrededor del original y se desharía de más de los cúmulos artificiales, lo que atraería más plaga y se repetiría todo de nuevo. El creador, LaSalle, llamó al proceso «nevada», pero jamás fue capaz de limitarlo o regularlo siquiera.

El Copo de Nieve destrozaba todas las estructuras orgánicas. Una simple voluta del mismo liquidaría a todos los seres vivos de cientos de metros a la redonda: personas, insectos, plantas, incluso los microbios y las bacterias. Por suerte, la reacción en cadena se rompería en un instante. Los Copos de Nieve tendían a tomar unos de otros así como de masa externa, con lo que quedaban recubiertos de carbono de su propia fabricación.

Cultivarlo era una tarea extremadamente delicada, y por eso le habían donado a Ruth uno de los pocos trajes de aislamiento de Grand Lake. Un simple error podía matarla, pero el Copo de Nieve no atacaba la goma ni el cristal.

Se vio forzada a empezar desde el principio. El registro de datos incluía notas e información robadas de Leadville, pero los archivos de LaSalle eran inaccesibles. No importaba, su memoria era casi fotográfica y le había ayudado con los primeros modelos de su retoño. De hecho, después de que el consejo presidencial se diera

cuenta de su verdadero potencial, el senador Kendricks intentó reclutar a Ruth para el grupo de LaSalle con la amenaza de perder una nueva carrera armamentística contra los chinos. Al mismo tiempo, James Hollister insistió en que los asiáticos iban años por detrás de las investigaciones estadounidenses.

Ruth ya no sabía a quién debía creer. Por sí misma, la nueva tecnología a la que llamaba «fantasma» era prueba suficiente de que otros científicos seguían trabajando en la misma dirección. Había empezado la guerra nanotecnológica, casi desapercibida por el conflicto principal. Ruth tenía miedo de que ya hubieran perdido. Los cientos de personas enfermas de las tiendas médicas, los miles de otros que habían muerto sin diagnóstico en el largo invierno... ¿Cuántas de esas bajas se podrían atribuir a algún efecto aún desconocido del fantasma?

En tres días había pasado menos de tres horas intentando mejorar la vacuna. El resto del tiempo lo había invertido en preparar un genocida. Era tedioso tener que montar el Copo de Nieve a mano sin el equipo adecuado, y fracasó en sus primeros cuatro intentos, debido al desequilibrio por mantener su propósito. Finalmente, consiguió un único Copo de Nieve operativo y lo guardó en una placa de Petri, exponiéndolo con cuidado a un manojo de hierbajos que había dentro de un recipiente de cristal más grande. Hacer que se reprodujera era así de fácil. Los hierbajos se desintegraron y de pronto Ruth tuvo a su disposición trillones de máquinas asesinas, aunque muchos de estos Copos de Nieve estaban muertos o tenían la mitad de potencia. Ruth tuvo que descartar unos doscientos antes de marcharse esquivando todo el desastre que allí había, pero durante aquel tiempo encontró siete Copos de Nieve más que estaban bien. Cada uno de ellos fue aislado en una placa de Petri. Luego expuso también a aquellos siete, para más tarde dividir los ocho cristales en cientos de pequeños viales. Eran bombas de racimo, tenía unos cincuenta preparados.

Se dio cuenta de que el Copo de Nieve también sería efectivo para detener los incendios masivos del oeste. Si dispersaban los nanos en la línea de frente de las llamas, reducirían el infierno al agotar su combustible. Puede que incluso tuvieran otros usos pacíficos.

De momento, necesitaba el Copo de Nieve para estudiarlo. Deseó poder diseñar algo para proteger a la gente de él, como un nano antinanos, pero aquello era algo demasiado básico. No había nada que Ruth pudiera imaginar, aún no. Con el tiempo, diseñaría un supernano capaz de proteger a una persona de cualquier cosa, incluso de una bala. Sería una forma de inmortalidad, un sistema inmunológico potenciado capaz de mantener la buena salud.

Y lo más importante para Ruth sería la increíble tecnología que salvaría a Cam, usando las huellas de su ADN para restaurar su cuerpo y sanar completamente sus heridas.

Lo encontró donde el soldado le había dicho, caminando por el ancho valle donde

una vez se había alzado la ciudad. Huellas y marcas de neumáticos se apelotonaban a cientos en las laderas. El lodo caía sobre la tierra estéril. Los vehículos se amontonaban por todas partes, coches y camiones que se habían inundado o quedado sin combustible durante la primera primavera de la subida. Ahora eran carcasas vacías. Les habían arrancado todo: asientos, cinturones, capós, puertas, parachoques... La necesidad de materiales de construcción había sido importante. Más lejos, lo único que quedaba de la ciudad eran las esquinas y las líneas de sus cimientos y calles, un pequeño laberinto de plazas colocado contra la irregular orilla del lago. Todavía quedaban muchas estructuras de cemento, así como los recintos de sus tres gasolineras, pero todo lo que fuera madera, ladrillo o metal había desaparecido.

Ruth se sintió desamparada. Estaba preocupada por las decisiones que había tomado. Por un momento, tuvo la oportunidad de irse con Cam, pero prefirió quedarse con el trabajo. Era la misma decisión que siempre había tomado, incluso cuando una escasa hora juntos la hubiera dejado descansada y más concentrada.

No quería morir sola.

El sol había caído de su elevada posición al mediodía en un cielo borrascoso lleno de estelas de avión. Los helicópteros resonaban en algún lugar al norte, y Ruth se preguntó qué haría si la guerra caía de pronto sobre ellos. «Correr», pensó. «Correr con él sin detenernos».

Había más de una docena de personas con Cam, pero Ruth lo reconoció por su forma de moverse, aunque llevaba el cuerpo cargado de equipo. Se cargó al hombro un saco de red. También llevaba una mochila, y tenía unos guantes de cuero enganchados en el cinturón. El pecho se le aligeró al verlo tan claramente en su elemento...

Cam se reía con una mujer joven. Ruth frunció el ceño. Había estado esperando casi una hora, sosteniendo su piedra en la mano izquierda, presionando su arenosa superficie contra la tierna piel de su palma. Podría haber bajado a buscarle en vez de quedarse allí pensando, pero estaba segura de que él hubiera tomado la misma decisión, ser paciente, no arriesgarse a contraer la infección.

Ruth se metió la piedra en el bolsillo del pantalón y fue a su encuentro, colocando la mano sobre el flequillo cuando el viento sopló contra su chaqueta y su pelo rizado. Necesitaba un peluquero. Cuando le crecía demasiado el pelo, se le erizaba y la hacía parecerse a Jimi Hendrix, algo nada halagador. Aun así, cuidarse el pelo no iba con ella, y lo sabía.

—Cam —lo llamó.

El no reaccionó. Tenía el viento de cara y Cam caminaba en medio del andrajoso grupo, andrajoso pero con buena salud. Sus voces resonaban con la satisfacción del trabajo bien hecho. Cam sólo se dirigió a uno de ellos, Allison Barrett.

—La próxima vez procura dejar sólo la caja —le dijo.

—La muy cabrona no se hubiera acercado a mí, y lo sabes —dijo Allison, y Cam rió otra vez.

La chica tendría unos veinti pocos, pensó Ruth. Tenía la boca grande y unos dientes largos que le recordaban la sonrisa de un animal. Tenía la piel estropeada. La mayor parte estaba quemada por el sol, pero también veía zonas donde la plaga había actuado, sobre todo en su mejilla izquierda. Su cabello rubio estaba decolorado hasta parecer casi blanco por la acción del sol.

Ruth sólo la conocía porque Allison era una de los alcaldes elegidos en los campos de refugiados. Tras su segundo encuentro con el gobernador Shaug, Allison y otras tres personas interceptaron a su escolta gritando como furias, exigiendo información. Shaug no los destituyó, sino que les presentó a Ruth y se paró a contestar sus preguntas. Los refugiados sólo tenían cierto peso en razón de su número, y Ruth sospechaba que los «alcaldes» habían sido un factor importante para que Grand Lake aguantase hasta el momento. Por ejemplo, el proyecto de captura y liberación de animales había sido una genialidad. Mostraba la capacidad de mirar hacia delante en vez de dejar que los problemas los cegaran.

Allison era fuerte e inteligente, igual que Cam. «Como las ratas», pensó Ruth, pero aquello era una falta de respeto. Se obligó a sonreír según se le acercaba el grupo de trabajo, con Allison y Cam en el centro. No había dejado de mirarse. Fue Allison quien se dio cuenta primero de su presencia.

—Hola —dijo Ruth.

Cam vaciló. Su lenguaje corporal hacia Allison era calmado y abierto, pero sus ojos se abrieron contrariados. Era un cambio complejo, y Ruth no perdió detalle de ninguno de sus gestos.

—Ruth, ¿qué haces aquí? —dijo él.

—Te necesito un momento.

—Está bien —dejó en el suelo las trampas y los guantes. Que no la hubiera reprendido por ir allí la hizo sentir mejor. Todavía podían confiar el uno en el otro, sin importar por qué.

Ruth lo cogió del brazo y lo llevó a un lado, mirando a Allison para asegurarse de que no los seguía. Qué estupidez. Si ella y Cam se hubieran tocado, si se hubieran acostado, Ruth tendría que hacerle un análisis a Allison para comprobar si tenía el fantasma, pero su instinto le decía que tenía que proteger a Cam, y eso significaba mantener en secreto el tema del contagio cuanto más tiempo mejor.

Le soltó la manga. Estar cerca de él le evocaba más sentimientos de los que estaba preparada para afrontar en aquel momento, y se alegró de que soplara el viento.

«Estoy celosa», descubrió, demasiado tarde.

Ruth había estado usando muestras de su sangre y de la de él porque eran los

portadores originales de la vacuna. Ahora ya se había extendido, pero seguía siendo un buen tema de conversación y una buena excusa para verle.

—Tienes un problema en el trabajo, ¿no? —dijo Cam, mirándola. Su intuición había dado en el clavo, y Ruth se asustó de repente al pensar en qué más podría ver en ella.

—¿Dónde has estado? —preguntó, seria e irritada.

—Hemos llevado algunas ratas a la ciudad —respondió él—. Todavía es posible que...

—¿Dónde has estado, Cam? —Ruth se apretó la muñeca para asegurarse de que atraía su atención, buscando sus ojos marrones. El le devolvió la mirada, un poco asustado—. ¿Fuiste a algún lado en el laboratorio de Sacramento? ¿Abriste algo? —le preguntó.

—¿De qué estás hablando?

—Tienes algo dentro, un nuevo tipo de nano. Puede que sea un arma. Hay algo más aparte de la vacuna y no sé qué es.

—Que yo... Dios mío. —Cam se apartó de ella, tambaleándose. Ruth se movió hacia él, pero éste interpuso los brazos entre ambos, mirándose las manos como si pudiera ver las máquinas subatómicas.

—Sabes que haré todo lo que pueda —dijo Ruth compartiendo su miedo. Era extraño. Sintió una intimidad en el momento muy bienvenida. A un nivel básico, había aprendido a asociar a Cam con la tensión y el dolor, y ahora estaban unidos otra vez por aquellos sentimientos.

Sintió dolor por él y le miró a la cara. Era consciente de que sus amigos estaban detrás, y sintió alivio al escuchar las voces y el sonido de sus botas. Estar lejos de ellos sólo aumentaba la sensación de reunirse con Cam.

—¿Qué recuerdas de Sacramento? —le preguntó.

—No creo que fuera a ningún sitio donde no fuéramos todos —respondió. Luego, con más convicción, afirmó—: No fui, te lo juro.

Ruth habló con un tono tranquilo.

—Ya veremos qué pasa —le dijo.

Allison les importunó. Pasó al lado de Ruth, caminando como un gato. La chica iba agazapada, pero mantenía los hombros altos, con las manos preparadas para agarrar o dar un puñetazo. Era una postura que debía de haber aprendido en los campos de refugiados, pensó Ruth, y que la hacía más ligera y capaz.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Allison. Su voz era desafiante, y Ruth cayó en la provocación sin pensarlo.

—También necesito una muestra de tu sangre —le dijo intentando asustarla.

Allison se limitó a sonreír maliciosamente.

—¿Has venido por eso? —le preguntó. Entonces cogió la mano de Cam y apoyó

su suéter de manchas azules contra la chaqueta militar de él.

—Hay un nuevo tipo de nano —dijo Cam, explicándoselo a Allison.

Las dos mujeres no dejaron de mirarse. Ruth intentó no mostrar derrota ni respeto en su cara. Allison se mostraba valiente y descarada.

De hecho, la chica le recordó a ella misma en sus mejores días, pero ahora ya no tenía esa confianza. Allison estaba impaciente por encontrar una oportunidad para atacarla. Ruth no quería nada. De otro modo, no habría perdido la oportunidad antes de que Cam y Allison empezaran a hablar.

Viéndole con la chica le quedó bastante claro. Incluso con su aspecto endurecido, ahora ya no sufría falta de atención por quién era y por lo que había hecho. Ser aceptado era justamente lo que echaba de menos.

«Y te lo mereces», pensó Ruth.

Aun así, se quedó hundida. Cam debía de haber agotado su paciencia con ella durante su largo viaje. Aquélla era la primera vez que supo que se estaba alejando de lo que en realidad deseaba. De algún modo, Ruth supuso que estaba intentando castigarla. Ahora lo veía claro. Su decisión de juntarse con Allison era autodestructiva, porque complicaba su relación con la mujer a la que quería de verdad. Ruth sabía que él la amaba. Encontrar a alguien más, aprovechar aquella oportunidad, era un intento de rechazar a Ruth antes de que ella tuviera la posibilidad de negarse. Pero ella también lo amaba. ¿Es que no se daba cuenta?

No dudó de que la atracción que Allison sentía por él fuera verdadera, pero sospechaba de las razones que tenía. Ella siempre buscaría la forma de fortalecer su facción en Grand Lake, y Cam era una celebridad y un superviviente veterano. Aquél era el motivo por el que se había prendado de él.

—Será mejor que vengáis conmigo —dijo Ruth, mirando detrás de Allison para incluir a los demás miembros del grupo—. Chicos, necesito sacaros muestras de sangre antes de que vayáis a ningún lado.

Le dio la espalda a Cam, aún aturdido. Ruth sabía lo que tenía que hacer. Un descubrimiento tan importante como el fantasma no se podía dejar para más tarde, así que se encerró cuarenta y ocho horas en el laboratorio haciendo apenas un par de comidas y alguna que otra siesta.

¿Habrían construido los chinos el fantasma? Sabía que en Leadville los informes de inteligencia consideraban el programa de investigación de China como el de más alto nivel después del de la propia Leadville. El Año de la Plaga había creado mucha confusión, y un pequeño laboratorio de nano— tecnología se podía esconder fácilmente. Pero al mismo tiempo, el mundo había quedado reducido a un puñado de islas. Había menos lugares para vigilar. Su lista de competidores era muy corta: China, Brasil, India, Canadá... Había un equipo japonés que se había desplazado al Monte McKinley, en Alaska, y otro grupo británico que estaba en los Alpes. Todos

excepto los chinos se habían proclamado amigos. A pesar de todo, Ruth no pensaba que ninguno de ellos, excepto los chinos, fueran capaces de desarrollar algo como el fantasma, así que debían de ser quienes les amenazaban.

Se había equivocado en sus cálculos iniciales. El fantasma era un quince por ciento más pequeño que la vacuna, pero más avanzado. Era una construcción de alto nivel, y en su complejidad, Ruth había sido capaz de discernir los cambios más sutiles. Generaciones. Unas pocas muestras de McCown y sus ayudantes parecían indicar que se había esparcido en pequeñas concentraciones por la población local. A un modelo antiguo le sucedía otro, y posiblemente hubiera más. Allison se lo habría pasado a Cam, y Ruth seguía temiendo que el fantasma sólo estuviera esperando a llegar a una concentración crítica antes de aniquilar Grand Lake.

¿Habría infectado a toda la división continental? Shaug le permitió enviar señales de radio a los laboratorios de Canadá, y la respuesta fue negativa. Entonces, ¿de dónde venía aquella tecnología?

Ruth también tenía el fantasma. Apareció en su sangre al cuarto día, sólo un poco después de la infección de Cam, lo que concordaba con su hipótesis. El recuento en la muestra de Newcombe también era bajo. No eran ellos quienes lo habían llevado a Grand Lake, era Grand Lake la que los había infectado a ellos.

Después de aquello, cambió de táctica. Ruth pidió muestras de sangre e información básica a un millar de soldados y refugiados, empezando un programa de choque para rastrear los orígenes del fantasma. Durante dos días más, se dedicó a computarizar los datos con la ayuda del grupo de McCown y decenas de miembros de la plantilla médica. Estaba luchando contra su propia gente. Shaug y los líderes militares la presionaron para crear armas nuevas y mejores, pero ella rechazó el trabajo. Esa no era la prioridad.

Deborah Reece se convirtió en una aliada crucial y se ofreció voluntaria para supervisar el trabajo de la sangre. La propia Ruth interrumpió la monitorización de la producción del Copo de Nieve, pero delegó el trabajo en McCown.

La zona de guerra estaba llegando rápidamente a su punto álgido. La flota naval china había llegado a San Diego y a Los Ángeles, y había dispersado a decenas de miles de soldados, unidades armadas y aviones, que operaban en un nuevo frente contra los Estados Unidos. Mientras tanto, los rusos continuaban presionando desde Nevada, y los invasores estaban ganando la batalla por la supremacía aérea. Las Fuerzas Aéreas rusas estaban llenas de reliquias y aparatos en mal estado, y los chinos tenían problemas similares, pero incluso a media potencia consiguieron dominar los Estados Unidos, sobre todo mientras los norteamericanos seguían luchando por llevar aviones operativos a posiciones clave.

Cada bando intentaba proteger sus aviones y reservas de combustible incluso si eso significaba enviar cazas a territorio enemigo. Ambas partes se batían para hacerse

con los aeropuertos y las antiguas bases estadounidenses, destruyendo algunas de ellas y protegiendo otras, un juego de ajedrez con negociaciones que a veces funcionaban y otras no. Las fuerzas americano-canadienses amenazaron con llevar a cabo ataques nucleares a gran escala contra China y Rusia si los invasores no se retiraban inmediatamente de la costa, pero los chinos juraron que les pagarían con la misma moneda, aplastando la división continental al primer indicio de ataque americano.

Debería ser algo insignificante, pero Ruth tuvo que enfrentarse a Allison todas las mañanas mientras ésta y Cam ayudaban a entregar muestras y datos geográficos de cientos de refugiados. Ruth no podía evitar pensar que Allison y Cam hacían buena pareja, ambos marcados por la guerra, pero aún jóvenes y fuertes, inteligentes y dedicados.

Al final, Ruth fue a hablar primero con Allison tras tomar una decisión.

La encontró justo después de la puesta de sol. Cam y Allison estaban dentro de una gran tienda colocando una docena de bancos, una pizarra y cuatro escritorios para registrar a los refugiados que habían acudido a cambio de una barrita de cereales o una prenda de ropa nueva. Fuera ya había una muchedumbre considerable haciendo cola.

Cam estaba mirando un sujetapapeles junto con un médico del ejército. Ruth los pasó de largo. Se sentía mal por la tensión y la falta de sueño, y Allison sonrió al verla. No era un gesto de maldad, la chica sabía que había ganado, y Ruth pensó que sólo quería parecer simpática. Era posible que hubiera un mínimo ademán de burla o lástima en la forma que trataba a Ruth por ser mayor, demasiado mayor para Cam. —Hola —dijo Allison.

—Mejor salgamos fuera —dijo Ruth abruptamente. Le molestaba que alguien pudiese estar tan alegre, y obtuvo satisfacción en quitarle la sonrisa de la boca a su competidora.

—Mierda —dijo la chica—. Cam ya nos dijo que podía ser un arma...

—No, no es eso. Aún no lo sé —dijo Ruth, meneando la cabeza en señal negativa.

No tenía derecho a culpar a Allison, pero tenía sus sospechas sobre quién había diseñado el fantasma. Reconoció el trabajo. Cada mecánico tiene su propio estilo, igual que los pintores, los escritores y los músicos. El fantasma no era chino, sino americano. La nueva tecnología pertenecía a Gary LaSalle, y Ruth dijo:

—Creo que viene de Leadville. La gente de allí debió de acorralar a nuestros amigos antes de que consiguieran llegar a las sierras y así fue como consiguieron la vacuna, lo que significa que pudieron trabajar en un derivado durante al menos una semana antes de que les cayera la bomba encima.

—Perdona —interrumpió Allison—. ¿Quién tiene la vacuna?

Ruth se dio cuenta de que no se estaba explicando. Cam lo habría entendido, pero

Allison no había estado allí.

—Necesito tu ayuda —le dijo.

—Tú mandas —asintió Allison, mirándola fijamente a los ojos. La chica se había dado cuenta al fin del cansancio de Ruth.

—Había dos personas más con nosotros que consiguieron salir de Sacramento —dijo Ruth—, un soldado y otro científico como yo. Ellos tenían la vacuna, pero los cogieron los de Leadville. De eso hace ya dos semanas, y Leadville debió de empezar a hacer pruebas y nuevas versiones basadas en esa tecnología.

Había cuatro cepas diferentes del fantasma. Ruth había conseguido descifrar gran parte del enigma sin conseguir averiguar cuál se suponía que era el objetivo de los nanos. Al mismo tiempo, había identificado, más o menos, cuatro puntos de infección que se habían mezclado como restos del ejército de Leadville, ya disuelto y migrado, lejos de la zona cero. El jefe había estado probando en secreto nuevos modelos del fantasma en su propia gente. Se la habían dado a las unidades del frente para ver qué podía pasar, pero el fantasma no era una vacuna perfecta, aunque les habría resultado más fácil mejorar el burdo y rápido trabajo que había hecho Ruth en Sacramento.

Los equipos de Leadville nunca habrían dejado la vacuna tal como estaba en aquel momento, sin preocuparse por mejorarla. Ruth lo sabía, existía una vacuna mejor. El equipo y las herramientas de Leadville eran mucho mejores que todo lo que Grand Lake había conseguido comprar o robar. Leadville contaba también con la experiencia de cincuenta de los mejores expertos en nanotecnología. Una vacuna que ofreciera total inmunidad contra la plaga habría sido su primera prioridad, pero tal y como se temía, habían debido de quedársela para ellos mismos. Entonces, empezaron a experimentar con otro nano.

¿Qué podía hacer el fantasma? ¿Podría ella recuperar de algún sitio la vacuna mejorada? Ruth nunca sería capaz de igualar su trabajo ni de emularlo en el suyo aunque pasaran años o décadas, pero debía de haber supervivientes de aquel círculo interno o restos moleculares dispersados por la explosión y absorbidos por los refugiados más cercanos. Estaba segura de que podría encontrar otros restos de su manufactura si buscaba bien.

—Mejor salgamos de aquí —dijo Ruth—. Necesito que me ayudes a convencer a Shaug para que me deje marcharme. Necesito escolta, coches y mi equipo.

—No será fácil, pero puedo hablar con los demás alcaldes.

—Gracias.

Ruth necesitaba seguir el rastro confuso e invisible hacia el sur para ver si podía recuperar el mejor trabajo de LaSalle antes de que se perdiera para siempre. No había nadie más que pudiera apreciar e identificar los nanos.

—¿Crees que Cam... vendrá? —Ruth apartó la mirada de la de Allison y habló hacia el suelo—. Por fin está seguro, y ahora os tiene a ti y a sus amigos.

Allison esperó hasta que Ruth volvió a mirar hacia arriba, y entonces meneó la cabeza y sonrió una vez más. Pero ahora, la sonrisa era triste, y Ruth comprendió que ella también cargaba con su propio rencor. De hecho, Allison se hubiera alegrado de verla marchar.

—Intenta detenerlo —le contestó Allison.

## 21

—Apártate del jeep —dijo Cam apuntando con su carabina al hombre quemado. Detrás de él, la cabo Foshtomi apuntaba con su metralleta hacia los hijos del hombre. Estaban en medio de una pequeña muchedumbre. Cam y Foshtomi estaban de espaldas contra el jeep, con el sargento Wesner situado sobre ellos. Pero Cam echó una ojeada rápida y vio que Wesner se había girado para cubrir el otro lado.

En la colina había al menos setenta refugiados. Muchos de ellos se habían reunido en un grupo alrededor del primero de los tres vehículos, donde Ruth, Deborah y el capitán Park estaban sacando muestras de sangre. Algunos ya se habían alejado con una lata de comida o un suéter limpio como recompensa por cooperar. Pero había otros que se habían negado a prestar su ayuda. El hombre quemado y sus hijos habían alcanzado la parte trasera del segundo jeep para coger todo lo que no se hubiera guardado, hasta que Wesner les dio un par de gritos.

—Lo necesitamos más que vosotros —dijo el hombre.

—Apartaos —Cam quitó el seguro de su M4, que hizo un sonido metálico, pero el asaltante se quedó mirando fijamente las cajas de suministros, como convenciéndose de su valía—. ¡Fuera! —gritó Cam.

—¡Vamos, largo! —vociferó la cabo para ayudarlo.

En el frente de la columna, seis soldados escucharon las voces y empezaron a dispersar a la multitud.

El ruido de los refugiados era menor, a pesar de que los soldados estaban en inferioridad numérica. Cam vio a Deborah coger a una mujer hambrienta para sentarla en su asiento de lona, pero la escuálida mujer la apartó, gritando. Al mismo tiempo, Ruth se alejó del gentío y sacó la pistola.

«Buena chica», pensó Cam. Pero el dividir la atención casi lo mata. El hombre de antes había avanzado con un cuchillo, y Foshtomi sacó su arma.

—¡No! —dijo Cam, agarrando el brazo de Foshtomi. La cabo era delgada y de baja estatura. Apenas pesaría unos cincuenta kilos, pero era rápida como un rayo. Apartó a Cam y volvió a levantar el arma, golpeando las costillas de su compañero con su nariz respingona.

—Ni se te ocurra moverte —le dijo.

Cam cubrió a los dos chicos con su carabina. Había más gritos al frente de la fila, pero mantuvo la mirada fija en sus caras. Las quemaduras eran por la radiación. Habían estado— tan cerca de la explosión que se les estaba cayendo la piel. ¿Dónde estaba la madre de los chicos? ¿Muerta? ¿Escondida? Aquella familia había visto dos veces el fin del mundo, pero mantenía la determinación de luchar para avanzar hacia el norte, y Cam no quería herirlos. Ya había experimentado antes la sensación de estar mirándose en un espejo. Sólo una cadena de suerte y circunstancias varias le había

puesto al otro lado del cristal: bien alimentado, de uniforme y armado.

—Por favor, marchaos —Cam estaba a punto de llegar al jeep para cogerles algunas latas de comida, pero Foshtomi añadió:

—Tenéis suerte de que no os saquemos las tripas a tiros.

La cabo continuó mirándoles incluso después de que se alejaran. Estaba temblando, y Cam sonrió para sus adentros. De todos los hombres y mujeres que se habían ofrecido voluntarios para abandonar Grand Lake, aquella atrevida y pequeña soldado era su favorita. Como muchos de los mejores supervivientes, Foshtomi poseía ciertas características. Aunque era la única mujer del escuadrón, podía resultar algo cruda, a veces, incluso cruel, como para compensar su pequeño tamaño. Pero Foshtomi también era muy inteligente, activa y fuerte. De hecho, a veces recordaba a Cam o a Ruth, de la misma forma que lo hacía Allison, excepto que la única historia que compartía con Sarah Foshtomi era simple y nueva.

Estar con Allison lo había cambiado. La imagen que tenía de sí mismo seguía siendo de inseguridad, pero estaba volviendo a recuperar la confianza. Ya no estaba resentido ni asustado, aunque quizá debiera estarlo. No había dado unos primeros pasos dudosos para llevar una vida normal en Grand Lake, sólo para terminar abandonándola. Allison se había quedado, y no podía culparla por ello. Tenía otras responsabilidades, se dio cuenta de que su lugar estaba allí.

Aquella tarde fue a buscar a Ruth al campamento. Ella levantó la vista de sus planos y Cam miró a izquierda y derecha, sintiendo como si estuviera en un escenario donde todos le miraban. Los tres jeeps estaban aparcados formando un triángulo abierto con aberturas para defensa en cada esquina y en medio de una zona amplia e inclinada llena de piedras y hierba. El espacio interior no tenía más de diez metros hasta el punto más ancho. Doce personas eran muchas, aunque la mayoría estaban haciendo guardia o dentro de sus sacos de dormir. Cam vio al capitán Park y a otro hombre mirándole.

Los soldados eran muy curiosos. Habían apostado sus vidas por Ruth y no estaban muy seguros de la relación que tenía Cam con ella. Pero era evidente que estaban juntos, por mucho que él hubiera hecho juramento y llevara su uniforme. Cam era soldado sólo de nombre, todavía estaba aprendiendo a desmontar y limpiar su arma, una carabina M4 de calibre 5,56mm. Ya estaba un poco más familiarizado con su antigua MI6, que llevaban las tropas de Leadville, como Newcombe. Pero aunque ambos modelos eran similares, Cam nunca había entrenado con ninguna de las dos. La diferencia era sorprendente. Sabía que el Año de la Plaga había forzado al ejército a hacer uso de antiguas reservas de armas y equipo, pero le sorprendió descubrir que los soldados rebeldes estaban mejor armados incluso que las tropas de la capital, al menos en aquel momento.

Muchos de los soldados eran muy cordiales, como Foshtomi. Todos deseaban

enseñarle, pero también querían saber dónde encajaría mejor en el puzzle, igual que él.

La mirada de los ojos de Ruth era de cautela, aunque intentaba esconderla con una sonrisa.

—Hola —le dijo.

—¿Cómo estás? —Cam se detuvo delante de sus apuntes. Entonces se agachó en el lado más alejado de la montaña de papeles.

Ruth empezó a ordenarlo todo y pareció aliviada de encontrar una excusa para evitar su mirada. Señaló un punto en el mapa.

—Aún no hemos encontrado nada nuevo —dijo.

Aquello no respondía a lo que había preguntado él, pero asintió de todas formas.

Ruth movió la cabeza en un afán de negación.

—Tampoco esperaba descubrir nada. Aún no hemos cubierto suficiente terreno.

—Tiempo al tiempo —dijo Cam.

La puesta de sol tenía esa cualidad de duración que sólo se puede ver en las zonas altas. El pelo de Ruth brillaba en el crepúsculo, y cuando miró hacia arriba, sus ojos marrones eran oscuros y hermosos, además de muy serios.

Ella merecía algo mejor. Podría haberse quedado en Grand Lake, y Cam se preguntó a qué venía aquella insistencia afirmando que nadie más podía analizar las muestras de sangre en busca de nanos. Ruth seguía castigándose, pero ¿por qué?

El viaje había sido duro. Podían bajar de la barrera, pero querían encontrar gente, y la vacuna aún tenía que esparcirse al sur de Grand Lake, excepto en las zonas donde ellos mismos la habían distribuido. No había refugiados en zonas por debajo de los tres mil metros. Aun así, las carreteras estaban repletas de vehículos parados. Estaban cruzando todo el país. En tres días sólo habían avanzado cuarenta kilómetros, muchos de los cuales fueron serpenteando por el camino. Hubo una vez donde tuvieron que remolcar los jeeps por un camino cortado de montaña. En muchas ocasiones tuvieron que dar marcha atrás y encontrar otra vía. No tenían a suficiente gente para enviar a nadie a explorar, e incluso los mejores mapas ya no eran fiables con los barrizales y los campamentos de refugiados que bloqueaban el camino.

Evitaron los grupos numerosos. En un par de ocasiones, tuvieron que bajar de la barrera tras ser sorprendidos por chabolistas. Ruth quería tantas muestras de sangre como fuera posible, pero tenían miedo de que los atacaran. El escuadrón llevaba cuatro metralletas M60 además de las carabinas, y dos Mac-10 a las que Foshtomi llamaba «tritadoras de carne». Pero doce personas nunca serían rivales para un millar. Los suministros que llevaban los convertían en objetivos. Por suerte, consiguieron evitar el boca a boca. Sus vehículos eran una gran ventaja, y casi todas las personas a las que encontraron era la primera vez que sabían de ellos.

Su grupo era reducido por varios motivos. Necesitaban llevar suficiente comida y

combustible para poder seguir avanzando y también era importante no llamar la atención de los aviones y satélites de Rusia y China. Una caravana grande hubiera sido más visible, y el cielo era una amenaza más grande que cualquiera de los hambrientos supervivientes.

Como en la expedición de Sacramento, su escuadrón lo formaban sólo oficiales y suboficiales, ningún soldado raso. Foshtomi y Ballard eran los únicos cabos. Los demás eran sargentos de varios rangos, y John Park y Deborah eran capitanes, aunque estaba claro que Park era quien estaba al mando.

Deborah era una forastera como Ruth y Cam. Nunca se alejó de su amiga. La esbelta rubia había estado tomando sus propias notas, pero entonces se levantó, caminó unos pocos pasos y se sentó de nuevo, junto a Ruth.

—¿Puedo hablar contigo del segundo grupo de hoy? —le preguntó, interrumpiendo lo que fuese que Cam estuviera diciendo.

«Lo ha hecho a propósito», pensó éste. Deborah había estado escribiendo en silencio durante unos veinte minutos. Sólo se había acercado ahora que él había ido a hablar con Ruth. ¿Había pasado por alto alguna señal? Ruth podría haber mirado atrás y ver los ojos de Deborah, pero... No. Ruth contestó a su amiga moviendo la cabeza afirmativamente, pero se giró hacia Cam y le ofreció una mirada de disculpa. Ella quería aprovechar la oportunidad de hablar con él, aunque la pusiera nerviosa. Cam reprobó con la mirada a las dos mujeres, su rivalidad con Deborah estaba empeorando.

—Cuatro de aquellos refugiados dijeron que venían del este —dijo Deborah, señalando su cuaderno de notas—. ¿Quieres que ponga sus muestras con las del primer grupo?

—Ni hablar —respondió Ruth—. Pero haz un subconjunto, que haya una referencia cruzada.

—De acuerdo. Y todos los del sur tienen prioridad, ¿no?

—Exacto.

El trabajo de Deborah se hizo más difícil cuando recogieron por la tarde. Mantener organizadas las muestras era vital para su misión, pero no era por eso que interviniera.

Los dos llevaban meses compitiendo por una luz. Cam había visto el mismo efecto polarizante entre él y Mark Newcombe. Deborah estaba allí para proteger a Ruth. Su motivación era muy parecida a la suya. Estar con Ruth era una oportunidad de compartir su increíble sentido del propósito.

—Iré a prepararme para mi turno —dijo. En parte era verdad. Se levantó y Ruth hizo lo mismo.

—¿Estás...? —empezó, pero Cam la detuvo.

—Tranquila, tienes mucho trabajo que hacer.

Su cara mostraba una expresión vacilante, pero asintió. Ni siquiera había sacado aún el microscopio. La noche anterior había pasado horas para mirar apenas una veintena de muestras, acurrucada bajo el brillo plateado de una manta térmica para esconder la luz que usaba, y ese día había acumulado treinta y un viales de sangre. Al día siguiente tendría más. El trabajo ya era demasiado para ella, incluso con Deborah y el capitán Park como ayudantes. Ruth era demasiado rigurosa con su investigación. Cam hubiera tomado la mitad de muestras y doblado la duración del viaje, pero a ella le aterrorizaba la idea de perder alguna pista.

Podía sonar perverso, pero Cam se preguntó si se sentiría decepcionada por no ser la responsable de los avances que habían hecho crecer tanto la nanotecnología. La vida no era como la televisión, donde todos los logros pertenecían sólo al héroe. A veces sólo se podía reaccionar ante los éxitos de los demás. Ellos ya habían visto suficientes giros y sorpresas para saber que era cierto. Cam pensó que Ruth había aprendido a no dejar que su propio ego la perjudicase pero, a pesar de todo, estaba claro que estaba jugando a superar el trabajo de otros, cuando durante gran parte de su carrera ella había sido la mejor. Debía de ser duro, así que se limitó a sonreírle.

—Ven a sentarte conmigo en el desayuno —le dijo a Cam.

—Si puedo —Cam también era importante para el trabajo. Montaba guardia en turnos de tres horas como hacían los demás soldados, apoyaba al equipo y contribuía a sus planes, siempre cambiantes. Si hubieran tenido un poco de intimidad, hubiese dicho algo más. «Ya sabes por qué estoy aquí», pensó, pero Deborah se movió al lado de Ruth con la barbilla alzada, en esa pose agresiva que siempre hacía, así que Cam sonrió otra vez y se marchó.

Deborah no tenía un buen concepto de él. Sus pasados no podían ser más diferentes. Las clases básicas de primeros auxilios a las que había asistido antes de la plaga no eran nada comparadas con los años de educación de ella, y estaba claro que él no era un buen libro si lo juzgaban por la tapa. El corte de pelo y el uniforme sólo habían hecho más visibles sus cicatrices, mientras que la piel de Deborah era clara e inmaculada, pero la sien y la mejilla izquierda de Ruth aún estaban un poco marcadas por sus largos viajes con máscara y gafas.

Se diera cuenta de ello o no, Cam pensó que en cierto grado Deborah estaba tirando de Ruth para evitar que se hiciera como él. Era una buena amiga de Ruth, y a Cam le gustaba por eso, a pesar de que ellos dos no se llevaran bien. Pocos sabían que Deborah Reece podía ser arrogante, incluso grosera, pero en Grand Lake estaba segura y evitaba comportarse de ese modo por el bienestar de todos.

Cam seguía preguntándose cuánto se habría acercado Ruth para que no la dejaran marcharse. El gobernador Shaug tampoco quería que Deborah la acompañara, ni las tropas de élite, ni mucho menos que se llevara el microscopio atómico que había pedido.

Al final, Ruth lo convenció de que tenía mucho que ganar si tenía éxito en su empresa. Además, había perdido su valor como moneda de cambio. Shaug ya no podía enviarla a los laboratorios de Canadá a cambio de comida o armamento, porque los aliados de Grand Lake los habían declarado en cuarentena. El nano fantasma parecía limitarse a Colorado, y no querían infectarse. Seguían coordinando sus planes militares con Grand Lake, pero ya no se permitía el acceso a los aviones de Colorado aunque les hubieran disparado o se quedaran sin combustible. Las tropas de infantería de Colorado no recibirían refuerzos que no fueran de otras unidades de la misma zona.

El gobernador debía de estar desesperado por cambiar ese edicto, y Ruth podía ser muy persuasiva si se lo proponía. En Sacramento, Cam la había visto gritar a siete hombres armados por no estar de acuerdo con ella, y aquello le hizo pensar en qué le atraería de ella.

No había razón para que le pidiera unirse a la expedición excepto que confiara en él, que lo amara. Los soldados eran una escolta de primera, mientras que él sólo era un estorbo.

Newcombe había rechazado la oferta de ir con ellos. Cam estaba decepcionado, pero no podía guardarle rencor por su decisión. Newcombe se había acomodado en Grand Lake tal como siempre había pretendido, y no tenía el mismo tipo de vínculo con Ruth. Durante todo el tiempo que estuvieron juntos, ella había elegido a Cam, y éste esperaba que lo volviera a hacer si Deborah seguía forzando la situación.

Y así lo hizo. A la mañana siguiente, le llevó té y copos de avena, mientras él ayudaba a Wesner y a Foshtomi a cargar las armas en el jeep. Más tarde se atrevió incluso a usar a Allison como excusa para hablar con él sobre sus días en Grand Lake. Ella misma le tomó otra muestra de sangre. Dijo que tenía que controlar el nivel de exposición al tratar con los refugiados, pero Foshtomi se dio cuenta de lo que pretendía y dejó que Deborah le sacara sangre al resto del grupo.

Foshtomi estaba encantada con su lento romance porque era uno de los miembros del equipo, pensó Cam. Controlaba a Ruth porque eso la hacía sentirse mujer. «Esta noche esa Ruth te ha estado mirando otra vez», diría Foshtomi, o «¿Has visto como esa Ruth se ha esperado a comer hasta que terminaras de ayudar a Mitchell con las latas de combustible?».

Y era verdad. «Esa Ruth» encontraba tiempo para estar con él a pesar de todo, incluso si sólo era por unos pocos minutos. Y tenía que ser ella quien se acercara a él, porque el capitán Park le daba toda la libertad que quería, mientras que Cam estaba siempre ocupado como miembro del escuadrón.

En muchos aspectos, disfrutaba de aquella presión. Los soldados eran una máquina bien engrasada, con un potencial que le había llegado a Cam. Imponían orden y dirección en su mundo, algo sin duda muy loable.

Al quinto día, el terreno sobre la barrera quedó limitado a una pequeña lengua de tierra entre la división continental, forzándoles a ir hacia el oeste por una zona por debajo de los tres mil metros. La autopista 40 corría hacia el este a través de picos escarpados, zigzagueando a través del otro lado de la división y las poblaciones de refugiados que se habían formado por encima de las grandes ciudades como Empire, Lawson y Georgetown, pero la autopista estaba repleta de coches y derrumbamientos varios. Los incendios habían ennegrecido las montañas incluso cuando ya no había nada que quemar excepto musgo y malas hierbas. La ceniza y el polvo se amontonaban en el suelo por doquier, y sonaban bajo los neumáticos y las botas. Tres de los soldados ya llevaban medidores de radiación enganchados a la chaqueta, y el capitán Park tenía un contador geiger que crepitaba de vez en cuando. Parecía que estaban bordeando una zona donde la radiación se había asentado tras la explosión. Tuvieron suerte de que el viento soplara desde el noroeste, detrás de ellos. Llevaba gran parte del veneno hacia el este, pero la radiación era otra de las razones para ir hacia el oeste desde la división.

Pasaron dos días en un largo y verde valle que cortaba las montañas con un riachuelo que se convertía en un enorme río. Cerca de la zona cero, gran parte de la nieve se había derretido, pero a aquella altura se enfriaba enseguida y volvía a caer en forma de lluvia y aguanieve, aumentando el número de desprendimientos causados por el seísmo. Sus jeeps chocaban contra los bancos de grava, escombros y madera. Rompieron una de sus cuatro palas al cavar un camino por el que seguir avanzando. También encontraron a tres grupos de supervivientes. El valle miraba hacia el norte y se había librado de la mayor parte del daño. Muchos de los álamos y los abetos seguían en pie y el agua corría clara. No había nada en aquel lugar que atrajera a la guerra, sólo a la naturaleza.

Finalmente consiguieron llegar hasta el Paso de Ute, donde la autopista 9 llevaba al sur hacia la interestatal 70. En aquel punto, la explosión había volcado miles de coches, convirtiéndolos en viejos amasijos de metal. La carretera era un caos de cristales rotos y manchurroneos de herrumbre y pintura, con lo que el capitán Park decidió llevarlos por el norte en vez de seguir la autopista hacia Leadville. Prefirió no meterse más en la zona de la explosión. Las pocas protestas de Ruth fueron débiles y confusas.

Bajo la piel quemada, la doctora tenía la cara demacrada por el cansancio. Había estado trabajando varias noches seguidas con el microscopio atómico, e intentaba dormir durante el día, mientras estaban en movimiento, pero era como dormir sobre el lomo de un elefante. Los jeeps daban saltos y brincos en el suelo rocoso, parándose y volviendo a arrancar cada vez que los soldados bajaban para apartar rocas del camino. Ruth estaba agotada, y eso que había llevado su piedra a todas partes.

Pensaba que había fallado. Dos de los grupos de refugiados que se habían

encontrado en el valle estaban limpios. Ellos mismos habían infectado a aquella pobre gente. Sí, ella misma les había dado la vacuna, pero al coste de inocularles también el fantasma. «No podíamos haberlo sabido», le dijo Cam. Ruth hizo una mueca y meneó la cabeza. Parecía que habían perdido el rastro.

Se les agotaba el tiempo. Las transmisiones abiertas de Grand Lake avisaban constantemente a las fuerzas americanas de la actividad enemiga, y las unidades armadas de China habían entrado en Colorado.

Los chinos habían tomado el sur de California y gran parte de Arizona con relativa facilidad. No había nadie que se les opusiera excepto las pequeñas poblaciones de los pocos picos al este de Los Ángeles, con las que acababan rápidamente. El ejército chino contaba con al menos ciento cincuenta mil soldados, pilotos, mecánicos y artilleros, y las flotas navales aumentaban mucho más esa cantidad.

Las interestatales 40 y 70 se habían convertido en cuerdas de salvamento para los invasores. A bajas alturas, los caminos eran más claros, excepto donde los cazas estadounidenses habían destruido los puentes y los pasos elevados. Los aviones de ambas facciones combatían sobre el desierto mientras, más abajo, los ingenieros de combate chinos luchaban por mover sus camiones y vehículos acorazados por los caminos cortados.

El ejército chino también tenía que vérselas con los clásicos puntos de concentración. Había enormes reductos de la plaga en las afueras de Los Ángeles, que había infectado sus reservas, aplastando así su vacuna. En la frontera de Arizona, el Río Colorado estaba también plagado de nanos. La vigilancia estadounidense calculó en miles las bajas enemigas, y el mando norteamericano se esforzó por enviar al invasor a esas zonas mortales.

Los chinos no podían aminorar la marcha, también tenían que vérselas con los insectos y el calor del desierto. Su mejor estrategia era aprovechar el momento y avanzar rápido. Saquearon cada ciudad y base militar a su alcance, y se hicieron con una pequeña riqueza con lo obtenido, despilfarrando combustible y munición.

Flagstaff sólo aguantó cinco días. Mientras Cam y Ruth estaban en el valle al oeste de la división continental, los chinos se hicieron con el control de Arizona y volvieron en plena forma a las Rocosas.

El Gran Cañón servía como línea defensiva. Aquella brecha en la tierra, tan antigua y profunda, se extendía a lo largo de cientos de kilómetros a través de Nevada, Arizona y Utah, y no hubo un solo puente o presa que sobreviviera a los ataques de los estadounidenses. La estrategia dividió a los chinos. El enemigo podía proporcionar apoyo aéreo cruzando todo el sureste, pero los generales habían tenido que tomar la decisión de seguir hacia Las Vegas, en la boca del cañón, donde sus ejércitos ya no serían capaces de encontrarse el uno con el otro.

Los rusos les ayudaron en Utah, aniquilando los mayores puestos de avanzada de los norteamericanos en las montañas al este de Salt Lake, pero el enemigo se frenó allí. La interestatal 70 corría hacia el norte desde Las Vegas y seguía recto hacia otras zonas elevadas durante un centenar de kilómetros antes de dividirse en una serie de pasos y girar al este hacia Colorado. La avanzada china atacaba a cada paso que daba.

Seguramente, si hubieran intentado cargar de frente, hubiesen tenido éxito, aunque con muchas bajas. Pero el grupo chino del norte no quería tener Utah a la espalda mientras asaltaban Colorado. Parecía que se estaban preparando para una larga batalla. Las fuerzas del sur se dirigieron a Colorado por todas las pequeñas autovías a las que pudieron acceder, esparciéndose hacia el norte y el este según las carreteras se alejaban de la enorme masa que representaba la cara frontal de las Rocosas.

Grupos de bombarderos salieron de Canadá, Montana y Wyoming para atacar a los rusos y a los chinos por la retaguardia. Helicópteros de combate partieron de Nuevo México y hostigaron a los chinos en Arizona, pero estaban tan ocupados con su ofensiva que algunas pequeñas embarcaciones chinas consiguieron llegar a las costas de Florida y Tejas, y empezaron a llevar a cabo sus propios ataques, sorprendiendo a las fuerzas estadounidenses por la espalda.

Los ejércitos de Colorado seguían en posesión de Grand Junction, situado al lado de la interestatal 70, cerca de la frontera de Utah. Todos los aeródromos importantes de Durango, Telluride y Montrose habían caído. Los chinos aseguraron rápidamente su toma de la parte sur del estado, y Cam agradeció de nuevo el insignificante tamaño de su grupo. Todos los días pasaban jets sobre sus cabezas. Lo más frecuente era oír aviones a lo lejos o ver estelas o brillantes puntos metálicos.

Si fueran descubiertos por un caza enemigo, estarían muertos en apenas unos segundos. Había informes que comentaban las intrusiones de los chinos en campos de refugiados sólo para crear más caos, usando la munición en objetivos no militares porque los supervivientes corrían a buscar la protección de las bases del ejército, donde no hacían más que estorbar a los soldados y los pilotos. Por desgracia, la mayoría de las personas que quedaban en aquella parte de Colorado aún no había recibido la vacuna. Grand Lake la había transportado a todo el personal militar de los Estados Unidos y Canadá, escaneando concienzudamente los viales de sangre en busca del nano fantasma. Soldados de todas partes esparcían la vacuna si podían a los refugiados cercanos, pero el escuadrón de Cam ya no vio a nadie durante día y medio según giraban al oeste y luego al sur otra vez, bajo la barrera.

La interestatal 70 pasaba cerca del punto muerto que cruzaba el centro del estado. Llegar hasta allí era su prioridad principal. El capitán Park pensaba avanzar por la carretera del pueblo de Wolcott, al oeste, y luego seguir de nuevo hacia el sur por sucias carreteras y caminos mientras intentaban bajar de altitud. Sabían que había una

gran concentración de infantería americana y unidades acorazadas en la zona, coordinadas bajo el mando de Grand Lake. Al oeste de Leadville, las montañas que rodeaban la una vez famosa ciudad de esquí de Aspen se habían convertido en una fortificación contra los chinos.

Ruth esperaba encontrar allí la respuesta. Si no, la expedición sería un fracaso. Todo se reducía a si sus sospechas eran ciertas o no. Pero si, por ejemplo, Leadville hubiera probado los nanos sólo en sus tropas de la frontera norte, habrían hecho todo aquel camino para nada. No habría una vacuna perfecta. No tendrían explicación para el nano fantasma y Ruth se quedaría más sola que nunca, como la última gran científica de los Estados Unidos.

Animó a sus compañeros y luego se disculpó. Se había obsesionado con los mapas incluso cuando ya no habían recogido más muestras desde el Paso de Ute. Cam intentó besarla aquella noche pero Ruth le cogió de la chaqueta, usando el brazo como pistón, empujándolo hacía atrás. Aunque primero tiró de él para acercarlo y abrió la boca, Cam estaba seguro.

Ruth estaba hecha un lío, agotada e insegura. Cam nunca lo había sentido tan claramente. Entonces supo que había hecho bien en ir. Los soldados eran muy entregados, pero lo que Ruth necesitaba eran amigos, no sólo protectores. Cam lamentó que cada vez tuviera más trabajo. No tenían tiempo ni intimidad para hablar de lo que fuera que estuviera pasando entre ellos, y ella no se relajaría hasta que encontraran los últimos restos del ejército de Leadville.

Por desgracia, Wolcott era un pantano. La ciudad se asentaba en un empinado canal que corría por todo el río Eagle. Los seísmos y las inundaciones habían convertido aquel hermoso lugar en un lago lleno de lodo. Era 27 de junio. Su única posibilidad era volver atrás e intentar avanzar por el este, donde se habían dado de bruces con un punto caliente de la plaga mientras remolcaban los jeeps por un terraplén. Ballard estaba distraído, y se había infectado la oreja y las manos. Se le enganchó la manga en el cable de remolque y el torno le dio en el hombro justo antes de que Park lo parara.

Escapar de la plaga de máquinas debía ser su prioridad. Ballard lanzó varios improperios, maldiciéndose a sí mismo. Deborah y el sargento Estey le colocaron bien la articulación en una exuberante colina llena de flores blancas y amarillas. Cam se las quedó mirando. Aquel sitio parecía completamente ajeno al enorme conflicto que existía entre hombres y máquinas, e imaginó que debía de haber otros lugares así en otras partes del país, incluso más allá de las líneas enemigas.

El pensamiento lo puso triste, triste y furioso. «Ojalá sólo hubiéramos compartido la vacuna», pensó. ¿Habría llegado la guerra a ese punto por aquella decisión? Incluso si Ruth tenía éxito, aunque desarrollara una vacuna perfecta, eso no parecía suficiente para tener ventaja sobre los chinos. Cam no veía final al conflicto.

Se quedaron en el prado para comer. Sacaron latas de jamón y algunas raíces frescas a la vez que oían el eco del ruido en las montañas. Fuego de artillería. Cam miró el cielo, pero no vio nada, ni humo ni movimiento. La guerra seguía oculta en el oeste, pero se acercaba cada vez más según avanzaban por el país.

Park esperaba tardar al menos otro día más hasta llegar al borde norte del grupo de Aspen. Sólo estaban a diez kilómetros de la zona segura más cercana, una base en Sylan Mountain, pero no avanzaban más rápido de lo que una persona podía caminar. El terreno era muy abrupto. Park estaba siempre atento a la radio, intercambiando coordenadas con las unidades del flanco y pidiendo información sobre los chinos. Podía solicitar apoyo aéreo si fuera necesario, y si es que había tiempo, pero hasta que llegaron al valle de Aspen, no tuvieron a nadie en quien confiar excepto ellos mismos.

Pero en la mañana del 28, aquello no fue suficiente.

La colina estalló en géisers de fuego y polvo. Cuatro o cinco explosiones aparecieron de la nada, rodeando a los jeeps de luz y calor. Las explosiones parecían llegar juntas como dos gigantes borrachos bailando cerca de los vehículos y volviendo atrás.

Uno de los jeeps quedó volcado. ¿El del capitán Park? ¿El de Ruth? En el tercer jeep, separado de los demás por las cortinas de escombros, Cam perdió la pista de los dos vehículos que había delante de él. No escuchaba nada por los impactos, pero advertía las rocas y la tierra que chocaban contra el coche. El capó se levantó y bajó de nuevo, pero ahora era un trozo de metal abollado. En el asiento del conductor, Wesner cayó a un lado cuando algo le dio en la cabeza. Cam estaba atrapado de brazos y pecho, pero otro hombre lo cubrió para evitar que se hiciera daño, incluso cuando el parabrisas explotó. Trozos de guardabarros y metralla varia golpearon lo que quedaba del capó. Wesner también recibió el impacto de parte de los escombros.

Todavía estaba vivo. Tocó sin fuerzas el volante mientras Cam presionaba la herida que tenía éste en el cuello, intentando detener la hemorragia.

—¡Salid de aquí! —gritó Foshtomi, justo detrás de Cam en el asiento trasero. Sonaba como si estuviera en el fondo de un pozo, y no fue hasta que saltó de su sitio que Cam se dio cuenta de que ya no se movían. Tenía los tímpanos a punto de explotar. Se había quedado sin equilibrio y se balanceo como si el suelo fuera una ola al bajar del jeep, arrastrando a Wesner tras él.

Foshtomi lo ayudó lo mejor que pudo durante cincuenta horribles metros, gritando con el esfuerzo. Tenía un corte en la mejilla y también sangre en el pelo, pero aguantó la espalda de Wesner con el brazo.

Cam advirtió la presencia de más gente a su izquierda, parcialmente oculta tras el humo y la luz. ¿Eran amigos o tropas enemigas? «Ruth», pensó. Su nombre era como un pequeño espacio de calma entre todo el pánico. Apresuró la marcha, intentando

correr en esa dirección.

Foshtomi le siguió, pero le dio con la bota en el tobillo y los tres cayeron sobre un montículo de granito, mientras los gigantes seguían atacando a los vehículos. El ruido era ensordecedor. Cam se llevó las manos a las orejas sin pensar, intentando sin éxito bloquear las ondas hipersónicas.

La humedad de la mano le hizo acordarse de Wesner. Se giró para presionar otra vez sobre la herida, pero Craig Wesner yacía muerto con la cara desencajada y mirada apagada.

Foshtomi gritó a lo lejos.

—¡Separémonos! —dijo medio llorando—. ¿De acuerdo? —Había caído cerca, y Cam le miró la boca mientras repetía sus palabras.

—¡Nos dispersaremos cuando haya otra explosión!

—¡No! —incluso su propia voz sonaba lejana. Cam dio un grito ahogado al notar el intenso dolor en su costado izquierdo. Seguramente tenía una costilla rota.

—¡Tenemos que encontrar a Ruth!

—¡No podemos ayudarla!

Cam meneó la cabeza y se giró para mirar hacia arriba, aún con el cuerpo tumbado. No había visto ni oído ningún avión, pero el cielo estaba negro por la pantalla de humo y polvo.

—¡Los jeeps! —grito Foshtomi—. ¡Están apuntando a los jeeps, no a nosotros! ¡Tenemos que...!

Pero los gigantes volvieron a danzar de repente, abarcando esta vez toda la extensión de la colina. Media docena de bolas de fuego se estrellaron contra el suelo en lo que parecían trayectorias aleatorias, moviéndose hacia el sur y bajo la montaña. ¿Estarían persiguiendo a alguien? Cam sabía por los soldados que las guerras modernas podían cubrir un área de decenas de kilómetros. Los tanques y los cañones eran capaces de apuntar con increíble precisión desde esa distancia. Sus jeeps habrían sido detectados por un vigía o por aviones y satélites. En algún lugar, los artilleros chinos estaban apuntando a un objetivo al que ni siquiera podían ver, pero al que disparaban obedeciendo una serie de coordenadas.

No había forma de defenderse más que usar la radio para pedir ayuda. Foshtomi tenía razón diciendo que tenían que salir de allí, pero los chinos parecían estar bombardeando ahora toda la colina. Si corrían, era posible que se metieran en la próxima salva de disparos intentando llegar a un puesto seguro.

Cam no pensaba marcharse sin Ruth. El pensamiento lo invadió por completo y se arriesgó a echar otro vistazo a la colina. El jeep que iba en cabeza era el que había quedado volcado. Una rueda había desaparecido y el eje estaba partido. Sólo había un hombre en el interior del coche, un hombre tumbado sobre un charco de fluido negro. El segundo jeep, el de Ruth, se había estrellado contra el vehículo destruido, pero

parecía vacío. Se había salvado.

«Debe de haberse escondido», pensó Cam. Pero los gigantes estaban volviendo otra vez, aunque más despacio. Las explosiones empezaron a subir la cuesta, levantando tierra y rocas con su poder devastador, que le hacía temblar hasta los huesos. Cam se encogió en el suelo, tragaba humo cada vez que respiraba. Los impactos pasaron de largo y se levantó para salir corriendo.

Pero tropezó. Su equilibrio seguía sin estabilizarse, y descubrió que tenía que doblarse hacia el lado izquierdo para soportar el dolor. El camino estaba cubierto de tierra y piedras, algunas bastante grandes. Entonces, el propio suelo saltó. Cam apenas volvía a avanzar de pie otra vez. Consiguió no caer sobre el lado malo. Rodó hasta un cráter y allí encontró a Estey y a Goodrich agazapados contra el suelo.

Estey intentaba curar una herida en el brazo de Goodrich y no le vio. Este gritó pero Cam sólo escuchó el tono de alerta, no sus palabras. Estaban a menos de diez metros. Parecían estar en otro mundo, sobre todo cuando había silencio. La artillería se había centrado brevemente allí, y la colina parecía una superficie lunar.

Ruth debía de estar con ellos. Había subido con Estey, Ballard, Mitchell y Deborah en el segundo jeep, pero era evidente que se habían desperdigado. Cam se preguntó qué iba a hacer si había subido ladera arriba.

Se quedó buscándola con la mirada por todo el terreno. Apartó la mano de Estey cuando éste intentó tirar de él. Había localizado otra figura humana entre las oscuras nubes de humo, un hombre que corría seguido por otro. Los gigantes se habían ido. El sol asomaba entre el polvo y Cam salió del cráter, sólo para caer de nuevo y perder la pistola. Se había dejado la carabina en el jeep, pero Estey aún tenía la suya. Cam miró atrás y gritó:

—¡Cuidado, Estey!

Había al menos diez figuras humanas atravesando el humo, muchas más que las que conformaban su grupo. Sus gritos sonaban confusos y extraños. También vestían de un color diferente. El escuadrón de Cam iba de un verde oliva, mientras que aquella gente iba vestida de camuflaje y pasaba desapercibida. Les colgaban ramas pardas de la cabeza y los brazos, y Cam no reconoció sus fusiles ni sus ametralladoras.

El grupo les apuntó con sus armas, pero no dispararon al ver que otra persona se levantaba en otro cráter que había delante de él: Deborah. Su rubia cabellera estaba sucia, pero seguía tan hermosa como siempre. Cam se levantó para correr hacia ella, lleno de miedo. Estaba seguro de que iba a ver cómo le disparaban. Entonces, saludó a las tropas, y Cam luchó por comprender las voces de los hombres.

—¡Somos marines! ¡Somos marines!

Bajó la pistola y corrió hacia el cráter.

Ruth le abrazó y le hizo daño en las costillas, pero él rió, respirando el

embriagador aroma de aquella mujer totalmente sucia. Estaba viva. Había escapado no sin algunos rasguños y un buen trozo de metralla clavado en la cadera, donde necesitaría seguro algo de cirugía para quitar no sólo el metal, sino también la tela del uniforme, que se le había metido en la herida.

Otros no habían tenido tanta suerte. Park y Wesner habían muerto, y Somerset estaba herido de gravedad en el estómago y la cara. Hale, también del jeep que iba en cabeza, se había roto el cuello y las dos piernas al volcar el vehículo. Fue un milagro que Goodrich sólo tuviera un corte en el brazo.

Cam absorbió la mayoría de la información a través del doloroso algodón que le tapaba los oídos, aunque todos estaban gritando. Muchos de ellos tenían dificultades para oír a los otros, y todos estaban atacados por la adrenalina.

—¡Mi piedra! —dijo Ruth—. ¡He perdido mi piedra!

Debía de saber que aquello era irracional, incluso estúpido, pero siguió palpándose la ropa, mirando fijamente la colina.

—Tranquila —dijo Cam—. No pasa nada, Ruth.

Su primera decisión fue mover a todo el mundo que pudiera caminar, excepto a Mitchell y Foshtomi, que se ofrecieron voluntarios para quedarse con Somerset.

—No vamos a dejarlo aquí —dijo Foshtomi, y el capitán de los marines asintió y les dio su radio.

Los marines pertenecían a una patrulla de avanzada enviada para buscar terreno defendible sobre la interestatal 70, aunque su misión cambió cuando el escuadrón de Park entró en su sector. Los marines habían ido a cubrirles si era posible. Dos de sus hombres también habían resultado heridos, porque entraron en la masacre en vez de retirarse. Cam se quedó maravillado por su valor y disciplina.

Su fuerza fue crucial para evacuar a Ruth y a los escoltas. Estey quedó provisionalmente al mando del escuadrón, a pesar del rango de Deborah, aunque fue ésta quien se acercó al segundo jeep con Goodrich y Cam para asegurarse de que los marines recogían todo lo que Ruth necesitaba.

Podrían haber usado el vehículo para marcharse, y también para llevar a Somerset, pero el eje frontal estaba partido y el radiador, destrozado. Parte de los apuntes habían quedado convertidos en confeti, y la caja de muestras tenía ahora cuatro agujeros por los que chorreaba la sangre, pero Deborah insistió en recogerlo todo tal como estaba. Entonces se cayó y dejó que un marine la rodeara con un brazo. Ella también estaba sangrando, y tenía un moratón horrible en la espalda.

Ruth rompió a llorar. Antes de seguir andando, Cam apretó la mano de Foshtomi y la chica asintió con seriedad. Ya había cogido las insignias de Park y Wesner, y pensaba enterrar a sus amigos en uno de los cráteres. Cam sospechaba que al día siguiente tendría que enterrar también a Somerset.

Tres hombres cargaron a Hale en unas parihuelas que habían improvisado con una

sábana y dos fusiles. Cam y Goodrich llevaron el microscopio atómico. Otro hombre tiró las preciadas raciones y ropas que llevaban para hacer sitio a las muestras de sangre y los documentos. Ruth avanzó cojeando, con los dientes castañeando y la cara pálida. Habían cubierto menos de medio kilómetro cuando un par de F-22 Raptor rugieron al noroeste, entrando a la zona baja de los valles para acabar con la artillería china.

Su oído derecho estaba mejorando. Pero el izquierdo no, y el irregular sonido de la gente que lo rodeaba le seguía afectando al equilibrio. Otro caza pasó por encima de ellos, y Cam no supo localizarlo hasta que vio a los demás mirando hacia al este. Aquello le hizo sentir miedo.

Consiguieron avanzar durante unos treinta minutos hasta que Ruth y uno de los marines necesitaron descansar. Cam no pensaba que conseguirían llegar a la zona segura antes de la noche, a pesar de que apenas estuvieran a media mañana. Había demasiados heridos entre ellos, y también llevaban demasiadas cosas. Pero un par de horas después se encontraron con un par de camiones. Ya por la tarde, siguieron pasando por líneas y líneas de trincheras y alambradas.

Las montañas miraban hacia el oeste y no habían sido afectadas por el ataque nuclear. En las siguientes semanas, sin embargo, la tierra había quedado reducida a unas pendientes estériles llenas de barro. Las líneas defensivas rodeaban las montañas hasta donde alcanzaba la vista de Cam, muchas de ellas apostadas con emplazamientos de vigilancia, vehículos y escombros. Los aviones enemigos y los artilleros habían atacado la colina repetidas veces. Pero el mismo daño habían provocado miles de pies americanos y el peso de los camiones, los tanques y los bulldózer.

La anquilosada tierra apestaba por el fuego y la podredumbre, y el olor aumentaba según pasaban cerca de una serie de canales. Había gente sucia por todas partes, algunos comiendo y otros cavando. Debían de vivir en una especie de era preindustrial. De hecho, eran los radares y los tanques lo que parecía fuera de lugar.

Al fin, los camiones llevaron a un almacén de tela, escondiéndose así del cielo. Ruth había caído dormida. Cam intentó protegerla de los empujones de los soldados y los marines mientras todos se levantaban, pero no lo consiguió. La doctora abrió los ojos con miedo, pero luego le vio y sonrió con dulzura. Cam colocó la mano sobre su rodilla. Mientras tanto, un equipo médico bajó enseguida a Kevin Hale, quien sufría de fiebre por el trauma.

—Haced sitio, haced sitio —dijo un hombre, empujando a través de otros médicos y oficiales. Había algo en la constitución del hombre que le resultaba familiar, y Cam echó la cabeza adelante para mirar a través de los soldados, agotados.

Era el comandante Hernández.

Ruth se revolvió en el banco al fondo del camión, y se forzó a levantarse y caminar a pesar del dolor en la cadera.

—Con cuidado —dijo—, por favor.

El sargento Estey había pasado a la cola del vehículo con el capitán de los marines, hablando con urgencia a los hombres de uniforme que había abajo.

—He dejado a tres hombres allí, señor —dijo Estey, repitiendo la parte más importante de su informe, que había hecho por radio varias horas antes.

—Aún estamos intentando conseguir un helicóptero —contestó uno de los oficiales, extendiendo la mano para ayudarlo a bajar.

—¡Por favor! —Ruth estiró el cuello para ver.

El capitán bajó del camión. Estey y Goodrich le siguieron. El almacén resonaba con las voces y el movimiento. En alguna parte, una puerta se cerró de golpe y un lejano grupo de artilleros disparó varias veces, pero Ruth no oyó nada.

Se arrodilló torpemente en el camión para ponerse al nivel de Frank Hernández. Un espasmo le atravesó los músculos cortados de la cadera, pero fue el torrente de emociones lo que casi la hizo caer, una mezcla de remordimientos y alegría, y una increíble sensación de *déjà vu*. Empezó a tartamudear.

—Pero ¿cómo es que...?

—Hola, doctora Goldman —dijo él en su habitual tono tranquilo.

Ruth había conocido a Hernández en la parte trasera de una ambulancia en Leadville, débil por el dolor de su brazo otra vez roto y el shock de volver a notar la gravedad de la Tierra. Durante un corto período de tiempo habían sido aliados. Ella lo respetaba más de lo que él pudiera haber imaginado, incluso después de traicionarle. Era un buen hombre, pero demasiado leal, apoyaba al gobierno de Leadville sin cuestionar nada. Se vieron por última vez en el laboratorio de Sacramento, a punta de pistola. El escuadrón de Newcombe había matado a uno de los marines de Hernández antes de dejarlos inmovilizados a él y a otros tres hombres en el invisible mar de nanos, atados con cinta aislante, con los cables de radio cortados y con menos de dos horas de aire en sus trajes de aislamiento.

Ruth y los demás traidores no pretendían que se asfixiara, y la muerte del marine fue un error. Le contaron a las fuerzas de Leadville dónde encontrar a Hernández, usándolo como cebo mientras empezaba la lucha por la posesión de la vacuna... y Ruth siempre había esperado que él hubiese conseguido escapar, aunque luego supuso que si lo habían rescatado, habría perecido en la capital cuando explotó la bomba.

Fue como encontrar a Deborah, como encontrar a alguien de la familia. Era la segunda vez que había redescubierto a alguien que pensaba que había muerto, aunque

luego se dio cuenta de que tenía razón con la idea hasta cierto punto. Su aspecto era muy distinto. El hombre que conocía iba siempre tan pulcro como dictaba el código militar de los Estados Unidos, su aspecto era saludable y elegante. En aquel momento estaba en los huesos, y el tono aceitunado de su piel estaba teñido de un feo gris pálido. El bigote que solía llevar se había convertido en barba, y poblaba las quemaduras que tenía en la mejilla izquierda, como gotas de cera rosada, aunque llevaba la gorra baja, como si intentara esconder las cicatrices.

Las lágrimas se apoderaron de los ojos de Ruth, y ésta ni siquiera intentó reprimir sus sentimientos, dejando que las gotas cayeran en el estrecho espacio que había entre ella y Hernández.

—Es usted... —dijo dudosa, entonces llevó los dedos a su uniforme—. Jamás pensé que volvería a verlo.

El sonrió. Podría haber respondido de muchas otras maneras, pero puede que él también sintiera la misma sensación de familiaridad tan bienvenida. Podría haberla culpado por todo lo que pasó y Ruth no habría negado nada. ¿Y si fue él quien llevó la vacuna a Leadville? ¿Y si el consejo presidencial había conseguido negociar con los rusos una posición de poder absoluto, en vez de pelear por aplacar la rebelión en los Estados Unidos, al mismo tiempo que negociaban en el extranjero? Y aun así, su sonrisa era auténtica. El gesto de ella conmovió sus ojos negros y él también suavizó su postura.

Ruth sintió una especie de perdón, así que se sorprendió cuando Hernández se echó atrás para dejar que otro soldado la bajara del camión. ¿Se habría equivocado? No. La mirada de él se apartó de la doctora con algo parecido a la vergüenza.

Hernández no era lo bastante fuerte como para aguantar su peso. Las quemaduras, el color de la piel... Estaba envenenado por la radiación, pero intentó ocultarlo mirando hacia Cam y Deborah.

Pareció no reconocer a la capitana, pues apenas se habían visto antes, pero ésta se movió al lado de Ruth de forma protectora, mientras Cam se agachaba en el camión con la mano pegada a las costillas. Uno de los marines le ayudó a bajar, y Hernández dijo:

—Hola, *hermano*.<sup>[1]</sup>

— *Mucho gusto en verte*<sup>[2]</sup> —dijo Cam.

—Me alegro de que esté bien —le dijo.

Él se estaba muriendo.

—Gracias, yo también me alegro por usted —Hernández la miró a los ojos antes de sonreír otra vez—. Vayamos a curarles esas heridas. Descansen primero, ya hablaremos más tarde.

—Me gustaría tomar muestras de sangre de todas las personas que hay aquí —dijo Ruth.

—Podrá hacerlo luego, ¿de acuerdo?

—Hágalo —dijo Deborah—. Señor, hágalo mientras nos atienden los médicos, o si no puede que no haya tiempo.

—Usted es Reece, la astronauta —dijo Hernández.

—Sí, señor.

Se frotó los grises hoyuelos que tenía bajo los ojos y sacudió la cabeza.

—Los de Grand Lake no nos dijeron quién iba a venir. Una técnica con escolta, nada menos. Si lo hubiera sabido, habría movilizado a más gente para intentar ahuyentar a los chinos, pero nos superan en número en casi todas partes —dijo—. Lamento lo de sus amigos.

Ruth asintió. Mientras ellos estaban a salvo, Somerset yacía sangrando en la ladera de la montaña, pero Grand Lake había mantenido en secreto su misión porque había una concentración demasiado elevada de vigilancia electrónica centrada en las Rocosas. Podría haber bastado un desliz, una pista. Si los rusos o los chinos supieran que Ruth estaba viajando, el enemigo hubiera redirigido todas sus tropas para matarla o capturarla.

—¿Podrían ir a recoger a las personas que hemos dejado allí? —dijo ella.

—Envié otro camión hace varias horas. No sabemos si podrán pasar por ciertos sitios, pero si el camino está difícil, dedicarán el resto del viaje a su gente.

—Gracias.

—Avisaré a unos cuantos equipos para que se encarguen de las muestras de sangre. ¿Puedo preguntar qué estamos buscando?

—Nanos...

—Lo imaginaba. Si no, no estaría aquí —Hernández les mostró algo del guerrero que había en su interior, retándola con una mirada—. Pero ya tenemos la vacuna, y no han venido conduciendo hasta aquí porque no pudieran conseguir un helicóptero...

Ruth le interrumpió también.

—No necesito más que una gota de cada hombre, con un pinchazo bastará. Sólo hay que asegurarse de que se guardan todas por separado y se clasifican con la unidad del soldado, la posición que ocupa y dónde estaba antes de la bomba.

—Antes de la bomba —repitió Hernández.

—Sí —Ruth se aclaró la garganta. No quería herirlo más, pero merecía saber la verdad—. Leadville estaba haciendo pruebas con una nueva tecnología con su propia gente —le dijo.

Fueron enviados a una tienda muy concurrida, y allí continuó su sensación de *déjà vu*. Incluso casi se rió, pero la hubiera hecho parecer una loca. Se había visto demasiadas veces rodeada de equipos médicos, como un coche de carreras averiado que tuviera que volver a la pista. Deseó no volver a necesitar nunca ese tipo de atención, y aun así lo único que vería en el futuro sería más sangre. Matar o morir.

¿Cómo podrían terminar con la lucha? ¿Rindiéndose? No sabía si el enemigo permitiría eso siquiera.

Un hombre la ayudó a desvestirse, y luego limpió con cuidado la sangre y la tierra ennegrecida que tenía en la cadera. Ruth sólo llevaba una camiseta y calcetines, y sólo se avergonzaba de lo marcadas que tenía las costillas que mostraba cuando se tumbaba sobre el costado bueno con la camiseta levantada. Cerca, Deborah no llevaba nada de cintura para arriba, vestida con poco más que la ropa interior mientras le trataban las heridas de la espalda. Pero tras algunas raciones de comida, parecía volver a estar bien. Muy bien, de hecho. Era una mujer alta de piel suave y pechos pequeños pero perfectos.

Ruth vio a Cam mirando la figura de Deborah, y de pronto éste notó la mirada de ella. Ruth se sonrojó, pero el equipo médico no notó el cambio. Debían de haber visto a miles de pacientes yendo y viniendo. Como médico, Deborah también parecía algo distante. Ruth pensó que era una lástima reducir el cuerpo humano a un simple vehículo o herramienta. Se alegró de ser una mujer capaz de robarle miradas a un hombre. Ahora estaba preocupada por él. Cam se frotaba la oreja izquierda una y otra vez, apretándose el pecho lleno de cicatrices con la mano derecha. Estey dijo que sólo tenía una magulladura en las costillas, pero estaba claro que le dolía lo suficiente como para no poder levantar el otro brazo, y les comentó que no oía nada de aquel lado.

Llegó el cirujano de Ruth, un hombre enfermizo con cara macilenta por la radiación. Tosió una y otra vez dentro de la máscara que llevaba, aguantando la respiración para calmarse se frotaba las manos de vez en cuando. Ruth habría pedido que la atendiera otra persona, pero una enfermera se le acercó y le susurró:

—El coronel Hanson es el mejor.

El hombre estaba peor incluso que Hernández, y aun así seguía de servicio. Ruth se preguntó cuántos más habría ya enterrados. Sabía que ella misma no dejaría de trabajar hasta que la mataran.

El médico le inyectó en la cadera una buena dosis de novocaína, una anestesia dental, pero nada más. Estaban usando sus últimas provisiones y cada día había más heridos. Ruth gritó al notar la gran presión que ejercía contra su pelvis al sacar la metralla, pero era la mano de Cam bien agarrada a la suya lo que recordaría más adelante.

Hernández fue a buscarlos llegada la noche. Ruth se había forzado a beber una taza de sopa a pesar de las náuseas. Estaba tumbada en un catre con los ojos medio cerrados, concentrada en un punto entre el dolor y la luz tenue de la sala.

Los habían llevado a otra tienda, una más grande, fría y llena de gente. La única iluminación consistía en una sola linterna situada a lo lejos. Las enfermeras pasaban de vez en cuando por delante de la luz, y docenas de pacientes se movían en las

camas y en el suelo, dibujando largas sombras en las paredes de la tienda.

Cam y Deborah se sentaron a ambos lados de Ruth, los dos aún doloridos por sus heridas. Las dos mujeres compartieron cama, intentando darse calor entre ellas. Deborah durmió en la parte de fuera de la cama intentando protegerse las lesiones de la espalda. Cam se sentó contra la fina capa metálica del camastro con los hombros casi tocando los pies de Ruth, que dormía con la cabeza en las rodillas. Ruth les habría pedido que se cambiaran de sitio si no hubiera tenido miedo de ofender a su amiga, pero Deborah no podía sentarse contra la cama. Sentarla en el suelo habría sido inexcusable, y Ruth ya había sido bastante cruel con Cam en lo que a su relación se refería.

Nunca había pretendido ser una molestia. Sólo quería consolidar su relación aunque no fuera más que con un polvo rápido. ¿Cuándo habían tenido tiempo para algo así? Suponía que los soldados apartarían la mirada si ella y Cam se juntaban en un saco de dormir, pero se habría sentido muy vulnerable y, lo que era peor, alguien había robado la caja de condones de su mochila cuando había estado en la tienda médica de Grand Lake.

Ruth se preguntó qué habrían hecho Cam y Allison. ¿Se habrían limitado a las manitas y al sexo oral o habrían tenido relaciones plenas? Ruth quiso enterarse mejor. Quería que él la quisiera más que a la joven, y pensó en Ari y en los juegos picantes a los que jugaban, masturbándose el uno al otro, lamiéndose y besándose. Los recuerdos la hicieron ser consciente de que tenía a Deborah durmiendo contra su espalda. Acomodó los muslos lo mejor que le permitió el dolor de la cadera, intentando contener ahí el calor.

Pensó que había sido más indecisa con Cam de lo que había sido jamás con ninguna otra persona porque él veía lo peor de ella, pero siempre había algo que la confortaba. Podía ser frívolo, o quizá estuviese equivocada. No se sentía que mereciera consuelo, ni mucho menos placer, cuando eran sus errores los que habían iniciado la guerra y matado a una enorme cantidad de gente en todo el planeta.

Ruth se mordió el labio y miró al hombre que había en la cama contigua, un soldado con cortes en la barbilla y la nariz. También había visto que una enfermera le cambiaba unas vendas en el cuello antes de cambiarle las sábanas. Su piel tenía un tono gris amarillento en la penumbra, pero su respiración era estable y Ruth deseó que se recuperara pronto.

Hernández entró lentamente en la sombra, parándose a murmurar algunas frases con alguien a unas cuantas filas de ella. Se volvió a detener antes de llegar a su catre, echando una mirada a los tres que allí estaban.

—Estoy despierta —dijo Ruth.

Hernández movió la cabeza. Llevaba una cantimplora de plástico y se la ofreció. Ruth notó el calor de la botella antes siquiera de tocarla.

—Es sopa —dijo.

—Muchas gracias, general.

El no reaccionó a lo que ella pretendía que fuera un cumplido. Volvió a mirar a Cam, que estaba dormido, y luego al soldado que había en la cama de al Jado. Parecía tan respetuoso como un hombre en una iglesia. No tenía muy buena impresión de sí mismo, lo último que quería Hernández era molestar a los demás. Ruth conocía muy bien la impactante sensación de conexión que ella había visto en todo lo que hacía.

Estey también había ido a verla una hora antes. Ruth apreció el gesto, sabiendo lo ocupado que estaba el sargento. Los dos nunca habían tenido razón alguna para charlar, y Ruth sabía que aquella actitud era un excelente mecanismo para sobrellevar la situación. Intentó mostrarse simpática con él, quería ser algo más que un trabajo para Estey. Le pidió que les diera ánimos a Hale y a Goodrich de su parte, pero él se limitó a asentir y se marchó a hacer cosas mejores.

Frank Hernández era ahora general de brigada. Se había convertido en el tercero al mando del ejército central de Colorado, en parte porque no quedaba nadie más, pero también porque había cumplido cuando la situación lo había requerido. Hernández había resultado clave en la reorganización de las fuerzas de tierra de la zona, preparadas a tiempo para enfrentarse al enemigo. Muchos de los soldados y oficiales de reserva que tenían un rango superior a él se habían quedado atrás.

Fueron sus decisiones las que les habían hecho ganar o perder en muchas batallas de las autopistas 50 y 133. Ya fuera para que una compañía de infantería estuviera en el lugar adecuado o que una unidad de artillería tuviera el equipo para mantener sus armas, Hernández siempre era la clave. Su habilidad de anticiparse a los hechos y a las capacidades de su propia gente había sido crucial para cientos de miles de vidas.

Estaba confusamente ligado a ellos. Ruth pensó que era el sentido de la responsabilidad lo que en realidad le había llevado a la línea de frente. Hernández no debía estar allí. Sylvan Mountain había experimentado un enorme incremento de los ataques con la presión de los chinos en el norte, mientras atravesaban la interestatal 70. Los centros de mando locales de los Estados Unidos estaban escondidos en lo profundo del Valle de Aspen, en una base más grande y segura. Hernández había arriesgado su vida para atravesarla. Había insistido en conocer a los supervivientes del escuadrón de Ruth, pero no estaba seguro de que ella estuviera con ellos. Todo era una excusa. Necesitaba ver a las tropas que conocía sólo como números en los mapas, y ella le respetaba por eso.

—Hemos empezado a recoger muestras de sangre aquí en las tiendas —susurró.

Ruth hizo un movimiento de cabeza, como asintiendo. Perfecto, allí podía encontrar el equipo médico que necesitaba, junto con las pocas listas y tablas que conservaban, a pesar de estar destrozadas.

—¿Qué más necesita? —le preguntó—. Estamos refrigerando las muestras que

sacamos, pero no sé si seremos capaces de construirle una sala estéril.

—No hace falta que malgaste el espacio del refrigerador. La temperatura ambiental es perfecta, y cualquier zona de trabajo me servirá. No hace falta que sea mucho. He llevado a cabo la mayor parte de mi trabajo en la parte trasera de un jeep.

—Entonces, me gustaría que se trasladara mañana. Los aviones enemigos nos atacan en todas partes, pero esta base en concreto suele recibir muchas ofensivas. Preferiría que estuviera en un lugar algo más apartado.

—De acuerdo, muchas gracias —Ruth no pretendía mostrarse tan valiente como para no necesitar protección.

Hernández volvió a buscar sus ojos en la oscuridad. Luego puso la mano en el camastro, cerca de su cara. El gesto fue casi agresivo, pensó ella, una muestra de su capacidad para acorralarla y controlarla.

—¿A qué nos estamos enfrentando? —le preguntó.

—General...

—Tengo que saberlo, Ruth.

Ella se estremeció. Hernández no había usado nunca su nombre de pila, y aquella informalidad estaba fuera de lugar con su pequeña demostración de fuerza. Estaba atrapado, tenía que ayudarla pero seguiría siendo sospechoso, tanto por su traición en Sacramento como por el enorme poder de la nanotecnología. Seguramente era por ambas cosas. Era posible que también Ruth se hubiera portado como una bruja por la forma en que la trataba Hernández, con una mezcla de reverencia y desconfianza. Él entendía de hombres y de armas, pero ella representaba una amenaza muy diferente.

—No sé qué responderle —dijo Ruth— Lo juro, aunque estoy segura de que el fantasma no es un arma. Creo que Leadville estaba experimentando con nuevos tipos de vacuna.

—¿Es ésa la única razón por la que está aquí?

—¡Por supuesto! —había olvidado mantener un tono de voz bajo, y Deborah se agitó contra ella, medio dormida. Cam ya estaba despierto. Sus ojos se habían vuelto a estudiar a Hernández, y Ruth dijo:

—¿Qué está intentando decirnos?

—Hemos estado mirando tus notas.

—La mayoría son especulaciones —sonó defensiva incluso para ella misma.

—Necesito saber más sobre el detonante de saturación.

Ruth se lo quedó mirando, con el cerebro pensando a toda máquina. ¿Qué era lo que aquella gente había concluido de sus números y anotaciones? Parecía improbable que Hernández hubiera entrenado a nadie en el campo de la nano— tecnología. ¿Sería que simplemente les había pedido a ingenieros de combate o técnicos informáticos que sacaran lo que pudieran de sus apuntes? Basándose en su forma helicoidal, Ruth había teorizado que el fantasma había sido diseñado para unirse a

una estructura mayor tras pasar cierta densidad en una población... pero la idea no era más que eso, una idea.

—Si lo leyera todo, sabría que aún tengo serias dudas sobre esa línea de investigación y que la abandoné hace varios días —dijo con firmeza.

—Eso no es lo que me ha dicho mi gente.

—Entonces, están equivocados.

—¿De qué está hablando? —pregunto Cam.

—La doctora Goldman ha considerado una forma de detener al ejército chino que podría matar también a todos los habitantes de las montañas —dijo Hernández—. Una especie de masacre a gran escala.

—No pensará que eso sea cierto, ¿no? —dijo Cam, preguntándose también a sí mismo.

—Creo que Grand Lake haría cualquier cosa por ganar —dijo Hernández, y Ruth alcanzó por fin a comprender a qué se debía el cambio que se había producido. Fue él quien se había perdido en Sacramento, fue él quien había visto cómo se evaporaba Leadville. Hernández la estaba poniendo a prueba. Si fallaba las respuestas, si de verdad él pensaba que Grand Lake pretendía destruirle, la guerra civil volvería a estallar en los Estados Unidos cuando por fin habían conseguido evitarla. Incluso unidas, las fuerzas de Colorado apenas podrían hacer nada contra los chinos.

—¿Cree que hemos venido hasta aquí sólo para morir? —preguntó Ruth con un toque de sarcasmo—. ¿Como si pensáramos que una misión suicida fuera nuestra mejor salida?

—Sé que carga con mucha culpa —dijo él, acabando con su desdén así de fácil—. Sus amigos no tienen por qué saber qué está haciendo —continuó, y tenía toda la razón.

Había convertido en duda el desprecio de la doctora, y ésta se giró enseguida para mirar a Cam.

—No es verdad —le dijo.

—Lo sé —Cam cubrió la mano de ella con la suya.

Detrás de ella, Deborah se apoyaba en un codo para mirar a Hernández. Colocó la otra mano en la cintura de su amiga. Era un gesto de afecto, y Ruth no olvidaría jamás su lealtad hacia ella. Le estaba muy agradecida, porque todavía guardaba un secreto.

—He venido a ayudarle —le dijo a Hernández. Su voz temblaba por las lágrimas — He venido a ayudar a todo el mundo —dijo, y Hernández empezó a mover la cabeza lentamente en la oscuridad.

—Perdóneme —le contestó—, tenía que asegurarme.

—Pero... si nosotros no...

—Lo siento —levantó la mano con inseguridad, como si quisiera buscar un lugar

para unirse a la pequeña cadena que la conectaba a Cam y a Deborah.

Ruth deseó que lo consiguiera. Pero en vez de eso, Hernández bajó el brazo a su lado.

—Mi primera responsabilidad es para con la gente de aquí —dijo—, y sus notas contienen una información temible. —Sí.

Permanecieron en silencio durante un instante, escuchando los incesantes sonidos de la tienda, el barullo de los soldados heridos que estaban solos y tenían frío a pesar de que compartían aquella pesadilla.

—No debería interferir en su camino —le dijo Deborah—. Ruth es la mejor opción que tenemos.

—Ya lo veremos —respondió Hernández levantándose.

Ruth fue tras él.

—Espere, por favor.

—Tengo mucho que hacer.

—No quiero que se marche así —dijo ella honestamente—. Por favor, quédese unos minutos más.

—Está bien —Hernández se sentó de nuevo.

Ruth se esforzó por encontrar algo agradable que decir.

—¿Le apetece un poco de sopa? —le preguntó.

—No, es para vosotros.

Pero había demasiadas cosas importantes que saber y nunca había tiempo.

—Pensábamos que estaba en Leadville cuando explotó la bomba —le dijo.

Hernández asintió. —Allí estaba.

Su compañía sólo sobrevivió gracias a las montañas que rodeaban la capital. El avión enemigo debía de estar por debajo de los cuatro mil metros cuando detonó su carga. El gran anillo de la división había actuado como un cuenco, reflejando el estallido hacia arriba en vez de dejar que se expandiera hacia los lados. El servicio de inteligencia estimó que la explosión había sido de seis megatones. Un dispositivo del Juicio Final. No había motivo para apilar tantos proyectiles en el avión, a no ser que los rusos estuvieran preocupados porque los emboscaran o los abatieran. Con un cargamento de aquella magnitud, podrían alcanzar la ciudad desde ochenta kilómetros de distancia o causar daños a, al menos, unos ciento cincuenta.

Hernández tuvo suerte de que se hubieran acercado tanto. Los reconocimientos aéreos y de los satélites no mostraban más que escombros en la zona cero. No había el más mínimo rastro de nada humano en el valle. La propia tierra era irreconocible. Se habían evaporado enormes cantidades de tierra y piedras, y los restos se convirtieron brevemente en líquido. La tierra, que en aquel momento era totalmente llana, estaba tachonada de dunas y pequeñas colinas irregulares. Casi parecía que alguien hubiera vertido una increíble cantidad de hierro fundido desde el cielo. El

efecto era insólito. La onda expansiva había afectado a todos los puntos bajos de la zona, como si se hubiera desplazado por el terreno. Fue eso lo que salvó a Deborah. La onda saltaba y se hundía, devastando algunos valles y perdonando a otros.

Hernández estaba en una cresta que miraba al sur, lejos de la explosión. La gran serie de cordilleras que había entre su posición y Leadville redirigió la peor parte del daño. Pero incluso cuando parecía que iba a conseguir escapar, el impacto actuó sobre la montaña lo suficiente como para cerrar muchas de sus madrigueras, como manos que se convertían en puños. En apenas unos segundos se encontró con cinco muertos y setenta heridos. El día se convirtió en noche cuando la tormenta golpeó con un calor y un polvo asfixiantes.

Corrieron colina abajo, dejándolo todo menos a los heridos. Tenían miedo de la plaga, pero sabían que se asfixiarían si se quedaban. Más tarde se darían cuenta de que la presión atmosférica había caído en picado en una zona de decenas de kilómetros, mientras la reacción nuclear absorbía aire en una columna inmensa y extremadamente caliente. Tuvieron una pizca de buena suerte, la región quedaba libre de la plaga temporalmente. Una vez llegaron a la base de la montaña, podrían quedarse en la autopista 24 y avanzar rápido por el arrugado asfalto. La nube de hongo cayó sobre sí misma, cubriéndoles de ceniza y tiras calientes.

Hernández enfermó, como la mayoría de sus soldados, lo que les facilitó a los chinos poder cargar contra ellos. Ninguno de los supervivientes del ejército estadounidense había estado tan cerca de la explosión como su unidad, pero al menos un tercio de ellos quedaron expuestos a la radiación, la cual demostró su destructiva efectividad. El grupo era incapaz de montar las contraofensivas que requerían para, al menos, tomar posiciones de defensa, y los generales chinos lo sabían. Los asiáticos siguieron arrasando los emplazamientos americanos, dejando vulnerables sus rutas de suministro, pero asumiendo el riesgo a cambio de más territorios.

El ejército central de Colorado estaba rodeado. Pronto, el enemigo reforzó sus unidades de avance en la interestatal 70 y atacó el Valle de Aspen desde tres flancos distintos. Había otras poblaciones estadounidenses del estado, pero aparte de Grand Lake, ninguna de ellas tenía una fuerza militar significativa.

Aquella era la jugada maestra, o eso parecía que pensaban los chinos. Los víveres, las herramientas y el combustible que necesitaban se hallaban allí mismo. Cada ciudad que absorbían era una ayuda, y al expandirse se lo ponían más difícil a las fuerzas aéreas americanas. Los grandes objetivos eran más difíciles de atacar y llevaba más tiempo cubrirlos, pero Ruth se preguntó si los chinos estarían presionando tanto la zona porque, como ella, también buscaban algún rastro de la nanotecnología desarrollada en Leadville.

Ya deberían haberlo encontrado en los cadáveres de los estadounidenses, y también era probable que hubiesen hecho prisioneros. Es más, no era imposible que

los Estados Unidos hubieran transmitido los nanos a los chinos a través de sus balas y misiles. Cada vez que un soldado cargaba su arma, cada vez que una tropa de tierra rearmaba un jet, su piel, sudor y aliento quedaban impregnados en los proyectiles.

Ruth no tenía forma de saber si los investigadores chinos la habían superado en sus pesquisas o si el enemigo había desarrollado ya nuevas armas nanotecnológicas.

—Ya deben de conocer el Copo de Nieve —le dijo a Hernández. Ruth necesitaba advertirle que fuera cuidadoso con sus aviones si parecía que iban a perder la lucha por mantener alejado al enemigo de la interestatal 70.

Si los chinos flanqueaban el grupo de Aspen, si Grand Lake pensaba que aquél era el mejor sitio para acorralar a los chinos creando un cuello de botella antes de que partieran hacia la nueva capital, no hacía falta decir qué era lo que harían. El Copo de Nieve era la solución fácil. No había forma de defenderse de él, y tras su acción inicial, desaparecía.

—Los equipos armamentísticos estaban intentando... —dijo Ruth, pero se paró al darse cuenta de que se estaba excluyendo de lo que había hecho hablando en pasado.

—Había oído algo de eso —dijo Hernández—. No creo que Leadville permitiera jamás que la nanotecnología quedase fuera de su control.

El general estaba intentando ayudar. Pensó que el Copo de Nieve había desaparecido para siempre. Por un momento, Ruth no pudo hablar siquiera, inmersa en la autocrítica y la vergüenza. Sus tropas la habían salvado, y ella a cambio...

—Grand Lake es quien lo tiene ahora —dijo—, yo lo construí para ellos.

Sus ojos negros se la quedaron mirando en la penumbra.

—No sabía qué más hacer —dijo Ruth, y Cam murmuró:

—Joder...

Ella no se lo había dicho. ¿Qué podía hacer él? En aquel momento parecía la decisión acertada. Pensaba que estaba proporcionando a su país un nuevo y poderoso elemento di—suasorio, algo que seguía siendo verdad, pero en aquel momento todos los allí presentes corrían grave peligro.

Hernández tenía la mirada perdida detrás de ella, y aunque tenía la mano agarrada al borde del catre, era casi como si se hubiera derretido. Había comprendido la situación, Ruth lo vio en su cara grisácea. Él era un estratega, y a lo largo de la guerra civil había visto enfrentamientos entre su gente una y otra vez.

Grand Lake siempre había abogado por bombardear al enemigo. Todavía había oficiales de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos en las bases de misiles de Wyoming y Dakota del norte, pero las Rocosas serían siempre el blanco de cualquier contraataque al oeste del país, y lo que era peor, el enemigo sabría responder a la ofensiva con la misma fuerza.

Pero el Copo de Nieve era diferente. Un arma de tamaño nanoscópico les daría muchísima ventaja. Usarla podría dar lugar a una posible respuesta nuclear, pero los

más desesperados se habían convencido de que asustaría al enemigo lo suficiente para que no les atacaran más. Aquellos hombres podían creer que una nueva arma de destrucción masiva sin parangón era justamente lo que necesitaban para ganar la guerra.

Eso le planteaba a Hernández en un grave dilema. Necesitaba mantener cerca las armas y la infantería para repeler a los chinos, pero al mismo tiempo, si se comprometía demasiado, sus tropas no tendrían oportunidad de retirarse antes de que Grand Lake arrasara la zona. Y aun así, necesitaba disponer de todos y cada uno de sus hombres. Si perdía otra batalla, si Grand Lake se asustaba o simplemente perdía la paciencia con la limitada fuerza del Valle de Aspen, los cazas que lo habían ayudado llevarían la muerte a todos los que estaban allí.

El bombardeo no sería indiscriminado. Ruth esperaba que tuvieran cerebro suficiente como para soltar las cápsulas en el borde más alejado del grupo chino, pero los pilotos no tenían experiencia alguna con el Copo de Nieve. Estaban acostumbrados a atacar de forma directa. A pesar de todo, la reacción en cadena sería congénita a la tecnología, llegaría al frente americano.

—Lo mejor que podemos hacer es decirles a los de Grand Lake que he encontrado lo que buscaba —dijo Ruth.

—Pero si ni siquiera ha empezado... —Hernández se reprendió a sí mismo. Era evidente que seguía confuso—. Claro, por supuesto.

«Le cuesta mentir incluso ahora», pensó Ruth, «a pesar de las muchas veces que la gente le ha engañado a él».

Hernández se levantó, parecía aliviado de poder alejarse de ella.

—¿Qué puedo decirles por un canal abierto? —preguntó.

—Dígales que he encontrado lo que estaba buscando. Sólo eso, debería darnos un poco más de tiempo.

—Les llamaré ahora mismo.

—Lo siento muchísimo —dijo Ruth—, de verdad —las palabras parecían inapropiadas. Una vez más, había herido a aquellos que lo estaban arriesgando todo para ayudarla.

Los artilleros chinos estaban machacando la tierra a distancia, unos golpes estremecedores que iban y venían. Hubo tres o cuatro explosiones simultáneas, seguidas por una pausa, y luego diez o más impactos de un tirón. Durante el breve silencio, Cam oyó fusiles estadounidenses que devolvían el ataque. Todavía tenía el oído izquierdo parcialmente sordo, pero los proyectiles emitían un crujido muy característico. «Crack crack». Las explosiones volvieron, arrasando la otra cara de la montaña unos cuantos kilómetros al oeste. Cam deseó haberse ido lejos de Sylvan Mountain. Esperaba constantemente el momento en el que la roca entrara en erupción y los matara a todos. Estaban muy cerca, y el enemigo había empezado una nueva ofensiva con refuerzos llegados de Ari— zona.

La guerra había estado siempre allí. El humo y el polvo envenenaban el cielo, y llegaban hasta ellos con el viento. Cam se quedó mirando la puesta de sol, un brillo sucio y anaranjado que refulgía detrás de los negros picos que conformaban el horizonte. Aunque sabía que había gente muriendo en aquella luz tan espectacular, y su belleza le molestó.

Se giró hacia el otro lado y miró a Ruth, que estaba en el desfiladero. Se había reunido con Foshtomi y Goodrich en una pared de granito partida, que limpiaban media docena de carabinas para mantenerse ocupados. De otra forma, era imposible aguantar la espera. Hernández les había ordenado quedarse allí quietos. Estey quería dirigir a las patrullas por la zona, y Cam pensó que era tan inquieto como ellos. Pero aquél no era su territorio, y Hernández insistió en que hicieran lo menos posible para no llamar la atención del enemigo. Ya le parecía bastante malo haberse largado de Sylvan Mountain en dos camiones y un jeep con Ruth, Cam, Deborah y cinco soldados apoyados por un escuadrón de marines y él mismo.

Hernández intentó llevar a Ruth hacia los búnkeres de mando de Castle Peak, pero ya habían perdido bastante tiempo. Si podía ofrecer una respuesta, la necesitaba ya. Así que esperaron y comieron. Atendieron las heridas de cada uno e intentaron conciliar el sueño.

Habían pasado casi treinta y seis horas desde que se habían escondido en aquel barranco. Cam estaba dolorido por la tensión. Por encima de todo, si había algo que le había enseñado la plaga era a actuar. La urgencia de estar preparado para cualquier amenaza, fuera real o imaginaria, era exactamente por lo que había dejado a Allison. Se sorprendió a sí mismo con aquella afirmación. Había abandonado su sonrisa y su candor a cambio de nada más que dolor, sangre y gloria. Aquélla no era la decisión de un adulto que actuara con lógica. Y al mismo tiempo, no estaba seguro de qué tipo de hombre habría dejado sola a Ruth.

—Eh, tranquilízate —le dijo Foshtomi, golpeando su rodilla contra la de él.

El movimiento hizo que Cam se diera cuenta de que estaba rígido como una piedra, con el cuerpo agazapado como si estuviera a punto de saltar. Le dolía la mandíbula de apretar los dientes. «Tiene razón», pensó. «Te estás haciendo daño a ti mismo».

—A veces, lo único que puedes hacer es esperar —dijo Foshtomi, volviendo a su trabajo.

Estaba inspeccionando los seguros de las M4, aunque, una vez más, Cam la vio desplazar sus ojos castaños hacia él, como esperando a pillarle desobedeciéndola. Sarah Foshtomi era una buena compañera. Cam casi sonrió. Había cosas peores que sentarse allí con aquella mujer tan fuerte. Estaba seguro, pero él no contaba con el beneficio de los años que Foshtomi había pasado en el ejército. Ella sabía cómo hacer su trabajo y sólo su trabajo, aceptando su lugar dentro de un grupo más grande, donde Cam no había descubierto nada más que la auto confianza de un solitario.

Jamás se había sentido tan apartado. Dos de los marines de Hernández le recordaban como un enemigo. Nathan Gilbride estaba entre aquellos a quienes Cam había traicionado en Sacramento, y ni él ni el sargento Watts parecían dispuestos a perdonarle como había hecho su comandante, y lo que era peor, se lo habían explicado a sus compañeros marines, lo que supuso una presión inesperada. Cam no hubiera imaginado jamás que volvería a ver vivos a ninguno de aquellos hombres. Mantuvo la boca cerrada y los ojos abiertos. Incluso Ruth se había separado de él. La doctora tenía la única tienda del campamento, erigida contra uno de los camiones y oculta con redes y tierra, que camuflaban la larga figura del vehículo con la roca. En día y medio, Cam apenas la había visto dos veces, ambas hablando con Deborah, Hernández y Gilbride. Y aun así, pese a que tenía muchas ganas de tocarla, se retiró. Su trabajo era lo primero. Cam estaba celoso de Deborah por ser tan necesaria. La capitana era la ayudante de Ruth, y organizaba las muestras de sangre de Sylvan Mountain. Pero no se libraba de tener que servirle las comidas, ni de vaciar el cubo que le servía como letrina.

Cam tenía que ir con pies de plomo, había cometido un error la última vez que se había encontrado en esa situación. Cuando Ruth desapareció en el laboratorio de Grand Lake, encontró a Allison.

—Bueno, vamos a recoger —dijo Goodrich. Cargó con dos de las M4 al hombro, y Cam y Foshtomi le siguieron, cogiendo sus carabinas. El ocaso estaba dando paso a la noche. En treinta minutos más, ya no se verían.

Mientras se dirigía con Foshtomi hacia el segundo camión, Cam no pudo evitar mirar hacia la tienda de Ruth. Era una estructura endeble donde se alojaba su mejor esperanza. No podrían protegerla de las balas ni de los aviones, y sabía que él era el más inútil de todos, con un entrenamiento deficiente, un oído sordo y una mala relación con los marines.

Se habría retirado si hubiese tenido adonde ir, sólo por poder caminar otra vez. Tan grande era su urgencia. Reconoció el motivo de aquel sentimiento, eran los nervios, la duda y los traumas que tenía, pero se preguntó si conseguiría aplacarlos algún día. Aunque Ruth le diera la oportunidad, o Allison, o quien fuera, Cam se preguntaba si siempre estaría intentando escapar de sí mismo.

—Ahí está —dijo Foshtomi mientras apuntaba la linterna al desfiladero. Dos siluetas se proyectaban en el lado de la tienda, eran Deborah y Ruth.

Justo delante de las dos mujeres, un marine agachó la cabeza, iluminado por la luz amarilla. Hernández había ordenado que se mantuviese en la oscuridad absoluta.

—¡Eh! —gritó alguien. La silueta de Ruth dudó, pero la alta figura de Deborah salió de la tienda.

Cam dejó su cantimplora y se acercó a ellos, parpadeando para recuperar la visión nocturna.

—Cam, espera —dijo Goodrich, pero no se detuvo. Si el sargento insistía, podía decir que no le había escuchado por culpa de su oído sordo.

—¿Dónde está el general Hernández? —preguntó Deborah a los soldados que había enfrente de la tienda.

Estaba ayudando a Ruth y hablaba por ella. Ruth se tambaleó, protegiéndose la cadera, y Deborah le puso una mano en la cintura. Cam pasó por delante de los marines para ponerse a su lado. Uno de ellos dijo algo de lo que Cam sólo pudo entender el final: «...justo ahora». Pero el hombre señaló un lugar mientras hablaba, y aquello fue suficiente. Cam estaba más interesado en intentar evaluar la salud de Ruth en la oscuridad.

Ella se dio cuenta de su presencia y sonrió.

—¿Cómo estás? —le preguntó. Entonces se separaron otra vez cuando Deborah condujo a su amiga hacia delante, avanzando entre los marines. Ruth volvió a mirar atrás, agitando sus rizados cabellos bajo la luz de la luna.

«¿Qué habrás encontrado?», se preguntó Cam. Conocía lo suficiente sus estados de ánimo como para reconocer aquel cansancio placentero. Buenas noticias. Había buenas noticias, y eso significaba que ninguna de las pérdidas había sido en vano. El mero pensamiento le hizo sonreír mientras avanzaba hacia el grupo. El viento, frío y vivo, soplaba a través del cañón. Cam advirtió otro tipo de movimiento a su alrededor cuando los demás soldados se levantaron y se unieron a ellos. La mayoría de los veintiséis soldados y marines estaban escondidos en madrigueras fuera del barranco, pero Ruth se llevó consigo a los demás en parejas y tríos.

Al igual que los camiones, el jeep también había sido cubierto de redes. Hernández dormía pegado al vehículo y a la radio. Un cabo de los marines se sentó cerca, apoyado contra un neumático con la ametralladora en su regazo. Cam despertó a Hernández, quien tosió y se levantó. Entonces volvió a toser, de forma incontrolada.

Deborah soltó a Ruth y se arrodilló cerca de él, apoyando la mano en su espalda mientras éste buscaba el aire.

—General —le dijo.

—Estoy bien —dijo tosiendo las palabras.

Deborah se sentó a su lado. Estaba intentando medir la fuerza de su respiración, y a Cam no le gustó la evidente tensión que la médico tenía en los hombros. Mierda, Hernández les había estado ocultando sus problemas respiratorios, pero aunque fuese por un resfriado y no por la radiación, el hombre no estaba en condiciones de luchar contra un virus.

Hernández estaba pálido y demacrado.

—Doctora Goldman —dijo, localizando enseguida la cara más importante de las que lo rodeaban.

—Confiaban en usted —dijo Ruth—. Confiaban en usted más de lo que imagina.

—No lo entiendo.

—Leadville —dijo—, los laboratorios.

Al oeste, un grupo de explosiones brotó de las negras montañas. El estruendo les había llegado un instante después de que Ruth se arrodillara también, doblándose para proteger las heridas de la cadera izquierda. Algunos de los marines se arrodillaron también, y Cam no se sorprendió por aquella repentina intimidad. Todos querían escuchar.

—Estaban probando nanos en las unidades de vanguardia —dijo Ruth—, pero estaban muy seguros de lo bien que funcionaría la nueva vacuna. Confiaron en usted.

—Una nueva vacuna —repitió Hernández.

—Sí —sus ojos eran grandes y tenían una mirada infantil—. Ahora mismo hay dos tipos de nano en su interior, y los dos son diferentes de todo lo que he visto hasta ahora.

Hernández volvió a toser, estremeciéndose. Al lado de Cam, uno de los marines se llevó la mano al pecho, y muchos otros se miraron a sí mismos o se palparon con las manos, temerosos de los nanos que no podían ver.

—Lo eligieron a propósito, general —dijo Ruth—. Ellos creían en usted. Hemos tomado cientos de muestras de sangre y nadie más tiene la vacuna o el fantasma.

—¿Y qué significa eso? —preguntó una mujer detrás de Cam. Era Foshtomi, y se giró para ver que se había alejado del grupo, como si aquello pudiera salvarla. Pero era una joven leal y valiente. El viento le llevó el cabello oscuro a la cara, y avanzó movida por la brisa, uniéndose a ellos a pesar de los nervios.

Ruth miró a la joven, y luego volvió a girarse hacia Hernández. Puede que fuera la imaginación de Cam, pero creyó que Ruth le miraba a él también después de apartar la vista de Foshtomi. ¿Por qué? ¿Porque no le gustaba que él y Sarah se hicieran amigos?

—¿Cuánto tiempo pasó fuera de Leadville antes de que explotara la bomba? —le preguntó a Hernández—. ¿Estuvo sobre la barrera todo el tiempo?

—¿Pero qué está diciendo? ¿Que somos inmunes a la plaga?

—Del todo. Los efectos atmosféricos de la bomba no tienen nada que ver con el hecho de que sus tropas fueran capaces de correr por debajo de los tres mil metros y sobrevivieran.

Hernández movió la cabeza en señal de negación.

—Nos habríamos dado cuenta.

—No. No si nunca lo habían intentado. No habrían atacado por debajo de la barrera hasta que Grand Lake les llevara la vacuna que Cam y yo sacamos de Sacramento, ¿verdad?

—Pero sí que iniciamos algunas ofensivas. Pensamos que todavía había zonas donde la bomba había acabado con la plaga.

—Eran inmunes. La vacuna de Grand Lake no era ni la mitad de buena que la que ya tenían —se rió Ruth, pero era una risa llena de tristeza—. Debió de adquirirla en algún momento durante las dos semanas antes del lanzamiento de la bomba. Leadville capturó a nuestros amigos en las Sierras, donde consiguieron el modelo primitivo de la vacuna. Entonces le infectaron con una versión mejorada de una tecnología derivada para ver cómo interactuaban las dos.

Los soldados volvieron a agitarse nerviosos.

—Joder —dijo Watts tapándose la boca con la mano.

Era otro gesto de protección, nada diferente a la forma en que Foshtomi se había alejado del grupo. Aquellos hombres y mujeres seguían pensando en los nanos como en una enfermedad.

—¿Le dieron algún tipo de pastillas o inyección? ¿Algo que dijeran que era una vitamina? —preguntó Ruth.

—No.

—Podrían habérsela colocado en el agua o en la comida.

Por lo que sé, el modelo mejorado tiene las debilidades de la primera generación. Sólo responde cuando se expone a la plaga, lo que significa que la infección habría sido esporádica a no ser que todos hubieran comido o bebido lo mismo —Ruth hizo una pausa, avergonzada—. Después de que cayera la bomba, cuando bajaron de la montaña, ¿murió alguien?

—Fue bastante caótico —dijo Hernández—. Estaba oscuro y hacía mucho calor. Ruth le cogió del brazo.

—¿Hay alguna forma de saber si alguno de ellos murió a causa de la plaga?

El se miró la mano, y luego negó con la cabeza.

—Por favor —dijo Ruth—, es muy importante.

—Fue bastante caótico —repitió, y Cam se maravilló por la comprensión.

—Tenemos que asumir que existe la posibilidad —dijo Ruth. Miró a Deborah, como si recordara una conversación anterior. O puede que no pudiera soportar volver a mirar a Hernández.

El general seguía con la cabeza gacha, luchando ya fuera contra su enfermedad o contra su alivio. Parecía especialmente débil, y Cam se giró también. Los soldados hicieron lo mismo. Su respeto por Hernández así lo pedía, y Cam se preguntó qué harían cuando muriese.

—Necesito otra muestra de su sangre —dijo Ruth lentamente—. Necesitamos asegurarnos de que podemos hacer llegar la nueva vacuna a tanta gente como sea posible, y creo... Estoy segura de que los segundos nanos son la única razón de que esté vivo.

—Nos dieron filete unos pocos días antes de la bomba —dijo Hernández—. Un buen filete. No era mucho, pero nos sorprendió.

—Seguramente fue eso —contestó Ruth.

—Habíamos empezado a comunicarnos con otras unidades bajo la barrera. Yo... Estuvimos hablando de abandonar nuestros puestos.

La emoción de sus ojos era tanto de angustia como de sorpresa. Hernández se alegraba de haberse equivocado, pensó Cam. A pesar de todo lo que había ocurrido, se alegró al descubrir que Leadville seguía confiando en él.

—Pensamos que nos estaban castigando —dijo Hernández—. Pensamos que la carne sólo era una forma de mantenernos bien sujetos.

—Confiaban en usted.

—Ya estaba cometiendo traición —dijo, mirando a los marines de izquierda a derecha. Estaba usando su confesión para acercarlos a él. Se había recuperado de la impresión, y Cam volvió a quedarse impresionado por la habilidad que tenía. Todo era una lección para él. Su concentración en las tropas y el interminable proceso de mejorarlas era lo que le había hecho tan fuerte. Cam envidió a Hernández, aunque no era la primera vez.

—Señor, muchos de nosotros estábamos buscando a los rebeldes —dijo Watts, y Deborah añadió:

—No habría importado, usted no tuvo nada que ver con la bomba.

—Sí importaba —dijo Hernández— Debería haber sobresalido. ¿Y si el consejo presidencial escuchó algún rumor de lo que estaba haciendo? ¿Y si es por eso que no me dijeron nada de la vacuna? Pensad en lo que podríamos haber conseguido si lo hubiésemos sabido. Podríamos haber descendido la montaña. Podríamos haber bajado y detenido a los chinos.

Cam frunció el ceño. Era verdad que se habían perdido muchas buenas oportunidades, pero le preocupaba que Hernández pudiera ignorar la forma en que había sido usado como conejillo de indias. Era un punto ciego. Su fidelidad era la

gran diferencia que había entre ellos, y Cam se enfadó por él. Se enfadó con él.

—Dice que nos inocularon dos tipos de nanos —dijo Hernández, tosiendo otra vez mientras se giraba hacia Ruth.

Ella asintió.

—Lo llamamos «el fantasma» cuando lo encontramos en Grand Lake. Nadie sabía lo que era, y Leadville debió de haber colocado varias generaciones del mismo en un apuro. Aislamos al menos cuatro cepas diferentes antes de venir aquí.

—Pero no es una vacuna.

—No. Bueno, sí. En cierto modo, sí lo es. Sigo pensando que muchas de las víctimas de la radiación no están tan mal como deberían, pero nadie tenía la más mínima idea de lo cerca que estuvieron de la explosión. Nadie excepto usted.

Sobre ellos, la noche se llenó de pájaros, una bandada que provocó un grito de advertencia por parte de uno de los marines. Cam se estremeció.

Ruth apenas reaccionó a la interrupción, su voz sonaba seria e intensa.

—Señor, debería estar muerto. La radiación que absorbió sobrepasa todos los niveles, pero usted tiene la versión más avanzada del fantasma que he visto. Es una especie de mejora integral. Creo que es un prototipo que pretendía proteger el cuerpo del Copo de Nieve. Los soldados que portaran una versión perfecta podrían atacar al enemigo con él y no sufrirían sus efectos... y además, creo que le está ayudando a mantenerse vivo a pesar de los daños de la radiación. Está limpiando sus células gradualmente. —Giró la cara hacia Cam, y entonces volvió a mirar a Hernández—. Le está reconstruyendo.

—Pero si estoy más enfermo que nunca.

—No creo que pueda mantenerse activo mucho más, es un modelo primitivo.

Hernández no dijo nada más, aunque debía de tener el cerebro en marcha. Cam seguía intentando encontrarle sentido a todo lo que había oído, pero no se dio cuenta de que el General tenía un pie en la tumba.

—Lo siento —dijo Ruth, y Hernández le cogió la mano.

«Ella puede curarnos», pensó Cam.

—Lo siento mucho —dijo Ruth, pero Hernández apretó los labios en una tímida sonrisa y dijo:

—Nos mantuvieron vivos más de lo que teníamos derecho a esperar —se refería a sí mismo y a los supervivientes de su compañía. Seguía estableciendo conexiones entre él y Leadville, buscando consuelo en el pasado.

—¿Puedes salvarle? —preguntó Cam, porque habría sido feo decir lo que en realidad quería saber. «¿Puedes curarme?». Estaba avergonzado de ser tan egoísta, porque Hernández seguía poniendo a todo el mundo por delante de él. El general no se lo hubiera pedido por él, pero sus tropas hablaron por su boca.

—Por favor, tiene que mejorar la vacuna —dijo Watts.

—Por favor —añadió Foshtomi, y otro hombre dijo:

—La vacuna ya funciona bastante bien, ¿no?

Ruth agachó la cabeza. Cada día se veía más humilde, algo extraño en alguien tan experimentado. Su pequeño hábito de escapar de todo se había acusado últimamente, y Cam recordó el gesto que hizo el día que conoció a Allison, evitando a la joven. Ruth estaba aprendiendo a evitar los retos, lo que era peligroso para todos ellos, y Cam compartió parte de la culpa por su indecisión.

—Es posible —dijo ella, al fin—. Sí, el potencial que hay aquí es increíble. El modelo que tiene dentro representa el mejor trabajo de la elite en nanotecnología, cincuenta investigadores completamente equipados con herramientas y ordenadores.

Quería decir que ella estaba sola. Seguía midiendo sus palabras, como si hubiera alguna posibilidad de que no la acorralaran. Sus vidas dependían de ella. Es más, su trabajo determinaría el resultado de la guerra. La humanidad se reconstruiría en Norteamérica. No había duda de ello, pero el color de la piel de los nativos y la lengua que hablarían dependería del éxito o el fracaso de Ruth.

La habilidad para moverse libremente en las zonas afectadas por la plaga era sólo el principio. Una nanotecnología capaz de curar heridas graves los haría imparables.

Cam dobló sus manos ajadas y miró hacia Deborah, Ruth y Hernández, todos ellos heridos también de formas diferentes. ¿Y si pudieran levantarse después de que les dispararan o se quemaran? Serían superhombres, y Cam intentó rezarle a todos los científicos que habían muerto en Leadville.

«Ayudadla», pensó. «Tenéis que ayudarla como sea». ¿No podrían hablar con ella a través de su trabajo? Habría pistas y otras pruebas en los nanos, problemas evidentes que arreglar y mejoras que realizar.

—Ya lo habíais hecho antes —dijo Cam.

—Yo lo vi —afirmó Watts.

En el laboratorio de Sacramento, Ruth había reunido y mejorado el trabajo de cuatro equipos científicos, usando la tecnología Arcos original para crear la primera vacuna eficaz. Por supuesto, había contado con la ayuda de dos especialistas, D.J. y Todd, quienes ya debían de estar muertos o condenados por la radiación.

—Mucha gente depende de ti —dijo Hernández. Ruth no les miró.

—Necesito tiempo —dijo—, puede que demasiado. Y aquí no tengo ninguna clase de equipo.

—Pero sí en Grand Lake —dijo Hernández. —Sí, algo.

—Podemos llevarte allí.

Avanzaron hacia el nordeste la mañana del uno de julio, conduciendo colina abajo antes de que el sol asomara en el horizonte. Las montañas del este se alzaban a cuatro mil metros de altura, escondiendo el sol. Cam sintió cómo su mirada subía y bajaba siguiendo la línea de aquellos picos. Era difícil asegurarlo de cara a la luz, pero las

montañas parecían extrañamente planas en las caras orientadas al sur. Estaban derretidas. Aquellas moles eran lo que había salvado el Valle de Aspen de la bomba, canalizando y disipando la mayor parte de la onda expansiva. Incluso así, la escolta de Ruth continuó avanzando por una zona donde el terreno era pantanoso, aún anegado por los torrentes de nieve derretida. Aun así, los árboles caídos estaban secos y quebradizos.

—Cuidado —Foshtomi evitó que Cam hiciera lo mismo que Mitchell. Este había pisado lo que parecía un charco normal, pero la superficie era engañosa. Mitchell se hundió hasta la cintura. Se giró para agarrarse a un tocón, y Foshtomi se adentró para ayudarlo, quedando los dos cubiertos de la mugre de la negra corteza.

—Aguanta —le dijo Foshtomi.

Cam miró atrás. Estaban en medio del grupo para ayudar a Ruth mientras muchos de los soldados de rango superior caminaban al frente, pero Ruth ya estaba buscando otra forma de protección hablando con Deborah. Señaló algo y se movió a la izquierda.

—¡Espera! —gritó Cam, corriendo para ir con ella.

Unos cuantos árboles aún se alzaban hacia el cielo, deshojados y partidos. Aquella gran ladera estaba cubierta de árboles caídos. Por suerte, el bosque de arces y álamos era bastante denso a esos dos mil ochocientos metros de altura, porque momentos después de que les llegara la onda expansiva las riadas juntaron las ramas y troncos caídos formando un puzzle un traicionero como si fuera el Mikado.

La zona de abajo era diferente. Gran parte de la maleza y la hierba había sobrevivido al calor y a las tormentas. Muchos lugares ni siquiera se habían anegado. Los árboles y las rocas formaban miles de pequeñas presas, dirigiendo el agua hacia arroyos y pantanos. Pero incluso donde el suelo se había salvado, la maleza estaba medio marchita. Cuando Cam tocó unas hierbas, las hojas se deshicieron como confeti. Cada minuto que pasaba en aquella ladera, estaba más seguro de que estaba absorbiendo radiación.

Cogió el brazo de Ruth cuando empezaba a alejarse bastante de Deborah.

—Tienes que esperar —le dijo.

Sus negros ojos brillaron para él. Ya no llevaban las gafas ni las máscaras, no había necesidad, así que pudo contemplar perfectamente la expresión de Ruth. «Suéltame», decía.

—¡Suéltame! —dijo mientras seguía subiendo, dejando un rastro de cortezas caídas según las tocaba con los guantes o las botas.

Cam la siguió.

—Espera, maldita sea —dijo, buscando los ojos de Deborah en vez de los de Ruth. Se veía ralentizado por el dolor de las costillas, y Ruth ya había cojeado hasta el siguiente árbol caído, agarrándose a las ramas del mismo.

Se había comportado así desde que Hernández se había marchado.

—Tienes que hablar con ella —dijo Cam, poniéndose al lado de Deborah. Pero la esbelta rubia sólo se encogió de hombros, casi indiferente.

—Es que tiene razón, tenemos que seguir avanzando.

—Si se rompe una pierna... —dijo Cam, levantando la voz.

De pronto, Ruth se paró delante de ellos. Cam miró hacia arriba. Cuarenta metros más adelante, Estey había levantado la mano, haciéndoles señales de la presencia de agua, barro y árboles caídos. En el espacio que había entre ellos, Goodrich y Ballard se quedaron también quietos. Los soldados formaban tres grandes siluetas humanas entre los escombros.

Cam también le hizo señales a Estey y le dijo a Ruth:

—Es una tontería que vayas delante. Tenemos que volver con los demás.

Pero no fueron las señales lo que la detuvieron. Había encontrado un pájaro.

—Vaya —dijo Deborah con dulzura, mientras Ruth se arrodillaba y cogía a la pobre criatura.

El pinzón no podía llevar mucho tiempo en la zona de la plaga porque todavía estaba vivo, aunque se le estaban cayendo las plumas de la panza y el cuello. Aleteó débilmente en el barro, intentando escapar. No tenía fuerza en las alas y quizá también estuviera ciego. Los ojos del pájaro eran de un azul pálido que Cam nunca había visto antes.

—¡Por aquí! —gritó Estey, y Cam hizo señales otra vez, aunque no estaba seguro de si Ruth obedecería. Dudó al poner los guantes a los lados del pájaro. Cam pensó que no debía de haber visto las ardillas con las que se habían cruzado unos quince minutos antes, dos pequeños animalillos que habían bajado juntos la ladera. Las ardillas también la habrían hecho parar, y él prefería su salvaje impaciencia.

Ruth podía ser bastante descuidada con su propia seguridad cuando se volvía maniática, pero aquello también la hacía peligrosa para todo lo que se le pusiera por delante. No podían dejar que le pasara algo. Necesitaban de su experiencia una vez más, y todavía estaban a una hora de su lugar de encuentro. Cam rezó por que lo consiguieran.

—Míralo —dijo. Se refería al pajarillo.

—Tenemos que seguir —dijo Cam, y Deborah añadió:

—Ruth, va a salir el sol.

—Está bien —al principio no se movió—. Tienes razón, sólo es un maldito pájaro.

Ruth se levantó y pasó entre ellos con las manos temblando.

Iban a pie porque Hernández se había llevado el camión para volver a Sylvan Mountain, tanto para unirse de nuevo a la base como para atraer la atención de los satélites enemigos. Los camiones serían mucho más llamativos que un grupo de

personas, sobre todo si los vehículos avanzaban hacia el frente. Si se producía un ataque, Hernández quería ser el que recibiera el daño. Les estaba haciendo ganar tiempo. Organizó un grupo de helicópteros para llevar a Ruth otra vez al norte, pero no quería arriesgarse a encontrar una emboscada tan cerca de Sylvan Mountain. Los chinos tenían demasiados cañones apuntando a la zona. Los invasores podrían continuar su presión en el combate aéreo. Los helicópteros eran demasiado vulnerables, pero Hernández pretendía lanzar una contraofensiva para hacer que los chinos se retiraran. Una distracción.

Tú asegúrate de hacer todo lo que puedas», le dijo Hernández mientras Ruth le cogía del brazo, clavándole una jeringuilla que ella misma se clavó después en la muñeca. Era por eso que estaba tan furiosa. Estaba claro que Hernández no esperaba ver los frutos de su trabajo, y Cam pensó que seguramente les pediría a todos los enfermos que le siguieran para realizar el asalto. Cam pensó que él también aceptaría en esa situación.

Lo peor que le pasó a Ruth fueron unos arañazos y un tobillo torcido. Parecía ansiosa por herirse, y se estrellaba contra las ramas y los barrizales. Estaban incubando su salvación. Llevaban cuarenta minutos bajo la barrera, y la vacuna perfeccionada iría deshaciéndose del modelo antiguo, multiplicándose poco a poco para acabar con la plaga. Al mismo tiempo, los nanos mejorados les ayudarían a protegerse de la radiación.

Hernández daría su vida por ella. Con un poco más de tiempo en los laboratorios de Grand Lake, Ruth podría hacer cambiar el curso de la guerra a su favor mejorando los nanos. Parecía que sus posibilidades no tuviesen límites. Acelerar la capacidad de regeneración de un hombre era sólo el principio. Quizá consiguiera doblar sus fuerzas, sus reflejos, su vista... Pero, como siempre, el problema era la contaminación. Si conseguían inocularse una versión mejorada, era inevitable que se dispersara también entre el enemigo. Los súper soldados tendrían ventaja durante un corto periodo de tiempo antes de que el enemigo se alzara de nuevo con las mismas capacidades. Los Estados Unidos tendrían que lanzar nuevos ataques en una única ofensiva coordinada, si es que les daba tiempo, o si es que quedaban suficientes estadounidenses.

El pantano se iba oscureciendo según Estey los conducía a una zona donde el bosque se había incendiado antes de que las inundaciones extinguieran el fuego. Cam vio otro pájaro moribundo. Después también vio una lata azul de Pepsi y se preguntó cómo habría llegado hasta allí.

Desde algún lugar del norte llegó el rugido de unos cazas.

—¡Agachaos! —gritó Estey. La mayoría se aplastó contra el suelo lleno de madera carbonizada, pero Ruth se quedó de pie mirando. Foshtomi le tiró de la chaqueta.

—¡Agáchate, idiota! —dijo, pero el estruendo sonaba cada vez más lejos, hasta perderse en la oscuridad de la noche que aún había detrás de ellos.

Cam se giró para mirar el oscuro horizonte sembrado de brillos anaranjados, cuando unas gigantescas explosiones llenaron los valles cerca de Sylvan Mountain. Los cazas estadounidenses estaban atacando otra vez a los chinos, allanando el camino para el asalto por tierra.

Hernández contaba con ciertas ventajas. Estaba en posición elevada, por ejemplo. Era bastante irónico. Los ejércitos de Colorado se habían mantenido sobre los tres mil metros por miedo a la plaga, cediendo la mayor parte de las tierras bajas y las autopistas a los chinos, pero ahora aplastarían al enemigo con la supremacía de sus posiciones elevadas. «Pero no lo harán por ella», pensó Cam. No sólo lo hacían por ella, aunque Hernández hubiera intentado estrategias más conservadoras si no quisiera proteger a Ruth por encima de todo. Por eso ella estaba tan furiosa. Miles de personas más morirían para servirla, sin importar si ella estaba de acuerdo o no.

El sol por fin les tocó mientras avanzaban por el pantano hasta la bifurcación de un río. La luz les resultó cálida y acogedora, aunque el viento empezó a llevarles el sonido de los disparos. Entonces, llegaron más aviones. El clamor de la guerra les siguió durante varios kilómetros, y Ruth mantuvo todo el tiempo la cabeza agachada, cojeando por las rocas y la hierba tan rápido como podía.

El sonido de los helicópteros resonaba desde el paso de montaña que había frente a ellos. Se convirtió en un rugido al aparecer tres Black Hawk en el terreno que había más adelante. Estey se arrodilló con la radio en mano mientras Goodrich agitaba los brazos sobre la cabeza, así que Cam se sorprendió cuando dos de los helicópteros se giraron y siguieron su camino. Eran más cebos. El tercer helicóptero fue directo hacia ellos y aterrizó cerca. El jefe abrió la puerta de golpe.

—¿Confías en mí? —preguntó Ruth, acercándose tanto que su pelo se pegó en la cara de Cam. Él apenas la había escuchado. En la cabina, el sonido de los rotores le hacía temblar el cuerpo. Las turbinas chirriaban cada vez que el helicóptero ganaba altura y se mecía por el terreno. Cam miró afuera para ver el tranquilo mundo que sobrevolaban. Las figuras de las montañas subían y bajaban, pero la desolación era constante. Cientos de kilómetros estaban quemados, inundados o llenos de árboles muertos.

Ruth se apartó un poco para verle la cara. Había algo nuevo en sus ojos, excitación y miedo, una idea. Cam asintió. Dejó que acercara otra vez los labios a su oreja.

—Necesito que confíes en mí una vez más —le dijo.

Los soldados de Estey fueron separados en cuanto el helicóptero aterrizó en Grand Lake. Cam y Deborah también se sumaron a la operación. Los médicos de las Fuerzas Especiales llenaron varias jeringuillas con la sangre de cada uno de ellos.

Otros soldados les llevaron a barracones y búnkeres de mando, les pinchaban rápidamente los brazos con jeringuillas y luego proporcionaban la sangre que les habían sacado a otros hombres y mujeres. Era casi cómico. Cam estaba agotado, y el proceso tenía un aire disparatado que le recordó a los espectáculos de payasos que había visto en varias ferias y parques de atracciones cuando era niño.

«¿De dónde habrá salido ese recuerdo?», se preguntó, presionando un trozo de algodón sobre el pinchazo del brazo mientras tres soldados lo llevaban a otro búnker. Tuvieron un percance con un civil. El hombre intentó agarrar a Cam, pero los soldados le dieron un puñetazo en la cara.

Grand Lake estaba en estado de confusión. Gran parte de la zona se estaba evacuando. Cam se halló en una tienda llena de pilotos ataviados con uniforme de vuelo que salieron corriendo de la barraca en cuanto recibieron su sangre. Cam pasó también por dos tiendas llenas de oficiales donde se enteró de todo lo que necesitaba escuchándoles confirmar señales y fechas de encuentro. Una sección entera había llevado a Ruth al laboratorio. Algunos de los comandantes de más rango también se quedaron, al menos hasta que se establecieran bases alternativas bajo la barrera. Estaban haciendo todo lo posible para salir de allí sin reducir sus defensas, pero eso era imposible. La transición resultaría en una enorme cantidad de trabajo justo cuando necesitaban esos recursos para centrarse en el enemigo, pero eran demasiado vulnerables en aquellas montañas. Los cazas chinos habían atacado Grand Lake ocho veces en los dos últimos días, bombardeando las improvisadas bases aéreas y las tropas de tierra. Los aviones enemigos podían volver en cualquier momento.

Pero Cam sabía algo que ellos desconocían. Ninguno de los esfuerzos de ambos bandos sería necesario si Ruth tenía éxito. Ya no pensaba en mejorar los nanos, sino que había ideado una forma de eliminar al enemigo completamente, aunque no había garantías de que su plan funcionara. Hasta entonces, lo único que podía hacer Cam era cumplir su parte.

Divisó a Foshtomi entre las tiendas corriendo con sus propios guardaespaldas. En otra ocasión, vio a una muchedumbre en la colina que había enfrente, un gentío en los campos de refugiados que debía de estar rodeando a otro de sus compañeros de equipo. Muchos de los refugiados se habían marchado ya, quedándose sólo con el modelo anterior de la vacuna. Sin embargo, otros se habían quedado, ya fuera por inercia o para ayudar a organizar lo que faltase.

Allison Barret era una de las que se habían quedado. Se encontró con Cam aquella tarde mientras éste comía con Ballard y Goodrich. El resto del escuadrón aún no había aparecido, y el corazón le dio un vuelco al ver una cara familiar. Cam se levantó de la mesa y caminó pasando a los guardias para abrazarla.

—Ven conmigo —le susurró Allison. Sus ojos azules brillaban esperando la respuesta.

El negó con la cabeza.

—No puedo —pensó que se refería a salir de la tienda, pero Allison tenía planes mayores.

La joven mostró los dientes con su sonrisa más radiante y hermosa y dijo:

—Puedes ayudarnos. Por favor, la gente normal también es importante. Necesitamos más líderes y tú has estado bajo la barrera muchísimas veces. Sabes qué hay allí.

—Lo siento.

—Por favor. Vamos a ir hacia el este —mantuvo el brazo alrededor de su cadera—. Pronto atacarán otra vez este lugar. Lo sabes.

—Sí.

Ballard le dijo que ya habían usado el Copo de Nieve. Los asaltos de tierra de Sylvan Mountain habían fracasado casi de inmediato, derrotados por la superioridad aérea de los chinos, tal como Hernández debía haber supuesto. Horas antes, Grand Lake les había hecho morder el polvo mientras perseguían a Hernández por las montañas perdiendo también a parte de las fuerzas estadounidenses. Era una desesperada demostración de fuerza. Ambos bandos estaban resentidos e indignados. Corría el rumor de que los códigos de lanzamiento estaban fijados. Podía haber un intercambio de ataques nucleares, y estaba claro que Grand Lake sería uno de los objetivos principales.

—Deberías marcharte —dijo Cam.

—No puedes ayudarla más, ya has hecho suficiente —Allison volvió a mostrar los dientes de aquella forma tan agresiva—. No está enamorada de ti.

—¿Qué?

—Que no está enamorada de ti. Al menos, no de esa forma.

—Ésa no es la cuestión —dijo Cam sinceramente. La conexión que sentía con Ruth era mucho más que la de un amante. Era compleja y poderosa. Sí, habían compartido una intimidad física tocándose y besándose. Era posible que hubiera algo más, pero lo que sentía por ella iba más allá de todo aquello. Tenía que hacerlo.

—Siempre puedes cambiar de idea —dijo Allison—. Puedes venir con nosotros cuando quieras.

Entonces se marchó. Cam fue tras ella, aunque se paró ante la salida de la tienda. Dos de los guardias le habían seguido, y él miró al cielo nocturno, buscando las luces de los aviones norteamericanos. ¿Habría alguna señal de alarma?

Quizá fuera mejor desaparecer bajo el blanco fuego nuclear, así no tendrían que sufrir más. Podrían dejar de huir por fin.

Cam pensó en Nikola Ulinov, a quien nunca pudo conocer. Pensó en Ruth, intentando ir más deprisa que la marea de la guerra. A pisar de todo, se sintió calmado y tranquilo. Había hecho todo lo que había podido. Ahora la situación ya no

estaba en sus manos. De una forma u otra, haría todo lo que fuese necesario para ayudar a Ruth. Siguió esperando y vio cómo Allison se unía a la muchedumbre de soldados que luchaban por salir de aquel lugar que se había convertido en objetivo.

El bunker de mando estaba escondido tras lo que parecía una autocaravana normal, como muchos de los refugios de Grand Lake. Ruth estuvo a punto de no llegar. Los cuatro soldados estacionados en la puerta eran comandantes de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y le quitaron el seguro a las armas cuando la doctora se acercó, lo que la puso tan nerviosa como furiosa.

—Cumplimos órdenes estrictas, señorita —dijo su capitán.

—¡Y yo también, joder!

—Esta es la doctora Goldman —dijo Estey a su lado, pero Ruth pensó que su escolta era parte del problema. Cam le pidió a Estey, Goodrich y Foshtomi que se pegaran a ella. Los tres ya se habían acostumbrado a protegerla. Por desgracia, la responsabilidad más importante del capitán de las Fuerzas Aéreas era considerar a todo el mundo una amenaza.

—Es la chica de los nanos —dijo Estey.

—Tengo que ver al gobernador Shaug —Ruth tenía una identificación nueva y se la mostró a los soldados.

El capitán no se movió para cogerla, aunque uno de sus hombres dejó la metralleta a un lado y se acercó para ver los documentos.

—Que venga aquí —dijo el capitán—. El resto, apartaos un poco, ¿de acuerdo?

—Bien —dijo Ruth.

Todos estaban tensos. Podían morir en cualquier momento, y quizá fuera peor para el escuadrón aéreo, que tenía que estar allí guardando una zona segura, si es que era segura de verdad. Ruth no dudaba de que los bunkeres podrían aguantar las bombas y artillería convencionales, pero era casi seguro que los ingenieros de Grand Lake no habían dispuesto de recursos para darle la profundidad necesaria como para sobrevivir a un ataque nuclear.

Miró al cielo otra vez y, tras ella, Foshtomi imitó el gesto inconscientemente. El impulso era demasiado fuerte. Las redes de camuflaje se extendían desde la autocaravana hasta un camión cercano formando un techo sobre la puerta y el espacio que había entre ambos vehículos. Ruth se sintió ciega. Era una estupidez, pero mirar el cielo la tranquilizaba, y miraba hacia arriba aunque sabía que la red estaría ahí. «Ya basta», pensó. Se giró para mirar a las tropas de las Fuerzas Aéreas. El hombre que llevaba sus credenciales se había ido a hacer una llamada con un teléfono colocado en la pared de la autocaravana, y Ruth intentó imaginar cómo mantenía el refugio sus enlaces por radio, radar, teléfono y satélites sin crear un centro de ruido electrónico que el enemigo pudiera detectar. Era posible que hubieran creado líneas por toda la montaña para dispersar las señales, escondiendo las antenas y los transmisores en otras tiendas y vehículos. Pero ¿importaba eso?

Echaba de menos a Cam. Debieron mantenerse juntos, pero escuchó su explicación, asintió y ya no estaba. Deborah no había sido tan fácil de convencer, pero también se había marchado, y ahora Ruth estaba sola. Sus escoltas no eran amigos. Nunca habían mostrado interés en relacionarse con ella, a pesar del respeto que les tenía y la sangre que compartían.

—Foshtomi —dijo Ruth. La chica se giró, y Ruth intentó sonreír—. Gracias —le dijo.

—A mandar.

«No, lo digo en serio», pensó Ruth, pero el soldado de las Fuerzas Aéreas colgó el teléfono y dijo:

—Goldman, puede pasar.

—Necesito que ellos tres también vengan —dijo Ruth.

—Lo lamento —dijo el capitán. La apartó para que no se acercara a ellos—. Vamos a tener que cachearla. Quítese la chaqueta, por favor.

—Necesito que vengan —dijo Ruth con firmeza esperando no mostrar la adrenalina en la voz— Díganse a Shaug.

—No podemos hacerlo, señorita.

—Dígale a Shaug que sin ellos no podré garantizar que el próximo paso de los nanos mejorados funcione. Son algunos de los portadores originales —la última parte era casi verdad. Otro científico la habría cuestionado, pero no pensaba que el gobernador Shaug o el mando militar fueran a discutir con ella. Estaban demasiado desesperados por que hubiera cualquier avance con los nanos.

—De acuerdo —el capitán señaló a su hombre para que volviera a llamar. Mientras tanto, bajó el arma y pasó las manos por el cuerpo de Ruth, sin inmutarse por tocarle la entrepierna, la cintura o las axilas. Palpó su teléfono móvil y se lo sacó del bolsillo.

—Lo necesito para llamar al laboratorio —le dijo.

Pero no encontró las tapitas de cristal que había escondido detrás de dos de los botones de su camisa.

La escalera conducía más abajo de lo que Ruth había pensado. Era casi seguro que el teléfono no funcionaría. Eso era un grave problema. Ruth miró atrás otra vez antes de que se cerrara la puerta, apretando el pulgar como si todavía tuviera la piedra grabada. El frío del túnel le dio escalofríos en los brazos y el cuello y tropezó en los escalones de hormigón.

Estey la cogió.

—Cuidado —le dijo.

La escalera tenía una inclinación pronunciada. Pasaron rápidamente por cuatro puertas de acero gigantescas, cada una de ellas una planta por debajo de la anterior. Habían colocado una serie de topes para absorber y desviar una supuesta onda

expansiva. Quizá el búnker sí consiguiera sobrevivir. Cada una de las barricadas tenía que abrirse y cerrarse de nuevo por el coronel de las Fuerzas Aéreas que había salido para acompañarles adentro.

Una quinta puerta les condujo a una habitación del tamaño de una casa pequeña. Estaba llena de ordenadores, pantallas y gente. El barullo de las voces quedaba amplificado por las paredes y el techo de hormigón. Aquel lugar era como una caja, y Ruth se preguntó qué más contendría aparte de un centenar de soldados. Muchos estaban sentados junto a los paneles de equipo. Otros estaban de pie o caminaban por los pasillos que formaban. La gran mayoría de los uniformes eran los de color azul de las Fuerzas Aéreas, pero también había gente vestida de color canela o verde oscuro, y Ruth vio también a un generoso puñado de civiles.

—Por aquí —dijo el coronel.

Ruth fue a la izquierda cuando él caminó hacia la derecha. El militar se dirigía a una puerta que había cerca de ellos, pero Ruth vio al gobernador Shaug dentro de una oficina con paredes de cristal.

—¿Doctora Goldman? —dijo Estey, y el coronel gritó: —¡Detengan a esa mujer! —los atareados hombres se amontonaron a su alrededor. Dos hombres y una mujer la cogieron de los brazos, uno de ellos dejó caer un manojito de listados al suelo. Un cuarto soldado se levantó de su asiento con unos auriculares al cuello.

—¡Soltadme!

—Sargento, ¿qué está pasando? —el coronel dirigió sus palabras a Estey en vez de a Ruth. Era otra forma de contenerla, pensó ella.

—No estoy seguro, señor —dijo Estey, pero señaló a la oficina de cristal. Ninguna de las personas de su interior se había percatado de ellos aún—. Creo que sólo intentaba hablar con el gobernador —continuó.

—Exacto —dijo Ruth.

El coronel la miró.

—No irá a ningún sitio al que no le haya dicho que vaya, ¿entendido?

—Sí, lo lamento.

—Enseguida se unirán a nosotros —dijo el coronel—. Mientras, voy a llevarla a otra oficina.

—Está bien, de acuerdo —«No», pensó en realidad. Ruth quería estar en el centro de operaciones cuando hablara con Shaug y sus generales. Si había cualquier esperanza de acallarla, la aprovecharían. No podía permitir que la aislaran.

Pero tuvo suerte. El gobernador se dio cuenta al fin del alboroto de la sala principal. Abrió la puerta de su oficina. Perfecto. Mientras salía, levantó la mano a modo de saludo, sin comprender la situación. Un hombre de uniforme azul salió tras él, y luego una mujer de verde militar.

Los soldados la soltaron. Por un momento, Ruth quedó libre. Uno de ellos se

inclinó para recoger los listados del suelo, y el técnico volvió a su asiento. Ruth sacó el teléfono móvil del bolsillo.

—Todo el mundo quieto —dijo. Apuntó el pequeño artilugio de plástico negro hacia Shaug a modo de pistola, gritando mientras los soldados volvían a ir a por ella—. ¡Quietos!

Se acercaron mucho para inmovilizarla. El técnico se detuvo con la mano en su manga. Tenía a otro hombre pegado al hombro, y el coronel había sacado la pistola. No podían saber qué pretendía, pero en pleno siglo veintiuno, un móvil podía ser un arma. Podía detonar explosivos o enviar señales a las tropas.

—¡Atrás! —dijo Ruth. Se giró un poco para apuntar el puño al técnico de datos, apartándose de él y del otro hombre, creando un pequeño espacio entre la multitud— Escuchadme, la guerra ha terminado.

No la escucharon.

—Baje eso —dijo el coronel, y Shaug la llamó:

—Pero ¿qué está haciendo?

Empezaron otras conversaciones en la sala. A excepción de unos pocos hombres y mujeres que había cerca de ella, los demás soldados estaban enfrascados en su trabajo, y Ruth se preguntó cuántas vidas estaría poniendo en peligro en los Estados Unidos al interrumpir las señales de radio. Una chica seguía en su terminal, hablándole a al micro de sus aurícula— res sin dejar de mirar la cara de Ruth.

—Recibido, jota tres. Llegarán por el Norte —dijo.

Ruth se estremeció y apretó el teléfono móvil. Tenía que mantener la calma.

—La guerra ha terminado —repitió—, estoy forzando una tregua.

—No puede hacer eso —dijo Shaug.

—Le digo que baje eso —el coronel le apuntó a la cara con la pistola. Otros tres soldados habían sacado las suyas, pero Ruth siguió sujetando el teléfono.

—Es nuestra única opción —dijo.

El coronel amartilló su Beretta 9mm sin dejar de apuntarle, metiendo una bala en la recámara. Ruth sintió que palidecía mientras algo en su interior se revolvía, el corazón, los pulmones...

—No volveré a advertírselo —dijo el coronel.

Estey se puso delante de ella.

—Un momento —dijo levantando los brazos, lo que le hizo parecer más grande según se acercaba al cañón de la pistola del coronel.

Goodrich hizo lo mismo al otro lado.

—Tranquilo todo el mundo —dijo, aumentando la zona segura alrededor de ella.

Ruth estaba estupefacta. Se había preguntado por qué Cam les había pedido a ellos tres, y sólo a ellos, que la escoltaran, excluyendo del grupo a Ballard y a Mitchell. No hubiera podido imaginar que Estey se deshiciese de su autoridad, pero

Cam estuvo muy acertado en lo que a él respectaba, sobre su cansancio y su dolor. Estey quería creer que ella tenía una solución.

Pero Foshtomi actuó por su cuenta. Cogió a Ruth del pelo y le giró la cabeza, golpeándole la mano con el brazo. Lanzó el teléfono de Ruth sobre los ordenadores. Entonces, estampó la cadera y la espalda de la doctora en los cantos de la mesa, un teclado, dos cajas de cartas y una agenda electrónica.

—De eso nada —dijo Foshtomi.

Su adorable cara se retorció por la furia mientras levantaba el puño por encima de la oreja. Ruth intentó bloquear el golpe, pero falló. Los nudillos de Foshtomi se clavaron en sus dientes y se estrelló la cabeza contra la superficie del terminal.

Goodrich agarró a Foshtomi, pero otro hombre le retuvo. Estey ni siquiera consiguió acercarse tanto. Uno de los otros soldados le golpeó con la pistola y cayó de bruces sobre una silla.

—Esperad... —tosió Ruth, escupiendo sangre.

—Hija de puta... ¡Hemos muerto por ti! —le gritó Foshtomi, y era verdad. Wesner, Park, Somerset. Ruth no sabía cuántos más habrían resultado heridos o muertos en el asalto de Hernández en los alrededores de Sylvan Mountain, pero el número debía de rondar los miles. Si Ruth estaba allí era precisamente gracias a ellos.

—Nanos —dijo Ruth.

Foshtomi luchaba por golpearla otra vez y forcejeaba con los hombres que la rodeaban.

—¡No! —gritó, no a los soldados sino a Ruth. Cam la había juzgado mal, quizá porque fuera guapa. Puede que nunca hubiera tenido tanta fe en Ruth como en el resto de ellos. Pero eso ya no importaba. La mano izquierda de Foshtomi agarraba la pechera de la camisa de la doctora y sacudía y tiraba de los botones que Ruth había alterado con cristal líquido, creando minúsculas burbujas de aire contra el plástico.

—¡Llevo nanos! —gritó Ruth— ¡Apartadla! ¡Apartadla de mí ahora mismo!

El coronel de las Fuerzas Aéreas lanzó a Foshtomi a un lado, pero hizo lo mismo que ella. Presionó el cañón de su arma contra la barbilla de la doctora, haciendo que echara atrás la cabeza. Ella estaba demasiado asustada para seguir aguantando. Intentó palparse la camisa para comprobar si los botones seguían en su sitio, pero el coronel le inmovilizó la muñeca con la otra mano y le dobló el cuerpo sobre la consola. Le dobló el brazo, el malo, y Ruth gritó. Otro hombre se acercó y le cogió la mano libre. La doctora vio a Estey inmóvil al lado de los ordenadores que había junto a ella, con un fusil en el cogote. No menos de una docena de soldados de las Fuerzas Aéreas se colocaron detrás del coronel, y aun así Ruth sonrió, a pesar de sentir el tacto de la pistola en la cara.

—Soltadme —dijo.

—¿¿Dónde está Cam?! —gritó Foshtomi, apresada por tres soldados—. ¡¿Dónde

está su amigo?!

—La guerra ha terminado —dijo Ruth sangrando y desesperada. Se lamió la sangre de los labios como si las heridas no fueran suyas. Incluso se alegró por el dolor, porque le dolía menos que el frío de su corazón—. Escuchadme —dijo—, no hay otra manera. Tengo los nanos que pueden echar a los chinos de California, pero si no hacéis exactamente lo que digo, matarán también a nuestro bando.

El coronel no la soltó, aunque le miró la camisa.

—Mierda —dijo.

Ruth Goldman se había vuelto a convertir en traidora.

—¿Por qué hace todo esto? —preguntó Shaug, y el general Caruso dijo:

—Piense en lo que está haciendo. Aún no es demasiado tarde, podemos usarlo para sorprenderlos.

—No —Ruth intentó parecer calmada sobre su silla. No quería proyectar nada que no fuese fuerza, pero no conseguía estar cómoda. Tenía la espalda llena de magulladuras y los labios partidos e hinchados. Un médico la había tratado enseguida colocándole una tirita en el labio superior y luego cubriéndolo con gasa y esparadrapo. El vendaje le molestaba y le rozaba la nariz. Se pasó un buen rato levantando la mano buena para colocárselo bien.

—Si tuviéramos tiempo para coordinarnos —dijo Caruso—, si al menos nos diera algunos días.

—No —Ruth estaba ansiosa, pero eso jugaba a su favor. Ellos también estaban alterados porque ella tenía uno de los botones entre el índice y el pulgar. Con cada gesto que hacía, se estremecían.

Shaug fue el primero en recuperar la compostura después de que el coronel la dejara levantarse. «Podemos traer a alguien que se ocupe de esas heridas», sugirió. Quería llevarla a la oficina acristalada, pero Ruth rechazó la propuesta. Necesitaba testigos, necesitaba que los mandamases tuvieran tan poco control sobre la información como fuera posible.

El técnico que se había unido a la refriega había vuelto a su trabajo, y la chica que había a su lado no dejaba de hablar por los cascos en ningún momento, dando coordenadas a los equipos aéreos de Nevada. La gente de la sala había vuelto a sus puestos y seguía trabajando, aunque permanecían atentos a Ruth. El monótono barullo de voces continuaba. Estaban hablando de ella, algunos habían escuchado lo que había dicho. Se lo dijeron al resto, y así sucesivamente hasta que la situación se conoció en todas las poblaciones de los Estados Unidos y Canadá a lo largo y ancho de la división continental. Desde ese lugar, Ruth había logrado contactar con el enemigo. —Esto es traición —dijo Caruso.

«Esto es el principio», pensó Ruth. «No la bomba ni la invasión. Hoy. Aquí empieza la paz».

El orgullo que sentía era indescriptible. Ardía en su interior, compitiendo con el miedo y la vergüenza por las muertes que aún se producirían por no haber hecho aquello antes. Su rabia le recordó la vez que había estado en Nevada, sedienta y plenamente consciente de la conexión que tenía con todo lo que la rodeaba. Todo lo que había hecho durante los treinta y seis años de su vida la habían llevado a este punto. Todos los giros y errores ya no eran tales. Cada descubrimiento se añadía a su núcleo de experiencias, por pequeño que fuera. Esa era la finalidad de su vida.

Deseó con todas sus fuerzas poder convencer a aquellos hombres, aunque les obligaría si hacía falta.

—Quiero que abra la línea de comunicaciones —dijo. —No ha pensado bien lo que está haciendo —dijo Shaug, intentando distraerla.

—Abra esa línea ahora mismo, ¿me oye? Si no hablo con mis amigos en los próximos veinte minutos, los nanos acabarán primero con nosotros. Eso jugaría a favor del enemigo. Por favor, póngame al teléfono.

El bunker de mando estaba a demasiada profundidad. Su teléfono era inútil, pero sabía que podían conectarla a las torres de comunicaciones del exterior a través de uno de los cientos de canales que había. Se lo tomaban con calma. Transmitieron su petición a un hombre sentado en la fila de atrás, alejando la acción de ella. Otro soldado fue para decirle que las torres estaban saturadas y que la atenderían tan pronto como consiguieran detener el tráfico de llamadas.

Seguramente estaban buscando la localización física de los números que les había dado. ¿Podían hacer algo así? Ruth tuvo que suponer que sí. Si no podían localizar los números de forma electrónica, organizarían expediciones de tropas y helicópteros. Darles más tiempo era un error.

Ruth se levantó.

—No me empujéis —dijo buscando a Estey y a Goodrich. Había pedido que los liberaran y estaban cerca.

Foshtomi se había ido. Estuvo maldiciendo a los tres hasta que Shaug cortó el aire con la mano y uno de los soldados se la llevó, roja de furia. «¡No sé por qué la estáis ayudando!», gritó. Goodrich en particular seguía sin estar muy seguro de la respuesta. Estey miraba al frente, casi en posición de firmes, mientras que su compañero miraba al suelo para no cruzar la mirada con los demás soldados que tenían delante.

Ruth no tenía duda de que los dos se arrepentían de lo que habían hecho, pero les estaba muy agradecida. La Historia les recordaría sus actos. Era el día 2 de julio, ya cercano al Cuatro, fiesta del nacimiento de su nación, y sus acciones eran una revolución en el sentido más estricto de la palabra. Si pudieran terminar la guerra supondría la liberación, no sólo de los chinos, sino de sus propias autoridades.

—Voy a llamar —dijo ella.

Caruso se levantó, como si fuera a bloquearle el paso.

—No solemos usar el sistema de redes telefónicas —dijo—, necesitamos unos minutos más.

—No —Ruth cogió un botón y Caruso retrocedió. Ella caminó entre las filas de hombres y mujeres allí presentes, esforzándose por ignorar sus caras. Estey que aquella gente se encontraba en un estado hostil y confuso, pero Ruth no podía dejar que aquello le afectara, y tenía mucha razón. La doctora se detuvo frente al especialista en comunicaciones a quien le había dado los números. Caruso y Shaug estaban justo detrás de ella, junto con Estey y varios de los soldados de las Fuerzas Aéreas.

—¡Goldman! —gritó Shaug.

Ella levantó la voz para no ser menos que el gobernador.

—Si rompo este sello, todo el que esté en esta sala estará respirando nanos en sólo unos segundos. Póngame al teléfono. Ya.

—Tú también morirías —dijo Shaug.

—Eso ya lo sabía cuando vine aquí —Ruth parpadeó de repente, deseando que él no viera sus lágrimas, pero su honestidad les alteró más que cualquier amenaza.

—Está bien —dijo Caruso—. De acuerdo, espere un momento.

Ruth los tenía entre la espada y la pared. Los pequeños cristales que había llevado al bunker sólo eran su arma principal ya que, llegado el momento de elegir, vio que no había elección. Tenía que honrar el esfuerzo y el sacrificio de gente como Hernández y los exploradores y todos los soldados sin nombre que habían muerto para rescatarla, incluso de los invasores, de Nikola Ulinov. Quería salvar a todos los supervivientes de la plaga y de la guerra.

Ruth había usado los grandes hallazgos que había hecho en la nueva vacuna y la mejora, pero en vez de mejorar el remedio, creó un nuevo y peligroso nano antinanos, un parásito capaz de interferir e inutilizar ambas versiones de la vacuna de forma permanente. El parásito no tenía otros efectos ni funciones, pero eso bastaba. Le negaría el mundo por debajo de los tres mil metros a todo aquel que alcanzara. Alguien con el parásito dentro no podría volver a albergar jamás la vacuna. Sería el fin de los ejércitos repartidos por el oeste de los Estados Unidos, dejándoles sin armas ni blindaje», y cobrándose muchas vidas en su huida hacia la barrera.

Provocaría una breve intensificación de la guerra. En Utah, la única opción de los rusos sería cargar contra las posiciones americanas al este de Salt Lake City. En Colorado, los chinos se enfrentarían al mismo problema. Sus reservas y cadenas de suministros por todo el sureste quedarían arruinadas. La ventaja pasaría a ser de los Estados Unidos, y aun así, ese primer día sería terrorífico. Las pérdidas en ambos bandos serían catastróficas.

Ruth se había jurado hacer eso a no ser que hubiera un alto el fuego y una rendición incondicional por ambas partes. Por desgracia, necesitaba algo de

cooperación. El enemigo se tomaría en serio cualquier amenaza nanotecnológica, pero las meras palabras no le detendrían. Tenía que haber pruebas, así que diseñó un segundo modelo del parásito. Éste tenía un fuerte limitador, y sólo afectaría a una zona del tamaño de unas pocas manzanas, en vez de multiplicarse sin fin.

Era este segundo modelo el que había llevado al bunker. También había dejado cuatro cápsulas del mismo para que las encontraran en su laboratorio. Necesitarían jets equipados con misiles, a los que previamente se les habrían quitado los explosivos para que sólo llevaran los nanos. Mientras Norteamérica lanzaba su ultimátum, podrían estar atacando a la vez cuatro emplazamientos distintos del enemigo, ofreciendo un ejemplo incuestionable de la fuerza del parásito.

Eran demasiados detalles para darlos de inmediato. Ruth esperaba tener que empujarles a cada paso que dieran, manteniendo a Grand Lake como rehén durante varias horas o días. Esa era la razón de la primera versión incontrolada del parásito. Por la mañana, Cam y Deborah habían abandonado la cima con cápsulas llenas de billones de especímenes por laderas opuestas de la montaña. Lo liberarían a la orden de Ruth, si los encontraban y acorralaban, o si no contactaba con ellos.

—Llamad primero al ocho-cuatro-seis —dijo estudiando la complicada radio consola—. Dame los auriculares —no sabía si alguien habría pinchado la línea, pero no quería hablar por un micrófono abierto.

El especialista obedeció. Marcó el número y Ruth oyó un tono normal de teléfono. Sonó una vez, dos... Contestó un extraño.

—Burrige —dijo un hombre, y Ruth se quedó helada.

Se quitó los cascos con la mano mala.

—Te has equivocado de número —dijo, riñendo al técnico.

—No señora, es el que me ha dicho.

—Aquí Burrige —repitió el hombre mientras Ruth se apretaba el auricular contra la oreja, respirando hondo en un intento de controlar su pánico. «Dios mío», pensó. «Dios santo». Era un soldado o un agente de inteligencia. Ruth sabía que respondían a las llamadas con su apellido, así que respondió de la misma forma.

—Soy Goldman —dijo, tanteándole.

—Tenemos a su amiga en custodia, doctora Goldman, y también los nanos. Sabemos...

—Déjeme hablar con ella.

—Sabemos adonde ha ido el otro hombre, y...

—¡Déjeme hablar con ella! —gritó Ruth. El triunfo en la cara de Shaug la hizo enrojecer de rabia. Estuvo a punto de romper el cristal entre sus dedos. En vez de eso, miró a su alrededor y vio a Estey. Estaba boquiabierto por el miedo, había comprendido la situación.

Sin la amenaza exterior, Ruth no podía controlarlos. Incluso si infectaba a la

gente de dentro del bunker, ellos ya estaban allí atrapados por su trabajo, podían mantenerse en cuarentena. Decirles que tendrían que quedarse allí constituía una amenaza menor. Ruth se hundió y Estey fue corriendo a cogerla del brazo. «Dios mío».

Al fin, Deborah Reece se puso al teléfono sin muestra alguna de su arrogancia habitual.

—Ruth, yo... —empezó—. Lo siento, no puedes hacer esto.

Deborah no estaba segura. Por eso que Ruth la había llamado primero. No estaba preocupada por Cam, pero la mirada de los ojos de Deborah aún le bailaba en la mente. Cuando les dio los frascos que había sustraído del laboratorio, Deborah cerró los dedos sobre las pequeñas cápsulas de plástico, como intentando esconderlas. «Esto no parece correcto», dijo Deborah, y Ruth cubrió la mano de su amiga con la suya. «Podemos detener la guerra», dijo Ruth, pero parecía que no había bastado con decir aquello.

Deborah se había entregado.

—Se acabó —dijo Shaug señalando los auriculares.

Ruth se alejó de él.

—No tienes a mi otro compañero —dijo. Estuvo a punto de usar su nombre. Quizá debiera hacerlo, Foshtomi se había dado cuenta enseguida de quién la estaba ayudando, y la situación podría mejorar gracias a eso si descubrían quién tenía el parásito: uno de los pocos hombres que habían escapado de Sacramento—. Hagan la llamada —dijo—, se están quedando sin tiempo.

—Le encontraremos —dijo Shaug.

—No me importa. Si abre la cápsula, se acabó. Los nanos nos alcanzarán primero. Perderán a todos los que ya han evacuado y a todas las unidades avanzadas que haya en las Rocosas.

Caruso hizo una mueca.

—Esto es una locura.

—Haga la llamada —dijo Ruth al técnico antes de girarse de nuevo hacia Shaug y Caruso—. ¿No lo entienden? Si lo hacen a mi manera, los chinos se retirarán. Ganaremos. Por favor... —se quedó mirando a sus caras—. Por favor.

Los auriculares sólo dieron un tono.

—¿Sí? —dijo Cam, tan preparado como siempre. Su voz le dio otro vuelco al corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó demasiado fuerte.

—Claro, ¿qué ocurre?

Ruth encontró demasiado fácil imaginarle solo, sin nada más que su fusil y su mochila, corriendo por la ladera de Ja montaña. Después de todo aquel tiempo pertenecía a ese lugar, le gustara o no. Habría cruzado la barrera varias horas antes,

perdiéndose entre los árboles y las piedras. Pero ya no llevaba gafas ni máscara, iba con la cara expuesta al viento... Y en la imaginación de Ruth, sus ojos oscuros se levantaban al sonido de los helicópteros...

—Necesito que lleves a cabo el plan —dijo Ruth pausadamente. Entonces se dio cuenta de cómo debía de haber sonado aquello—. No, quiero decir... Tú sigue avanzando, pero quiero que estés preparado.

—Sólo si... —empezó a decir Cam.

Pero otra voz interfirió. La gente de Grand Lake había estado escuchando la conversación, y Ruth sintió una descaiga de pánico al oír a otro hombre, que dijo:

—Najarro, aquí el comandante Kaswell. Abandone, soldado. ¿Me ha entendido? Abandone. Si usa esos nanos, matara a miles de los suyos.

Cam ni siquiera prestó atención al otro hombre.

—Sólo si crees que es lo mejor —dijo.

—Sí —respondió como quien hace una promesa.

Él era el hombre perfecto para cargar con la responsabilidad. Estaba acostumbrado a confiar sólo en sí mismo y a estar siempre solo. Puede que incluso estuviera resentido con ellos porque tenía muchas ganas de pertenecer a su grupo, pero siempre se había sentido desplazado.

—Cam —dijo sin pensar. Repitió su nombre—. Cam, muchas gracias —Sabía que tenían que abreviar su conversación para evitar que los de Grand Lake le localizaran, pero quería que su conexión fuera tan real como fuera posible—. No te preocupes por mí —le dijo.

—No pasará nada —entonces su tono cambió—. Más vale que la soltéis o liberaré los nanos de todas formas —dijo a todos los que escuchaban la línea. Entonces colgó. Había mucho más que decir pero no habían tenido la oportunidad de hacerlo.

Ruth estaba temblando, estuvo a punto de presionar el botón. Pero había aprendido a canalizar la fuerza de sus emociones, y las volvió hacia Shaug y Caruso. Dejó que el temblor le llenara la voz.

—Les doy una hora —dijo—, preparen los aviones. Será mejor que estén en el aire antes de que los chinos noten algo raro, o puede que decidan esterilizar este sitio con otra explosión nuclear.

Caruso respondió.

—¡Necesitamos más tiempo!

—He dicho una hora, estoy harta de discutir.

—Joder, esto es una locura.

—Venceremos —dijo Ruth—. Hagan esto y venceremos.

El parásito lo tenía todo, el avanzado sistema de localización de la vacuna y la velocidad de reproducción sin igual de la plaga. Puesto que no había incluido el

dispositivo hipobárico, se extendería por el mundo en mucho menos tiempo de lo que había tardado la enfermedad, llenaría la atmósfera, se propagaría con el viento. Los nanos llegarían a Europa y Africa en apenas unos días, en vez de semanas, condenando a todo el mundo a vivir en los minúsculos fragmentos de tierra por encima de los tres mil metros. Con su otra guerra en el Himalaya, los chinos no podrían correr el riesgo aunque los rusos sí pudieran. Y sin sus aliados, los rusos también caerían.

—Piense en lo que nos han hecho esos cabrones —dijo Shaug— ¿Va a dejar que se queden con California?

—Con parte, por ahora. Pero ¿qué importa eso?

—¡Es nuestro hogar! El nuestro...

—Volverán al suyo si les dejamos, si les damos un poco de tiempo. Volverán o acabaré con ellos. Pero sólo con ellos, ¿me comprende? —Ruth sabía que podría diseñar un nuevo tipo de plaga para erradicar al enemigo. Sólo a ellos, a todos. Un parásito inteligente que comprendiera los límites geográficos. El parásito actual era sólo el primer paso en un nuevo y sorprendente nivel de nanotecnología.

—Pues hágalo ahora —dijo Caruso—, mátelos ya.

—No.

El estaba tan cansado como los demás, advirtió Ruth, y desde la invasión no había visto más que derrotas. Podía agarrarse a cualquier clavo, pero ella no empezaría un genocidio si había más opciones. Una nueva plaga tampoco sería instantánea. Los chinos tendrían tiempo de lanzar sus misiles. Las desesperadas naciones de todo el mundo no podían seguir simplemente luchando. El coste era demasiado alto, y no se vislumbraba un final que no fuese el colapso, total y absoluto.

—Tiene que terminar en algún momento —dijo Ruth, llena de pesar y de fe—, y ese momento es hoy.

La ladera estaba llena de gente, una confusión de siluetas más claras apelotonadas en la tierra. Varios cientos de ellas formaban dos cadenas que se movían lentamente, siguiendo la gran uve de los dos valles que cortaban la ladera. Decenas de personas más seguían bajando por las colinas en el lado exterior de los barrancos. La luz del día hacía brillar las armas y los equipos. El sol de media tarde casi había desaparecido de la ladera este de las Rocosas, y sus rayos apagados lo convertían todo en sombras o destellos.

Cam se quedó quieto sobre un pequeño peñasco, entrecerrando los ojos por la luz.  
—Hay demasiados soldados —dijo.

Allison sonrió.

—Eso es bueno.

El negó con la cabeza. Grand Lake parecía estar perdiendo un gran número de tropas por desertión, y los uniformes contribuían al caos. Muchos de ellos se habían quitado los cascos y las gorras. Se habían puesto ropa de civil y, aun así, se mantuvieron juntos durante la mayor parte del trayecto, realizando concentraciones de marines o de soldados del ejército a pesar de sus esfuerzos por mezclarse. Los demás refugiados intentaban evitarles, algo que resultaba imposible, creando nudos en el grupo migratorio.

Cam no vio ninguna pelea. Todos estaban demasiado ocupados cargados con sus equipajes, pero advirtió más de un choque. La hondonada más próxima tenía una caída pronunciada, y la gente intentaba bajar por allí, cayendo una y otra vez, empujando a la multitud. Cam supuso que sólo era cuestión de tiempo que la frustración de alguien condujera a la violencia. Le preocupaba que muchas de las tropas siguieran organizadas en escuadrones. Estaba especialmente interesado en los grupos más grandes y más pequeños que elegían avanzar por el duro terreno que rodeaba los valles. No todos ellos se dirigían abajo. En algunas zonas había pequeñas figuras que subían a contracorriente. ¿Por qué? Allison pensó que se habían rendido. Los otros debían de estar buscando lugares para acampar a resguardo del viento, pero estuvo de acuerdo en que varios de ellos debían de ser cazadores enviados por Grand Lake para llegar hasta Ruth los primeros.

Cam tiraba continuamente de la correa de la carabina que llevaba a su espalda. Apuntó los prismáticos a otro hombre que estaba de pie sobre un punto alto de la ladera, uno de los amigos de Allison. Cam hizo una seña separando el brazo del costado y manteniendo la pose hasta que el hombre le vio y le devolvió el gesto. Significaba «No he visto nada».

«Mierda», pensó.

Debería haber quedado con Ruth en alguna otra parte. Aquel paso era un

manicomio, aunque Cam no sabía en qué lugar hubiera mejorado la situación. Incluso la ladera oeste de la división debía de estar repleta de gente. Ruth podría pasar por delante y aun así no la vería, pero Cam prefirió no quejarse en alto. Allison y los suyos habían hecho por él más de lo que podía esperar, colocando a casi cuarenta hombres y mujeres armados dispuestos a quedarse y a buscar. Estaban a un día de camino de Deer Ridge, la ciudad más cercana donde poder refugiarse de las amargas noches, y mientras tanto, los refugiados que se habían adelantado recogerían toda la comida, ropa y material que allí quedara.

—Debería intentar hablar con ellos —dijo Allison. Se dio cuenta de que hablaba de los soldados. Estaba mirando el valle, donde cuatro hombres con abrigo y una chaqueta de las Fuerzas Aéreas se movían entre el gentío. Las mejillas de Allison se levantaron con otra sonrisa llena de seguridad en sí misma, y Cam sonrió ante la ambición de ella.

Si Ruth quedaba libre, sería debido en gran parte a los esfuerzos de la otra mujer. Cam le estaba muy agradecido. Allison podría haberse marchado, pero era lo bastante desinteresada como para sentir su propia gratitud, y también lo bastante lista como para ver una oportunidad.

Habían pasado tres días desde que Ruth entrara en el bunker de mando y pusiera fin a la guerra. Cam había apagado el teléfono para evitar que lo rastrearan, aunque habían sabido por radio que los ataques de prueba habían sido un éxito. Uno de los aviones estadounidenses fue abatido antes de poder lanzar el parásito, estrellándose en el campo abierto, pero en los otros tres puntos, tanto chinos como rusos se encontraron abrumados de repente por la plaga de máquinas. Algunos sobrevivieron, pero eso ayudó a los planes de Ruth. Los aviones de los invasores fueron retirados por su propia gente en las montañas de Arizona y California, pero consiguieron encontrar tierra segura aterrizando en picos aislados, desde donde continuaban informando de su supervivencia.

El alto el fuego se hizo efectivo horas más tarde, y la retirada empezó al día siguiente. Ruth permaneció en el bunker de mando durante las negociaciones, frenando a los oficiales estadounidenses que querían arrinconar al enemigo en el desierto. Cam habló con ella un par de veces más al volver a encender el móvil la medianoche del segundo día y la tarde del tercero. Ruth estaba bien, y ya estaba fuera.

—Ven conmigo —dijo Allison, agarrando con fuerza el cinturón de Cam. Él sentía sus ojos azules, pero no dejó de peinar la montaña con los prismáticos.

—Esperemos una hora más —le contestó.

—Se nos hará de noche.

—Puedes hablar con esos tipos cuando hayan montado su campamento. Hasta entonces no te harán ni caso.

—Ven conmigo —insistió Allison, tirando de Cam lo suficiente para que notase su agradable aroma femenino a pesar del viento—. No es seguro quedarse solos aquí fuera de noche.

El ritmo de la gente era cada vez más frenético. Algunos grupos empezaban a reivindicar las zonas llanas de los valles, bloqueando el paso de otros refugiados y montando ya sus tiendas. No había leña ni comida, a excepción de lo que llevaran y algunas raíces y musgo. El agua brotaba de la tierra formando pequeños hilillos mugrientos, pero Cam vio un grupo de personas con uniformes del ejército monopolizando la salida de un pequeño arroyo, denegando el agua a los demás.

El día anterior, de madrugada, el sol iluminó varios cadáveres entre los miles de personas que todavía respiraban. La guerra había terminado, pero el número de muertes seguía aumentando. No todos los enfermos o heridos conseguirían sobrevivir al trayecto de bajada. La gente de Allison se había refugiado en un pequeño montículo lejos de los valles, levantando piedras para formar cortavientos, y llenando cada cantimplora, taza, bote y bolsa que llevaban con el agua del arroyo que habían encontrado, comprando el agradecimiento de los refugiados de los alrededores con agua y consejos útiles.

Allison mantuvo la mano alrededor de su cintura.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Hacemos lo que podemos. Si ha llegado hasta aquí, la encontraremos. —Sí.

Había demasiadas cosas que podían salir mal. Grand Lake podría haber capturado a Ruth tan pronto como hubiera salido de allí, apostando por que Cam no liberaría el parásito. Podrían haberla seguido por satélite o avión a pesar de sus advertencias para que la dejaran en paz. Los refugiados trabajaban duro para esconderla, pero al mismo tiempo, el gentío era otro gran peligro. Una mujer sola era un objetivo muy apetecible.

«Deberíamos haber ido tras ella», pensó Cam, preocupado. Pero Allison estaba muy ocupada organizando el campamento y a los centinelas. Cam no podía volver solo a Grand Lake. Todavía llevaba encima los nanos, y no confiaba en nadie. La gente de Allison estaba lista para recibir a Ruth como su salvadora por haber forzado la paz, pero no sabían de su participación. Les contó que Ruth lo había conseguido todo sola.

—Volveremos a intentarlo mañana —dijo Allison.

Le soltó al fin. Colocó ambos brazos por encima de la cabeza, llamando a la línea de centinelas. El hombre más cercano no la vio, tenía los prismáticos fijados en la montaña, pero en un montículo de granito que había detrás de dios, una mujer vio la señal de su jefa y la repitió. Aquellos dos aún estaban más lejos del campamento que Cam y Allison, y él se alegró de haberse quedado todo ese tiempo.

—Gracias —dijo él, cogiéndole la mano.

Repetiría el agradecimiento en el campamento, tras pedirles que le ayudaran un día más. Todos estaban desalentados. De pronto, el hombre que había más cerca empezó a hacerle señas a Allison.

El hombre había levantado la mano izquierda, luego giró y señaló la ladera. Cam apartó la vista de Allison inmediatamente, aunque no tan rápido como para no ver la reacción que reflejó su cara. Tapó el dolor con una sonrisa, pero él sabía que le había hecho un poco más de daño. Por el momento, no le importaba. Se llevó los prismáticos a los ojos y trató de encontrar lo que el hombre estaba señalando.

A kilómetro y medio más arriba, fuera de los valles, un trío de figuras vestidas de uniforme se habían parado a observar a los centinelas de Allison con sus propios prismáticos. No era nada extraño. Tanto a los refugiados civiles como a las tropas desertoras les incomodaban los vigías. No había nada distinto en aquellos tres, dos hombres y una mujer, sucios y marcados como todos los demás, pero ellos reconocieron a Cam. Los tres levantaron las manos. Eran Ruth, Estey y Goodrich.

—¡Ja! —Cam hizo un gesto con el brazo indicando que se acercaran. Entonces se levantó, lleno de emoción.

Allison no lo siguió, se quedó haciendo señales a los demás vigilantes de ambos lados. Cam debió haber esperado, pero en vez de eso bajó corriendo por una pendiente rocosa.

Tenía que cruzar el valle, que estaba repleto de refugiados. Pasó entre la multitud con el arma en alto, pero nadie se movió para detenerle. De hecho, cuatro mujeres se apartaron de sus mantas y mochilas para dejarle paso. Cam pensó en ir luego a disculparse, pero era mejor que aquella gente le tuviera miedo. Allison y sus centinelas cruzaron el valle tras él sin mayor problema. Era una sensación extraña. Todos los que había en aquella montaña eran libres y estaban vivos gracias a la fuerza de una sola mujer. Deberían estar celebrándolo. «Ruth», pensó, pero no pudo gritar su nombre.

—¡Estey! —gritó.

Los tres caminaban juntos en una forma que le recordó a él mismo y a Newcombe. Se preguntó por un instante si el soldado seguiría vivo y si aún estaría de su lado o habría elegido la lealtad, como Deborah. Sus días juntos parecían muy lejanos, y Cam se maravilló ante la unidad que vio en Goodrich, Ruth y Estey.

No estaba seguro de si alguno de sus compañeros estaría ayudando a Ruth, las conversaciones por teléfono apenas duraban unos segundos. ¿Dónde estaba Foshtomi? ¿Habría muerto? Los otros dos soldados parecían haberse hecho amigos de Ruth durante el tiempo que habían pasado dentro del búnker, y eran muy bienvenidos en el grupo de Allison. Podrían ayudarla a hablar con otros desertores, asegurando así el futuro de los refugiados. Pero según Cam se iba acercando, se olvidó de todo excepto de Ruth.

Ella corrió hacia él, riendo a pesar del evidente cansancio. Estaba completamente pálida, pero sus ojos marrones estaban vivos, llenos de satisfacción y esperanza. Cam no dudó. Caminó raudo hacia sus brazos y se fundieron en un abrazo, estrujándose más cada vez que hablaban y respiraban.

—Lo lograste —murmuró él hacia su pelo rizado—. Lo lograste. Lo lograste.

—Cam —dijo ella—. Cam —le soltó la cintura.

Allison llegó con otros seis hombres y mujeres, todos con una escopeta o un fusil. Muchos más vinieron desde todas partes del valle, formando una línea defensiva.

—Estamos con él —les dijo Allison a Estey y a Goodrich, y Cam asintió rápido y dijo:

—Tranquilos, han venido a ayudar.

—Genial —dijo Estey—, muchas gracias.

Las dos mujeres se miraron mientras Cam mantenía el brazo sobre los hombros de Ruth. Entonces se apartó de ella para acercarse a Allison. Ruth estaba cansada y tensa, pero Cam vio la decepción en sus ojos antes de que pudiera ocultarla tal como Allison había hecho.

—Sí, gracias —le dijo Ruth a la joven.

Cam había vuelto a acostarse con Allison. Al fin y al cabo, era una chica autosuficiente, inteligente y hermosa, y la cuestión era que nunca hubo garantías de que Grand Lake no fuese a terminar consumida por un ataque nuclear o de que Ruth lograra escapar aunque consiguiese hacerse con el control de la guerra. A pesar de todo, Cam decidió que lo mejor que podía hacer era unirse de nuevo a Allison. La necesitaban.

—Hay algunas personas mirándonos —dijo un hombre.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Allison—. Tenemos agua y comida, y unas cuantas tiendas para resguardarnos del viento.

Empezaron a caminar. Cam y Allison avanzaron juntos mientras el grupo se daba prisa por atravesar el valle, pero cuando empezaron a dispersarse, se giró para mirar a Ruth. Ella se encontró con su mirada en silencio, quizá lo hubiera comprendido. Cam deseó que las cosas fueran diferentes.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien. Estamos bastante cansados —Ruth miró a Estey y a Goodrich, incluyendo a los soldados en la respuesta. «Estamos».

No hacía mucho, hablaba de él de la misma manera, así que debía tener cuidado. Allison y los demás serían una fuerza a tener en cuenta al establecer las ciudades que pretendían construir en los llanos al este de las Rocosas, lejos de las faldas de las colinas, donde los veranos serían demasiado calurosos para los insectos.

La joven sería clave para mantener ocultos a Cam y a Ruth. Sabían que, por algunos, serían recordados como criminales. Esperaban poder esconderse hasta que

mejorara la situación, aunque mientras tanto tenían que enfrentarse a otros cientos de problemas. A excepción de unas pocas hortalizas silvestres, no había nada que comer bajo la barrera. La agricultura sería todo un reto a largo plazo debido a las plagas de insectos, la erosión que había en todas partes y la desaparición de algunas especies de plantas. Las ciudades más cercanas ya habían sido saqueadas durante el Año de la Plaga. Vecindarios enteros habían quedado destruidos por el fuego, las inundaciones, los bichos y las batallas. No podían depender del viejo mundo para que les mantuviera mucho más tiempo.

Más importante, quizás, era la nueva generación nanotecnológica que Ruth había dicho que diseñaría lo antes posible. La guerra había terminado, pero seguía habiendo poblaciones de rusos y chinos en el oeste. Podrían aprovecharse de la ventaja que habían conseguido y desarrollar sus propios nanos, tomarse con excesiva calma su salida de suelo estadounidense, negociando y regateando, saqueando e incluso iniciando un nuevo conflicto.

—Mañana atravesaremos la A-34 hasta Deer Ridge —dijo Cam—. Allí será todo más fácil.

—Mm. —Ruth estaba evasiva.

Ya no se quedaba mirándole, y Cam sintió una punzada de su nostalgia y su desilusión. Habían ganado, pero se habían perdido el uno al otro. Ni siquiera podía hacer un esfuerzo por corregirlo. La conocía demasiado bien como para pensar que desaparecería hacia las ruinas junto a él, los dos solos. Ruth necesitaba a la gente porque necesitaba electricidad, comida, protección... Necesitaba equipo, si podían encontrarlo, y la red de Allison sería más útil a la hora de conseguir material de laboratorio de nanotecnología que los saqueos organizados por Estey y Goodrich.

El sol tocó la escarpada línea de las montañas que había sobre ellos, desplegando largas sombras como dientes gigantescos sobre la ladera. Todavía había luz, pero Cam pudo ver cómo se acercaba la noche según crecían las sombras. El viento gemía contra su chaqueta. El frío se hizo más intenso.

—Te veo en el campamento —dijo Cam, mirando el rostro de Ruth. Y por un instante ella volvió a sonreírle. Entonces se dio media vuelta y fue a alcanzar a Allison.

Entraron en la oscuridad para encontrar refugio.

[1] «Hermano». Los dos hombres tenían en común su herencia latina, mientras que muchos de los demás supervivientes eran blancos, lo que creaba un vínculo más fuerte entre ellos.

[2] Ruth no sabía qué significaba aquello, aunque de todas formas, apenas estaba escuchando. Había tocado a Hernández con mucho cuidado, pensando que su indecisión era por otros motivos, aunque la razón resultaba evidente una vez se dio cuenta de cómo le colgaban las ropas.